CRISTINA GONZÁLEZ
@TomorrowJuana

DE MADRID AL ~~CIELO~~ *pueblo*

LES romántica

Cristina González @TomorrowJuana

Cristina González, más conocida como @TomorrowJuana, nació en Ciudad Real, Castilla La Mancha, en el año 1988. Desarrolló el gusto por la escritura a través de la lectura, y fue en el instituto, gracias a las clases de Literatura Universal, cuando comenzó a escribir pequeños textos y relatos cortos. Sin embargo, su pasión creativa permaneció oculta hasta el año 2019, en el que compartió su primera novela en la plataforma online Wattpad. Tras aquella inmersión inicial y una segunda, ha publicado El descanso del minotauro con LES Editorial, sello con el que regresa tres años después con De Madrid al pueblo.

Redes: @TomorrowJuana

Ilustración de portada: Margarita H. García @margacong

Un dicho popular dice «de Madrid al cielo»... Pero Carlota no opina lo mismo.

Nuestra protagonista es una treintañera cansada de tener que compartir piso para poder vivir. El precio de los alquileres, las facturas y la estresante vida de Madrid hacen de combustible para que tome una decisión que hará que todo estalle por los aires: mudarse a Canguingos, el pueblo donde nació su madre. En él aspira a la vida tranquila y rural de un municipio de menos de cinco mil habitantes del norte de España, encajado entre el mar y la montaña y muy próximo a Francia. Allí conocerá, precisamente, a una francesa exiliada y repostera con un pequeño secreto que cambiará la vida de Carlota por completo.

Más conocida en redes como @TomorrowJuana, Cristina González publica su segunda novela con LES Editorial tras la exitosa *El descanso del minotauro*. En aquella incluía elementos del realismo mágico, mientras que ha dotado a su nueva novela de un aire costumbrista con el que la autora busca reflejar la vida calmada del pueblo en contraposición con la ciudad y la manera en la que Carlota se adapta al nuevo medio y cómo esto afecta a su visión de la vida, del amor e incluso de sí misma.

DE MADRID AL PUEBLO

DE MADRID AL PUEBLO

Cristina González
@TomorrowJuana

LES
editorial

Primera edición: noviembre de 2024

© Cristina González @TomorrowJuana, 2024
© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2024
© Margarita H. García (IG @margacong), ilustración portada, 2024

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.
www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-19879-28-8
IBIC: FA, FRD

La EDITORA dispone de los derechos exclusivos sobre la obra amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com). Queda expresamente prohibida extracción, almacenamiento y puesta a disposición de los usuarios de todo o parte del contenido de la presente obra a los efectos de minería de textos y datos de conformidad con el Real Decreto-ley 24/2021 de 2 de noviembre y legislación complementaria. Queda expresamente prohibida el ejercicio del derecho de transformación y la realización de obras derivadas sobre la presente obra, en todo o en parte, mediante el uso de programas de inteligencia artificial sin el permiso expreso de los titulares de derechos.

ÍNDICE

Cubierta
Cristina González @TomorrowJuana
Sinopsis
Portadilla
Créditos
Nota de la editora
Dedicatoria
Playlist

1 El pájaro carpintero
2 IBI no significa «Imaginación Bastante Increíble»
3 Limones color Seat Ibiza
4 ¿Y tú de quién eres?
5 Las tres Marías
6 Rollitos de canela
7 Carotte, Carlota, Charlotte y otras chicas del montón
8 El adivinador de regalos
9 La tusa
10 Recuerdos de Rodrigo
11 Las vecinas forasteras se ayudan entre ellas
12 Lanita de la Reina
13 Jean-Paul Gaultier
14 Filmar a piel
15 Una francesa, un bibliotecario y una forastera entran en un bar…
16 La hora dorada
17 Interior. Noche.
18 Los niños chulísimos
19 La metralleta
20 APS: Amigas Para Siempre
21 Qué buena está la madre de mi amigo José
22 La semana perfecta
23 Estamos en el descuento, pero yo soy el Madrid
24 Los análisis
25 Una estrella de mar
26 Gustable
27 La casilla de la declaración de la renta
28 Tortitas
29 Una tarta de zanahoria

Glosario
Frase

Nota de la editora

¿Qué urbanita no se ha imaginado alguna vez vivir en la paz rural de una casita en el campo o en el pueblo, dejando atrás los atascascos, el ruido y los alquileres e hipotecas inasumibles? Quizá ha fantaseado que podría teletrabajar con la naturaleza al otro lado de la ventana o a lo mejor se ha imaginado cambiando radicalmente de vida y dedicándose a pastorear, hacer queso y cultivar el huerto. Yo levanto la mano. Soy esa urbanita. He vivido en Madrid, ahora en una ciudad de provincias y querría tener el valor (o la temeridad) de nuestra protagonista, Carlota. Ella no detesta Madrid, simplemente se le ha hecho inhabitable, porque disponer de un buen trabajo y tener una independencia precaria, compartiendo el hogar con casi desconocidos, no es lo que se imaginaba que le traería la vida adulta. Así que la ansiada soledad se le antoja posible en el pueblo de sus abuelos. Aunque para saber si la encuentra o no, tendrás que leer el libro.

Cuando De Madrid al pueblo *llegó a mis manos, sentí una gran expectación porque —aquí y ahora lo confieso—* El descanso del minotauro, *la primera obra que publicó su autora con LES Editorial, se convirtió en uno de esos libros refugio para mí, de los que reconfortan y dan paz. Así es, tengo debilidad por los toques de realismo mágico dentro de lo cotidiano.*

Y mis expectativas se cumplieron, porque lo «mágico» de la prosa de Cristina González no solo reside en su capacidad para recrear ensoñaciones como las de su primera obra, sino que es una característica, un je ne sais quoi *—guiño en francés— inherente a su voz narradora.*

Dicho esto, De Madrid al pueblo *no se parece a* El descanso del minotauro, *ni falta que le hace, porque tiene, como vas a descubrir, cualidades genuinas con el toque «TomorrowJuana»: tono costumbrista, personajes apegados a la realidad y a lo mundano atravesados por problemas tan tangibles como el inasequible precio de la vivienda o un divorcio ruinoso; todo ello aderezado con humor, lo que te hará sonreír sin darte cuenta con la torpeza social de Carlota, o desear ser madre y no serlo con el niño de la flauta, y te morirás por probar esos rollitos de canela de Chloé, la panadera francesa.*

Y, te lo aseguro, a lo largo del libro coincidirás conmigo en afirmar: de Canguingos al cielo.

Bárbara Guirao

A mis urbanitas precarias, las de la generación que «emosido engañado», la generación millennial, que es la mía.

Acompaña la lectura con la banda sonora de este libro.

1

El pájaro carpintero

La luz entraba deshilachada a través de sus dedos, dibujando un patrón caótico por toda su cara. Suspiraba de vez en cuando e intentaba encontrar motivos para seguir adelante con el día, sin suerte. Cerró los ojos tras esa pantalla manufacturada, nunca mejor dicho, y negó con la cabeza. Intentó recordar dónde había dejado los auriculares y se lamentó en silencio al recordarlos en el bolsillo de la chaqueta, que descansaba en el perchero de la entrada. Durante medio segundo, se planteó la opción de levantar el culo de la silla ergonómica, que era su bien más preciado, pero lo último que le apetecía era tener que interactuar con su compañera de piso y su novio, que acababan de entrar en el mausoleo silencioso que era hasta ese momento su hogar.

No es que la chica le cayera mal, ni bien, era un mal necesario para eso tan manido de salir del nido familiar, una suerte de emancipación a medias. Tampoco es que tuviera muchas opciones entre las que elegir, la verdad. «Es el mercado, amiga».

Debería estar contenta: acababan de ascenderla y subirle un poco el sueldo, pero eso de tener que convivir con desconocidos en la treintena con el fin de que le quedaran unos euros para darse algún capricho, salir a cenar una vez por semana y ahorrar aunque fueran cuatro perras, le amargaba la vida. Sobre todo siendo ella como era, una mujer con la batería social siempre en números rojos. No creía que existiera mayor tortura, como representación máxima de martirio sibilino y sutil, que tener que posponer la soledad hasta un momento no definido que no hacía más que perderse en el horizonte, que se alejaba continuamente de su alcance.

Ese era el sentir de una generación que, salvo casos contados de suerte extrema o mejor contexto económico para prosperar, ya estaba acostumbrada al desencanto, a la rabia masticada como tabaco viejo y a la frustración que todo lo contaminaba. Pobres *millennials*, les habían dicho que con una buena preparación universitaria tendrían una carrera laboral meteórica que los llevaría al éxito, al desahogo, a la escalada imparable en la pirámide social, al salto cualitativo en la lucha de clases. Desde luego, el batacazo generacional estaba siendo catastrófico.

Se encontraba cansada, realmente agotada de perseguir, aún, el

fantasma de las mieles del reconocimiento, de esperar cobrar la deuda que el mundo había contraído con sus contemporáneos al prometerles bonanza y no recibir más que miseria.

Los que iban a vivir mejor que sus padres, pasando penurias por un piso compartido de sesenta metros cuadrados. La gran estafa.

Escuchó a lo lejos cómo reía y bromeaba la pareja, con un tono bastante sugerente, por lo que decidió que ya tocaba recordarles a aquellos dos que estaba en casa. Tampoco es que fuera algo extraño, pues trabajaba en remoto desde la pandemia y apenas tenía ya que acudir por la oficina salvo en casos muy particulares. Se levantó de su silla amada, arrastró los pies hasta la puerta de su habitación y recorrió los escasos cuatro metros que la separaban de la entrada. Al oírla, la pareja calló súbitamente, y pudo imaginar sin dificultad cómo ambos ponían los ojos en blanco y la maldecían entre dientes. Cómo se lo gozaba, madre mía, porque ya se sabe que mal de muchos, consuelo de tontos, y en eso de repartir su inquina vital era generosa.

—Buenos días, Carlo —saludó la muchacha desde el sofá, fuera de su vista. Odiaba que la llamara así, pero hacérselo saber suponía una conversación que podría ahorrarse.

—Buenos días, pareja —contestó mientras buscaba los auriculares en la chaqueta.

—¿Te hemos molestado?

—No, tranquila, vosotros a lo vuestro.

Volvió a encerrarse en su habitación, se puso los cascos y la música a todo volumen, apretó los puños muy fuerte y retomó su posición previa a la interrupción, con los dedos apoyados en la frente y todo el peso del mundo sobre sus hombros. Se sentía atrapada en una etapa universitaria que no acababa nunca, compartiendo piso desde hacía quince años, con la comida etiquetada en la cocina y un cuadrante con el reparto de tareas del hogar colgado del frigorífico. Tenía la edad de Jesucristo y se sentía tan mal que a veces dudaba de quién había sufrido más.

Tras su reciente ascenso, pensó que ya estaba más cerca de la independencia total y absoluta, hasta que entró en su aplicación de alquileres de confianza y se quedó con la misma cara que el que asó las mantecas. En sus sueños húmedos de antes de dormir se imaginaba viviendo en un piso amplio, preferiblemente con el suelo de tarima y lleno de plantas, con un rollo entre tradicional e industrial, una terraza por la que entrara la luz naranja del atardecer donde sentarse a leer los domingos, una cocina sencilla con capacidad de almacenaje para todos los utensilios que le gustaría tener, un par de habitaciones para trabajar en un sitio diferente del que dormía y un baño que no tuviera las juntas del

plato de ducha negras y donde poder entrar sin chanclas como si estuviera en el vestuario de un gimnasio. Creía que tampoco pedía tanto, vaya.

Un filtro con el precio máximo que estaba dispuesta a pagar borró de un plumazo todas sus ilusiones. Amplió incluso el radio de búsqueda, y a punto estuvo de ir a ver un pisito del año de las olimpiadas en el último pueblo de Guadalajara. Desde aquella búsqueda, de hacía más de un mes, no levantaba cabeza.

Esa imposibilidad de evolucionar, de crecer, estaba generándole una ansiedad y una irascibilidad que nunca había sentido. Todo le molestaba, nada estaba nunca a su gusto y cada día le costaba más y más encontrar algo que arrojara cierta luz a su existencia. Se ahogaba en su propia vida e intentaba ir tirando con pequeñas bellezas que se esforzaba en buscar en su tiempo libre, como salir a pasear por los parques de Madrid, leer un buen libro o consumir tanta música en directo como fuera posible para recargar las pilas de Stendhal, que era lo único que mantenía su mente alejada de la locura. Pero hasta eso había dejado de funcionar. Ella quería privacidad, autonomía y un espacio donde poder desarrollarse, un fin que creía lógico alcanzar cuando lograra un buen trabajo, pero ni por esas. Tenía el agua al cuello y casi no podía respirar.

ANA
¿Qué pasa, Carlo? ¿Cómo vamos?

CARLOTA
Que no me llames Carlo, coño

ANA
A tu compi de piso la dejas

CARLOTA
Qué remedio Cada vez que me llama así pienso en Carlomagno

ANA
Yo en Carlo Ancelotti

CARLOTA
Jajaja.
Bueno, ¿qué quieres?

ANA
Hacerte una propuesta indecente

CARLOTA
¿Invitarme a una copa y acercarte a mi boca?

ANA
Más quisieras, guarrona
No, hay un concierto a la luz de las velas en el Ateneo
Este sábado, a lo loco

CARLOTA
¿Música clásica?

ANA
Y a la luz de las velas

CARLOTA
Vaya rollo, tía

ANA
Es eso o te vienes con los amigos de
Fran a ver el fútbol en casa, tú verás

CARLOTA
¡Ay, qué ilusión ver un concierto a la luz de las velas! ¡Me apetece mucho!

ANA
No hace risa
Si no te apetece no pasa nada, me comeré hora y media de hablar del 4-4-2 y del falso nueve

CARLOTA
Que no, que vamos al concierto ese
Eres mi única amiga, tengo que cuidarte

ANA
Interesada
Vamos hablando esta semana para concretar, ¿vale?

CARLOTA
Hecho

***

Llovía, y las aceras estaban mojadas, dando así el pistoletazo de salida a la infausta primavera. Un lamento hecho de gotas sucias de agua que lamían los cristales de su habitación y limpiaban las calles de la ciudad como preparación para el polen, las tímidas flores de las medianas de la M-30 y las fiestas de barrio, como clímax de todo lo que Carlota odiaba de Madrid, que era mucho. El otoño y el invierno eran lo que de verdad le gustaba a nuestra chica, pero no por lo que Madrid ofrecía en esas épocas, pues Carlota no era mujer que fuera al centro a darse codazos con la gente por ver Cortilandia o las luces de Navidad. Tampoco era el prototipo de chica con abrigo, bufanda y gorrito de lana que hiciera su *performance* de chica otoñal con un café de Starbucks, que visita librerías y puestos de castañas. Le gustaban esas épocas «a pesar» de Madrid, porque lo cierto era que le gustarían en cualquier lugar.

No, ella disfrutaba de las estaciones frías porque eran el marco perfecto para llevar a cabo sus aficiones favoritas: pasar las tardes tirada en el sofá con un par de mantas, dulces a mansalva y películas de suspense. Paladeaba en aquellos momentos la gratitud de estar viva.

No tenía muchas amigas, de hecho solo tenía una, Ana, a la cual conoció cuando eran pequeñas. Quizá por ese motivo aún la mantenía en su vida. Era la hija de los vecinos de sus padres, pues en los principios de los noventa era habitual dejar a los hijos con la familia del piso de al lado y viceversa cuando era necesario por trabajo o emergencia. Entre unas cosas y otras, pasaron la infancia juntas, a pesar de que Carlota era un par de años mayor que la niña pelirroja y pecosa con la que compartía meriendas de bocadillos de mantequilla y azúcar.

Ana fue su primer beso, un juego tonto de niñas que divirtió a la vecina y tiró abajo la puerta ya entreabierta de la lesbiandad en el caso de la morena. Estuvo colgada de ella un verano entero, en el

que suspiraba desde casa de sus abuelos, en el norte, mientras amasaba el deseo de que ella estuviera pensando lo mismo. No fue así, ni siquiera para sí misma cuando se reencontraron, por lo que dejó ese cuelgue desmoronándose en los últimos estertores estivales y, ya adulta, le recordaría al olor a mar del muelle del pueblo lejano donde deshojó la primera margarita de toda su vida.

La primera y casi la última, pues no había sido la juventud de Carlota una hecha a base de pasiones y amores demoledores, sino más bien pacífica y nostálgica del futuro que no llegaba. Primero ansió la mayoría de edad para salir de casa de sus padres, pero no fue posible, cosa habitual cuando se vive en la misma ciudad donde se estudia. No tuvo que esperar a terminar la carrera, pues pronto encontró un trabajo a media jornada que le permitió dormir fuera del hogar familiar, aunque tuviera que seguir comiendo *tuppers* de papá y mamá. Después de hacer las prácticas, la cogieron en la empresa en que las hizo, en principio como sustituta de vacaciones y finalmente como parte de la plantilla. Su sueldo de becaria tampoco es que fuera para tirar cohetes, pero al menos podía hacer eso que con tanta ilusión esperaba: la compra. Ah, el candor de las primeras veces. Todavía seguía gustándole como pocas cosas le gustaban.

Desde entonces, había ido cambiando de pisos y compañeros, con una mejora sustancial a medida que acumulaba años de trabajo y ahorros, pero sin variar lo más importante y deprimente: convivir con extraños.

***

Su actual compañera de piso se había ido de fin de semana con su novio, por lo que aprovechó para llevar a cabo uno de esos derroches de sociabilidad que resultaban chocantes en una ermitaña como ella, pero que, sin embargo, le encantaban: invitó a sus padres a cenar. A Carlota le apasionaba la cocina, era una pequeña espinita que solo había podido sacarse durante un verano en el pueblo, en el que a su tío Marcos le dio por poner un puesto de comida en la playa y la contrató como ayudante. La experiencia le había hecho comprender lo duro del trabajo hostelero, por lo que quedó satisfecha con su pequeña aventura y con la carrera laboral que había elegido, lo que le hacía disfrutar todavía más de sus creaciones culinarias en *petit comité*.

Sacó del canapé de la habitación una caja con todos los útiles de cocina que podía almacenar, que eran muchos para el usuario común pero ridículos para una amante de las cosas poco funcionales para el día a día como era Carlota. Olla exprés no tenía, pero el kit para hacer esferificaciones no faltaba en su arsenal.

Cuánto daño había hecho MasterChef, santo Jesucristo. Preparó una cena de estrella Michelin que olía a gloria bendita, se dio una ducha completa, incluso se peinó, hecho que no sucedía desde la boda de su primo, hacía al menos cinco años, y hasta se perfumó. Así de contenta le ponía tener el piso solo para ella. Abrió las ventanas para ventilar, limpió la casa y sonrió de manera genuina por primera vez en todo el mes cuando escuchó el timbre de la puerta de abajo.

—Pero bueno, qué bien huele la casa —dijo Lorena, su madre, tras darle dos besos y entrar en la vivienda.

—No te ilusiones, que es que se ha *duchao*, con ese trabajo que tiene de niña rata...

—Anda, qué graciosa la Mari. —Carlota sonrió con ironía y escaló por el cuerpo de su padre para darle un abrazo de oso de los que solían darse.

Su padre se llamaba Amari, y era un senegalés de dos metros y sonrisa perenne. Era carismático con rabia, espontáneo y encantador, su némesis y su debilidad: la única persona en el mundo a quien dejaba borrar la línea del contacto físico. Su padre era una de esas buenas personas sin pliegues, sin zonas sombrías; era lo que le venía a la mente cuando pensaba en la palabra «hogar». Su madre, por el contrario, era más bien seria, con un punto de estirada y antipática que había heredado su hija. Era una mujer que solía mantenerse en silencio, pero que era la persona más graciosa del planeta cuando se le ocurría abrir la boca. A veces no entendía muy bien cómo habían acabado juntos aquellos dos, pero en las ocasiones en que su madre sacaba ese humor fino e inteligente y captaba la mirada embelesada de su padre, todo cobraba sentido ante sus ojos.

De su padre solo había sacado el pelo afro y el moreno, algo más tibio que el suyo, de la piel. Del carácter extrovertido y dicharachero, nada. Al menos era guapa, y ese era todo el consuelo que le quedaba a la rancia Carlota.

—¿Con qué deliciosos platos nos vas a deleitar hoy? —preguntó su padre con sorna.

—Con unas acelgas rehogadas y atún en lata.

—No le gastes bromas con la comida a tu padre. Míralo, hasta blanco se ha puesto.

—No puedo ponerme blanco, cariño —contestó desde la cocina, donde había ido a investigar.

—Es humor negro, mi amor. —Lorena le guiñó un ojo a su hija y empezó a contar con los dedos. Hasta que no sacó el tercero, no escuchó la carcajada de su padre desde la otra habitación. Qué lentito era, el pobre, típico buenazo tontorrón. Ambas mujeres se

miraron con complicidad y pusieron los ojos en blanco a la vez.

—Qué bien hilas, mi vida —concluyó el hombre con la boca llena de lo que fuera que hubiera encontrado por ahí.

Al final, como siempre, acabaron los tres en la cocina minúscula, apoyados contra la encimera, tomando una copa de vino su madre y sendos refrescos padre e hija, de picoteo y charla mientras esperaban que el horno terminara. La cena estuvo lista y Carlota los expulsó al comedor mientras emplataba, la parte más importante de la preparación, pues de todos es sabido que se come primero por los ojos. Les sirvió los platos, agradeció las enhorabuenas por la pinta de las costillas de cordero cocidas a baja temperatura y comenzaron a engullir tan exquisita pitanza.

El subidón de haber cocinado se apagó a medida que se vaciaban los platos, y hacia el postre el ánimo de Carlota se volvió tan nublado como lo llevaba siendo las últimas semanas.

—Y encima el pesado del novio, todo el día aquí metido, que ya hay tres cepillos de dientes en el lavabo del baño.

—Yo hablaría con ella —comentó la madre—. Si vivís tres, que pague el alquiler y eso que te ahorras.

—Ni de coña, porque entonces ya sería definitivo, y una cosa es compartir piso con una persona, ¿pero dos? Por favor, que tengo ya treinta y tres años.

—¿Y no te da para irte sola?

—Te lo he dicho mil veces, papá: puedo irme sola, pero a pisos de veinte metros, más viejos que la orilla del río.

—Mejor eso que estar aguantando a alguien. —Su madre lo tenía claro, y ella también.

—Ya, si lo sé, si al final es lo que haré, pero joder, tengo un buen trabajo, con un buen sueldo, ¿de verdad no puedo permitirme un piso como este, por ejemplo, yo sola y sin tener que renunciar a un millón de cosas?

—Y eso que no socializas mucho, hija.

—Pues menos mal, porque si no, tú me dirás.

—¿Y en los pueblos de la periferia?

—Da igual, son todos carísimos, no hay diferencia entre Vallecas y Getafe.

—Me parece increíble, de verdad te lo digo. —Lorena no daba crédito, pues su generación había tenido su sufridera, pero no tenía nada que ver con la vivienda.

—Estoy harta.

El suspiro de Carlota, derrotado, provocó un intercambio de miradas entre sus padres. Entendían lo que quería decir, lo que la tenía tan resignada. Era una sensación de injusticia, de haberle puesto unas reglas al juego que consistían en que, si te esforzabas y

te preparabas, recibirías tu recompensa. Pero no estaba siendo así.

—He pensado incluso hacer horas los fines de semana. Con eso tendría dinero suficiente para irme sola a un piso moderno, bonito. Pero sin tiempo para nada, claro. Qué asco de vida.

—Tú trabajas de niña rata desde casa, ¿no? —preguntó lo obvio su padre con la boca llena de la tercera porción de tarta.

—Sí, papá, no me ducho, muy gracioso, ja ja ja.

—No, en serio. —Tragó al fin—. Si trabajas desde casa, ¿por qué te empeñas en vivir en Madrid?

Las dos mujeres se miraron de hito en hito.

—Bueno, porque la oportunidad laboral en Madrid es…

—Trabajas en la misma empresa desde hace diez años. —No la dejó terminar.

—Ya, pero la oferta cultural que ofrece Mad…

—¿Qué oferta cultural?

—No sé, teatro, conciertos, eventos muy chulos que se hacen aquí…

—No has ido al teatro en tu vida, Carlota.

—¡Pero hace mucho que quiero ir! —protestó, buscando apoyo en su madre, que miraba la conversación sin abrir la boca.

—Ni siquiera te gusta Madrid. «Madrid en verano es una mierda, con todo asfaltado me asfixio de calor» —comenzó a imitarla—. «Odio Madrid en invierno, porque en cuanto llueve se inunda el metro. Qué asco Madrid en Navidad, no soporto ir al centro».

—Ahí tiene razón tu padre, por no gustarte no te gusta ni el cocido, ni el vermú, ni San Isidro.

—Hay demasiada gente en todas partes.

—Pues eso es lo que te intento decir, cariño. No te gusta Madrid, te gusta la idea de vivir en Madrid si fueras otra persona, pero no lo eres. Eres Carlota, la típica loca que vive en lo alto de la montaña y a la que le molestan los excursionistas.

—Qué bonito, papá, qué imagen tan hermosa de tu primogénita —se quejó con muy poca credibilidad.

—Cómprate una camisa de cuadros y vete a vivir a un pueblo con huerto y vacas, hija mía.

Lorena soltó una carcajada por lo acertado de la conclusión de su marido. Desde que Carlota le comunicó de manera muy didáctica que era lesbiana al inicio de su pubertad, había temido que cayera en los estereotipos, pero lo cierto era que había dado justo en el clavo. La chica parecía un pez fuera del agua: había recibido demasiada información junta. Intentó apaciguar los ánimos.

—No hagas caso a tu padre, que lo ve todo muy fácil.

—No, si tiene razón —farfulló la chica, recostándose con fuerza

contra el respaldo de su silla.

Lorena apretó los labios y la miró con misericordia, elevando los hombros. Se miraron entre los tres y soltaron una carcajada al unísono que retumbó en las paredes del pequeño comedor.

—Igual sí, ¿eh?

Volvieron a reír.

—Además —continuó Amari—, si tú siempre has dicho que cuando fueras mayor te ibas a ir a vivir al pueblo de tus abuelos.

—Cuando tenía ocho años, pero vaya, que muchas gracias por querer mandarme a quinientos kilómetros de aquí.

—Cinco horitas de coche. —Sonrió su padre con la boca llena de dientes—. Y si ves una obra de teatro que te apetece, pues te vienes, y con lo que te ahorras en alquiler te pagas un hotel una vez al mes si quieres.

—¿No me vas a dejar quedarme en vuestra casa?

—Ay, yo qué sé, como eres tan rarita…

Carlota nunca había visto un pájaro carpintero, solo en los dibujos de cuando era pequeña, pero estaba segura de saber cómo era el ruido que hacía al repiquetear sobre un cráneo humano. Aquella idea, tonta idea de sobremesa, no dejaba de aporrear la puerta de su consciente y subconsciente, los dos a la vez y en Dolby Surround.

¿Y si lo mandaba todo a la mierda y se iba al pueblo?

2

IBI no significa «Imaginación Bastante Increíble»

Canguingos era un pueblo costero del norte de España, muy pegado a la frontera con Francia. Obviamente, de allí provenía la familia de su madre, pues la de su padre era harina de otro costal, o de otro continente, mejor dicho. Norteños de pura cepa, Carlota había pasado los mejores veranos de su vida allí. Sus abuelos habían abandonado este mundo hacía más de una década, y la casa familiar se la había quedado su tío Marcos, un soltero redomado con dos hijos de madres distintas que combinaba su afición por el mar con los deportes de montaña y había hecho de dicha afición su profesión. Un hombre muy completo y, para sorpresa de todo el mundo, el preferido de Carlota.

Con sus primos tenía buena relación, aunque hacía años que no compartían más que la Navidad y alguna visita esporádica de ellos a la capital. Aitor, el mayor, tenía tres niños, pues al contrario que su padre había resultado de lo más familiar. Celia era cantante de orquesta, y la verdad era que no le iba nada mal. Durante el verano vivía de fiesta patronal en fiesta patronal, y en invierno echaba una mano a su padre en la tienda de alquiler de equipos deportivos de distinta índole.

Carlota pensaba en aquella parte de su familia mientras regaba el pequeñísimo huerto que cultivaba en el balcón, un reducto de metro y medio de ancho por tres de largo que cuidaba con esmero y dedicación. Era su bien más preciado, de donde recolectaba los condimentos para sus comidas y el lugar en el que le gustaba sentarse en las semanas de entretiempo a leer y tomarse un té como si fueran aquello los jardines de Versalles. Una diminuta selva amazónica que chocaba con la fachada más bien austera, por no decir deprimente, de su bloque de pisos. Un toque de luz en medio de la mediocridad hecha de hormigón, ladrillos naranjas y toldos verdes llenos de desgarrones y suciedad.

Arreglaba y podaba con unas tijeras de coser mientras desplegaba la maquinaria de los recuerdos y dejaba que estos se la llevaran en volandas al país de nunca jamás, que en su caso olía a mar y a montaña y sabía a helado de limón. Se veía a sí misma con las rodillas peladas y la mitad de los dientes secuestrados por el

ratoncito Pérez, y aunque se esforzó en no romantizar los recuerdos de infancia, lo cierto era que le estaba costando mucho trabajo. El contexto tampoco ayudaba.

El regreso de su compañera de piso y el consorte tras un fin de semana romántico había chasqueado los dedos frente a su cara, sacándola de la ensoñación y rescatando la conversación con sus padres de una semana atrás. Una notificación sobre el aumento del precio de su alquiler según el IRPF para el año siguiente estaba a punto de hacerle tomar una decisión que, siendo como era de meticulosa, sabía que requería de un tiempo más prolongado de reflexión.

Detestaba cuando parecía que todo la empujaba hacia un camino concreto, pues sentía en esos momentos que su libertad, ya bastante coartada por las circunstancias, era solo una palabra vacía de significado para ella, que el destino, ese infame mentiroso, le iba dejando migas de pan que solo tenía que seguir, contaminando premeditadamente el concepto de libre albedrío. Otra persona habría visto magia en aquello, como si todas las decisiones de una vida te llevaran directa a un punto de inflexión, de no retorno. Sin embargo, para Carlota, controladora como ella sola, significaba dejarse llevar. Y a Carlota no le gustaba dejarse llevar. Era una mujer ajedrez, una *gambita de dama* que pensaba cada una de las consecuencias posibles antes de dar el siguiente paso, que dibujaba todas las jugadas probables e improbables en el tablero antes siquiera de decidir qué pieza iba a mover.

En resumen, era un aburrimiento de persona a la que se le escapaban las oportunidades de tanto pensarlas, que cuando quería subirse al tren, este ya estaba en Sebastopol, que de tanto renegar de los impulsos estaba dejando la vida pasar mientras todavía reflexionaba sobre qué hubiera pasado si en lugar de los zapatos negros hubiera elegido los azules para aquella entrevista de trabajo en Barcelona a la que al final no se presentó.

—A ver si voy a estar así de amargada por no tomar las decisiones necesarias para dejar de estarlo.

Se le escapó el pensamiento de los labios y se irguió todo lo alta que era, tijeras en mano. Aquella idea peregrina acababa de hacer que se asustara de verdad. ¿Y si la vida era así de sencilla? ¿Y si una solo tenía que tocar las teclas que desafinaban para ponerlas en el tono correcto y que de ese modo la melodía entera empezara a sonar de fábula? ¡Sí, hombre! ¡¿Pero cómo se iba a mudar al quinto coño, con perdón de la palabra, por la crisis de los treinta?!

—«¿Estás triste? No estés triste». Claro, porque es así de fácil, no te jode.

Farfullaba ella sola, con la nariz llena de tierra y la frente sudada.

Su compañera se asomó al comedor con el ceño fruncido y un cabeceo preocupado. Qué rarita era esa chica.

Últimamente, Carlota estaba sufriendo de ansiedad, pues ni sus pequeños placeres eran ya capaces de aplacar la sensación creciente de desidia, apatía y ruina emocional. Tenía el ánimo anémico de quien se siente retenida entre dos paredes de cristal desde donde podía ver el mundo a su alrededor, pero no podía tocarlo, ni olerlo, ni embadurnarse con él. Estaba siempre en espera: de un aumento, de un piso que no bajaba de precio por más que lo mirara, de una lotería que no tocaba, de un «ya te llamaremos», de un cambio que nunca se llegaba a materializar.

Tampoco quería mucho, solo una casa que fuera *suya*, donde poder anclar una estantería a la pared sin tener que pedirle permiso al propietario o propietaria para taladrar, que te quitan la fianza; con algo de patio donde poder tener un huerto pequeño, no una caja de madera con albahaca y perejil; con un garaje o una habitación vacía donde restaurar muebles viejos, hacer bricolaje o lo que demonios se le ocurriese. Quería vivir feliz y tranquila a base de pequeños proyectos a corto y medio plazo. En definitiva, sentirse adulta a una edad a la que ya hacía años debería serlo.

Cogió su teléfono y echó una nueva ojeada en la aplicación más odiada por cualquier treintañera después de la de búsqueda de empleo y la de ligoteo: la de vivienda. Deseó de corazón encontrar precios desorbitados en su pueblo de la infancia, pues así se cerraba una puerta que no estaba segura de querer traspasar. No tuvo suerte. Maldito pueblo de mierda. Y eso que sabía que las casas que salían en la aplicación, que iban dirigidas sobre todo al alquiler vacacional, eran más caras de lo que sería una casita de vivienda habitual. Aun así, podía alquilar un casoplón de seis habitaciones por lo mismo que pagaría por su piso actual si viviera sola. Ochocientos euros por una jodida hectárea de terreno con piscina. No daba crédito. Salió de la aplicación y fue a hacerse un poleo menta para ver si se le pasaba el disgusto. Hasta las manos le temblaban.

Esa sí que era una disyuntiva con todas las letras. Recién salida del horno, todavía humeante y que pedía a gritos un buen bocado. Así, pum, una opción viable que llenaría los vacíos de la vida de Carlota que hacían de ella una mujer infeliz e insatisfecha.

No, no, no. Esa opción tan repentinamente puesta sobre la encimera todavía quemaba, tenía que dejar que se enfriara antes de probar un pedazo.

Cuando quieras hincarle el diente, está más dura que una piedra.

Por favor, ¿eh? Que no es decidir sobre el diseño de las cortinas.

Y por eso no tienes cortinas. Se te pasa el arroz, Carlomagno, y

luego no quiero lloros.

No entendía por qué la voz de su subconsciente era la de su amiga Ana, la verdad.

***

—Estoy pensando en irme al pueblo en las vacaciones de verano —soltó nada más sentarse en el restaurante al que había ido a cenar con su mejor amiga, la también actriz de doblaje de conciencias, al parecer.

—Haces bien, yo me iría contigo de cabeza, con este calor... —Ana se empezó a abanicar con energía, pero detuvo el gesto en el aire y la miró con sorna—. Bueno, estoy dando por hecho que vas al pueblo de tu madre, porque no creo que se te haya ocurrido la increíble idea de irte a Senegal en agosto, francamente. Hasta a ti te falta melanina para eso.

—¿Tú eres tonta de nacimiento o estás entrenando para alguna competición?

—Entrenando —siguió la broma su amiga.

—Pues te van a descalificar.

—¿Y eso por qué?

—Por ser profesional.

Ana soltó una risotada que cortó rápido. Al fin y al cabo estaban en un restaurante.

—Le doy un siete a tu *performance* de graciosa sin experiencia previa en el sector. Ha sido buena, pero demasiado elaborada.

—Que me dejes. Bueno, entonces, ¿qué te parece mi idea? —preguntó más seria de lo que pretendía.

—Pues hija, son tus vacaciones, me parece bien lo que a ti te divierta hacer en tu tiempo libre.

—¿De verdad?

—Joder, Carlota, que son unas vacaciones, no es que te vayas a quedar a vivir allí.

La morena cogió su bebida y dio un sorbo. Echó una mirada por encima de su copa a todo el salón excepto a la pelirroja que tenía delante. Como jugadora de póker, no tenía precio.

—Carlota, mírame.

—No.

—Que me mires, Carlota.

No pudo resistir mucho más a las demandas de Ana y por fin puso los ojos, inseguros como nunca, sobre los de ella. La chica levantó las cejas, sin creerse lo que su mente empezaba a sospechar. Después las frunció, sopesándolo, pues lo cierto es que no era una idea tan descabellada, y terminó por hacer un puchero con labios temblorosos y la visión borrosa de lágrimas.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Carlota, quien alucinaba por la gama de emociones que manejaba su amiga y la velocidad a la que todas ellas se proyectaron en su rostro.

—¡Que te vas a ir de Madrid y vas a dejarme aquí sola con Fran y sus amigos viendo el fútbol y sin tener a nadie con quien ir a ver conciertos a la luz de las velas!

Ana gimoteaba al borde de las lágrimas y Carlota se moría de vergüenza. Los espectáculos públicos no eran lo suyo. Hizo un esfuerzo sobrehumano, estiró la mano y agarró la de su amiga para reconfortarla desde el otro lado de la mesa. Todo un derroche físico para nuestra protagonista y amiga Carlota.

—Ana, tía, que no me voy a ir a ningún lado —le decía con una sonrisa tensa. Le estaba sonando falsa esa frase y eso sí que no tenía ningún sentido.

—Sí, Carlota —el registro de Ana pasó a ser mordaz—, te vas a ir de vacaciones y vas a estar muy a gusto con tus primos y las vacas y yo me quedaré sola en este pozo infecto repelente de felicidad para siempre.

—Sola no, tienes a Fran.

De nuevo volvió a hacer pucheros y a Carlota le dio la risa.

—Pero tía, que me voy de vacaciones, nada más.

—Si lo peor es que te pega. Yo llevo años diciéndoselo a Fran, ¿eh? Que tú no terminas en Madrid. Si a ti Madrid no te gusta, ni tú le gustas a Madrid, la verdad, con esa ropa que me llevas estoy segura de que si Madrid fuera una tía, y lesbiana...

—Madrid es una mujer, es lo único que tengo claro.

—Pero hetero.

—Y un poquito facha.

Ambas amigas suspiraron. Odiada y amada Madrid. Esa ciudad era una mujer, en efecto, una *femme fatale*, una tóxica, la tóxica definitiva, la que sabes que te hará daño, que es como un desastre natural que va a arrasar con todo a su paso, pero a la que, aun así, te enganchas.

—Pero que no me mudo, ¿eh? Que solo voy de vacaciones.

—¿Vacaciones de relax o vacaciones de tanteo?

Carlota dudó si contestar con sinceridad, pues ni siquiera ella tenía muy claro el motivo de su visita.

—De relax con vistas.

—¿Al mar?

—Y a la montaña.

—Menudo paraíso, eso sí, en salud vas a ganar. ¡Y en dinero!

—Que no me voy a mudar, Ana, por favor, voy solo para quitarme la idea de la cabeza.

***

Cuando Carlota subió al coche, de vuelta a Madrid tras sus vacaciones en Canguingos, recordó aquella conversación con su amiga. Se despidió con la mano de sus familiares y enfiló la carretera comarcal que la iba a sacar del pueblo. Se miró en el espejo retrovisor, se apretó las sienes con los dedos y soltó un suspiro de los que quiebran parabrisas.

—Mierda.

***

Regresó con más dudas de las que se fue. No es sencillo tomar una decisión como esa, aunque al parecer todo el mundo a su alrededor veía aquella opción como natural y casi orgánica para el carácter y las aspiraciones que tenía Carlota en la vida. Ella estaba siendo la última en darse cuenta, como suele suceder. Tampoco es que odiara Madrid, al fin y al cabo se había criado allí, era simplemente que las cosas que la ciudad ofrecía, sus puntos fuertes, no eran cosas que a ella le gustaran, sino más bien al contrario. El hecho de que siempre hubiera «ambiente», que pudieras salir cualquier día de la semana y tuvieras dificultades para encontrar una mesa en un bar, era algo que sacaba lo peor de ella, que era mucho. Si hacía un ejercicio de honestidad, tenía que reconocer que no estaba hecha para la vida en la ciudad, de verdad que no. Detestaba todo lo urbanita, desde las aglomeraciones hasta las colas que se formaban para hacerse una foto en alguno de los muchos puntos de interés.

A pesar de tenerlo tan aparentemente claro, se resistía como gato panza arriba a dejarse guiar, a que un ente exterior le marcara los pasos a seguir. Lo lógico era plantearse la opción de probar a vivir en otro lugar más acorde a sus deseos, pero ya sabemos que Carlota tenía que valorar todas las opciones posibles antes de tomar una decisión. Tenía un dinero ahorrado, por lo que, cabezona como ella sola, se puso a buscar casa en Madrid. Pero no para alquilar, sino para comprar. La vuelta de tuerca definitiva. Se acercó a la inmobiliaria del barrio con sus nóminas, su declaración de la renta, su historia laboral impecable y una tibia esperanza de que aquella locura se quedara en eso: un grito desesperado de auxilio que había terminado bien.

Si hubiéramos podido verla por un agujerito, con su carpeta apretada contra el pecho y la mirada ganadora de quien se ha acostumbrado a perder y piensa «esta tiene que ser la mía», habríamos negado con la cabeza y dicho: qué lástima de criatura. A pesar de su edad, que en otros tiempos supondría tener ya un par de hijos en el instituto, para el siglo veintiuno aún era una niña.

Todo iba con diez años de retraso con respecto a la generación de sus padres, por lo que todavía no sabía mucho de la vida adulta: ni de la existencia del impuesto sobre bienes inmuebles, más conocido como IBI, ni del de basuras, ni el significado concreto y corpóreo del concepto «entrada para un piso», ni de que la crisis inmobiliaria de 2008 había provocado que la hipoteca proporcionada por el banco no cubriera el coste total de la vivienda adquirida. Tenía ahorros, pero no le alcanzaban para poder optar al piso más cutre de Cutrelandia. Echó cuentas, y para poder llevarlo a cabo necesitaba irse un año de vuelta a casa de sus padres, ahorrar mil euros al mes y así poder tener el dinero de la entrada para un piso que ni siquiera le gustaba. Para uno de su agrado más le hubiera valido no mudarse nunca del hogar familiar.

Se planteó incluso vender unos cuantos óvulos, pero algo en su interior le dijo que era el momento de parar. Se sentó en un banco de la calle y extendió frente a sus pies sus opciones. Con lo que podía ahorrar al mes, si se dejaba de excentricidades como irse de vacaciones o salir a comer, calculaba que hacia los cuarenta podría tener el dinero necesario para un piso. De Madrid al cielo, pero del infarto que le iba a dar. Si fuera asmática habría tenido que dar un par de aspiraciones de Ventolin. El futuro no se mostraba nada halagüeño.

Sacó el teléfono del bolsillo con cara de personaje de película justo después de vivir el evento canónico que la convierte en villana. Le molestó no tener un móvil de esos con tapa de principios de siglo para hacer su representación lo más dramática posible, pero a falta de pan, buenas eran tortas. Buscó en la agenda el número de teléfono de su tío Marcos, pulsó la tecla verde y esperó pacientemente a que contestara la llamada.

—*¡Pero bueno, sobrina, si no es mi cumpleaños!*

—Ya lo sé, tito, es que quería preguntarte una cosa.

—*Miedo me das. Trabajo aquí para ti no tengo.*

—No me hace falta trabajo, tito, soy programadora.

—*Anda, y yo.*

—¿Tú?

—*Programador de excursiones para practicar deportes extremos, ¿cómo te quedas?*

—De piedra pómez. —Soltó una risita aireada y sintió la presión de su pecho aflojarse un poco—. Tú… ¿Tú sabes de alguien, allí en el pueblo, o los alrededores… que… alquile una casa?

—*¿En qué plan?*

—¿Cómo que en qué plan?

—*Que si vienes de fin de semana con las amigas, a esquiar una semana con tu novia… Yo qué sé.*

—Para vivir.

—*Vivir... ¿de vivir?*

—Sí, vivir de vivir.

—*¿Para quién sería?*

—¡Qué más da!

—*No da igual, porque yo soy un tipo popular por aquí y si es por alguien, ya sabes, cercano, puedo apretar un poquito más.*

—Para mí, tito, la casa sería para mí.

—*Ay, pájara, si cuando viniste el mes pasado te vi yo muy analizadora... Se reía tu prima de mí cuando se lo dije, pero tu tío siempre tiene razón.*

—Anda, chulo, que eres un chulo. Es que he mirado en internet por hacerme un poco a la idea y...

—*Nada, nada, en los pueblos encuentras poco en internet. Déjame a mí y en un par de días te llamo.*

—Es solo por saber, ¿eh, tito? Estoy barajando otras opciones, otros pueblos, otras zonas de España...

—*Tú haz lo que quieras, que ya eres mayorcita, pero no te aconsejo irte a la otra punta del país.*

—¿Por qué?

—*Porque se siente uno muy solo tan lejos de todos, aunque en un primer momento te apetezca.*

—Me gusta la soledad, tito, ya lo sabes.

—*Pero la que eliges tú, no porque no tengas más narices. Que hacer amigos a cierta edad no es fácil, y viene muy bien tener a alguien, aunque sea solo una persona, con quien tomarse un cafelito de vez en cuando.*

Carlota guardó silencio, y Marcos supo que meditaba en profundidad sus palabras.

—*Yo te lo digo porque lo sé por experiencia, y porque sabes cómo somos los primos y yo, que vamos todos a nuestra bola y no te vamos a molestar si te decides a venir aquí.*

—Si lo sé, tito, si lo sé.

—*Pues eso, rica, que te lo miro y te llamo en unos días. Besos a tus padres.*

—Otro para ti. —Suspiró—. Y gracias —añadió—. ¡Y guárdame el secreto! —gritó en el último momento con la esperanza de que lo oyera.

Escuchó la risa de su tío al otro lado justo antes de colgar y se dio por satisfecha.

Carlota no sabía del alcance que tendría para su vida aquella llamada. Solo era una muchacha sentada en un banco de madera, con una carpeta repleta de referencias suficientes como para volar y, sin embargo, seguía anclada en un lugar con la presión de mil

atmósferas que le impedían levantar siquiera los dos pies del suelo a la vez. Si ella solo sospechara los lugares no visitados a los que la llevaría aquella charla de dos minutos, quizá nunca la habría hecho. Si pudiera haber imaginado, esa tarde de principios de septiembre, que la vida que siempre había dejado correr, como el río que una observa en silencio sentada en la orilla, iba a sufrir una crecida que la arrastraría hasta sitios insospechados, quizá habría hecho el esfuerzo de aprenderse el nombre del novio de su compañera de piso y aceptar el hecho de que vivirían juntos muchos años.

3

Limones color Seat Ibiza

El suelo de Canguingos era empedrado en el casco viejo, de un color oscuro y ligeramente resbaladizo en las zonas donde el tránsito había desgastado la calzada. Había verdín entre los adoquines debido a la humedad del lugar, y en las zonas de umbría crecía un musgo exuberante donde revoloteaban las avispas. Carlota agradecía haber elegido unas buenas deportivas para la jornada con su tío de aquí para allá, el cual le había aconsejado que, tal y como estaban los precios, le interesaba comprar. Estaban viendo casas viejas, terrenos y fincas varias, pero nada convencía del todo a la muchacha.

Económicamente, se podía permitir muchas de ellas, pero las que más le gustaban, por ubicación y posibilidades de futuro, necesitaban una reforma integral, y a ella no le importaba ir mejorando la casa poco a poco, de hecho la idea le apasionaba, pero tener que vivir en un granero con techo de paja lleno de boquetes por donde se colaban las palomas no le hacía demasiada ilusión. Ella buscaba más bien una casa vieja pero en buen estado, donde vivir sin necesidad de meterse en una obra nada más entrar, sino arreglar desperfectos poco a poco y cambiar las cosas que no le gustaran a medida que acumulara ahorros para ello. Era un proyecto ilusionante, pero parecía que nada terminaba de encajar con la idea que tenía en su mente. Nunca hubiera pensado que la aguja que le pincharía el globo de irse a vivir al pueblo no iba a ser ni las dudas ni el miedo, sino la dificultad de encontrar una vivienda que se adecuara tanto a su bolsillo como a sus expectativas.

—Esta vamos a verla por verla, pero está para precintarla y tirarla abajo.

—Bueno, pues vamos allá.

En efecto, no entendía cómo el Ayuntamiento no la había declarado zona catastrófica. Paredes de adobe medio derruidas, tablones sueltos de madera a modo de techo y clavos oxidados que eran un peligro para la integridad física de cualquiera que se atreviera a poner un pie dentro de aquel desastre urbano.

—Vámonos de aquí que se nos va a caer la casa encima —comentó su tío con el terror dibujado en la cara—. Bueno, hasta ahora… ¿cómo lo ves?

—Negro. —Sonrió Carlota con tristeza.

—¿Se te van de presupuesto?

—Solo la que estaba junto a la playa, esa sí que no me la puedo permitir ni de coña. —Suspiró. Aquella era la casa de sus sueños—. No, no es el dinero, vale lo mismo una casa entera de trescientos metros aquí que la entrada para un piso de sesenta metros en Madrid.

—No jodas. —Marcos no daba crédito, e incluso detuvo los pasos en mitad de la calle.

—¿Ahora entiendes mi desesperación?

—Te entiendo, claro que te entiendo. Creo que un pueblo es la mejor opción, y más para ti, que puedes currar donde quieras. Vivir en Madrid trabajando desde casa es tirar el dinero y perder calidad de vida.

—Ya... Bueno, no pasa nada, seguiremos buscando. Tú cuando te enteres de algo me dices, me enseñas fotos y si veo que me gusta vengo un fin de semana a verla. Intenta que sean varias, ya que me hago el viaje...

Marcos la observó como poca gente la observaba. Parecía alocado y tarambana, pero comprendía en profundidad el carácter de Carlota y veía en sus gestos lo que ella se esforzaba en ocultar. Por eso era su tío favorito y por eso lo detestaba a veces.

—Menudo bajón, ¿no? —dijo, aun así, con tono ligero.

—Pues un poco. Ya que había valorado en serio la posibilidad de hacerlo quería que fuera ya, porque como me lo piense...

—Como te lo pienses no lo haces, que te conocemos. De hecho, me sorprende que te hayas lanzado en tan poco tiempo.

—Solo estoy viendo casas.

—De eso nada, guapa, tienes la cara de quien lo tiene claro, pero aún no lo sabe.

—Anda... —Intentó quitarle importancia a las palabras de Marcos, no muy segura de cuánta verdad tenían.

—Se te ha cambiado el semblante al ver esta casa, que era la última de la lista. Te vas a llevar un buen disgusto como no te salga.

—Ya las hemos visto todas, tito, y no me cuadra ninguna. Seamos serios: no me ha salido.

—Con la de casas vacías que hay aquí... Este año la Nochevieja la organizas tú en tu nuevo chalet, ya verás.

—Ojalá, pero no lo veo.

—Qué positiva eres, hija, hay que joderse. ¿Tú has tenido suerte alguna vez en tu vida?

—Jamás.

—Pues por eso. Ya te toca, por estadística.

Carlota soltó una carcajada más por quitarse el mal sabor de la boca que por la gracia. Quiso creerlo, ensayando una forma distinta

de esperanza. Si la casa de la playa hubiera sido un poco más barata... Se iba a quedar con esa espina toda la vida, pero se negaba a pedir una hipoteca y regalarle dinero al banco cuando podía adquirir una vivienda sin costes adicionales, aunque no fuera su casa soñada. Ya la convertiría en ella poco a poco. No quería reconocerlo en voz alta, pero se moría de ganas. Tener una propiedad a su nombre, donde poder hacer y deshacer a su antojo. La idea le ponía un enjambre en las tripas.

Quizá no era el momento, quizá no era el lugar, quizá debería volver a esperar, de nuevo y como siempre. Le costaba masticar la rabia de su mala fortuna, tragar la sensación de haber nacido cuando no debía, diez años antes o diez años después de un momento mejor, de tomar las decisiones demasiado tarde o de querer soluciones demasiado rápido. Su generación estaba abocada a mantener a todos los psicólogos y psicólogas del país.

Pero a veces, el universo mira a una pobre treintañera frustrada y se apiada de ella. Ve su sufrimiento vital por cosas que deberían darse por sentadas y dice: suficiente. La mañana del día en el que regresaba de vuelta a Madrid, después de un fin de semana entero viendo casas, su tío Marcos le pidió que lo acompañara a recoger unas cosas de la carnicería que le habían encargado sus padres. No conocía mucho el pueblo, pero estaba segura de que el camino no era ese. En efecto, la camioneta pasó por delante del establecimiento y lo dejó atrás. Miró a su tío de lado con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Era típico en el pueblo ir directamente a casa de algún vecino a por cosas que solían estar en las tiendas.

Marcos estaba serio y silencioso, por lo que Carlota no sospechó hacia dónde se dirigían ni con qué intención. Le sonaba el carreterín que habían tomado en última instancia, y estaba segura de que desembocaba en el mar. Casi le da un soponcio al tomar la última curva y ver el casoplón de la playa ahí elevado, altanero, precioso y orgulloso, algo alejado del pueblo, lo justo para disfrutar del retiro, pero no lo suficiente como para tener que coger el coche para cualquier cosa. Era, simplemente, perfecta.

Suspiró como una adolescente.

—Es bonita, ¿eh?

—Es mi amor imposible, tito.

—¿Te gustaría vivir frente al mar?

—¿Estás hablando en serio? ¿Quién diría que no a esa pregunta?

—Yo, pero que sepas que es un rollazo tener que pintar la valla del jardín todos los años por el salitre.

—Sarna con gusto no pica. —Se encogió de hombros y volvió a suspirar.

Marcos detuvo el coche al final del carreterín, justo cuando daba

comienzo un camino de piedras y gravilla invadido de hierba. Hacía años que nadie pasaba por allí.

—Así que te gusta esa casa, ¿no? —insistió y comenzó a caminar, con una sonrisa que empezaba a asomar por sus comisuras.

—Me casaría con ella.

—¿Tanto? —Carlota asintió con vehemencia y el hombre rio. Se aproximaban a la casa como quien no quería la cosa y a Carlota se le estaba formando un nudo en el estómago. Marcos era imprevisible.

—¿Qué pasa, tito? Me estás dando mal rollo.

—Nada, nada, que me ha pedido Antonio, el carnicero, que me pase por un almacén que tiene aquí cerca para llevarme una máquina que no le funciona, a ver si la puedo arreglar. Pesa mucho y necesito que me ayudes a subirla a la camioneta.

Carlota asintió y continuó por el camino, dejando aquel chalet a un lado y después a la espalda. Se rendía: cuando volviera a Madrid pensaba acercarse a su banco a preguntar por cuánto le saldría una hipoteca para una casa como aquella.

El camino ascendía hasta una ligera loma llena de árboles, algo elevada del nivel del mar. Un pequeño promontorio que habría sido perfecto para un faro si este no hubiera estado en otro lugar. Justo tras él, oculta a primera vista, había una casita como la de Hansel y Gretel en una etapa postapocalíptica. Tenía un aspecto descuidado y ruinoso, pero allí, en el centro de una especie de claro y rodeada por una cerca de madera con la mitad de los tablones descolgados, una hubiera esperado encontrar dentro a la bruja malvada envenenando manzanas y atiborrando de dulces a un par de críos. Menos poética y mucho más tétrica. Al parecer, allí se dirigían.

Marcos abrió la cancela que daba paso al jardín de maleza y escombros desperdigados, donde descansaba un tractor oxidado, una pila de ruedas de todos los tamaños, dos bicicletas del año de Maricastaña y baldosas y ladrillos amontonados por doquier. Tenían que ir esquivando trastos hasta la puerta de entrada, que era de madera tallada. Carlota pensó que con una buena lija y una mano de pintura quedaría preciosa.

Los goznes chirriaron y el vello de la nuca de la morena se erizó. Espeluznante. Las telarañas velaban la vista y el polvo cubría cada superficie como un manto grueso y esponjoso. Le dio alergia. Pasaron el recibidor entre sus estornudos, e ignoró el arco de entrada al comedor, a la izquierda, y la escalera que ascendía al piso alto a la derecha. Tras ella, un par de habitaciones llenas de cajas arruinadas por la humedad y un par de somieres con patas. Al fondo se encontraba la cocina, destartalada de tan grande.

—Madre mía, esta cocina mide lo mismo que mi piso.

—Las cosas de los pueblos, ya sabes. Somos unos exagerados.

—Y que lo digas —añadió, impresionada.

De frente había una puerta de hierro que comunicaba la cocina con el patio trasero. Si el delantero estaba plagado de basura, el de atrás parecía, literalmente, el Rastro. Mientras caminaban entre montones de muebles, adoquines, material de obra y zarzas, Carlota se sintió como si deambulara por los pasillos de la Sala de los Menesteres de Harry Potter. Un camino de piedras sueltas, que no abandonaron en ningún momento, desembocaba en una especie de granero, a través de cuya ventana se veían más trastos aún. Se asomó por la puerta tras su tío, sin atreverse a adentrarse en ese mercadillo lleno de tétanos y bichos campestres. Cuando una rata del tamaño de un perro pequeño pasó corriendo hacia el exterior, Carlota se subió de un salto a un pupitre de posguerra que había allí solo Dios sabía por qué y empezó a sudar.

—Anda, ¿y tú te quieres mudar al campo? —Se mofó Marcos.

—Vámonos de aquí, por favor.

—¿Te llevo a caballito?

—Sí.

—Venga, sube, ¡el suelo es lava!

Marcos se acercó risueño y le ofreció su espalda, donde la chica se encaramó. Salieron de la casa de vuelta al camino y allí Carlota devolvió los pies al suelo, no sin antes dar una colleja a su tío. Emprendieron el regreso al coche, pero la muchacha se detuvo de golpe, acordándose de algo.

—¿Y la máquina?

—¿Qué máquina?

—La que veníamos a recoger.

—Ah —Marcos sonrió un poco apesadumbrado y retomó el paseo. Carlota lo siguió, extrañada por su aire triste—. Era una mentirijilla para que me acompañaras a ver esta casa. Pensaba que te encantaría, pero ya he visto qu…

—¿La casa se vende?

—La casa se regala, prácticamente.

—¿De verdad? —Carlota volvió a detenerse y obligó a su tío a imitarla—. ¡Pero haberlo dicho antes, merluzo, la hubiera mirado con otros ojos!

—¡Pero si yo pensaba que nada más verla, como estás en modo búsqueda, sabrías que tiene muchísimo potencial!

—¡Pero qué potencial le voy a ver si parece la casa de la bruja de Blair!

—¡Deja de gritar!

—¡No puedo!

—¡Por qué!

—¡Porque sí que tiene potencial!

—¿Quieres volver a verla con ojos de compradora?

—Te lo suplico.

Carlota puso su estudiada carita de ángel, con las manos juntas frente al pecho y casi podía verse el halo sobre su cabeza. Marcos negó con la cabeza, algo más animado, y volvió sobre sus pasos.

—Me encanta la puerta —reconoció la chica, ya completamente metida en el papel de futura propietaria.

—La bienvenida ya es estupenda.

—Lo que pasa es que cuando la abres…

—Tienes que imaginártela limpia, con olor a comida y un par de abrigos en el perchero. Eso es lo que hace de una casa un hogar.

—Esta lleva mucho tiempo sin conocer ninguno de esos conceptos.

—Antonio la usa de trastero desde que puso la carnicería y se mudó al piso que hay encima de la tienda. Lo que no le cabe allí, o las máquinas que se le rompen, las trae aquí. Para piezas, dice —bufó Marcos, meneando la cabeza—. Tiene un diógenes de campeonato, vaya.

—Totalmente. ¡Hostia! —Carlota entró por primera vez en el comedor—. ¡Pero si tiene chimenea!

—Y de las buenas.

—¿Hay buenas y malas?

—Sí, hacer chimeneas es un arte, como todo lo artesano. No es fácil hacer bien el tiro para que salga el humo, y como te lo haga un chapuzas que no sepa, se te queda la casa ahumada, te pican los ojos y apesta la ropa.

—Joder —Carlota abrió los ojos, impactada, y se asomó al hueco donde iría el fuego, como si ella, observadora, pudiera apreciar lo bien hecha que estaba.

—Esta la hizo Orestes, así que puedes estar tranquila. Las mejores de la zona, nadie las hace como él.

—Pues punto para la casa.

—Y uno muy importante. Bueno, sigamos. Estas dos habitaciones son grandes, pero no tienen nada destacable.

—Hombre, las molduras son impresionantes. —Carlota defendió la antigua casa del terror, ahora reconvertida en el palacio de Cenicienta, como si ya fuera suya. Las personas, cómo son a veces, ¿eh?

—Ah, claro, es verdad, que en Madrid construís recepciones de dentista en lugar de casas —dijo con sorna, y Carlota asintió—. Habitaciones, sin más. Tiene dos, que fue el requisito que pediste para tener un despacho por un lado y el dormitorio por el otro. Otro punto para la casa.

—Punto para la casa.

—Debajo de la escalera hay un trastero para meter las botas de montaña, una pala para cuando nieve, los paraguas…

—Ah, claro, es verdad.

—La cocina de madera maciza, ya no se hacen muebles así.

Marcos golpeó una de las puertas para confirmar su punto. Serían macizos, pero más feos que un frigorífico por detrás. Podrían ser *vintage* si tuvieran veinte años más, pero aún estaban en el punto intermedio en el que se consideraban una horterada de los noventa que no había por dónde cogerla.

—¿Has visto el alicatado?

Carlota miró a su tío con los ojos entornados y puso una sonrisa irónica. Horror, no podía describirse de otro modo. En general, el alicatado era blanco, un poco sucio para el día a día, pero no estaba mal. No obstante, había una línea de baldosas con limones color Seat Ibiza que rodeaba toda la cocina.

—Precioso.

Marcos soltó una carcajada y observó a su sobrina revolotear por la estancia. Sabía que era la más importante para ella. No le hubiera importado tanto renunciar al despacho con tal de tener una cocina grande como aquella. Si era capaz de ignorar los limones, la casa era suya. Para ayudarla en su decisión, abrió una puerta en la que Carlota no había reparado.

—Y aquí está la despensa.

La muchacha siguió aquellas palabras como un ratón al flautista de Hamelín. En Madrid, aquella habitación secundaria no existía por motivos obvios, pero le encantaban. Tenían ese aire rural que le hacía acordarse de su niñez, cuando ayudaba a su abuela con la comida y la mandaba rebuscar por toda la alacena para llevarle una cabeza de ajos. Sin exagerar, en aquella estancia cabía una cama con sus dos mesitas de noche. Se la imaginó llena de baldas, de muebles, del suelo al techo, y dichos muebles llenos de utensilios de cocina. Se le anegaron los ojos de lágrimas y salió bien emocionada al encuentro con su tío.

—¿Qué? —preguntó el hombre, cruzado de brazos y con una sonrisa triunfal en la cara.

—¿Cuánto?

4

¿Y tú de quién eres?

—¡¿Me puedes explicar qué mierda es esto?!

Ana se asomó a la puerta de la cocina, despeinada como nunca antes había sido vista, con unos guantes de fregar que le llegaban hasta los codos y cara de persona que no está pasando por un buen momento. Carlota no sabía explicarle qué era la mayor parte de las cosas que su amiga le llevaba muerta de asco, pero aquello parecía evidente.

—Yo creo que es una rata muerta.

El rostro de su amiga quedó lívido y, como si su cuerpo fuera de repente transparente, pudo ver con claridad la manera en la que su bolo alimenticio frenaba en seco su trayecto hacia el sur, como en los dibujos animados, giraba en redondo y recorría de nuevo el camino hacia el lugar de partida, solo que mucho más rápido. Soltó los restos cadavéricos en cuestión, se llevó una mano a la boca, por suerte la que no sostenía hasta hacía un momento al animal, y regresó al patio trasero a echar la primera papilla. No había sido la única del fin de semana.

—¡ESTO NO ESTÁ PAGAO! —la escuchó decir entre arcadas.

—¿Ya está otra vez? —Su padre se acercó a cotillear con ella, muerto de la risa. Ana era un cuadro y estaba haciendo mucho más llevadero aquel palizón de limpiar.

—Otra vez la niña del exorcista abonando el patio, así es.

—Te van a crecer unas petunias estupendas, hija.

—Calla, por favor, que como lo piense…

—¿Ya está tu amiga vomitando? Pero será posible… —Acababa de entrar en la estancia su tío Marcos, lleno de polvo hasta el cielo del paladar—. Yo no sé si compensa lo que limpia con lo que ensucia, Carlota, en serio te lo digo.

—¡Os estoy oyendo! —se escuchó gritar a Ana, que daba los últimos estertores de la muerte.

—¡Y nosotros a ti, rica! ¿Qué ha sido esta vez? —Volvió a dirigirse a su sobrina.

—Esa rata muerta de ahí.

Carlota señaló el bulto que Ana había lanzado sin delicadeza alguna hacía un minuto. Marcos lo cogió del suelo y lo examinó. Cuando lo escucharon partirse de risa, la morena y su padre se miraron sin entender nada.

—¡Pero niña, que esto es un zorro disecado!

Y se fue zorro en mano a buscar a Ana, que huía de él como de la peste, con una mano en la boca y otra en el estómago. Desde luego, estaban muy cansados, pero aquellos ratitos les alegraban la dura jornada.

El otoño había entrado con fuerza en Canguingos, pero la lluvia había dado una tregua a los limpiadores oficiales de la familia y allegados de Carlota y llevaba desde el jueves sin caer una gota. Menos mal. Solo de imaginar el contenedor que había tenido que contratar lleno de agua, se ponía a transpirar del agobio. Por suerte no había sido así. Encontrar un fin de semana que viniera bien a todos y a todas no había sido fácil, pero al parecer el destino había conseguido que la moneda cayera siempre de cara para el asunto de la compra de la vivienda.

Después de la primera visita y un acuerdo verbal con el carnicero, había tenido que volver a Madrid para enfriar la mente lo suficiente como para tomar una decisión lo más reflexionada posible.

Le estaba costando un trabajo descomunal no lanzarse de cabeza, cosa rara en ella, que era calculadora hasta lo psicopático. Sin embargo, apaciguó su espíritu y regresó a la ciudad. El carnicero le había dicho que no le corría ninguna prisa, por lo que echó el freno de mano a sus impulsos y alejó de su mente cualquier pensamiento que tuviera que ver con la casa. Aquella templanza de ánimo duró hasta la noche en que su compañera de piso y una borrachera de las malas le arruinaron una sesión de cine en casa con Ana.

—Dios, qué ganas tengo de irme de este puto sitio y perder a la imbécil de vista para siempre —se le escapó mientras fumaban en el balcón, a modo de despedida.

—¿Ya has encontrado piso? —Ana puso cara de sorpresa y le dio medio abrazo de lado, con cuidado de no quemarla ni quemarse ella.

—No, Ana. —Cogió todo el aire que había a su disposición y lo soltó lentamente—. He encontrado una casa.

La chica se quedó estupefacta, y de nuevo todas las emociones de su catálogo desfilaron por su rostro sin prisa pero sin pausa. Primero reinó la alegría, luego el cálculo rápido de cuando atas cabos y finalmente la tristeza emocionada, esa que se produce cuando te alegras mucho por alguien, pero sabes que a ti, personalmente, te va a doler. Algo en su interior le decía que el nuevo hogar de su mejor amiga no estaba a veinte minutos en metro.

—Venga, Carlota, sin paños calientes.

—¿Eh?

—Que me digas el lugar y la fecha. De una, como cuando quitas una tirita. —La pelirroja incluso cerró un ojo mientras esperaba el golpe de gracia.

—No tengo ni lo uno ni lo otro, estoy todavía en periodo de reflexión.

—¿Y cuánto dura ese periodo de reflexión?

—Me ha dicho el hombre que no tiene prisa en vender, que me tome el tiempo que necesite para darle una respuesta definitiva.

—O sea, que siendo tú es fácil que al final te toque negociar con sus hijos cuando la hereden porque ese hombre habrá muerto de viejo, entiendo —la acusó justamente.

—No, tanto no. Yo me he puesto de fecha límite fin de año.

—¿Tres meses nada más? Oye, eso está muy bien. Año nuevo, casa nueva, ¿no?

—Sí.

Carlota suspiró y su amiga la miró con delicadeza esta vez, sin la mofa protectora que genera la inseguridad de ver partir a quien se quiere.

—¿Te da mucho miedo?

—Me aterra. ¿Y si me equivoco? ¿Y si os echo mucho de menos a mis padres y a ti? ¿Y si me aburro en un puto pueblucho de cuatro mil habitantes que está donde Cristo perdió el mechero después de haber vivido nada más y nada menos que en Madrid?

—Hostia, muchos interrogantes esos, ¿eh? Simplifiquemos. —Ana entró al salón, cogió el refresco de su amiga y su cerveza, dos sillas y las apretujó como pudo en el enclenque balcón—. Así es como se habla de temas trascendentales, con una cervecita y otro cigarrito pa'l pecho.

A Carlota le temblaron los labios y sintió profunda la pérdida dentro de la victoria. Es irónico, ¿no? Nunca se gana del todo, pues hay que dejar cosas atrás que no caben en la maleta. Siempre hay bajas en la batalla, aunque hayas ganado la guerra, y también es bueno llorarlas para aceptar que la felicidad no puede ser completa durante mucho tiempo seguido, sino que se iluminan pequeños tramos, como en el SingStar, y hay que estar prestos a cantar a pleno pulmón cuando se nos enciende nuestra parte. Su Armada Invencible era una nueva e ilusionante vida y Ana su canal de la Mancha.

—¿Qué? —preguntó la chica ante el silencio de la morena.

—Que te quiero mucho, amiga.

A la pelirroja se le cristalizaron los ojos al instante. Nunca esas palabras habían salido de la boca de Carlota y supo que estaba a punto de tener que dejarla ir.

—Y yo a ti.

Se abrazaron durante un tiempo inmensurable y se quitaron las lágrimas a manotazos al separarse. Ninguna de las dos se sentía cómoda en aquellas muestras afectivas, aunque a veces no hubiera otra manera de expresarse —porque aún no se habían inventado las palabras para ello— que esa.

—A lo que iba. Simplifiquemos. En ese pueblo tuyo, las casas... ¿Se venden bien?

—Sí, hay bastante movimiento. Según mi tío, se está poniendo de moda la zona y la gente compra como segunda residencia para las vacaciones y eso.

—Pues ya está, hija mía, que no es que vayas a firmar un contrato con el diablo por el cual tengas que vivir allí veinte años. ¿Que no te gusta? Pues vendes, y si la reformas un poco a lo mejor hasta le sacas algo de dinero. Madrid no se va a mover de aquí, y yo tengo un sofá que sigo pagando a plazos donde puedes quedarte a dormir si decides volver.

—Qué fácil lo ves, tía.

—Lo veo como es. Lo malo es que pierdes tus ahorros, pero con un par de años que vivas allí sin pagar alquiler, lo recuperas.

—Coño. —Carlota no se había parado a pensarlo de manera tan práctica, pero tenía todo el sentido del mundo.

—¿Para qué sirve una amiga contable si no es para estas cosas? —Se enorgulleció Ana de sus bastos conocimientos.

Carlota asintió con pesadumbre. Sabía que podría reponerse de un error como el de irse a vivir al campo, sobre todo ella, que no tenía cargas ni grandes afectos. No, lo que la echaba para atrás era su carácter orgulloso. Las consecuencias de una mala elección las podía soportar, ¿pero aceptar el fallo? Ella era capaz de quedarse allí aunque no le gustara con tal de no reconocer que se había equivocado, y eso sí que le daba miedo de verdad. Estaba acostumbrada a lo malo conocido y le daba un vértigo de muerte lo bueno por conocer.

Cuando comentó esas mismas inseguridades con sus padres, la decisión estaba prácticamente tomada. Mientras su madre se puso a llorar y a buscar en el móvil alquiler de furgonetas para la mudanza, su padre fue al calendario del trabajo para ver qué semana podía cogerse y así ayudar a su pequeña en su aventura. No tenían muchos peros que ponerle, excepto el de la lejanía, pero ambos entendían la motivación más que nadie, pues su madre hizo el mismo viaje, pero a la inversa, y su padre se había mudado de continente. Hablaban desde la experiencia de quienes se fueron buscando la felicidad y la habían encontrado, por lo que no podían interponerse en la de su hija.

—Así que te vas —soltó su padre, serio por primera vez en toda su vida.

Carlota suspiró lo más profundo que pudo. Eso parecía. No pudo siquiera articular palabra, por lo que asintió sin más.

—Joder, con dos ovarios.

—Mari, estás en *shock*, ¿eh?

—¡No llames Mari a tu padre! —Se entrometió su madre desde el baño, donde se sonaba sonoramente la nariz.

—Estoy flipando, cariño —continuó el hombre, que miraba a su hija—. Tú tienes muchas virtudes, pero nunca conté la valentía entre ellas.

—Vaya, muchas gracias.

—No es malo tener reservas, ser conservadora. La gente así se equivoca poco, pero la vida también se construye a base de errores.

—¿Crees que este lo será?

—Creo que tu vida va a empezar ahora.

—Siento que he estado viviendo la vida de otra persona.

—Fíjate, a lo mejor tu único error ha sido esforzarte tanto en no cometerlos.

—A lo loco, papá.

—A lo loco.

—A lo loco nada. —Regresó su madre al comedor—. Ya he hablado con Matilde, la de mi trabajo, que su marido es albañil y tiene una furgoneta enorme muerta de risa, porque de lo grande que es, claro, en Madrid no la puede meter, y nos la deja gratis, pero tiene que ser como mucho a finales de noviembre, que va a vendérsela a su primo antes de que termine el año para cerrar las cuentas anuales o yo qué sé…

Su madre, por lo general parca en palabras, siguió contándoles la vida de Matilde a sus dos espectadores, que esperaban que la mujer cogiera aire para intervenir, cosa que nunca sucedió desde ese momento hasta el mismo día de la mudanza. Padre e hija se preguntaban a escondidas si aquel espécimen en apariencia humano respiraba por esporas, si quizá tenía branquias que le permitieran parlotear y mangonear a todo el mundo sin dar a nadie posibilidad de réplica.

Fue Lorena quien se encargó de organizar a todo el mundo. Se hizo con el teléfono de Ana, y no supo cómo convenció incluso a su novio Fran de que los acompañara para echar una mano. Sincronizó a la familia madrileña con la canguinguera para encontrar un fin de semana que les cuadrara a todas y a todos. Lo consiguió como si no costara, como si hubiera dicho un día al azar y por casualidad todo hubiera encajado por arte de birlibirloque. Solo Amari y Carlota sabían la hora intempestiva a la que se acostaba por las noches

planificando las tiendas del barrio a las que pedir cajas vacías para que su niña —que se muda mi niña, José, a mi pueblo de toda la vida, hay que ver esta juventud, cualquier cosa que no te esperes van y la hacen— las fuera llenando de la vida que se acumula por todas partes, de libros, de vinilos, del recetario de su abuela, que en paz descanse, de pequeños cachivaches del rastro que a su hija tanto le gustaban. No sabes lo que tienes hasta que lo tienes que empaquetar.

Lorena estaba viviendo la mudanza de su hija como suya, y es que Carlota no había caído en la cuenta de que su madre se había criado allí a donde ella se marchaba, en la ilusión que seguramente le hacía que su pequeña volviera a sus raíces, a las calles que la vieron crecer, que guardaron el secreto de su primer beso y que la vieron partir con dieciocho años y una diplomatura entre ceja y ceja.

De ese modo, la casa familiar de Canguingos, ahora habitada por su tío, fue invadida por los forasteros madrileños durante el puente de la Hispanidad, a mediados de octubre. Lo primero que hicieron tras instalarse y ponerse ropa vieja fue una barbacoa de bienvenida. Marcos había perpetrado un allanamiento de morada en la nueva casa de su sobrina y, por su cuenta y riesgo, había limpiado una pequeña zona del patio, donde había un porche con una barbacoa de obra estupenda, aunque a falta de un lavado de cara. Encontró un arcón frigorífico desechado por el carnicero, le dio unos retoques y lo puso a funcionar, por lo que cuando llegaron estaba lleno de bebidas frías. Desempolvaron unas cuantas sillas de jardín, juntaron tres mesas de bar que había por allí y comieron hasta el desmayo. Fran, en principio reticente a desaprovechar su querido puente, terminó encantado de la vida, e insinuó varias veces durante el fin de semana que le encantaría tener una segunda vivienda como aquella. Ana, urbanita hasta la médula, se arrepintió de haberlo llevado y culpó a su amiga con antelación de su futuro rural. Esperaba que la tontería se le pasara rápido.

También fueron a ayudar Celia, Aitor y la familia de este, así como amigos de su tío y de sus primos. Parecía que la mudanza de Carlota había revolucionado el pueblo, pues no era muy habitual tener nuevos vecinos en un municipio como aquel. Las veces que tuvo que acercarse al centro a por bolsas de basura o productos de limpieza, todo el mundo la saludaba con mucha amabilidad, algunos recelosos y la mayoría curiosos.

—Niña, ¿y tú de quién eres?

—De la Pruden, la churrera.

—¿Nieta de Cayetano? —Se sorprendió la mujer. No le cuadraba mucho con el color tostado de su piel.

—Sí, Isabel, ¿no se acuerda de mí? De pequeña pasaba aquí los veranos y usted nos vendía a mis primos y a mí los sobres de Tang.

—Ay, bonica, entre que no veo y la edad, me pierdo ya con la juventud.

—No se preocupe, seguro que, si hace memoria, se acuerda. Buen día.

Y se marchó con sus bolsas sin querer alargar una conversación que había tenido ya veinte veces con mujeres y hombres distintos.

Le estaba costando horrores llenar el contenedor de trastos, pues le encantaban las antigüedades y la casa del carnicero era una auténtica mina. Peleó lo que no está escrito con su madre, que quería dejar aquello vacío como un solar, mientras que ella se resistía a desprenderse de tantos tesoros como había en el granero. Aun así, encontró el equilibrio, pues tenía tantísimo espacio que podía permitirse el gusto de tener más cosas de las que necesitaba, muy al contrario que en su piso antiguo.

—Bueno, pues más o menos... Está.

La familia se había vuelto a reunir en torno a la barbacoa el domingo para la comida de antes de partir. Desde aquel momento, Carlota empezaría a volar sola. Le quedaban aún muchas cosas por hacer, sobre todo en el granero, pero lo que era la casa la tenía limpia y apta para la vida, con su cama hecha y butano de sobra para poder cocinar. Obviamente, había mejoras imprescindibles que hacer, para lo cual tenía la paga extra de Navidad prácticamente gastada.

—Se te va a pelar el culo de frío este invierno, pero te ha quedado una casa monísima —la felicitó Ana a su modo. Aún no le había perdonado que se fuera tan lejos.

—Gracias, amiga. Y gracias a todos y a todas, sin vuestra ayuda habría tardado meses en dejar la casa habitable.

—Meses dice —se burló Aitor entre dientes.

—Tampoco exageremos. En fin, que aproveche la comida y quien vaya a conducir, que no beba, por favor. Gracias.

Tras la comilona, uno a uno, se fueron marchando. Hubo abrazos y lágrimas, pero nunca de Carlota, quien tenía más nervios que emoción ante la perspectiva de una vida sin estrenar. Unas semanas después no recordaría siquiera qué se dijeron en aquel hasta luego que tenía más peso del que quería reconocer, pues estaba completamente disociada de su entorno hasta el momento en que se quedó sola ante el peligro. A su tío Marcos le costó pillar la indirecta de que era hora de irse a su casa, temeroso de dejarla sola en su primera noche, sin ser consciente de que era justo eso lo que con tanta desesperación había buscado.

Al final, rayando la hora de la cena, se retiró inquieto y dejó a

Carlota familiarizándose con su nuevo hogar, como quien acaba de conocerse y tiene que profundizar en el carácter, en las manías y particularidades de la otra, aventurándose poco a poco en la personalidad que tiene el lugar donde se vive. Carlota sonrió con timidez a la casa y miró al suelo, como primera toma de contacto al estar, al fin, solas. Aquello se sentía como una primera cita de esas que nunca había tenido.

—Encantada de conocerte.

Por suerte, la casa no contestó.

5
Las tres Marías

El primer amanecer en su recién estrenada morada fue algo accidentado, lejos de la idea bucólica formulada en su imaginación. Se durmió muy temprano debido al cansancio de tantos días de limpiar y preparar, por lo que despertó al mismo tiempo que el sol. Se levantó de la cama dando tumbos, pues no sabía con exactitud dónde estaba la puerta, dónde la mesita y dónde el interruptor de la luz. Ese tipo de automatismos tardarían en llegar. Su meñique del pie conoció las cuatro esquinitas de su cama y, para cuando encontró la puerta, ya estaba más que espabilada.

Con los ojos pegados de legañas se limitó a preparar café, abrigada con la bata que le había regalado su madre, y esperó a que se hiciera junto a los fogones para que no hirviera, pues todos los refranes trabajan y es sabido que café hervido, café jodido. Y lo que le faltaba. Fue a lavarse la cara y ponerse un chándal, desayunó una tostada y se quedó un rato sentada en la mesa de madera de la cocina, con la mirada perdida y la taza humeante entre las manos, sin saber muy bien qué hacer. Apenas eran las seis y media y le quedaba una hora y pico para empezar a trabajar.

Se entretuvo un rato en deshacer unas cuantas cajas llenas de ropa que no tenía dónde colocar, por lo que las esparció por la cama en montones y salió con un chaquetón viejo de su padre en busca de algún mueble desvencijado del granero que pudiera restaurar para la causa. Nada más abrir la puerta que comunicaba la cocina con el patio trasero, recibió un bofetón en forma de olor a pan recién hecho que provocó que se detuviera y cerrara los ojos. Mmmmmm. Delicioso. Se había fijado en que, a unos cincuenta metros de su terreno, había otro mucho más exuberante y cuidado, a través de cuyos setos y árboles no se alcanzaba a ver más que una casita de una planta y un granero similar al suyo, por lo que, al no haber más viviendas habitadas en dos kilómetros a la redonda, dio por sentado que el aroma provenía de ahí. Disfrutó durante un minuto de ese lapso en el que el frío mañanero chocaba con la calidez que le evocaba el olor a horno.

Casi se le pasa la hora de empezar a trabajar, pues aquel trastero, aunque sucio y ligeramente peligroso, era su lugar favorito de la casa. Se podría pasar las horas allí metida, descubriendo tesoros ocultos, diamantes en bruto a falta de una buena

restauración. A regañadientes, abrió el portátil, se sentó en su flamante silla de importación y estuvo enfrascada en códigos hasta la hora de comer.

Aprovechó el primer fin de semana en soledad para darle un buen empujón a la casa, adecentar unos cuantos muebles para tener lugar donde almacenar todas sus cosas y poner unas baldas en el armario de la habitación para la ropa, que seguía en las maletas. El sábado hizo una lista de todo lo que iba a necesitar y se dirigió a la ferretería, lugar más visitado por Carlota en su primera semana, de largo. El chico que atendía iba a burlarse de ella, eso seguro, porque llevaba seis días sola en Canguingos y ya había ido cuatro veces. Para soportar mejor el apuro, pasó antes por la panadería que había frente a la ferretería, que debía de abrir solo por las mañanas porque siempre estaba cerrada cuando iba por las tardes, después de trabajar.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó la mujer que estaba tras el mostrador con un marcado acento francés. Era rubia, elegante a pesar de llevar uniforme de trabajo. Carlota era pésima con las edades, pero calculaba que rondaría los cuarenta años.

—¿Me pones, por favor, una caracola rellena de chocolate? —Sonrió con su gracejo habitual, es decir, ninguno.

—Claro, ahora mismo. ¿Para llevar o para tomar aquí?

—Para llevar, por favor.

La mujer asintió y Carlota miró todos los tipos de pan que había tras el mostrador. La verdad era que tenían una pinta estupenda.

—¿El pan es natural o prefabricado?

—Natural.

—Claro, claro. —Carlota hablaba sin prestar mucha atención, más pendiente de esos panes que la miraban con lujuria. Señaló el que más apetitoso le pareció, que era grande como la rueda de un carro —. Ponme uno de esos, por favor. También para llevar.

La mujer se giró para esconder la sonrisa, pero Carlota se dio cuenta y se ruborizó al instante. Con lo distraída que estaba, igual había dicho alguna tontería.

—¿Qué?

—Nada, que me imaginaba que el pan no te lo ibas a comer aquí.

El rojo del rostro de la morena pasó a púrpura, pagó deprisa y salió de allí con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. *Ridícula.*

Lo malo que tienen los pueblos es la pérdida del comodín «bah, total, ya no voy a volver a ver a esta persona en mi vida», tan útil en la ciudad. Eso se había acabado para ella, y fue consciente más aún al ver la cara que puso el chaval de la ferretería al verla de nuevo.

Fue, como poco, de cachondeo. Compró unas palomillas para el armario y tapajuntas para las baldosas del baño por si se animaba el domingo a darles un repaso.

Con el material necesario a su disposición, Carlota recuperó su ímpetu laborioso, tanto así que, cuando tuvo que encender la luz del granero porque se estaba dejando la vista limpiando las molduras de una cómoda de mediados del siglo pasado, se dio cuenta de que eran las seis de la tarde y se había olvidado de comer. Se acostó tarde, todavía haciendo chapuzas, y se levantó temprano el domingo.

***

Durante su segunda semana en el pueblo, la casa de Carlota fue pareciendo más un hogar que un punto limpio. Había renunciado a la meticulosidad de dejar el mobiliario en perfecto estado de revista antes de buscarle utilidad, por lo que se limitaba a limpiarlo, arreglarlo si tenía algún desperfecto y llenarlo de sus cosas sin más vueltas. Su tío tenía razón: la mente descansaba sin tanto trasto por el medio, ya lijaría y pintaría poco a poco, transformando en pasatiempo la obligación. Lo importante era tener el espacio diáfano y ordenado, y para el sábado ya estaba hecho.

Aquella primera mañana de libertad total estaba tan cansada que durmió a pierna suelta hasta esa hora difusa en la que es demasiado tarde para desayunar y demasiado temprano para comer. Lo necesitaba de veras. Caminó con una sonrisa de oreja a oreja hasta el baño, se aseó y arrastró las babuchas hacia la cocina con una sensación de plenitud nueva en ella.

Sin embargo, no todo iban a ser buenas noticias para nuestra vecina y amiga Carlota, pues la ausencia de quehaceres urgentes y, por tanto, el reposo mental que permitía una mayor consciencia del entorno, había traído de la mano la aparición del comúnmente conocido como «el niño de la flauta», figura vecinal que venía incluida como una cláusula contractual más en cualquier piso que hubiera alquilado, así como «el niño de la canica», «el vecino que arrastra los muebles», «el del taladro los domingos» o «los de la reforma». Carlota, en un alarde de optimismo, había dado por sentado que, en una casita aislada en el campo, se habría librado *ad eternum* de aquellas molestias de la vida en comunidad. Total, solo tenía unos vecinos cuya casa estaba a unos cincuenta metros de la suya.

La muchacha negó con la cabeza, conocedora de la animadversión que sentía hacia ella quienquiera que manejara el Gran Hermano allí arriba, porque lo suyo no era normal. «Eres más pesado que un niño con una flauta» se había dicho toda la vida.

Pues eso. Al vivir en el norte, había imaginado que allí se tocaría algo más autóctono y exótico, como unas gaitas así de repente, pero nada, por lo visto el plan de estudios era el mismo para todas las comunidades autónomas desde hacía más de cincuenta años.

Se quedó unos minutos ensimismada mientras se hacía el café, reflexionando sobre si las dos semanas anteriores había estado tan ocupada que no se había dado cuenta de semejante destrozo al *Himno a la alegría*, o si, por el contrario, acababan de mandarlo en el colegio y empezaba justo en ese instante a ensayarlo. Ella hubiera apostado por la segunda opción, pues si esa ejecución, nunca mejor dicho, ya tenía trabajo previo, más le valía a la criatura cambiarse al triángulo. De corazón. Hasta ese día no había buscado los auriculares entre sus mochilas, pero para todo hay una primera vez y aquella fue la suya. Imposible mantener la entereza mental con ese machaque disfónico del si do re re do si la sol sol la si si… la la.

Aprovechó la hermosa mañana de asueto para ponerse las deportivas e ir a dar un señor paseo hasta el pueblo. Uno de sus placeres de siempre localizado en un escenario mucho mejor. El Retiro estaba muy bien, pero los campos infinitos de Canguingos eran otro rollo. Además, raro era encontrarse con alguien, la paz venía sin decantar, pura y pesada, con el sonido del mar como telón de fondo, las ramas de los árboles bailadas al ritmo del viento y el mugido de las vacas que te miraban por puro aburrimiento.

Rodeó el núcleo urbano con la intención de dejárselo para el final y regresar a casa con los pies llenos de naturaleza. Era su primer día libre desde hacía semanas, pues entre meter su vida en cajas y luego volver a sacarla, llevaba meses sin un minuto de descanso. Aún le quedaba mucho por hacer, pero eran ese tipo de tareas que se hacen por gusto y no por necesidad. La vida, poco a poco, comenzaba a colocarse en los lugares que ella había soñado antes de pensar en mudarse.

Tras llegar al faro de Canguingos y hacer unas cuantas fotos, decidió volver por la playa, pues aquella zona no la conocía mucho. Pasó el puerto, la lonja y los restaurantes pintorescos que se llenaban de lugareños y foráneos los fines de semana. Había bastante ambiente a pesar del chirimiri que empapaba la calzada, y parecía que la gente brotaba del suelo como si fueran champiñones. Cosas del norte, suponía. Pasó por delante de la ferretería, ya de regreso, y encontró en la puerta con un cigarrillo en la mano al muchacho que atendía en la tienda, cuyo nombre era Alfonso, Alonso o algo así. Se saludaron mutuamente, después de tantos días de relación comercial, el uno con cierta sorna y la otra con su timidez habitual. Era la persona ajena a su familia con la que

más había tratado, con diferencia. Ese pensamiento la llevó directa a otro similar, y dirigió sus pasos de manera autómata a la panadería. La francesa era su segundo referente social en Canguingos, a pesar de que la mujer era, quizá, más estirada que Alfonso o Alonso o como quiera que se llamara el ferretero.

—Buenos días —saludó Carlota.

—Buenos días. ¿Lo de siempre?

A Carlota le gustó sentirse visible. Nunca pensó que fuera a echar de menos el saludo de las chicas del Mercadona al que iba dos o tres veces por semana, ni la sonrisa encantadora del muchacho que le preparaba los kebabs debajo de su casa. Al fin y al cabo, por muy solitaria que sea una persona, todas necesitamos ser, aunque sea de vez en cuando, miembros reconocidos de la sociedad.

—Sí, por favor.

Se quedó parada en mitad de la estancia mientras observaba a la francesa embolsar con mimo el pan. Le gustaba uno especialmente grande y jugoso que duraba fresco tres o cuatro días, cortarlo en rodajas y congelarlo para las tostadas del desayuno. Había tenido que comprar un cuchillo de pan y aquel despiece se había convertido en un ritual para ella que repetía cada pocos días. Pero era sábado, un sábado libre en el que pensaba encerrarse en casa y vaguear todo lo que no había podido en los últimos meses.

—También voy a querer una caracola de chocolate, una docena de galletas de mantequilla, dos tortas de canela y azúcar y una trenza de nueces, por favor.

—¿Para llevar? —bromeó la mujer, sorprendida de tan extenso pedido.

—No, esta vez será para tomar aquí.

—Pues siento decirle que cierro en media hora, no sé si le va a dar tiempo.

—Usted confíe.

Carlota se quedó callada. Su naturalidad a la hora de socializar había llegado a su fin, lo cual no estaba nada mal para tratarse de una completa desconocida. El pueblo le sentaba realmente bien. Aún le quedó algo de buen humor para continuar con aquel intercambio juguetón y, tras mucho pensárselo, añadió algo más.

—No, la verdad es que soy como la bruja de Hansel y Gretel. Tengo al lado de casa a un niño con una flauta y voy a engordarlo hasta que deje de tocar.

La francesa sonrió con amplitud, no muy acostumbrada a largas conversaciones con la recién estrenada vecina. Todo el mundo conocía a Carlota, pues no era habitual la adquisición de nuevos habitantes en un pueblo tan pequeño como lo era Canguingos, por

lo que sabía perfectamente dónde vivía y cuál era ese pequeño que tocaba la flauta. Se mordió los labios.

—Qué mala suerte —comentó con una sonrisa enigmática que pilló a Carlota descolocada.

—¿El qué?

—Vivir al lado de un niño que toca la flauta.

—La desgracia me persigue, pero estoy acostumbrada. Me mudo a una casa de campo para estar tranquila y en silencio y mira…

—Lo lamento —dijo, pero su cara reflejaba que no lo lamentaba en absoluto—. *Bon appétit*[1].

—*Merci*.

Le tendió las dos bolsas con sus panes y dulces, recogió el dinero que Carlota le daba, devolvió el cambio y sonrió a la forastera hasta que esta salió de la tienda.

—*Connard* —susurró antes de volverse a la trastienda.

Chloé cerró el establecimiento diez minutos después, recogió todo el género que le había sobrado, pues era sábado y al día siguiente cerraba, subió a la moto y se dirigió a casa. Cuando aparcó en el granero, se quitó el casco, lo dejó colgando del manillar y caminó a grandes pasos hasta el porche de la casita a las afueras donde vivía. En cuanto puso un pie en la entrada, el perro enorme y patizambo de la niñera corrió hacia ella y se subió a su pecho para lamerle la cara. Entre el tamaño del animal y la corta estatura de ella, aquella lucha era, cuanto menos, desigual. Al instante apareció un niño rubio asomado al quicio de la puerta de su habitación con cara de susto. Había sido pillado con las manos en la masa. Tras él, la chica que lo cuidaba los sábados y los días que Chloé tenía que ausentarse, sonreía apurada y se ponía la chaqueta.

—¿Qué hace Lorie dentro de casa con las patas así de sucias? —preguntó la mujer en tono afable mientras intentaba deshacerse del abrazo perruno.

—*Pardon*, *maman*, ha sido culpa mía, Andrea no quería, te lo juro. ¡Es que fuera llovía y me ha dado mucha, muchísima pena!

—No importa, *mon amour*, pero debéis limpiarlo antes de dejarlo entrar —les dijo a ambos mientras la muchacha ponía la correa al animal para irse.

—Sí, mamá, tendremos cuidado la próxima vez.

El niño, ya más tranquilo tras la pequeña regañina de su madre, corrió hacia ella y se le subió encima para darle un millón de besos por toda la cara. Era imposible enfadarse con él.

—¿Qué habéis estado haciendo esta mañana?

—Hemos hecho los deberes. ¡Los ha terminado todos! —contestó Andrea, despeinando al pequeño con orgullo.

—Olé —Chloé asintió con agradecimiento—. ¿Has ensayado con la flauta?

—Sí, mami, un montón de rato. Creo que ya me sale fenomenal, ¿lo quieres escuchar?

—Claro, cariño.

Su pequeño era dulce, amoroso y encantador, el típico niño que te hace aflorar el instinto maternal, pero la flauta... Simplemente, no era lo suyo. En apenas cinco minutos de serenata a Chloé le dio dolor de cabeza. Las dos mujeres se observaron con estupor.

—¿Por qué no sales al porche a seguir practicando?

—Pero mamá, está lloviendo.

—No importa, tú te quedas debajo del techado y así no te mojas. Es que voy a hacer una llamada y con lo bien que tocas no me van a hacer ni caso.

—¿Va a venir Matthieu?

—Mateo —lo corrigió—. Sí, a cenar, seguramente.

—¡GENIAL!

—Venga, sal al porche a practicar, que yo te vea.

El niño cogió la flauta, la partitura y salió corriendo, pleno de emoción. Chloé pagó a la chica su tarifa y juntas salieron al porche para despedirse al abrigo de la serenata del pequeño. Aguantó un par de estrofas antes de volver a entrar para calentar la comida. Una vez escuchó desde el terreno colindante un portazo y una maldición, sonrió con malicia y se dispuso a llamar a Mateo para confirmar la cena de todos los sábados.

***

—¿Cómo ha ido tu semana?

—Muy bien, ya he terminado el libro que me recomendaste.

Los dos adultos disfrutaban de un buen vino al calor de la hoguera. El niño ya estaba acostado, el lavavajillas puesto y solo se escuchaba el crepitar del fuego. Mateo, sentado en el sofá, apoyaba los pies descalzos sobre la mesa de centro y Chloé descansaba la cabeza en su hombro, recostada sobre él.

—Te pagan por leer, tú has triunfado en la vida.

—La biblioteca de Canguingos no es que dé mucho trabajo, la verdad. Si no fuera por los niños que van a hacer la tarea por las tardes, podría aprobar otra oposición en seis meses.

—¿Y dejarme a mí aquí sola?

—Ni loco, querida. Ni loco.

Mateo giró la cara y le dio un beso tierno sobre la frente. Chloé cerró los ojos y suspiró. Tomó otro sorbo de vino y soltó una risita profunda al recordar el incidente de la mañana.

—¿Qué pasa, de qué te ríes?

—Nada, la chica que se acaba de mudar, la que viene por la panadería a veces.

—Ah, sí, la enemiga de los libros. —Mateo frunció el ceño fingiendo molestia. La llegada de Carlota había sido un auténtico suceso para Canguingos, por lo que todo el mundo esperaba el momento de conocerla para tener algo que aportar a la conversación vecinal.

—Seguro que le encanta leer, pero en los tiempos que corren apuesto que tiene un libro electrónico.

—Peor me lo pones... Bueno, dime, ¿de qué te reías?

—Nada, que la forastera ha venido esta mañana cuando estaba a punto de cerrar para criticar a mi hijo.

—¿Cómo? —Mateo no estaba seguro de si la brecha del idioma era la que le impedía entender nada de lo que decía Chloé. La mujer soltó una carcajada ronca y Mateo pensó que era realmente hermosa.

—Que la chica nueva, Carlota, ha venido a la panadería esta mañana a por el pan de siempre y un montón de dulces, y ha aprovechado para quejarse del niño que vive cerca de su casa y que toca la flauta.

—Es decir, tu hijo.

—Exacto. Ella no sabe que sus vecinos somos nosotros, así que me he divertido un poco a su costa.

—¿Qué has hecho? —preguntó, gratamente sorprendido. El carácter de su amiga no era muy travieso, que dijéramos.

—Ser una madre excepcional y animar a *mon petit* a ensayar en plena naturaleza.

—¿Pero cómo lo oye? Su casa está alejada de la vuestra, ¿no?

—Lo suficientemente cerca como para escuchar el sonido demoníaco de la flauta de mi hijo.

—¿Tan mal toca?

—Peor, Mateo, no sé qué hacer con él.

—Igual la música no es lo suyo...

—Desde luego que no, tengo la esperanza puesta en la pintura. —Mateo y ella rieron al unísono y, tras un silencio, Chloé se quedó mirando su copa ensimismada—. Si yo me enfado porque es mi hijo y a él solo lo critico yo, pero en realidad la entiendo. Te vienes aquí al cuarto coño...

—Quinto —corrigió Mateo.

—Eso, y te toca como única vecina en kilómetros a la redonda una madre soltera con un crío de seis años. Yo en su situación tampoco estaría contenta.

—Además, a mí me han dicho que es muy... suya.

—¿Suya?

—Sí, muy reservada, con pocas ganas de involucrarse en la vida del pueblo. Una asocial, vaya.

—¿Y quién no lo es?

—También es verdad.

—Me acuerdo de lo mucho que te costó a ti abrirte —lo acusó Chloé, divertida.

—Y sigo sin abrirme. Porque te conocí a ti, si no seguiría enclaustrado en mi casita. —Mateo suspiró, satisfecho con su vida, pero con la duda incorregible de si podría estar viviendo, quizá, otras vidas—. Bueno, ¿cómo se siente que te hayan quitado el título de «la forastera» del pueblo?

—Se siente bien dejar de ser el objetivo en el punto de mira.

—Anda, si ya casi no hablan de ti.

Chloé se separó de su hombro para mirarlo con los ojos entornados.

—¿Qué fue lo primero que te contaron sobre mí?

—Que eras una pobre desgraciada con un niño de cuatro años, una enorme deuda y una preciosa orden de desahucio.

—Sigo sin entender que quisieras conocerme después de esa horrible descripción.

—¿Cómo? —En esta ocasión fue Mateo quien se hizo el ofendido —. ¿Crees que un chisme de ese calibre me iba a hacer no querer conocerte todavía más?

—Eres idiota.

—No llames idiota de esa forma a la gente, Chloé, te lo tengo dicho.

—Que es tonteo —imitó su voz con tono cansino. Siempre se le olvidaba ese detalle.

—Exacto. Te libras porque yo soy un ángel, un ser celestial sin sexo, pero cualquier otra persona tendría ya una mano en tu muslo.

—Creo que yo también empiezo a ser un ángel.

—¿Has estrenado el cacharro que te regalé por tu cumpleaños?

—Le tengo viciada la batería —confesó con una risita traviesa producto del vino.

—¡Anda, pues menudo ángel masturbatorio eres tú, no te jode!

Chloé estalló en una carcajada sin paliativos, brutal y liberadora.

Su relación con Mateo había dado lugar a muchas especulaciones en Canguingos, cuando la verdad era mucho menos atractiva que la novela que circulaba por el pueblo. Era tan simple como que él consiguió sostener a duras penas su cordura cuando esta amenazaba con declararse zona catastrófica. El resto era poesía de folletín.

El bibliotecario llegó tres años atrás con su oposición recién aprobada debajo del brazo, una sonrisa honesta y el placer genuino

por el cotilleo, y lo hizo en el momento justo en que ella tocó fondo con la planta de sus pies. Tampoco es que el chico hiciera nada del otro mundo, no era un gran consejero ni una mente preclara, pero no la conocía de nada y opinó de manera sincera de todo lo que ella le contaba. Sin más vueltas. Le dio a su drama un punto de vista más terrenal, más sencillo de entender y de digerir, sin grandes preguntas sin respuesta, sino con una brutalidad realista que consiguió zarandearla con la suficiente fuerza como para que dejara de sentirse una mártir incomprendida y comenzar a autopercibirse como otra mujer, una de tantas, decepcionada por un hombre.

Mateo sintió una compasión genuina por la pobre francesa abandonada en un pueblo que no era el suyo, en un país ajeno, con una criatura de un año y una hipoteca a su nombre que había firmado por las cosas del querer. Sin embargo, conocedor como era del peligro de lamerse las heridas con tanta fruición que se olvide uno de avanzar, no dejó lugar a la desidia en su reciente amiga y la espoleó fuera de ese lugar autocomplaciente donde habita el herido. Había tenido tres años para lamentarse de su mala suerte, por lo que desde la llegada de Mateo a Canguingos había pasado los tres años siguientes ventilando estancias internas y dejando entrar el aire fresco de la mujer liberada en lugar de abandonada. Ese había sido el impulso necesario para dejar atrás las lluvias torrenciales que arrasan con el amor propio para comenzar una reconstrucción desde los cimientos de la mujer poderosa que era ahora.

Mateo la miraba a veces, y ella lo notaba, como si fuera su gran obra, pero ambos eran conscientes, en mayor o menor medida, de que esa estructura imponente ya estaba debajo de toda la podredumbre que la cubría cuando se conocieron. El bibliotecario pecaba del síndrome del salvador, pero era algo que Chloé podía obviar, pues no era del todo mentira. Concesiones a favor de la amistad, ya saben.

Se marchó de madrugada, dejando a su amiga dormida en el sofá, envuelta en ronquidos suaves y con el pelo dorado esparcido por los cojines. La miró desde la puerta y pensó, como cada vez que la observaba a hurtadillas, que tenía porte de actriz de los cincuenta. Sonrió y cerró tras él.

Al pasar junto al terreno de Carlota, la recién proclamada «forastera», vio luz en una de las ventanas, el brillo titilante de la televisión prendida. Tenía ganas de conocerla, de veras que sí. Como ya hemos dicho, era amante de los cuchicheos y habladurías, y Canguingos estaba necesitado de un poco de novedad. La muchacha tenía fama de hermética, de visitante vacacional que no

interactúa demasiado ni tiene intención de incorporarse a la vida del pueblo. Como si estuviera de visita y no instalada en una casa en propiedad. Quizá prefería mantenerse al margen mientras decidía si el lugar era para ella, y con eso él podía empatizar sin ningún problema.

Su instalación en Canguingos había sido discreta y sostenida con alfileres, pues nunca estuvo muy seguro de su decisión y, si era del todo sincero, no lo estaba todavía. No era su destino soñado el día que sacó plaza, pero fue el que le tocó: bibliotecario de un pueblo remoto, ganadero y pescadero para más señas, de cinco mil habitantes. Le daba igual dónde fuera, solo quería un trabajo estable, una nómina a primeros de mes y dejar el mundo de la hostería para siempre. No tenía una vocación concreta, jamás la había tenido, solo un gusto extremo por la lectura y memoria fotográfica, por lo que sumó dos más dos, eligió una oposición que se acomodara a esos dos detalles y en lo que tardó en consumir el paro ya estaba haciendo las maletas en una nueva, y esperaba que última, aventura laboral y vital.

No sentía un gran apego por la gente en general, no le interesaban las relaciones románticas ni físicas de ningún tipo, y tampoco se decantaba por una orientación sexual concreta. Había llegado a la conclusión de que era verdaderamente un ángel al que solo interesaban los libros, que consumía con voracidad, y las pequeñas miserias del género humano, sin caer en la cuenta de que quizá todo era tan sencillo como la asexualidad. Pero él era poético en su percepción de las cosas, así que, ¿quiénes somos nosotras para quitarle ese gusto?

El ángel Mateo, pues, dejó atrás las casas de las dos mujeres, y caminó ligero y sonriente con el pensamiento de que ellos tres eran las adquisiciones de más rabiosa actualidad en el pueblo de Canguingos en el que, curiosamente, alguien llegaba o se iba cada tres años. Muchos tres en aquella santísima trinidad que tan bien quedaba en la imaginación del muchacho, que ya proyectaba imágenes impactantes de las tres Marías al estilo de Van Eyck con sus caras, a pesar de que aún no conocía la de «la forastera».

1. Nota de la editora: al final del libro hay un glosario de palabras y expresiones francesas traducidas.

6

Rollitos de canela

—¡*Fran, se cancela la maternidad*!

Carlota se carcajeó al otro lado del teléfono. Fran ni siquiera estaba en casa, pero Ana tenía ese humor que podría resumirse en vivir en su propio falso documental, con miradas a cámara, comentarios a un público inexistente y la nunca desdeñable rotura de la cuarta pared. La morena aprovechó para volver a entrar en casa. Lloviznaba y hacía un frío de perros, pero había sentido la necesidad de salir al patio trasero para mostrarle el sonido de la flauta que llegaba hasta sus lares.

—*Tía, pero que se oye como si lo tuviera en el rellano de mi casa.*

—Yo creo que hay una corriente de aire que conecta su terreno con el mío, como dos yogures unidos por un cordón, ¿sabes?

—*Sé, sé perfectamente a lo que te refieres, porque ese cordón llega a mi puto comedor. ¿Te has metido dentro*?

—Sí.

—*Pues todavía lo oigo, increíble*. —Ana guardó silencio y la morena pudo imaginar cómo se mordía los labios para no reír—. *Lo siento muchísimo, Carlota, ahora tendrás que volver a mudarte, meter las cosas en cajas otra vez… Menuda movida.*

—¡No me voy a mudar por un niño que toca la flauta!

—*¿No? Eso sí que no lo vi venir.*

—Con lo que me ha costado adecentar la casa… Ni de coña, vamos. Ya crecerá y dejará de tocar el puto *Himno a la alegría*.

—*¿El* Himno a la alegría*… o el himno a la mierda?*

Otra risotada de Carlota que a Ana le supo a gloria. La estaba echando de menos más de lo que hubiera imaginado, y había imaginado mucho. A pesar de ser un ejemplar rancio y huraño de ser humano, se entendía con ella como con la parte secreta y oscura de una misma. Tenía confianza para contarle cualquier cosa que le pasara por la cabeza, pues Carlota no era persona que juzgara, y por muy horrible que fuera un pensamiento que la atormentara lo mismo daba, Carlota había tenido siempre uno igual o peor. Ponía a descansar su sentimiento de culpa igualando su sordidez con la suya propia y eso hacía a Ana sentir que no era una malísima persona.

Tenía claro que, de necesitar una cómplice para ocultar un cadáver, la respuesta de Carlota hubiera sido que ella habría

matado a dicha persona de una manera más comedida para evitar la limpieza posterior mientras enrollaba el cuerpo en una alfombra, a pesar de que se mareaba cuando le salía sangre de la nariz. Así era Carlota: pragmática y falta de filtros. Si hubiera tenido una personalidad más extrovertida, habría sido el equivalente a la jefa de animadoras y el *quarterback* juntos, tal hubiera sido su carisma, pero la diosa no podía permitir que una sola persona aglutinara tanto poder. De ese modo, se había conformado con ser la popular de la clase, aunque en esa clase solo estuvieran ellas dos.

—*Bueno, ¿cuándo te mudas de vuelta a Madrid, entonces?*

—Voy en Navidad.

—*Tendrás valor de no volver antes, desgraciada.*

—Pero tía, que solo llevo un mes aquí, y en mes y medio es Navidad, vaya viaje tonto, ¿no?

—*Anda, la que iba a venir tanto que no me iba a dar cuenta de su ausencia... Ya veo, ya... Prioridades, supongo.*

—También puedes venir tú a verme, no te jode.

—*Uy, qué mal te oigo, ¿no tienes cobertura en ese pueblucho de mierda? Grrrhhhhssssggggg.*

—La madre que te parió... —Rio Carlota por lo bajo y colgó.

Sí que la echaba de menos, y si pudiera teletransportarse a Madrid con un chasquido de dedos, hasta le hubiera parecido que no había plan mejor que un concierto con Ana a la luz de las velas. Era su alma gemela, su media naranja, su rollito de canela hetero. A veces la vida se ponía en modo difícil sin ningún sentido. ¿Por qué crear a una criatura tan en armonía con ella para luego capar una atracción romántico-sexual que podría haber surgido con tanta naturalidad? Nadie podía saberlo, e internamente eso era lo que siempre había hecho de Carlota una mujer algo cínica con respecto al amor, porque no concebía que pudiera haber alguien con quien sintonizara mejor que con Ana.

Había dado por sentado que el amor era una cosa y la atracción otra, pues nunca habían coexistido para ella. Quería a Ana, la amaba sin tener por qué, pues no había lazos familiares que las unieran, a pesar de que siempre obviaba el detalle de que se habían criado juntas. Una suerte distinta de incesto si se para una a pensarlo. Había sentido atracción por muchas mujeres, pero nunca había habido amor al mismo tiempo. Tampoco es que le importara. No era lo que se dice una romántica del romanticismo.

Aprovechó que había dejado de llover para volver al patio trasero y empezar a limpiarlo de malas hierbas, matojos y toda clase de ramas. Comenzó a amontonar lo orgánico que arrancaba del suelo con ayuda de una azada hasta que consiguió ver la valla de madera del fondo del terreno completamente libre. Necesitaba una mano

de pintura, pero suponía que eso sería misión imposible hasta la primavera. Tan afanada estaba en su tarea que no se dio cuenta del niño rubio que la observaba desde hacía rato al otro lado de la separación de los terrenos.

—¡Hostia puta!

Carlota se llevó una mano al pecho, segura de haber sufrido un infarto de miocardio. Se colocó dos dedos en el cuello para comprobar que, en efecto, el corazón estaba a punto de salírsele por la boca. El reloj último modelo de su muñeca pitó ante el aumento de pulsaciones.

—Hola —saludó el pequeño con timidez.

—Qué rico el niño —comentó por lo bajo fatigosamente, con las manos puestas en las rodillas. Respiraba como si acabara de correr los cien metros lisos—. Hola, majo, qué susto me has dado.

Sonrió con falsedad, pero él se mantuvo serio, imperturbable. Carlota frunció las cejas en una mueca interrogante. Se sintió cohibida por un crío de seis o siete años, por lo que se levantó en toda su altura para recuperar cierta seguridad. Sin embargo, él se limitó a seguir sus ojos con los suyos sin cambiar un ápice el gesto.

—¿Qué?

—No se dicen palabrotas.

—No he dicho ninguna palabrota, niño.

—Has dicho «hostia puta».

—Pero que no digas eso —lo regañó mirando a su alrededor, temiendo que alguien hubiera oído lo que esa pequeña y sucia boca acababa de pronunciar.

—No se dicen palabrotas —repitió muy serio. Carlota no sabía qué esperaba que dijera, por lo que se disculpó.

—Vale, lo siento, no se volverá a repetir.

—Muy bien. —Sonrió como si, de repente, fuera otra persona. Carlota abrió los ojos, un poco asustada—. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Paco.

—¿Y te llaman Pacomer?

Un silencio denso y pesado se interpuso entre ellos. Carlota negó brevemente con la cabeza. No era un chiste que un niño fuera a entender.

—Me llamo Carlota.

—¿Y te llaman zanahoria?

Carlota pensó que era justo devolver un chiste sin gracia con otro con menos gracia todavía. El suyo, al menos, tenía sentido, pero ya se sabe cómo son los críos, que a veces dicen tonterías sin venir a cuento. Aceptó la broma con una sonrisa apretada y se balanceó en sus talones, sin saber muy bien cómo salir de esa situación en la que se encontraba. El tal Paco no dejaba de mirarla

como si el silencio no le resultara tan violento como le resultaba a ella.

—No te conozco.

—Ni yo a ti, majo.

—Sé que eres «la forastera», pero hasta ahora no te conocía.

—Y tú eres «el niño de la flauta», ¿a que sí?

—¡Sí! —contestó loco de contento. Carlota, al verlo tan ilusionado de que lo hubiera reconocido por sus artes musicales, se guardó el comentario mordaz que tenía para él.

—Tocas muy bien, pero podrías tocar por la tarde mejor, ¿no? —le dijo para intentar convencerlo.

—Mi madre me pide que toque por la mañana, que es cuando ella trabaja.

—Pues anda que no es lista tu madre, ¿eh? Qué graciosa es…

—Es muy graciosa mi madre —reconoció con una risita tímida y las manos agarradas delante de su cuerpo. Era mono, eso tenía que reconocerlo.

—Pues nada, a ensayar duro. ¿Cuándo dices que terminái con la flauta en el cole?

—En sexto.

—Anda. ¿Y en qué curso estás?

—En segundo.

—No me jodas.

A Carlota le iba a dar el tic del ojo, pero al menos tuvo la prudencia de blasfemar entre dientes, por lo que el pequeño no escuchó el exabrupto.

—Bueno, pues nada, voy a seguir con lo mío, ¿vale? Venga, un saludo a tu madre, que es graciosísima.

—¡Adiós, zanahoria!

Se despidió de ella con la manita y corrió como alma que lleva el diablo hasta la casa que se entreveía en la lejanía.

—Zanahoria me dice el puto niño. Ya verás dónde le mando la flauta, ya verás —rezongó de vuelta a la casa.

***

Paco miraba los giros de las llamas de la chimenea que coronaba la estancia, sentado con las piernas cruzadas. Mateo, cuando lo veía embobado con el fuego, solía decirle que se mearía en la cama por la noche. No sabía muy bien qué relación podría tener una cosa con la otra, pero suponía que era igual de incomprensible que cuando escuchaba a alguien comparar la velocidad con el tocino.

Escuchó ruido a su espalda, e imaginó que su madre y Mateo habían terminado de cuchichear de sus asuntos y era el momento en que iba a ser incorporado a la conversación. Su madre siempre

le explicaba las cosas como a un adulto, y eso le gustaba, aunque no siempre entendiera todo lo que le decía. Sin embargo, tenía la habilidad de discernir y rescatar la idea general y eso parecía satisfacerla. En el caso de dar espacio a los mayores para hablar de sus cosas, no sabía en absoluto lo que significaba el concepto de «intimidad» o «además de madre también soy un ser humano completo con mis propias problemáticas individuales», pero había cogido al vuelo el hecho de que no debía monopolizar todas las conversaciones y que, a veces, tenía que mantener un perfil bajo.

Si Paco hubiera manejado el palabrerío de la gente mayor, habría dicho que la inteligencia emocional era una de sus mejores cualidades, pero como solo era un niño de seis años casi siete, presumía de ser un buen chico.

—Paco, esta noche te vas a mear —comentó Mateo al entrar al salón, como hacía siempre.

Se lo decía cada sábado desde hacía tres años, que era el tiempo que el hombre llevaba en el pueblo y, por consiguiente, el tiempo que hacía que los conocía a él y a su madre. Era un poco rarito, pero también le hablaba sin tapujos, por lo que contaba de manera automática con su aprobación.

—¡Paco, a comer!

Su madre lo avisó desde la cocina, sin saber que él ya estaba sentado a la mesa junto a Mateo. Ambos se miraron con una sonrisa traviesa y guardaron silencio hasta que Chloé entró y se hizo la sorprendida. El pequeño soltó una carcajada y su madre le dio un beso en el pelo al pasar por detrás de él.

—Mamá... Me llamo Paco.

—No me digas —bromeó mientras cortaba las pizzas que había colocado previamente sobre la mesa.

—Y me llamas Pacomer.

Chloé lo miró sin entender, y menos entendió aún cuando a Mateo se le salió el vino por la nariz de la risa. Manchó el mantel y el flequillo del niño, y casi se ahoga con la tos.

—Matthieu, ¿estás bien?

—Ay, que me meo.

—Eso por mirar el fuego —apuntilló el crío. Mateo se tapó la boca y corrió la silla hacia atrás para alejarse de la comida ante una nueva carcajada.

—¿Eh? —Chloé seguía sin enterarse de nada.

—¡Callaos los dos, por favor!

Mateo tuvo que respirar profundo varias veces para cortar el ataque de risa que le había dado. Paco lo observaba divertido y Chloé continuaba imperturbable cortando la *pizza* en porciones perfectas como si no se hubiera producido un desastre vinícola que

había arruinado su mantel blanco favorito.

—¿Qué dices de «Pacomer», cariño? —preguntó la madre al tiempo que repartía porciones en los platos.

—Nada, que me han hecho hoy una broma y acabo de entenderla.

—¿Qué broma es esa?

—Que me llamo Paco, y me llaman Pacomer.

—No comprendo.

—*Maman*, me llamo Paco y me llaman «para comer», o como se dice en España, «pa comer». Es un chiste hecho con mi nombre.

—Aaaah... —Al fin la mujer consiguió seguir el hilo, pero no parecía hacerle mucha gracia. «Franceses», pensó Mateo con desprecio.

—¿Te lo han dicho en el cole? —preguntó el bibliotecario, dando un primer bocado a su *pizza*.

—Es sábado —dijeron madre e hijo a la vez.

—Es sábado —repitió Chloé—. ¿Quién te ha dicho esa broma? ¿Andrea?

—No, «la forastera».

Ambos adultos se miraron con las cejas en alto y la *pizza* a mitad de camino de la boca. Un par de acordes a piano de música de tensión hubieran quedado perfectos en este instante, pero bueno, esto es solo un libro.

—Bueno, pues parece que has conocido a la forastera antes que yo... Estarás contento —comentó Mateo con indignación.

—Pues sí.

—¿Y cómo es?

—Es negra y se llama Carlota.

—¡Paco! —Chloé lo regañó, roja como un tomate por la salida de tono del niño—. ¡Eso no se dice!

—Vaya un racistilla estás hecho. —Mateo rio por lo bajo.

—¡Oye, que no he dicho que sea malo ser negra, solo que lo es!

Los labios de Paco comenzaron a temblar como anticipo del llanto y dos lágrimas se quedaron pendientes de sus pestañas.

—Ahí lleva razón.

—Ya... —Chloé le dedicó una sonrisa y le limpió los ojos con un gesto amoroso para calmarlo—. Pero hay muchas cosas que se pueden decir sobre alguien que no sean ni su color de piel ni su aspecto físico. Recuérdalo siempre, *mon petit*.

—Y cuéntame, ¿cómo es, además de negra? —Mateo recibió una mirada de reproche de Chloé y él se encogió de hombros.

Paco suspiró y buscó entre sus recuerdos rasgos de la chica que pudiera decir.

—Es... ¡Es muy trabajadora! Estaba limpiando el patio. Yo pensaba que había algún animal entre los arbustos, porque se movían un

mogollonazo, así que me acerqué a mirar, pero solo estaba ella diciendo palabrotas. Muchas palabrotas, mami —la acusó, desviando así la atención de su metedura de pata anterior.

—Hay que ver… —Acompañó su queja con una sonrisa, dándole alas para que continuara con el relato. Las lágrimas ya habían quedado olvidadas.

—Y… y también dice que le encanta cómo toco la flauta y que eres graciosísima.

—¿Yo? —Se sorprendió la mujer.

—Sí, porque me pides que ensaye cuando tú estás trabajando.

En esta ocasión, Chloé fue quien estalló en carcajadas. A veces la brecha idiomática le impedía captar a la perfección las bromas y las expresiones más autóctonas, pero esa la había cogido a la primera.

—Qué humor tiene la forastera, ¿eh? —Mateo aplaudió lentamente—. Fino ese sarcasmo. *Chapeau*.

—Qué mala.

—¿Mala por qué?

—Por nada, pequeñajo, por nada.

***

Aquella noche la pasó con la cabeza bajo las sábanas para que su propio aliento le templara la nariz. Tuvo que levantarse de madrugada para ir a buscar la manta del sofá y unirla a las demás, a ver si de ese modo conseguía entrar en calor. Le recordó a las Navidades en Canguingos cuando era pequeña y el peso de los cinco edredones de pelito que su abuela le remetía por los costados para que el frío no encontrara ni un resquicio por el que entrar. Podía sentir sobre su cuerpo, años después, lo mucho que pesaban y la sensación de ser una calcomanía aplastada contra la cama de forja en la habitación que compartía con sus primos.

Era la primera noche que no llovía en toda la semana. A Carlota le fastidió un poco ese detalle, pues se había acostumbrado a dormirse con el aporreo constante del agua contra el techo de latón de una casita de herramientas que había junto a su habitación, en el patio que rodeaba toda la casa. Junto a esta pequeña estancia improvisada había otra de madera, bastante descuidada, que ella siempre había pensado que era una casa para gatitos, tal y como veía en los vídeos que le salían en TikTok. Nunca se había planteado tener un bigotes por casa, pero quizá había llegado el momento de compartir su vida con alguien. No era muy amante de los animales de compañía, como no lo era de ningún tipo de animal, por muy erecto que caminara o por muchos pulgares oponibles que tuviera. Pero los gatos, quizá…

Le iba dando vueltas al asunto de la adopción mientras caminaba

hacia la panadería. La panadera era una mujer de gustos refinados y, por qué no decirlo, afrancesados, y solo abría por las mañanas, por lo que una o dos veces por semana tenía que ausentarse de su puesto de trabajo la media hora que tardaba en ir y volver a por su pan del desayuno y algún dulce que saciara sus ansias premenstruales, postmenstruales, preovulación o postovulación. Es decir, que entre unas cosas y otras siempre tenía justificación para comprarse algún capricho.

—¡Buenos días, moza!

—¡Buenos días!

Carlota devolvió el saludo como cada mañana que pasaba frente a aquella casa aislada, ahí plantada, como si acabaran de dejarla caer desde el cielo. De hecho, ni siquiera miraba de frente al camino que bajaba hasta el pueblo, sino que estaba un poco de costado. Para llegar a ella había que recorrer un pequeño camino de apenas diez metros que llevaba hasta una vivienda cuadrada y diminuta que no tendría más que una habitación, en cuyo porche se encontraba siempre, lloviera a cántaros o hubiera escampado, una mujer vieja, una de esas ancianas sin edad que parecen hechas de papiro a punto de deshacerse, pero que de pronto se levantan de un salto de la mecedora y se ponen a hacer un puchero que quita el sentido. Carlota daba por hecho que la confundía con otra vecina de Canguingos, pero ella devolvía el saludo con diligencia, porque la gente le caía mal, pero las abuelas eran su debilidad.

Saludó también a Alonso, o Alfonso, quién podría saberlo, que fumaba en la puerta de la ferretería. Mucho fumaba ese muchacho, o es que daba la casualidad de que siempre lo encontraba en la misma postura, cigarro en mano y un gesto de aprobación con cierta sorna con que la reconocía cada vez que se veían. «La tonta de las palomillas», seguro que así la llamaba para sus adentros.

Seguía con los gatos dando vueltas en su cabeza cuando entró en la panadería, en la que había gente y tuvo que esperar. Casi no se dio cuenta cuando fue su turno, y tuvo que salir de su ensimismamiento cuando la francesa le tendió una bolsa con su enorme pan.

—¿Alguna cosa más?

—Eh, sí, por favor, quería una caracola de chocolate y... ¡¿Eso son rollitos de canela?!

—Sí, he hecho una prueba esta mañana, pero...

—Ponme seis.

—No sé cómo habrán quedado. —Se disculpó anticipadamente la mujer antes de coger los dulces e introducirlos en la bolsa, porque el que avisa no es traidor, es avisador. Carlota asintió, segura de su decisión.

—Si están la mitad de buenos que el resto de cosas que me suelo llevar… Creo que no van a llegar a mañana.

La francesa se ruborizó hasta las orejas y Carlota sonrió enseñando hasta los dientes, todo un hito para ella. Los rollitos de canela sacaban su mejor versión. Pagó el pedido y se marchó más contenta que unas castañuelas. Estaba de tan buen humor que, si el camino hasta la casa de la vieja hubiera sido más corto, le habría regalado uno de los dulces, fíjese usted el talante generoso que manejaba nuestra protagonista.

Sin embargo, la mujer ni siquiera estaba en el porche al pasar de regreso a casa, por lo que apretó el paso, entró en su domicilio con pura ansiedad, preparó el café del almuerzo y sacó de la bolsa todo el pedido mientras este se hacía.

7

Carotte, Carlota, Charlotte y otras chicas del montón

Chloé había perdido el gusto por la repostería. Era su pasatiempo favorito antes de mudarse a España, pero eso es lo que suele suceder cuando haces de tu afición tu trabajo. Sin embargo, era lo que le daba de comer, por lo que madrugaba cada mañana para llenar el expositor de dulces. A pesar de que ese empleo le recordaba su mayor error hasta la fecha, lo hacía con dedicación y mimo, e incluso había invertido para hacer crecer su negocio. Utilizó una de las muchas propiedades que su exmarido había puesto a su nombre con el fin de escapar del fisco, y una de las pocas que no habían sido embargadas, para poner en marcha un horno central, donde tenía a tres trabajadores que se encargaban de surtir su tienda y otras muchas de la zona. Podría haber utilizado ese dinero para amortizar la gran hipoteca que la tenía atada a España, pero se la jugó con la esperanza de que, si aquello funcionaba, podría pagarla con mucha más rapidez.

Detestaba no ser dueña de su vida, tener un ancla tan pesada y con forma de casa frente a la playa que no permitía que pudiera tomar sus propias decisiones. De todas formas, no tenía claro que, de liberarse de semejante lastre, fuera a irse de ese pueblito pintoresco del norte de España, pero quería, al menos, tener la posibilidad de elegir.

Sea como fuere, no era esa su situación actual, y el hecho de sentirse prisionera de ese lugar que tanto había amado y todavía, cuando se serenaba, amaba, iba a hacer que le cogiera manía. Somos tercas las personas, que decidimos detestar lo que *a priori* nos encanta solo por el hecho de estar obligados a tenerlo. El libre albedrío en su vertiente más extrema.

Como decía, el grueso de lo que vendía se lo llevaban recién hecho todas las mañanas, pero insistía en fabricar ella sus propios pasteles y tartas. Tenía en su mente una idea que no era mala, pero que resultaba impracticable en un pueblo pequeño de gente corriente y sin ínfulas. Cuando le contó a su exmarido que le gustaría vender postres de su tierra hechos por ella misma, él se burló y dijo que en Canguingos ese concepto no tendría futuro. Ella se sintió dolida en su orgullo, y más le hirió el hecho de que él

tuviera razón.

A pesar de que era una localidad con mucho turismo de fin de semana, ni las *crème brûlée*, las *Paris-Brest* ni las *mille-feuille* habían funcionado como ella hubiera deseado, pero perseveró en su tozudez con tal de no claudicar ante su ex. No tuvo que aguantar mucho, por otra parte, pues el innombrable desapareció del mapa en el instante en que llegó la orden de embargo y Paco soplaba su primera vela.

Aunque su impulso inicial fue el de prenderle fuego al negocio infausto que la tenía secuestrada, tenía una boquita que alimentar y un padre fugado de la justicia, seguramente en Francia, como un intercambio de cromos perfecto entre países, por lo que se conformó con pintar las paredes del local, cambiar la disposición de las mesas y el mostrador para sentir que estaba en otro sitio y hacer una hoguera con los estúpidos uniformes que el susodicho le había regalado con su nombre bordado en el bolsillo del pecho. Eso sí se lo permitió. Los franceses lo solucionan todo con fuego y guillotina, le había dicho Mateo al poco de conocerla, y eso le hizo sentir orgullo de su país.

Canguingos le encantaba, de hecho la idea de mudarse allí la había tenido ella, pero ahora todo el paraje parecía teñido del color rojo de la vergüenza y de la venganza, ambos muy cercanos en el círculo cromático si se para una a pensarlo. A base de restregones de bayeta había conseguido desteñir ese bermellón brillante del principio, lo cual dejaba la sensación de que todo estaba bañado con un filtro rosado casi imperceptible, pero imposible de obviar. Poco a poco, y a sabiendas de que era inútil intentar borrar esa mancha, había comenzado a apreciar el matiz, a tenerlo en estima incluso, pues con este tono de fondo lo cierto era que cada atardecer en la playa hacía que los colores resplandecieran todavía más.

El dolor a veces funciona como estimulante de todo lo banal, pues hace poner en valor cada meta atravesada por tonta que parezca.

Y en esas andaba, inmersa en su cada vez más disfrutable filtro Valencia, a patadas con las piedras que se veían cada vez más pequeñas en el camino a medida que ella se erguía y recuperaba toda su altura, dándole su lugar a los placeres que regalan en ocasiones las decepciones más brutales.

Uno de esos placeres era su huerta. Le había mordido un pedazo de terreno al colindante para poder agrandarla cuando se quedó sola con Paco en Canguingos. *Je t'emmerde*!, había dicho hacha en mano. Destruyó la valla de madera e hizo una fogata con ella, en la que terminaron los uniformes antes mencionados, fotos y algunas

cartas que había dejado de abrir para abandonar en un cajón sin leer. Fue su catarsis, su transformación en mariposa después de dejar atrás al infausto capullo.

Nunca había tenido grandes aspiraciones, pero la vida le había cumplido las pocas que hubiera podido tener si hubiese sido más ambiciosa. Vivió en París durante su etapa universitaria y los primeros años en el mundo laboral, donde inició estudios de abogacía que no completó para al final decantarse por los idiomas. Tuvo una juventud alocada que exprimió al máximo, viajó todo lo que pudo con trabajos de traductora para eventos de poca monta y saltó de cama en cama hasta que se le agotaron la energía y el dinero. Regresó a Burdeos, de donde procedía, y trabajó durante un par de años en la recepción del hotel más prestigioso de la ciudad. Allí conoció a un importante hombre de negocios español y el resto se lo pueden imaginar.

Estaba contenta con lo que la vida le había deparado: una casita junto al bosque y delante del mar, un niño precioso y un trabajo poco exigente que le proporcionaba algo más del dinero que necesitaba para vivir. El único pero en su vida era la humillación, una bola que tenía atragantada en medio del pecho y que rumiaba sin descanso desde hacía casi seis años. Desconocía que fuera una mujer orgullosa hasta ese punto, pero había descubierto ese aspecto de su carácter de la manera más fea que se le hubiera ocurrido. No podía soportarlo. Si no fuera por eso, sería una mujer más cercana a la felicidad genuina en vez de estar siempre saltando de un lado al otro de la línea de la amargura. Pero bueno, poco a poco reparaba el daño al honor que había recibido.

Lo mejor del lugar donde vivía era que no tenía que gastar mucho para regar la huerta. Le dedicaba la mañana de todos los domingos a pasear por el terreno, retirar malas hierbas que no llegaban a germinar, sanear los frutales y, en definitiva, sentirse como una gran agricultora con un cuarto de hectárea, pero oiga, menos da una piedra.

Los setos que cuidaba con diligencia mantenían fuera de su vista la enorme casa de la playa, cuya presencia era el testimonio palpable de toda su desgracia, y, por consiguiente, también la casa de la forastera. Hacía la labor de espejo de sala de interrogatorios: ella podía ver al otro lado si se acercaba al borde, pero no podían verla a ella desde la distancia. No era una mujer curiosa la francesa, ni cotilla como el insaciable Mateo, pero lo cierto era que Carlota era la única persona que le generaba algún tipo de interrogante.

A pesar de que la nueva vecina sentía cierta animadversión hacia su hijo y su flauta, había valorado el hecho de que lo hubiera tratado bien cuando se lo encontró junto a su terreno, por lo que,

en su siguiente visita a la panadería, le regaló una trenza de nueces que había escondido del público para que no se quedara sin ella. Le había salido un poco deforme, pero sabía lo mucho que le gustaban y lo cierto era que volaban del expositor cuando las hacía. Sin embargo, la forastera no había hecho mención a aquel detalle, no sabía si por vergüenza, indiferencia o dejadez.

Era consciente de que a la joven le costaba socializar, que era tímida a pesar de emitir una energía tan poderosa, pero eso no la eximía de un mínimo de cortesía y le reprochó internamente que no le hiciera ningún comentario al respecto. Sea como fuere, no volvió a guardarle ningún dulce ni repitió la hornada de rollitos de canela que al parecer tanto le gustaban.

***

Llegó la Navidad a Canguingos y, aunque no exactamente como Carlota deseaba, con una gran nevada y abrigos largos, lo hizo como esperaba y recordaba de los años de su niñez: con un frío de mil demonios y una lluvia meona que hacía del suelo una pista de patinaje en cuanto anochecía y bajaban las temperaturas, pues se creaba una pátina de hielo fina pero eficiente para poner a los más inexpertos patas arriba como una cucaracha. Carlota no fue menos, y en cuanto giró la esquina que daba a la ferretería, en penumbra la mayor parte del día, hizo un aterrizaje forzoso contra el frío pavimento.

—Eso te pasa por ir con las ruedas lisas.

La figura de Alonso, o Alfonso, nadie podría nunca saberlo, hizo sombra cuando apareció junto a ella.

—¿Eh?

—Los neumáticos que llevas, que no son de lluvia —el muchacho señaló sus zapatillas, le tendió la mano que no sostenía el cigarro y la ayudó a levantarse.

—Son unas Salomon —se justificó, poniéndose en pie y sacudiéndose el pantalón.

—Como si me dices que son de Calvin Klein. Para el invierno de Canguingos, eso no te vale.

—¿Tengo que ponerme cadenas, o qué?

—Mujer, teniendo un tío con una tienda de equipamiento de montaña, creo que no te van a hacer falta las cadenas.

—¿Conoces a mi tío Marcos?

—¿Y quién no?

—Ya. Es un tipo… bastante popular por aquí.

—Por decirlo de manera suave, sí. Ve a por unas buenas botas de montaña. Casi nunca nieva, pero las heladas son de aúpa.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

—Para eso estamos. ¿Vas para la panadería? —Alargó el chico la conversación. Si esa pregunta se la hubieran hecho en Madrid, se habría preocupado por el nivel de acoso, pero tratándose de Canguingos y del ferretero en particular, le pareció razonable que supiera hacia dónde se dirigía. Al fin y al cabo, siempre la saludaba desde su puerta cuando iba a por el pan.

—Sí, aunque hoy voy a coger poco, que el martes me voy con la familia.

—¿A los madriles?

—Exacto.

—¿Echas de menos aquello?

Carlota se quedó con la boca abierta y con un universo entero lleno de pájaros cantores bullendo de su cerebro con un piar de mil demonios. Menuda preguntita la de Alonso, o Alfonso, que la miraba como si temiera que fuera a sufrir una embolia justo ahí, frente a sus ojos.

Finalmente, Carlota recorrió el camino de vuelta hacia los ojos del muchacho y salió de su mundo interior, estruendoso y caótico hasta hacía un segundo, justo un segundo, en el que la respuesta se le garabateó como un grafiti por encima de todo ese ruido.

—La verdad es que no. Solo echo de menos la calefacción.

—Normal. —Sonrió en grande, muy satisfecho con la respuesta. Seguro que a los parroquianos les encantaría la noticia de que la forastera había adoptado al pueblo, aunque al revés todavía no hubiera sucedido.

—Pues sí. Oye, muchas gracias por hacerme esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba oírme esa respuesta.

—Ya... Estas decisiones nunca son fáciles. Que me lo digan a mí.

—¿Tú también viniste de forastero?

El muchacho soltó una carcajada inesperada y negó con la cabeza.

—Yo vengo de segundas, pero otro día que vengas a por más palomillas te lo cuento, que la francesa va a cerrar ahora mismo. Es la función de Navidad en el colegio y no se la perdería por nada del mundo. Le encanta.

—Joder, pues me voy corriendo. Ya le tiene que gustar la Navidad para tragarse la función del cole —bromeó con él y salió al trote hacia el establecimiento de la acera de enfrente, despidiéndose con la mano.

—¡Mujer, va a verlo porque sale su hijo! —contestó el ferretero, pero Carlota ya había desaparecido por la puerta de la panadería.

Carlota entró con tal potencia que la campanilla que daba aviso de la entrada de los clientes chocó contra el techo y por poco no

deja al niño que salía vestido de pastorcillo como un cromo contra la pared.

—¡Hola, zanahoria!

—Hola, Paco, majo.

—¡Adiós, zanahoria!

—Adiós, petardo —murmuró volviéndose hacia la panadera, que la observaba con las cejas en alto—. Ese, ese es el niño de la flauta.

—Es muy mono. —Se cruzó de brazos la mujer.

—Monísimo, llévatelo a tu casa un sábado por la mañana y que te toque el *Himno a la alegría* al oído, a ver qué tal. ¿Y por qué coño me llama zanahoria? —Puso un gesto interrogativo muy exagerado y Chloé soltó una risita.

—En algunos idiomas latinos zanahoria se parece mucho a Carlota. En valenciano, por ejemplo, zanahoria se dice carlota, tal cual. Y en francés también se parece mucho.

—¿En francés?

—Se dice *carotte*, y Carlota, Charlotte. Se parecen.

—Vaya, qué políglota el jodido Paco. No sabía yo que era valenciano.

Chloé rodó los ojos y negó con la cabeza, con la duda real de si la morena era tonta o se lo hacía. No es que quisiera ocultar a toda costa que Paco era su hijo, aunque tenía que reconocer que era divertido ver cómo la forastera lo ignoraba a pesar de lo difícil que era no darse cuenta.

—¿Lo de siempre?

—Sí, el pan y nada más.

—¿Nada más? —Se sorprendió la francesa. Carlota tenía un físico envidiable, pero comía como una lima.

—Ya que no has vuelto a hacer rollitos de canela... —Se lamentó con falsa tristeza.

—He estado muy ocupada últimamente.

—Ya, además, hacer esos rollitos es muy complicado.

—¿Cómo lo sabes?

—Me salen muchos vídeos en TikTok. —Carlota se encogió de hombros.

—¿Te gusta cocinar?

La morena la miró con las pupilas brillantes y Chloé no hubiera necesitado que contestara, pues sus ojos, tan grandes, venían con subtítulos.

—Me encanta cocinar.

—Se nota.

Las dos mujeres se quedaron calladas un par de segundos: Carlota impresionada de lo habladora que estaba, no sabía si porque era su primer día de vacaciones hasta Año Nuevo o porque

definitivamente Canguingos y su espíritu campechano habían entrado en ella; Chloé porque le había golpeado un atisbo de entendimiento con la detractora de su hijo. La mujer le entregó la bolsa con el pan y el cambio.

—*Joyeux Noël.*

—Yo Carlota, encantada. —Le tendió la mano con una sonrisa apretada y Chloé se la estrechó con una risita entre dientes.

—Te estaba felicitando la Navidad en mi idioma.

—Y yo te estaba tomando el pelo en el mío. Feliz Navidad, Chloé.

—Nunca te he dicho mi nombre.

—Yo seré la forastera ahora, pero tú lo fuiste justo antes que yo. Todo se sabe en este pueblo.

—Casi todo, es verdad. —Sonrió, burlándose internamente de la pobre chica que todavía ignoraba quién era ese niño Paco que la incordiaba con la flauta.

***

Carlota se incorporó a la M-40 y le empezó el tic del ojo. Se había puesto villancicos a la altura de Buitrago de Lozoya para zambullirse en el espíritu navideño y hacer efecto pantalla contra el caos que era Madrid en aquella época del año, pero no estaba funcionando demasiado bien. Le daba la risa nerviosa cada vez que veía una señal de tráfico que marcaba el límite de velocidad en 100 kilómetros por hora, porque no pasaban de 50. Era curioso cómo, en apenas tres meses, había olvidado lo que era un atasco. En Canguingos, lo más parecido a uno era cuando el repartidor de la farmacia aparcaba en la puerta y tocaba esperar a que descargara para poder pasar.

Pensó en su patio delantero, en el que las marcas de las ruedas del coche empezaban a marcarse del ir y venir a hacer la compra grande de la semana mientras buscaba, sin fortuna, aparcamiento lo más cerca posible de casa de sus padres. Se acordó de los graznidos de los pájaros, del cantar de las chicharras y del olor del mar escondido a la vista, pero perpetuo en el aire, cuando casi se estampó contra una furgoneta de Boyacá que estaba mal aparcada encima de un paso de cebra. Subió en el ascensor renqueante, apretada entre la maleta y la mochila, y salió de él expulsada a propulsión, directamente a los brazos de Lorena.

Perdida en medio del tipo de abrazo que solo puede dar una madre, supo que no había nada comparable en Canguingos que pudiera hacerle competencia. Era la única batalla que le ganaba Madrid al pueblo y, allí acurrucada, oliendo el perfume personal e intransferible que salía de la casa en la que se había criado, disfrutó de aquella derrota.

—Ay, hija mía, qué alta estás.

—Es que he pegado el estirón.

—Y qué delgada, madre mía, ¿es que no comes?

Doscientos dieciocho besos fueron dados y doscientos dieciocho besos fueron recibidos, sin quejas en aquella ocasión, pues eran todos los que se debían después de meses de no verse.

—¡Pero bueno, si la niña rata ha salido de la madriguera!

—Mari, que ya no soy una niña rata, ¡ahora soy un *hobbit* de la Comarca!

Saltó sobre su padre, que la recibió suave contra su enorme pecho y le acarició la espalda con una dulzura que no sabía cuánto había echado en falta hasta ese momento. Canguingos estaba bien, pero no tenía confianza todavía con nadie que le diera el calor particular que solo puede dar un abrazo.

—Mucho campo allí, ¿no? ¿Te gusta eso?

—Estoy pensando en adoptar un gatito, no te digo más.

—Hostia, pues un gato es lo que hace de una casa un hogar.

—Qué profundo te pones cuando te alegras de verme, Mari.

—¡Que no llames Mari a tu padre!

Carlota deshizo la maleta, se dio una ducha y, cuando salió, ya tenía la cena sobre la mesa del comedor. Qué rico cuando te cuidan papá y mamá.

—Bueno, cuéntanos qué tal por allí, que por las veces que llamas no va a ser —protestó Lorena. Viene en los papeles de madre que, por mucho que hayas añorado a tus vástagos, hay que recibirlos siempre con una reprimenda, si no, te quitan puntos del carné.

—Pues muy bien, mamá. Es verdad que solo llevo allí unos meses, y no lo quiero gafar, pero creo que la mudanza ha sido un acierto total. Ya echo de menos hasta el cantar de los pájaros cuando anochece.

—Anda, que la niña se nos va a volver una abrazaárboles de esas. De niña rata a friki de la naturaleza, lo que me faltaba por ver.

—Evoluciona, y eso siempre es bueno. —Sonrió su madre al tiempo que apretaba la mano que Carlota tenía sobre la mesa. La pobre no pillaba nunca las burlas entre padre e hija.

—¿Y cómo te tratan por allí? ¿Haces amigos o estás todo el día en casa con el móvil?

—Madre mía, de verdad… —Carlota soltó una carcajada. Padres—. Pues tengo treinta y tres años, no me va mucho lo de bajar al parque a jugar y rasparme las rodillas. Aunque tengo un amigo —recordó de repente—, un niño de seis o siete años que vive en la casa de al lado y que toca la flauta los sábados por la mañana.

—Un niño es tu amigo —asintió Amari mientras procesaba la información—. ¿Lo sabe su madre? A ver si te vas a meter en un

problema.

—No tengo ni idea de quién es su madre, ahora que lo dices.

Carlota se acarició la barbilla, pensativa, pero olvidó rápido aquella duda al meterse en la cama. Se pasó la noche feliz por la calefacción de sus padres, pero no pegó ojo. Madrid es la ciudad que nunca duerme y ella se había acostumbrado a dormir como un lirón. Extrañó el olor a romero que bajaba de la sierra de detrás de su casa, el aire que cortaba la cara y que venía directamente desde lo más profundo del océano, el silencio nocturno, el cielo lleno de estrellas…

—Madrid para los madrileños —murmuró justo antes de dormirse.

Estuvo en la capital hasta Año Nuevo, viaje que aprovechó para pasar por la oficina y comer con Ana antes de que esta se fuera a pasar la Nochevieja a una estación de esquí, y regresó para Reyes. La visita le recargó las pilas, pero cuando el morro del coche atravesó el cartel que ponía «Bienvenidos a Canguingos», sintió su alma descansar de nuevo.

8

El adivinador de regalos

—Ya vienen los Reyes Magos, ya vienen los Reyes Magos, caminito de Belén…

—¡OLÉ, OLÉ, HOLANDA SE VE, HOLANDA YA SE VE, YA SE VE, YA SE VEEEE!

La música salía por los altavoces que el Ayuntamiento había colocado en la plaza a la espera de que la cabalgata hiciera acto de presencia. Al contrario que en Madrid, en Canguingos sus majestades montaban en remolques con alpacas de paja tirados por tractores y sus pajes reales cabalgaban a lomos de caballos de labranza. Era una comitiva quizá menos sofisticada, pero perfectamente integrada en la zona. Lanzaban caramelos de los caros y regalos del todo a cien, como neceseres, pelotas de a un euro el kilo de distintos superhéroes deformados y calcetines del mercadillo.

Nadie hubiera pronosticado que a la Carlota adulta le gustaría aquella pantomima de los Reyes Magos, pero lo cierto era que le encantaba. La ilusión de los niños, las guerras de guerrillas por coger caramelos, que la morena convertía en una batalla cuerpo a cuerpo con ancianos y ancianas y que se tomaba como algo personal. Prefería los padres de mediana edad, eran realmente su rival favorito, pero tampoco le importaba el tamaño o la edad. Carlota no hacía prisioneros.

—¡Papi, por ahí vienen! —gritó emocionado el hijo mayor de Aitor, subido sobre sus hombros.

—Tú, moza, relaja un poquito —le susurró Marcos al oído.

Su tío la señaló con un dedo acusador y cara de pocos amigos. Las historias de sus percances en las cabalgatas corrían como la pólvora por la familia.

—Que sí, tito. Aún soy la forastera y tengo que portarme bien para que me acojan.

—Eso es. Hazlo por los niños.

La cara de malvada de Carlota hizo temblar a Marcos, que negó con la cabeza a sabiendas del pensamiento que cruzaba la mente de su sobrina en aquel momento. «Que les jodan a los niños». Llevaba una bolsa para guardar los caramelos, que terminaban poniéndose rancios en una estantería, pero que ella igualmente recolectaba con fruición. Lo importante no era la meta, sino el camino. A veces se

sorprendía de tener gente a su alrededor que la quisiera tanto, pues era consciente de que a veces era un poco insoportable, pero en eso consiste el amor incondicional, ¿no? En amarse en lo bueno, en lo malo y en lo peor.

Sus majestades dieron una vuelta a la plaza y, como les sobraron golosinas, dieron otra más, por lo que Carlota, a pesar de jugar en modo paseo, consiguió llenar media bolsa del Mercadona.

—A ver, tita, ¿cuántos tienes?

—Todos estos. —Levantó la bolsa y el niño abrió los ojos, alucinado. Le guiñó un ojo—. Y eso que iba a medio gas.

—¡Mira, chacha, mira qué montón hemos conseguido!

—¿Perdona? ¿Cómo que «hemos»?

—Claro, los caramelos son para todos, tita —le dijo Carmen, la hija pequeña—. ¿A que sí, abuelo?

—De eso nada, guapa. Estos son míos.

—Carlota… —Su tío intentó hacerla entrar en razón, pero ella se aferraba a la bolsa como un náufrago a su tabla—. Son niños.

—Pero que se les van a caer los dientes con tanto dulce.

—¿Y a ti no? —Se defendió Gorka, de puntillas para parecer más alto.

—Cállate, niño, que yo soy mayor.

—Cualquiera lo diría. —Aitor se reía. Le encantaba su primo, se la sudaba todo casi tanto como a ella. Al menos no era de esos padres que se ofenden con ese tipo de cosas.

El rifirrafe no se detuvo durante al menos media hora, que fue lo que tardó la masa en disolverse y los concejales y concejalas en repartir trozos de roscón de Reyes y chocolate caliente. De pronto, un niño corrió como un rayo hacia el sitio donde se encontraban, se detuvo justo delante de ella, tiró de su chaqueta para que mirara hacia abajo y la saludó con un movimiento de mano supersónico.

—¡Hola, zanahoria!

—Hola, Paco. ¿Qué quieres, bonito?

—Decirte hola. —Se encogió de hombros y se limpió los mocos en la manga de la cazadora. Preciosa, la infancia.

—Pues dicho está. —Le dedicó una sonrisa apretada, se apoyó en las rodillas para agacharse y le revolvió el pelo—. Bueno… ¿Y qué te han traído los Reyes?

—Los Reyes vienen mañana.

—Ah, claro, es verdad.

Carlota volvió a estirarse en toda su altura, pero Paco seguía allí frente a ella, con una sonrisa resplandeciente y sin ganas de irse. La chica suspiró.

—¿Y Papá Noel?

—No existe Papá Noel.

—Ah, bueno, pues nada. ¿Y qué opinas del Ratoncito Pérez?

Un codazo en las costillas hizo que le echara una mirada de reproche a su tío, pero aceptó el hecho de que podría ser el Grinch de casi todo, pero nunca jugar con la ilusión de los niños.

—Hola, Gorka.

—Hola, Paco.

—Anda, ¿sois amigos? —preguntó la morena mirando a su sobrino y a su vecino alternativamente.

—Sí, pero yo soy más grande. Nazco mañana.

—¿Mañana naces? —Paco se hinchó en su sitio como un pavo. Se notaba que cumplir años en una fecha tan señalada lo hacía sentirse muy especial.

—Sí, mañana, justo el día de Reyes. Mi mamá siempre dice que fui su mejor regalo.

—Me imagino que eso lo diría al año siguiente de que nacieras.

—¿Por qué?

—Porque parir duele mucho, Paco.

—Ya... ¿Quieres venir a mi cumple?

—¿Yo? —Carlota se señaló a sí misma y miró a los lados por si se había equivocado de persona.

—Sí, mi mamá dice que hay que acoger a la gente nueva como nos acogieron a nosotros, y tú eres «la forastera» ahora, así es que...

—Tiene sentido, pero es que ni siquiera conozco a tu mamá, enton...

—¡Ven, que te la presento!

Carlota no tuvo tiempo de reaccionar. Paco la cogió de la mano y tiró de ella sin miramientos, con una fuerza exigua, pero con mucho ímpetu, y cuando quiso darse cuenta ya estaba en la otra punta de la plaza frente a la francesa. Arrugó el rostro sin comprender, abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Miró a Chloé, a Paco, al suelo. Miró a Paco, a Chloé y al cielo. Cerró los ojos y se apretó la frente con los dedos.

—Hola, forastera.

—Hola, francesa.

Ambas mujeres se observaron. Chloé se mordía los labios y Carlota deseaba que la tierra se la tragara, pero la plaza era de adoquín, un adoquín sin fisuras. Le tocó quedarse en la superficie terrestre y soportar la vergüenza de su estupidez y el bochorno de tantas quejas que había verbalizado sobre el pequeño vecino delante de su panadera de confianza. De repente, todas las señales que ella había pasado por alto encajaron como por arte de magia. El olor a horno por las mañanas, las caras de circunstancias que ponía cuando protestaba por el niño de la flauta, la explicación de la

relación entre zanahoria y Carlota. Bueno, quizá era momento de buscar otra panadería.

—Y yo que pensé que Paco era valenciano —se lamentó en voz baja, sin creerse aún su propia imbecilidad.

Chloé soltó una risotada sideral y puso una mano en su brazo para ayudarla a pasar el mal trago.

—Lo cierto es que eso fue delirante.

—La madre que me parió.

Carlota se tapó la cara con las manos, y así se habría quedado si Paco no le hubiera dado un par de tirones en la chaqueta para llamar su atención.

—Entonces, ¿ahora sí vienes a mi cumple?

—¿Cómo? —preguntó la francesa, descolocada.

—Sí, como a los forasteros hay que acogerlos, he invitado a la zanahoria a mi cumple, pero no ha querido venir hasta que no te conociera, y ya te conoce, así que me imagino que vendrá, ¿a que sí? —dirigió la pregunta a Carlota, que desconocía los límites de la vergüenza hasta ese preciso momento.

—Ehhhh…

—Si no vienes, serás una mentirosa —le espetó Paco con dureza.

—No, Paco, yo seré muchas cosas, como una metepatas de manual, pero no una mentirosa. Así que nada, mañana iré a tu cumple. Si te parece bien —le susurró a la francesa a modo de disculpa.

—Sin problema. ¿Necesitas que te diga la dirección?

—Qué risa. —Apretó una sonrisa que hizo a Chloé volver a carcajearse—. No, creo que sabré llegar. Hasta mañana.

Se marchó de vuelta con su familia ignorando las exclamaciones de Paco a su espalda.

—¿Qué coño le regalo a un niño de siete años por su cumple?

***

A un niño de siete años se le regala un videojuego, de toda la vida, pero el día 6 de enero en un pueblo perdido de la mano de Dios, hacer ese tipo de compras era imposible. Sus posibilidades eran escasas por no decir inexistentes. Todo estaba cerrado y las tiendas de la localidad reducían sus opciones a regalarle unas latas de berberechos del ultramarinos de Braulio, que no cerraba ni en fiestas de guardar, o unas preciosas flores silvestres del campo. Daba por hecho que Paco no iba a apreciar las flores, y ya sería casualidad que los berberechos le gustaran tanto como para ser considerado un regalo de cumpleaños aceptable. Por suerte tenía un tío con una tienda de artículos de deportes de montaña, y no sabía si Paco era montañero, pero no le quedaba otra que tener que

serlo.

Por la mañana fue a casa de Marcos a abrir los regalos con la familia, y por la tarde arrastró los pies con muy poquitas ganas hasta la casa que tenía al lado. No sabía muy bien cómo tenía que arreglarse para un evento como ese. Cumpleaños infantiles, escalofríos puros le daban. Después de los suyos propios no había vuelto a asistir a ninguno, y que así fuera por muchos años, amén.

La casa de la vecina misteriosa era bonita, mucho más que la suya. Era de piedra del terreno, con un porche que rodeaba toda la edificación. Desde fuera daba la sensación de ser calentita por dentro solo con verla. Subió los tres escalones que conducían hasta la puerta blanca que daba acceso a la vivienda, cerró los ojos, negó con la cabeza ante el alarde social que estaba a punto de hacer, disociada de sí misma, y apretó el timbre. Se escuchaba el jaleo desde el camino, y pudo apreciar sin lugar a dudas los pisotones de un niño que corría hacia ella.

—¡Hola, zanahoria! —Respiraba trabajosamente Paco, agitado por la carrera—. ¡Has venido!

—Eh… ¿No me habías invitado? —Carlota estaba a punto de darse la vuelta y volver a su casa.

—Claro que sí, pero no viene toda la gente a la que invito a mi cumple. La seño Clara, por ejemplo, nunca viene.

—Ya, la verdad es que sería un poco raro que viniera tu seño a tu cumple, ¿no?

—¿Por qué?

Carlota no supo qué responder. Por suerte, Chloé apareció por la entrada con su sonrisa amable marca de la casa, elegancia francesa, suponía.

—Al final has venido.

—Pero bueno, ¿no me habíais invitado?

—Nadie pensó que fueras a venir.

—¡Yo sí!

—Claro, *mon petit*, tú eres un optimista. —Le acarició la nuca con los dedos y volvió a mirar a Carlota—. Adelante, estábamos a punto de empezar a merendar.

—Toma, te he traído esto. Feliz cumpleaños.

La morena le tendió el regalo a Paco, pero este empujó a su madre hacia delante para que lo cogiera ella. Carlota miró interrogativamente a Chloé, que cerró la puerta de entrada y tomó el regalo de sus manos.

—No quiere coger los regalos hasta que sea el momento de abrirlos, dice que tiene poderes y que con solo tocarlos puede adivinar lo que son.

—¿Y lo adivina?

—Bastante más de lo que se considera normal. —Abrió mucho los ojos la rubia.

—Joder con Paco.

La francesa sonrió condescendiente e inició el camino hacia el comedor, donde una muchedumbre se arremolinaba por cada centímetro de la estancia. Si alguien hubiera pasado con una mochila de cerveza y la banderilla fosforescente en alto, como un coche de choque, habría pensado que estaba de concierto en el Wizink. Madre mía, Paco debía de ser el popular del colegio.

La estancia era diáfana, con la cocina al fondo separada por un arco del comedor. El suelo era de madera, bastante desgastada en las zonas de paso habitual. Había alfombras por doquier, seguramente para esconder secretos de vasos derramados y muebles arrastrados sin piedad. Una mesa enorme, abierta para la ocasión, funcionaba como centro neurálgico de la habitación, alrededor de la cual se encontraban los adultos, que charlaban con sendas bebidas en las manos. La concurrencia, ante su aparición, se giró para mirarla, y Carlota fue golpeada por el silencio de estar de actualidad. Detestaba llamar la atención, por lo que saludó con un alzamiento de cabeza que dejó expuesto para que se lo repartieran entre todos los allí presentes.

Las conversaciones se reanudaron justo cuando Carlota se ruborizó, por lo que se escondió tras la francesa, que aunque era pequeña, tenía un halo de seguridad que compensaba su escaso tamaño.

—¿Qué puedo ofrecerte para beber?

—Una Coca-Cola, por favor.

Chloé la miró extrañada, pero Carlota tardó unos segundos en darse cuenta, abrumada por la multitud.

—¿Qué?

—Nada, me ha sorprendido. Lo primero que aprendí al venir a España es a tener siempre alcohol para las visitas.

—No es mi caso.

—Ya veo.

La mujer se acercó a la mesa y Carlota le hizo un marcaje personal, como un niño tímido que no se separa de las piernas de su madre ni un segundo. Cuando esta le tendió el vaso y se disculpó, pues tenía que atender al resto de visitas, la morena se vio sola cual náufrago a la deriva en mitad del mar. La ansiedad social llamó a la puerta de su consciente, cansada del encierro en el subconsciente. Se sentía observada, lo cual era cierto, pero no hasta el punto que ella imaginaba.

—¿Qué pasa, prima? —La saludó Aitor, a quien se le puso cara de tabla salvavidas.

—Ay, no me dejes sola, por favor.

—La gente de Canguingos no muerde.

—Esa será tu opinión. Aquí andáis escasos de novedades, ¿no?

—Te están haciendo el escáner, aguanta el golpe, enseguida dejarás de importarles.

—Yo no sé para qué he venido.

—La verdad es que yo tampoco.

—Yo qué sé, el jodido niño este me ha invitado.

—Paco ha invitado, literalmente, a todo el pueblo.

Carlota miró a su alrededor, a esa veintena de personas que rodeaban la mesa.

—¿Y no están aquí todos?

—Casi.

Aitor se rio con todo el cuerpo, pasó un brazo por los hombros de su prima y empezó a hacerle bromas para que se destensara. La verdad era que no le gustaría estar en su pellejo. Canguingos era un lugar pintoresco y amable para las visitas, pero crítico y cizañero con los residentes. Cosas de pueblos.

A escasos metros de ellos, en la barra de la cocina, Mateo, el bibliotecario, se movía nervioso en torno al menudo cuerpo de su amiga.

—Venga, preséntamela.

—Que no, ¿no ves que está muy agitada?

—¿Agitada? De verdad, a veces hablas como un diccionario antiguo.

—¿Cómo lo digo, entonces?

—A*tacá* de los nervios. —Chloé lo miró con suspicacia. No era la primera vez que la engañaba con el idioma para reírse a su costa.

—Pues «*atacá* de los nervios». —Mateo rio por lo bajo, era gracioso escuchar a Chloé decir aquellas españoladas con acento francés—. Además, después de tres meses viniendo mucho a la panadería, ahora ha empezado a llamarme por mi nombre, así que no *pienso que es* muy buena en temas de socializar.

—Ya, eso es lo que se comenta. Pero yo soy un buen tío, emocionalmente afectivo, comprensivo y empático.

—Yo hablo como un diccionario, pero tú como un manual de autoayuda.

—Qué graciosa.

Mateo dejó la sonrisa a medias y se puso tieso como un palo. Chloé se giró para averiguar qué había provocado aquella reacción en su amigo, y esa no era otra cosa que la altísima figura de Carlota dirigiéndose hacia ellos.

—Oye, yo sé que no hemos empezado con buen pie con el tema de Paco y su flauta, pero tienes que ser una buena anfitriona y

prestar atención a tus invitados. Hola —saludó al muchacho.

—Ho... hola —tartamudeó Mateo. Carraspeó y tragó saliva—. Me llamo Mateo, soy el bibliotecario.

—Yo Carlota, programadora y forastera. Encantada. —Estiró la mano y Mateo se la estrechó.

—Igualmente.

—Lo siento mucho si estáis hablando de algo privado, pero voy a quedarme aquí. No molesto, ni siquiera hace falta que me incluyáis en la conversación, pero no pienso volver sola a esa reunión del AMPA.

—Qué buena —sonrió Mateo.

—Por mi parte no hay ningún problema, ¿y por la tuya? —preguntó Chloé dirigiéndose a su amigo.

—Tampoco.

Un silencio incómodo se entrometió entre ellos. Carlota bastante había hecho con acercarse a saludar, Mateo suficiente tenía con los nervios quinceañeros de conocer a la forastera, quien podría convertirse en otra buena amiga. Tenía muchas esperanzas puestas en su posible relación, necesitado de nuevos estímulos. Chloé, sencillamente, estaba ocupada en el montaje de sándwiches y platos de aperitivos.

—Bueno... —Mateo quería charla, pero no se le ocurría nada con lo que empezar. Por suerte, Carlota lo interrumpió.

—Tienes una casa preciosa, por cierto.

—¿Te gusta? —preguntó Chloé.

—Mucho. Estoy reformando la mía poco a poco y el estilo de esta me gusta mucho. Así cojo ideas.

—¿Me vas a copiar? —le preguntó en tono acusador. Carlota entornó los ojos: se le daba bien relacionarse mediante piques, por lo que aceptó la invitación.

—Pues a lo mejor.

—O sea, primero te metes con mi hijo y ahora me quieres copiar la casa... Haciendo amigos, ya veo.

—Deja ya lo de la flauta de Paco, por favor, que casi me muero de vergüenza. Podrías haberme avisado para que dejara de despotricar del niño, ya te vale.

—Demasiado divertido, ¿verdad, Mateo? —lo introdujo en la conversación.

—Sí, la verdad es que ver a la siempre educada francesa blasfemar de su vecina ha sido toda una experiencia.

—Ah, que me has puesto a parir...

Chloé miró a Mateo, como hacía siempre que no entendía el significado de una expresión.

—Que la has insultado. —La ayudó su amigo.

—Insultarte no —matizó Chloé.

—Pero casi. Yo me cago en su hijo y ella me pone verde, yo eso lo considero un empate, ¿tú qué opinas? —Carlota buscó de aliado a Mateo, que estaba muy predispuesto a congraciarse con la forastera.

—Empate técnico.

9
La tusa

Carlota lanzó un «buenos días» general al entrar en la panadería como hacía cada vez que iba. Para su sorpresa, en la cola estaba la señora de la casa cuadrada que la saludaba a los gritos como si la conociera.

—Buenos días, niña, por fin te veo de cerca. Qué alta estás, madre del señor. Ven, ven aquí y dame un par de besos.

La morena no tuvo tiempo ni de sopesar la invitación, pues en apenas dos segundos se vio sumergida en un abrazo con todas las de la ley. Olía a abuela, como olía la suya cuando vivía. No sabía si era la colonia, que la repartían cada año casa por casa junto a las Páginas Amarillas, o por el detergente Lagarto que utilizaban desde después de la guerra. El caso es que a las abuelas de España les pasaba como a los recién nacidos: tenían un olor especial.

—Tú es que no te acuerdas de mí porque eras muy jovencita cuando murió tu abuela, pero yo soy la Jacinta, amiga suya de toda la vida. Desde el colegio, que aprendimos juntas las cuatro reglas.

—¿Las cuatro reglas? —preguntó Chloé, que observaba con curiosidad mientras despachaba a la mujer.

—Sumar, restar, multiplicar y dividir. Bueno, y leer y escribir, claro.

—Así que es usted amiga de mi abuela.

—Era, sí que lo era. Una lástima, no he conocido mejor persona que ella.

—¿Lo de siempre? —preguntó la panadera en voz baja cuando llegó el turno de Carlota, procurando no interrumpir.

—Sí, por favor. Pues Jacinta, la verdad es que ahora que lo dice, y viéndola más cerca, sí que me suena su cara. Ya me extrañaba que me saludara con tanto ímpetu todas las mañanas.

—Seguro que pensabas «anda la vieja esta, seguro que chochea y me ha confundido con otra persona».

—No, Jacinta, claro que no.

—Mentirosa... Mírala, Chloé, igual de buena que su abuela, que por no ofenderme prefiere echarme una mentirijilla piadosa. Qué mona.

—Ay, no, yo mona no soy. —Se sonrojó la morena, quien negaba con vehemencia.

—Eres un encanto.

—Bueno... yo no diría que tanto, pero se intenta. Tengo mis fallos, no se crea.

Carlota echó una mirada de soslayo a la panadera, que sonrió con ironía, como flamante objetivo principal de uno de esos fallos a los que se refería. Bueno, tampoco era para tanto.

—Paparruchas, se te nota en la cara. Tienes la mirada noble.

La morena sonrió muerta de vergüenza y pagó el pedido que la francesa le había preparado durante la conversación con Jacinta.

—Bueno, señora Jacinta, yo me voy a ir yendo para casa. Ha sido un placer conocerla.

—Igualmente. Oye, niña, si no te importa caminar al lado de una vieja pelleja, voy yo también para la mía y así nos hacemos compañía, que con estas lluvias está el terreno resbaladizo y me da miedo caerme, ¿sabes? Por mi cadera.

—Por supuesto, yo la acompaño. Hasta la próxima, Chloé.

—Que paséis un buen día, jóvenes.

—Esta chica, qué graciosa es. Joven que me dice. No tiene guasa ni na.

—Tiene fino el humor, sí. A lo callado no veas cómo las suelta.

—¡Totalmente! —La mujer soltó una estruendosa carcajada, se agarró del brazo de Carlota y emprendió el camino hacia la puerta de la panadería.

Carlota se giró a tiempo de ver la mueca que le dedicaba Chloé. Al menos se lo tomaban con humor.

—Bueno, rica, cuéntame, qué tal desde la mudanza, ¿te apañas?

—Sí, la casa es muy grande y la voy acomodando a ratos. Sin prisa pero sin pausa.

—¿Y el pueblo? ¿Cómo te han acogido?

—Bien, bien. Tampoco soy yo la alegría de la huerta, pero de momento se están portando muy bien conmigo.

—La gente en los pueblos lo que está es muy aburrida, ten eso en cuenta, niña. Les gusta hablar y criticar, y cuando pasa algo interesante los vecinos se vuelven locos.

—¿Le han contado alguna cosa sobre mí?

—Tampoco soy yo mucho de relacionarme, a mi edad salgo ya lo justo, pero los chismes no hay que buscarlos en un pueblo como Canguingos: te vienen a buscar a casa si hace falta.

—Va, cuénteme, ¿qué le han dicho?

—Todo mentira, seguro.

—Venga, Jacinta, suelte el cotilleo.

—Ay, qué apuro. Pero bueno, si insistes... Me han dicho que eres un poco antipática.

—Pues mire, eso es verdad.

—Eso no es verdad, eres una chica muy simpática. Mira,

charlando con una anciana a la que no conoces de nada y acompañándola a su casa sin ninguna obligación. Eso no es de ser antipática. Lo que pasa en los pueblos pequeños es la cosa esa del teléfono *escacharrao*, que de un poquito así —se señaló la punta del dedo índice con el pulgar— lo convierten en algo así. —Se llevó la mano contraria hasta el hombro—. Hay que llamar a las cosas por su nombre, no hacer que parezcan más de lo que son por que así mejore el chisme.

—Ha hablado usted el idioma de la verdad, Jacinta.

—Tú eres reservada, que es muy distinto que ser antipática. Pero ya veo que tú también te pones a ti misma en un lugar que no te corresponde. Típico.

—¿El qué?

—Hacerse una de menos, tirarse una piedras sobre su propio tejado, no sé si me estás entendiendo.

—A las mil maravillas. No es eso, yo solo prevengo a la gente de lo que se pueden encontrar al tratar conmigo. Si luego es menos, es una sorpresa agradable, ¿no le parece?

—¿Y a toda la gente a la que se espanta por ponerse una peor de lo que es?

—Bueno, el que no aguante un poco de complicación tampoco merece la pena.

—Anda, qué frescas las tiras. Tú sí que hablas el idioma de la verdad, niña. Bueno, te dejo ya de dar la turra, que mira mi casita, me está esperando.

—Es una casa muy bonita, señora Jacinta.

—Otro día te invito a un café y así te desencantas tú sola. Venga, rica, por la sombra.

—Hasta otro día, Jacinta.

Carlota recorrió el camino que quedaba hasta su hogar con una sonrisa de oreja a oreja. Jodida abuela, había soltado factos a diestro y siniestro sin despeinarse y casi sin coger aire. Tenía empuje para su edad, pero ya se había dado cuenta de que era una virtud propia de las mujeres de su generación: con una vida dura de posguerra, criando hijos sin tener mayor valor que el de una incubadora que planchaba y hacía la comida. Las invisibles, las que no salían en las fotos familiares y cuando salían lo hacían con el mandil y la cara gastada del cansancio. Las que era la primera vez que se sentaban en todo el día, pero de verdad, y las que al final del día no tenían ni un gracias de pasada por lo pesado que les tocaba acarrear sobre sus recias espaldas. Mujeres que sufrían de nervios, la mayoría con una depresión de caballo, diagnosticada a veces, otras no. Los nervios, todas las mujeres de antes sufrían de nervios.

***

Había arreglado la valla que rodeaba su terreno en los pocos descansos que la meteorología daba. A ratitos, en mañanas sueltas, a arreones que daban entre ella, su tío y sus primos los domingos después de ir a comer con ellos. Para cuando llegó el ansiado cambio de hora, se plantó en la ferretería de Alonso o Alfonso, lo mismo daba, y compró litros y litros de pintura blanca para darle un lavado de cara también a la fachada de la casa en cuanto las lluvias dieran tregua por más de dos días seguidos.

—¡Soy una rumbeeeera, RUMBERA, rumbera, RUMBERA, VAMOS A BAILAAAAR!

—La que faltaba…

Carlota sonrió, clavó en la tierra la pala que sostenía y se hizo un parasol con la mano libre para ver bajar de un Opel Astra de 2005 tuneado nada más y nada menos que a su prima Celia, persona de alto reconocimiento en Canguingos y el resto de la provincia, cantante titular de la orquesta Esmeralda, encargada de amenizar fiestas patronales, comuniones, cumpleaños de concejales y celebraciones de toda índole.

Su prima tenía el cabello largo y rojo sangre, los labios muy bien hechos por unas chicas cubanas que habían puesto un centro estético al lado de Anoeta y un tipazo fruto de tanto bailar el Coyote Dax y un pasito pa'lante María, un pasito pa'trás sobre los escenarios. La pobre tenía una boca que parecía que cualquier día fueran a echarle una carta, circunstancia que había llevado a los chicos de su edad a llamarla María Abradelo en los años de instituto. No se sabe si su gusto por cantar había venido a raíz del apodo, o si el apodo se había apoyado también en sus artes escénicas, sea como fuere, se retroalimentaron en su día dando como resultado el personaje real y ficticio al mismo tiempo que era Celia.

—¡Preeeeeeeemah! —saludó dando un golpe estudiadísimo de cabeza que hizo ondear su pelo Pantene.

—¿Qué pasa, loquis?

—Vengo a ver tu palacio. Ya que no me invitas, tendré que presentarme yo a darte un poco de charleta, ¿no? Dame dos besos, anda.

Carlota se los dio y la miró con alegría y cierta admiración. Parecía que todo le resbalaba, y era de ese tipo de seres luminosos que aglutinaba miradas y asombro allá donde fuera. Celia le daba sentido al piropo que decía «lo tuyo es caminar y lo demás pisar la calle». Sí, ese era un buen resumen del carisma que desprendía.

—Pasa, que justo iba a hacer una parada para un cafelito.

—Y una cerveza no tendrás, ¿no?

—Para ti la Luna si la quieres, reina.

—Menuda zalamera estás hecha, Carlotis. Quién lo diría.

—No es magia, es labia.

—*Wao*, ¿estás hoy haciendo repaso de las mejores frases de agenda de instituto?

—No me hagas caso, que estoy un poco tontorrona.

Carlota cruzó el patio hacia el techado donde estaba la nevera que su tío llenó de bebidas el fin de semana de la mudanza, donde todavía quedaban sobras para abastecer un cumpleaños. Celia la siguió y, cuando Carlota regresó con las bebidas, esta ya había cogido una mesa que había por ahí, la había acercado a un par de sillas y se había repantingado en una de ellas con los ojos cerrados y la cara expuesta al sol como los lagartos.

—Seguro que te llevas a las chatis de calle con esa palabrería —comentó con una sonrisa gigantesca al tiempo que abría la lata de cerveza.

—Las tengo haciendo cola, sí.

—Porque no quieres. —Celia la miró por encima de las gafas de sol con una ceja levantada que no admitía réplica—. Bueno, a lo que venía, que mañana por la noche no hagas planes.

—¿Y eso por qué?

—He quedado con las chicas a cenar en el bar de la plaza y les he dicho que tú venías también. Ya hemos reservado y si no acudes, harás llorar al niño Jesús.

—Pobre niño Jesús. A ver, ¿quiénes son las chicas?

—Mis amigas. Son solo tres, así que no empieces con que te da vergüenza, que te he dado seis meses de margen para que te adaptes al pueblo.

—La verdad es que te has portado muy bien, sí. Inesperado.

—Soy una cachorra adorable envuelta en un cuerpazo de tía buena. Tiene sus luces y sus sombras esta dualidad, no te creas.

—Me imagino que debe de ser muy frustrante.

—Tía, qué fresquitas tienes las cervezas. —Apuró lo que le quedaba y dejó la lata vacía y estrujada sobre la mesa—. Tú sigue así, que como encajes con el grupo pronto podrás invitarnos a barbacoas. Estás dejando el patio estupendo, por cierto. Enhorabuena.

—Muchas gracias.

—Me voy, que mi padre tiene planes y quería que le hiciera yo el cierre. Un besazo, guapa. Mañana te veo.

—Hasta mañana.

El huracán Celia salió del terreno con la misma desenvoltura con que había entrado. Sin cambiar el gesto ella llegaba, te ponía la casa

y la vida patas arriba y se iba como si tal cosa, con su pelo rojo infierno que parecían llamas en movimiento lamiendo su espalda, la mirada al frente y el incendio detrás de sus talones.

Carlota se quedó como un pasmarote sentada en una silla donde no pretendía sentarse, con el cigarro sin encender y el café aún en la cocina, una lata de cerveza vacía que todavía conservaba el frío, pues ni tiempo a calentarse había tenido, y la sensación de haber sido arrastrada por un tsunami. Parpadeó un par de veces y le dio por soltar una carcajada ruidosa. De repente tenía planes para el día siguiente tras meses de aislamiento disfrutado. Se había acabado el armisticio, le tocaba darle a la sociedad lo que esta reclamaba de su triste persona: contenido.

***

En Canguingos había muchos bares y restaurantes debido al turismo rural de fin de semana en invierno y el de playa en verano. Hacía algunos años que el norte de España se había puesto de moda, hecho que Carlota achacaba al cambio climático y a los veranos insoportables del sur, con cuarenta grados a la sombra, masificaciones y apartamentos particulares, cutres y caros de alquiler por semanas. El norte era otro rollo, vacaciones de senderismo y montaña, de rebequita por las noches y de baños en las heladas aguas del Cantábrico para poner la circulación en su punto.

Los fines de semana el pueblo bullía de ambiente en cualquier época del año, unas más y otras menos, pero los lugareños, sobre todo los jóvenes, aprovechaban para salir y ver caras nuevas.

Carlota había evitado casi pisar la calle para escaquearse, pero Celia no sugería, imponía, y el plan de cenar no era uno al que pudiera negarse. No quería reconocer que en realidad le apetecía, porque eso atentaba con todo lo que ella pensaba de sí misma como persona asocial, sin tener en cuenta que su necesidad de socializar, por pequeña que fuera, siempre quedaba resuelta por las quedadas semanales con Ana. No tenía una nada más que cambiar de contexto para empezar a conocerse.

—¡Vamos, chochona, que no tenemos toda la noche! —La apremió Celia desde su coche cuando la morena se dignó a salir de casa.

—Ya voy, hostias, que no encontraba el neceser del maquillaje en la puñetera habitación desastre.

—¿Eh?

—Nada, tira.

La música comenzó a retumbar en los cristales del Astra al tiempo que Celia hizo un derrape impresionante para incorporarse al camino que bajaba al pueblo.

—¡Tú, gilipollas, que me jodes la entrada de la casa!

—¡Ya no tiene excusaaaaaaaaaaaaa!

—¡No te jode el surco que me has hecho! —Carlota miraba hacia atrás girada por completo en su asiento.

—¡Hoy salió con su «prima», dizque que pa matar la tusaaaaaaaaaaaaa!

Carlota sonrió en grande, se puso el cinturón y antes de que terminara la canción ya estaban en el centro de Canguingos. Entraron en el bar de la Remedios, donde habían reservado, pues tenía muy buenas reseñas en Google y los fines de semana era imposible comer o cenar allí sin hacerlo.

En una mesa del fondo había tres chicas que, en cuanto las vieron, empezaron a hacerles gestos con las manos para hacerse notar. Y lo consiguieron. El bar entero se giró a mirar de dónde provenía el escándalo que las chicas estaban formando.

—¡Nenaaaaaaaaaaaa!

Parecía ser el grito de guerra, pues las cuatro lo gritaron como cacatúas. Graznaban de manera llamativa y Carlota se quiso morir del bochorno. De Celia se lo esperaba, pero no contaba con que sus amigas fueran a ser iguales que ella.

—Chochos, os presento a mi prima Carlota, «la forastera».

—Hola. —La aludida levantó la mano con timidez, apretó los labios e hizo un gesto de asentimiento a repartir entre las tres. Ilusa.

—¡Hola, guapa! Dame un par de besos. Yo me llamo Jessica, encantada.

—Hola. Yo Carlota, igualmente.

—Yo soy Amelia.

—Y yo Susana.

Carlota se quedó mirándola unos segundos antes de que los dos besos de rigor interrumpieran su línea de pensamientos. Le sonaba mucho su cara.

—¿Te conozco? —preguntó la morena. La curiosidad había sido más poderosa que la timidez.

—Tía, lo que yo te diga. Las lesbianas se conocen entre todas, es una cosa…

—Celia, cállate —le espetó la amiga que Carlota observaba intrigada—. Soy la veterinaria.

De repente a Carlota le vino a la mente un choque fortuito en la plaza de Canguingos durante las fiestas del año anterior, en las que su tío le hizo una radiografía de los habitantes más renombrados que allí había.

—Ah, vale, sí. Me choqué contigo hace como nueve meses.

—¿Te dejó embarazada y por eso estás flipando? —le preguntó su

prima con sorna. Carlota la fulminó con la mirada mientras se sentaba.

—Nunca subestimes los poderes lésbicos.

Aquel comentario de la morena hizo reír a las demás. Primer tanto para su marcador, que nunca solía tener muchos goles. Buena manera de comenzar la velada.

—Joder, acabamos de conocernos y ya te debo la manutención. No me renta esto, ¿eh?

La veterinaria sonrió con amabilidad a Carlota. También ella fue «la forastera» diez años atrás y sabía lo difíciles que resultaban en ocasiones los principios.

Carlota no supo en qué momento concreto la noche se les fue de las manos, pero en un instante todo estaba divertido y al minuto siguiente todo se había desmadrado. Serían los chupitos de Remedios, de un orujo que hacía ella misma y que lo mismo valía para emborrachar a su prima y a sus amigas que para limpiar el motor de un coche. La morena apenas se mojó los labios y le estuvieron escociendo media hora, por lo que observó el efecto devastador, desde la barrera, que tenían en sus acompañantes.

Como desenlace evidente, tuvo que conducir el coche de Celia de regreso. Desestimó la idea de acercarla a casa de su tío Marcos, que era donde ella vivía, para no montar el alboroto que seguro iban a montar, por lo que dirigió el Opel Astra hacia su propia morada. Al entrar en el camino, vio al tal Mateo escabullirse de casa de la francesa y caminar en su dirección a paso ligero. Se apresuró en entrar para no tener una conversación incómoda con el novio de la panadera. ¿Sería también el padre de Paco?

Se durmió con esa duda, aunque lo cierto era que no se parecían en absoluto.

10

Recuerdos de Rodrigo

Buenos días, princesa. Les has caído genial a mis amigas. Por si tenías alguna duda, es de lo que hablábamos cada vez que te ibas al baño. Ya sé que te la suda lo que piensen de ti, pero mola cuando lo que piensan es bueno, así que dicho queda.

P. D.: creo que a la Susi tampoco le importaría dejarte una nota antes de irse de tu casa, no sé si me entiendes, guiño, guiño, codazo, codazo.

Bienvenida al grupo de desquiciadas de Canguingos.

Besos y xoxos para mi lesbi favorita (L)

Carlota leyó la nota que su prima Celia le había dejado en la mesa de la cocina con una sonrisa y una taza de café humeante en la mano. No se quería imaginar la resaca que tendría en ese momento, aunque, por el tono desenfadado de su escritura y lo que la conocía, estaba segura de que en cuestión de una hora estaría duchada y presta para irse de cañas otra vez. Ella, sin embargo, estaba cansada como si hubiera corrido una maratón la noche anterior, por lo que se quedó dormida en una hamaca del patio, donde se había echado para respirar el aire fresco y limpio de la mañana.

—La zanahoria está a tiro, cambio.

Carlota entreabrió los ojos, lo justo para ver la resplandeciente cabellera rubia de Paco escondida entre unos matorrales al otro lado de la valla. Como ir de incógnito con un chaleco reflectante, pues igual. No sabía el tiempo que había transcurrido inmersa en su siesta, pero estaba segura de que andaba cerca de la hora de comer.

—Se encuentra en mi punto de mira, permiso para disparar, cambio.

La morena se estaba relamiendo de manera anticipada.

—Espero su señal, coronel. Cambio y corto.

Ese era el momento. Carlota saltó de la hamaca gritando como una loca, con los brazos en alto y enseñando los dientes. Paco, del susto, soltó la rama que utilizaba como rifle y cayó, enredado en los propios matorrales tras los que se escondía. Carlota no supo cómo demonios lo hizo, pero la siguiente imagen que llegó de él fue su cara descompuesta, la pata derecha del pantalón remangada y un reguero de sangre que le bajaba rodilla abajo.

—¡Pero Paco!

La muchacha saltó la cerca con un gesto grácil, como si estuviera acostumbrada a hacer deporte a menudo. Negativo. Carlota no corría ni cuando perdía el metro delante de su cara.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—Auuuuuuuuuuuuu. Pica, pica, pica.

Paco se mordía los labios, pero tenía los ojos inundados de lágrimas. Aquello no iba a poder contenerlo por mucho más tiempo, por lo que a grandes males, grandes remedios. Carlota lo cogió en brazos en plan *El guardaespaldas*, pasó primero una pierna por encima de las maderas y luego la otra, para perjuicio de su flora vaginal, que soportó el golpe con estoicidad. Corrió por el patio hasta la cocina, donde entró con Paco todavía en volandas, al cual tendió sobre la robusta mesa de madera, tirando todo lo que había sobre ella. Quizá un poco sobreactuada y dramática, pero estaba asustada.

—¡¿Tienes alguna alergia?!

—A la lactosa —gimoteó Paco entre pucheros.

—¡Digo a medicinas y eso!

—Al chocolate.

—¡Paco, esa es una mentira que nos dicen las madres para que no nos salgan caries, pero no es verdad!

Al niño se le pasó el llanto en un segundo. La miró con los ojos abiertos de estupor. ¿Su madre, la mujer en quien más confiaba en el mundo, le había dicho tamaño embuste? No podía ser.

—Toma, ponte esto encima de la herida.

Le tendió medio rollo de papel de cocina que el niño se puso con diligencia sobre la rodilla, la cual dejó de chorrear sangre. Carlota buscó el botiquín en la habitación desastre. Todavía no tenía «el cajón de las medicinas», cosas de recién mudada. Regresó enseguida con agua oxigenada en una mano y gasas en la otra.

—Déjame ver.

La herida era cuanto menos llamativa, sobre todo al verse rodeada de sangre reseca que había llegado hasta el calcetín, pero en realidad no era más que un raspón. Sea como fuere, aquello le iba a escocer.

—Anda ya, si no es nada. Por cierto, me ha dado recuerdos para ti Rodrigo —le dijo Carlota al tiempo que empapaba una gasa con el desinfectante y se colocaba secretamente para curarlo.

Paco la miró con desconcierto, momento que la morena aprovechó para echarle un buen chorrazo de agua oxigenada en la herida. Dos lágrimas como dos canicas rodaron por las mejillas del niño hasta el cuello de la camiseta, pero se mantuvo todo lo sereno que puede mantenerse un crío de siete años ante una herida de guerra como aquella.

—¿Qué Rodrigo? —preguntó el pobre en medio del llanto.

—Si me das un besito, te lo digo.

Paco gimoteaba mientras le curaba, entre respiraciones

lacrimógenas profundas y entrecortadas, pero se incorporó sobre los codos y le dio un beso en la mejilla a Carlota que le provocó una sonrisa involuntaria. Ella se lo devolvió en la frente. No supo muy bien por qué lo hizo, pero eso calmó al muchacho al instante.

—¿Estás mejor?

—Sí. ¿Qué Rodrigo?

—Otro día te lo digo.

—Vale —murmuró entre dientes. De pronto, le tendió los brazos —. ¿Me llevas con mi mami?

—¿En brazos otra vez?

—*Toy* malito.

—Tienes tú más cuento que Calleja. Venga, vamos.

A pesar de las quejas, Carlota se puso frente a él para que se subiera a caballito. Salieron por la puerta delantera para acceder a la casa de Chloé por el camino principal en lugar de cometer un allanamiento de morada campo a través. No tardaron ni cinco minutos, los cuales Paco aprovechó para contarle todo lo que había hecho y comido ese domingo de abril.

—Y entonces, mi madre me ha dicho que saliera fuera a aprovechar que hacía sol, y mira por dónde me he lesionado, por su culpa.

—La culpa ha sido tuya por estar ahí merodeando.

—No, ha sido tuya por asustarme.

—No, Paco, no le puedes decir eso a tu madre, que bastante inquina me tiene ya.

—¿Qué es «inquina»?

—Manía.

—No sé qué es.

—Pues el lunes se lo preguntas al profe y así aprendéis algo nuevo en clase. Anda, qué bien, qué buena idea, ¿no?

Carlota fue a bajarlo de su espalda, pero Paco se aferró con insistencia.

—¡No, zanahoria, el suelo es lava!

La muchacha rezongó hasta llegar al techado del porche. Su idea era llamar al timbre y salir corriendo, del mismo modo que Hagrid dejó a un Harry Potter recientemente huérfano en la puerta de casa de sus tíos, pero ni ella tenía una moto voladora, ni corría como Usain Bolt, por lo que allí se quedó con Paco colgado del cuello hasta que Chloé abrió.

—Buenas tardes, ¿ha pedido usted un paquete? —le preguntó la morena con indiferencia, como si no tuviera a un niño colgado del cuello.

—Pensaba que los domingos no hacíais reparto —le siguió la broma la francesa.

—Las horas extra las pagan muy bien, así que aquí estamos.

—Entonces sí, estoy esperando un paquete.

—¿Está segura? Es muuuuuuuuuuuuy pesado.

—¡Oye! —se quejó Paco, dándole un cabezazo suave como reprimenda.

—Pesadísimo y herido.

—¿Cómo?

Carlota señaló el pantalón rasgado de Paco. Chloé lo levantó y comprobó que estaba tapado con una tirita.

—Está muy bien curado.

—Alguien ha debido de ver todas las temporadas de *Anatomía de Grey*.

—Entonces ha estado en buenas manos.

—Lo siento, le he dado un susto, se ha caído y…

—No te preocupes. Niños.

La francesa hizo un gesto de la mano que espantó la preocupación de Carlota. Fue un gesto ligero, sin importancia, pero que la morena agradeció de corazón.

—¿Cómo estás, *mon petit*? ¿Te duele?

—¡Mucho, mami, mucho!

De repente, la espalda de Carlota no era tan confortable como el regazo de su madre, por lo que cambió de resguardo como el que cambia de chaqueta.

—¿Cómo te lo has hecho? —le preguntó al pequeño que ya se encontraba entre sus brazos.

—Pues… estaba a punto de cazar a la zanahoria, que estaba dormida al sol, y de repente, mami, de repente —le cogió la barbilla con los dedos para que lo mirara—, va y se levanta gruñendo como un zombi y yo me he dado un susto y me he caído.

—Eso te pasa por despertar a los vecinos dentro de su propiedad privada —le recriminó Carlota.

—Si es que las resacas son muy malas…

—¿Qué resaca, qué dices?

—Mateo me ha contado que se encontró contigo cuando salió de mi casa, esta madrugada.

—Él salía y yo entraba, sí. Pero de resaca nada, te recuerdo que yo no bebo.

—*Mon dieu*, es verdad. —Se golpeó la frente con la mano que le quedaba libre. Paco se removió y Chloé lo dejó en el suelo. No le interesaba una conversación adulta que ya no lo tenía como protagonista y estaba resultando de lo más aburrida, por lo que se fue en busca de nuevos estímulos.

—¡Adiós, zanahoria!

—Adiós, petardo.

Ambas mujeres se quedaron sin saber muy bien qué decir, por lo que Carlota inició la despedida.

—Dile al cotilla de tu novio librero que está muy feo contar mentiras sobre los demás.

—Es bibliotecario, y no es mi novio.

—Anda ya, solo un noviete sale de madrugada a hurtadillas de casa.

—Entonces imagino que la chica que salía derrapando esta mañana era tu novia, ¿no?

—*Touché*.

—Excelente pronunciación —felicitó Chloé.

—Tenía francés como optativa en el insti —chuleó, al tiempo que comenzaba a caminar hasta los escalones que bajaban del porche. Sin embargo, se detuvo antes de comenzar el descenso, con una curiosidad impropia de ella, sudorípara como era hasta la médula—. O sea, que Mateo y tú, ¿nada?

—De nada.

—La verdad es que, por mucho que se comente en el pueblo, no me pegáis. —Carlota se quedó pensativa, mirando los árboles. Chloé soltó una risita y negó con la cabeza. Esa chica era incorregible—. Di que sí, que parece que todo se tiene que llevar siempre al plano romántico. Viva la amistad, joder.

—Viva.

—Bueno, que me voy. Ya he desgraciado a Paco, puedo ponerme a preparar la comida.

—He hecho tortilla, por si eso de lesionar hijos ajenos te ha dejado muy agotada.

—Nah, para eso siempre tengo energía. Gracias por la invitación. Hasta mañana, panadera.

—Hasta mañana, zanahoria.

Carlota le echó una última mirada de reproche, bajó los tres escalones y caminó sin volver la mirada, por lo que se perdió el escrutinio al que la sometió la francesa, quien valoraba a su nueva vecina de una forma nueva, pues lo cierto era que las conversaciones con ella le resultaban refrescantes y la invitación improvisada que acababa de hacerle para comer hubiera sido más un placer que un gesto de amabilidad.

***

Durante las últimas semanas, Carlota había fraguado una relación de amistad con comillas con la señora Jacinta. Todo empezó con el ofrecimiento de Carlota para llevarle el pan tras su primera charla, a lo que la mujer se negó en rotundo, ya que sus escasas ocasiones para socializar, a su edad, eran bajar al pueblo a hacer recados. Así

fue cómo Carlota, en lugar de llevarle el pan a la mujer, decidió llevar a la mujer a por el pan, dejarse invitar a alguno de los dulces que vendía la panadera y comerlo acompañado de un buen café de puchero en casa de Jacinta. Aquella salida de chicas comenzaba a convertirse en su rutina de los sábados por la mañana, y era el pistoletazo de salida que estrenaba el ansiado fin de semana.

—¡Vamos, Jacinta, que no tengo todo el día!

—Madre mía esta niña, cuando coge confianza no hay quien la aguante.

—Vamos a mover ese culito con más salero, que yo creo que hoy la francesa me va a hacer feliz con una buena hornada de rollitos de canela y no quiero que se acaben. Lo huelo, lo presiento. ¿Lo huele usted también?

—Yo lo único que huelo es el chasco que te vas a llevar, rica, como todos los sábados.

—A lo mejor como se acerca la Semana Santa…

—No te imaginaba yo tan beata.

Por fin salió la mujer, con su bolso colgado del codo, el pelo empapado en colonia, peinado hacia atrás, una bata azul marino con topitos blancos y la sonrisa patrocinada por Corega Ultra.

—¿De verdad te crees que yo —se señaló de arriba a abajo— soy de las que van a misa?

—A misa sí, pero a misa-suntos.

Carlota abrió los ojos de par en par ante la gracieta que acababa de decir su reciente amiga y soltó una carcajada. No era nueva esa broma, pero la dejó de piedra haberla oído de boca de Jacinta.

—Te has quedado picueta perdida, ¿eh?

—No me esperaba esa broma de usted.

—Soy una moderna, ¿qué te has creído?

La morena le tendió el brazo, al cual la mujer se aferró con naturalidad. Caminaron hasta la panadería en medio de una charla, como casi siempre, sobre cocina. Ante la nueva festividad que se avecinaba, la conversación giraba en torno a sapitos, leche frita y torrijas.

Para decepción de Carlota, en un rápido vistazo al expositor comprobó que no había rastro de los rollitos de canela. Su cara fue todo un poema.

—Niña, ¿cómo no le haces unos bollos de canela a la criatura? Mira, mira qué cara de tristeza se le ha puesto, con lo contenta que venía…

—La tengo castigada, señora Jacinta.

—¡¿A mí?! —se quejó Carlota, con una mano en el pecho.

—Sí, pero ya no me acuerdo por qué. —La francesa se acarició la barbilla con los dedos, intentando recordar qué había hecho para

negarle su postre favorito.

—¿Todavía sigues con lo de la flauta? ¿En serio? —La miró con un ladeo de cabeza ofendido.

—¿Qué flauta? —quiso saber Jacinta, que miraba el intercambio como un partido de tenis.

—La flauta de Bartolo, que tenía un agujero solo —se le escapó a Carlota.

—¿Eh? —Chloé, como era evidente, no se enteraba de nada.

—Su hijo, Paco, que toca la flauta en el porche y me despierta los sábados por la mañana. Se creerá la francesa que le voy a dar las gracias o algo, vamos.

—Haya paz, muchachas —intentó Jacinta calmar los ánimos mientras reía como una cacatúa. Esas dos chicas, siempre igual—. Ahí lleva razón la forastera. Los niños con la flauta... Por eso nunca tuve hijos.

Las dos jóvenes se quedaron mirando a la mujer, pues a pesar de parlotear sin descanso, no solía contar mucho de su vida personal. Aquello era un descubrimiento.

—No me miréis así, los niños son insoportables.

—Dígalo bien alto, Jacinta, y choque esos cinco, coño.

La mujer estampó su mano contra la de Carlota, meada de la risa.

—Bueno, que yo creo que si no te acuerdas de por qué la tienes castigada, significa que ya puedes levantarle el castigo.

—Me lo pensaré. —Chloé miró a Carlota con los ojos entornados para terminar las dos en una sonrisa divertida—. Entonces, ¿qué vais a querer almorzar hoy?

Las dos mujeres eligieron minuciosamente sus manjares de sábado, y Carlota aumentó el pedido con lo que solía llevarse para ella.

Se despidieron de la francesa, que las miraba marchar con cierta pena, y se dirigieron a la casa de Jacinta, donde esta preparaba café y se dedicaban una hora, o dos, depende del día. A Carlota, al principio, le resultó un poco extraño el hecho de considerar a Jacinta su mejor amiga en Canguingos, pero había pasado de comentarlo con la boca pequeña, un poco avergonzada, a pregonarlo a los cuatro vientos con orgullo y admiración. A Carlota le gustaba la gente directa, que te dice «me siento incómoda, así que me voy y hablamos en otro momento». Y Jacinta no tenía pelos en la lengua.

—Pues anda que no tiene ganas ni na la francesa de venirse de palique con nosotras —comentó Jacinta, quien preparaba los cafés de espaldas a Carlota.

—¿Sí?

—Niña, qué poco observadora eres, estaba verde de envidia, la pobre.

—Creo que no le caigo muy bien.

Carlota miraba a través de la ventana del pequeño comedor al amplio campo verde.

—¿A la Chloé? Anda, no digas tonterías, lo que pasa es que es reservada, como tú, pero de otra manera.

—¿Y eso cómo es?

—Tú te metes como para dentro, ella escupe para afuera.

—¿*Eing*?

—Que tú te escondes hacia dentro para protegerte, ella dispara fuera.

—¿Por qué iba a tener que protegerse ella de mí?

—No te hagas la importante, guapita. Ella tiene que protegerse de todo el mundo. Madre soltera, camelada por un desconocido que le ofreció el oro y el moro y que resultó ser un estafador… Se habló mucho de ella, y nada bueno. Tú me dirás la culpa que puede tener la criatura en una situación así, pero el pueblo, en vez de darle apoyo, se dedicó a hablar y cotillear. Aquello fue sonado, él era de una familia importante de Canguingos y ella extranjera, así que la gente no dejó escapar la oportunidad de opinar y sentar cátedra. Se ve siempre mejor la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio.

Jacinta se encogió de hombros al tiempo que dejaba las tazas humeantes en la mesa, con un suspiro de resignación. Carlota la escuchaba un poco apurada. Algo le habían contado de la manera en la que Chloé había llegado a parar a Canguingos, pero le resultaba incómodo saber todas esas cosas de bocas ajenas, sin darle a ella la oportunidad de que fuera quien se lo contara y, sobre todo, si quería contárselo precisamente a ella, que tampoco parecía ser santo de su devoción.

—Me gustaría poder decir que Canguingos se portó como debía portarse con ella, pero bueno, con estos bueyes tenemos que arar. —Volvió a encogerse de hombros y tomó asiento—. No pongas esa cara de lástima, que Chloé no necesita compasión de nadie. Es una mujer fuerte y terminó cargada de razón sin tener ni que abrir la boca. Ella se hacía la que no le importaban las habladurías, pero yo sé que sufrió.

—No tiene que ser fácil quedarse sola en un pueblo que no es el tuyo, en un país que tampoco lo es, rodeada de desconocidos que se entretienen hablando de ti.

—Y con un niño recién nacido.

—¿Recién nacido? Qué dices.

—Un año acababa de cumplir Paco cuando el macho alfa se dio a

la fuga. Muchas deudas, muchos vicios malos, mucha especulación... Se pinchó la burbuja de la construcción, él salió por patas y ella se quedó con un casoplón embargado, un bebé y una pastelería de pitiminí que tuvo que convertir en todoterreno para salir adelante.

—Ay, Jacinta, no me cuente más, que parece que esté mirando su vida a través de un agujerito en la pared.

—Tienes razón, hija. Mira que critico siempre los cotilleos y también caigo en ellos. Aunque bueno, creo que ninguna de las dos habla por criticar, sino como preocupación hacia una persona que estimamos.

—Bueno... Es mi panadera, tampoco es que...

—Paparruchas, os doy un año para ser amigas.

—No soy yo mucho de amigas, Jacinta.

—Claro, por eso te vienes a casa de una vieja todos los sábados a tomar café y charlar.

Carlota se quedó con cara de tonta. Tampoco tenía modo de desmentir lo que Jacinta acababa de decir.

—Las jóvenes os creéis especiales por menospreciar las bases esenciales de lo que significa ser una persona. No pasa nada por necesitar a los demás, por quererse una arropar en el abrigo de alguien. Estar solo es muy triste, Carlota, y te lo dice una persona que se ha esforzado en estarlo toda su vida, y he estado muy a gusto, ojo, pero de vez en cuando... Es terrible vivir siempre escuchándose únicamente a una misma. ¡Qué tormento!

—Yo no tengo problema con eso, de corazón se lo digo, Jacinta, pero claro que no soy tan solitaria como me vendo. Llamo a mi madre dos veces por semana, escribo a mi padre para comentar los partidos de fútbol, que a él le encanta y que yo solo veo por tener algo en común con él, y echo de menos a mi amiga Ana más de lo que me gustaría reconocer...

—A eso voy, que hay que tener amigas, pienso yo, aunque sea para tomar un café de vez en cuando y dejar una de escucharse los pensamientos un rato. Aunque ahora con los teléfonos, como pasa siempre con todo lo nuevo, os pasáis de la raya y no os dais ni un segundo para escucharos a vosotros mismos.

—¿A qué se refiere?

—Que parece que os da miedo el silencio a los jóvenes. Tú, por ejemplo, estás aquí hablando conmigo tranquilamente, pero como me vaya al baño, coges el teléfono para ver vídeos en el tiempo que tardo en mear.

—Yo creo que no es que nos asuste el silencio, es más bien que no nos gusta la sensación de no hacer nada. Tienes ahí dos minutos de tiempo muerto y ¿qué haces? Pues miras el teléfono.

—Producir, producir, producir —se lamentó la mujer, dando a esa generación por perdida—. Yo qué sé, en lo que tardo en mear puedes mirar por la ventana, echarle un vistazo a tu alrededor, tener pensamientos, fijarte en los olores, no sé, interesarte en tu entorno, ¿no?

—Supongo.

—¿De verdad ya no se puede una parar a mirar cómo llueve? ¿Tan insoportable es estar una hora y media mirando una película? ¿Hay que hacer dos cosas a la vez? Nada es capaz de mantener vuestra atención, necesitáis estímulos constantes, vivís *aceleraos*.

Carlota se marchó de casa de Jacinta meditabunda tras su tesis. Eso era lo que ocurría cuando una se sacaba la cabeza del culo y se miraba a través de los ojos de otra generación, pero no unos ojos que critican todo lo que hacen los jóvenes por criticar, por envidia de nuevos tiempos que ya no comprendes, que te quedan lejanos y que no vas a poder descubrir porque ya estás a otras cosas. No, Jacinta lo exponía como si buscara una explicación, como si quisiera entenderlo, como quien comenta el cambio climático: con sorpresa y cierta preocupación.

11

Las vecinas forasteras se ayudan entre ellas

Carlota rumió la conversación con Jacinta durante una semana, aceptó la ironía de haberse mudado al campo para no apreciarlo y se propuso hacer una serie de ejercicios para no sentirse tan presa de su propia generación. Los *millennials* no nacieron con el milenio, como podría parecer, ni con el internet que todo lo conectaba, sino que, más bien, se vieron deslumbrados por aquellas maravillas tecnológicas que hicieron su apoteósica entrada en escena en plena adolescencia, una juventud que empezó llamando timbre por timbre a todo el grupo de amigos y amigas para bajar al parque a comer pipas, y terminó con llamadas perdidas y mensajes abreviados de texto.

Los *millennials* eran como niños y niñas que no habían perdido la capacidad de asombro, que alucinaban aún con las nuevas redes sociales que aplastaban a las anteriores, que se enganchaban también a ellas por pura fascinación, a pesar de que la generación posterior se mostraba indiferente ante lo poco que duraba todo y lo rápido que cada cosa pasaba de moda. Ellos habían nacido con aquello a su alcance, mientras que para los *millennials* como Carlota, todo lo novedoso brillaba, era de colores y olía a tienda de chucherías.

Por todo esto, Carlota había cambiado los descansos de café y TikTok del trabajo por descansos de café y patio, donde dejaba que los ojos se le perdieran en las copas de los árboles del bosque que empezaba detrás de su parcela, donde perseguía pájaros con la mirada, donde se dejaba impresionar por el verde jaspeado de flores en que la primavera convertía todo lo llovido los meses anteriores.

Comenzó a oír susurros en el viento que venían del océano, a pensar en piratas y tierras lejanas, a inventarse en su mente anécdotas de navegantes y marineros. Vivía delante del mar, maldita sea, y parecía que acababa de darse cuenta. Dedicó a la playa paseos de vaqueros remangados y cazadora, y se entretuvo en encontrar la línea que separaba lo que podría considerarse playa de lo que podría considerarse montaña, una raya *a priori* difusa y cuyo dibujo iba a costar años de observación minuciosa.

Intentó acostumbrarse a abandonar el teléfono en la cocina cuando veía películas de suspense para así dejarse arrastrar a los

lugares a los que el director quisiera llevarla con el arte cinematográfico, volver a «sentir» con la fotografía de una película, apreciar los gestos y los silencios de los actores y actrices en lugar de estar con un ojo en la televisión y otro en Twitter. Probó por curiosidad y le gustó eso de «reconectar desconectando». Qué cosa tan curiosa.

—Oiga, Jacinta, he estado pensando en lo que hablamos el otro día —le dijo nada más recogerla en casa, camino a la panadería.

—Ya me he dado cuenta de que no estabas mirando el teléfono mientras me esperabas. Sabía yo que tú eres de las que escuchan con las orejas abiertas.

—Bueno, eso también —asintió, y comenzó a andar sendero abajo —. Pero me refiero a lo de la envidia de la panadera por no poder tomar el café con nosotras.

—Ah, ya. La pobre.

—¿Qué le parece si nos tomamos el café en la panadería? Tiene cuatro mesitas y casi nunca están ocupadas.

—Pues buena idea, niña. Probamos hoy, a ver qué tal. Si tiene gente, no va a poder, pero a lo mejor un ratito se puede sentar, y así descansa también, que la criatura no para.

—Pues si a usted le parece bien, le pedimos los cafés y almorzamos ahí.

—Venga.

Las dos mujeres entraron en la panadería cogidas del brazo, como era habitual entre ellas. Guardaron la cola, pues tenían a un par de personas delante, e hicieron su pedido de los sábados.

—Y pon también un par de cafelitos con leche, que hoy vamos a almorzar aquí —terminó Jacinta.

—¡Anda, qué novedad! —comentó Chloé, quien se dirigió hacia la cafetera.

—Sí, es que así lo mismo te puedes tomar uno con nosotras, si te apetece.

La panadera miró con una ceja en alto hacia Carlota, que levantó las manos como si no fuera cosa suya. Al instante se arrepintió, consciente de que Jacinta tenía razón y parecía esforzarse siempre en dejarse peor de lo que era. Pero no pasaba nada, pues su acompañante no tardó en sacarle los colores.

—Y tú, no sé por qué te haces la que no sabe nada, si lo has propuesto tú.

Carlota se quedó con un palmo de narices. Roja hasta las orejas y con el rabo entre las piernas se fue a sentar, dándole la espalda a la sonrisa socarrona de la francesa.

—Bueno, chicas, pues aquí tenéis vuestro café.

—¿Y el tuyo? —preguntó Carlota con la boca pequeña, aún un

poco ruborizada.

—Solo tengo dos manos, zanahoria.

—¿Por qué te llama zanahoria? —quiso saber Jacinta, que habló en voz baja mientras la francesa regresaba a por su propio café.

—Por su hijo, que me llama así porque se parece a Carlota en francés.

—Ah.

Las dos guardaron silencio hasta que la francesa se sentó. Carlota no había pensado en lo incómodo que podría ser aquello. En su mente sonaba espectacular, pero se produjo un silencio tenso que parecía que nadie sabía cómo romper. Como no podía ser de otra manera, fue Jacinta quien lubricó la situación.

—Bueno, rica, ¿estás preparada para la Semana Santa?

—Sí, ya tengo pedidos un montón de panes para las torrijas.

—Se te ve con pocas ganas —se introdujo Carlota en la conversación.

—Es una semana de demasiado trabajo. Viene mucha gente de fuera a pasar la semana aquí. Ya me ha dicho Claudio que está todo ocupado en el hotel y las casas rurales.

—Madre del Señor… —Jacinta se santiguó—. Bueno, cuando hace viento hay que aventar.

Chloé, automáticamente, miró a Carlota para que le explicara esa frase que, como era normal, una francesa no entendía.

—Aventar es separar el trigo de la paja, y la manera más fácil de hacerlo es lanzarla hacia el cielo para que el viento se lleve la paja y caiga solo el grano. Vamos, que lo que quiere decir es que hay que aprovechar que hace viento para lanzar el trigo y limpiarlo, igual que tú tienes que aprovechar que viene mucha gente para ganar un montón de dinero, ¿no, Jacinta?

—Eso es, muy bien explicado, niña.

—A mandar.

Un nuevo silencio, esta vez más ligero, recuperó su lugar en la mesa. Las mujeres bebían a sorbitos el café mientras Jacinta, ni corta ni perezosa, mojaba su palmera de chocolate en la taza. La mujer observaba a Chloé, que parecía un poco agobiada por todo lo que se le venía la semana siguiente.

—Pero bueno, si llevas muchos años aquí, ya sabes cómo es, no te agobies, anda.

—Si no es eso, Jacinta, es que… Trabajo muchas horas y no hay colegio, así que tengo que dejar a Paco con Andrea, la hija de Chari.

—Bueno, pues no queda de otra. ¿Dónde está el problema?

—El problema es que Andrea se marcha de vacaciones con sus amigas. Es su último año de instituto y ya sabes, quieren hacer cosas juntas.

—¿Y el muchachito ese tan amigo tuyo, el bibliotecario?

—Es de Burgos y se va esos días a ver a sus padres.

—Anda la leche…

—Puedo ayudarte yo —comentó Carlota, con el deseo instantáneo de que la cantidad de crema pastelera que tenía en la boca hubiera impedido que se la entendiera. No tuvo esa suerte.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono las dos mujeres, sorprendidas por el ofrecimiento.

—Que puedo quedarme con Paco. Es posible que te lo devuelva en silla de ruedas, pero si puedes aceptarlo, por mí estupendo.

—Ay, no, que es un niño muy pequeño y muy pesado. Requiere mucha atención. Me lo quedo aquí en la trastienda y ya está.

Carlota miró a Jacinta en busca de ayuda. Esas palabras de Chloé eran las mismas que la echaban para atrás con ese asunto, cuidar de un niño no era su plan deseado de vacaciones, porque no era una tarde, eran cuatro días como cuatro soles. Pero bueno, se había aficionado a ser mejor persona, y estaba claro que la francesa necesitaba una mano.

—Con que no le eches la flauta en la mochila cuando lo traigas a casa, me conformo.

Chloé se quedó mirándola con los ojos de par en par. Los desvió hacia Jacinta, que hizo un gesto que venía a decir «no tienes más opciones que dejar a tu primogénito con esta perturbada mental». Carlota masticaba como un castor, con las mejillas a reventar de pastel, y miraba alternativamente a una y otra. Cuando al fin tragó, sonrió y centró su atención en Chloé.

—Sin presiones, dale una vuelta, pregúntale a Paco, no sé, baraja tus opciones y ya me dices.

—*D'accord*. Lo pensaré.

—Sé que si tuvieras otra opción, la cogerías, y también sé que si tuvieras otra opción, yo no me habría ofrecido para esto, así que no tenemos nada que reprocharnos la una a la otra. Somos nuestras últimas opciones, todo bien, sin rencores.

Chloé soltó una risita nerviosa. Carlota tenía la fea costumbre de hablar sin filtros, lo que hacía violentas ciertas situaciones, como aquella, aunque por otra parte era liberador saberse tan transparente y que no pasara nada.

—Coño, panadera, deja de mirarme así, que de toda la vida me he quedado en casa de la vecina cuando mi madre tenía que trabajar y no me he muerto. De hecho, Ana, mi mejor amiga del mundo mundial es la hija de mi vecina, así nos conocimos. Salen cosas bonitas de eso de dejar a tu hijo con desconocidos.

—Calla, no lo digas así.

—¿Y si soy una asesina en serie?

—Desde luego, das el perfil.

—Completamente, niña —intervino Jacinta, risueña.

—Una se ofrece como buena samaritana y mira lo que recibe… —Bufó al tiempo que se ponía en pie—. En fin, con este trato recibido me voy a ir a mi casa, donde nadie me insulta ni me menosprecia.

—Acuérdate de que te dé un *tupper* de potaje, que me salió riquísimo ayer —le recordó Jacinta mientras se levantaba trabajosamente de la silla. Chloé la ayudó.

—Hace que no como un buen potaje… —comentó la morena, que llevaba las tazas con los cafés ya consumidos y los platos a la barra.

—Pero si es lo típico que se come los viernes de cuaresma, de toda la vida, vamos, con sus pelluelas y sus espinacas, riquísimo, vamos.

—En mi casa se ha hecho toda la vida, pero yo creo que eso ya no se lleva, Jacinta.

Carlota, una vez recogió la mesa, tendió el brazo para que la mujer se apoyara en ella y emprendieran el camino de vuelta a casa.

—Ya hasta se ha perdido la costumbre de no pecar los viernes.

Durante todo el camino se quejó Jacinta, no porque fuera muy creyente ni porque criticara a la juventud, sino porque la miraban como una loca cuando decía que todo cambiaba sin parar y perdía la cabeza cuando pasaba justo delante de sus ojos y lo podía demostrar. En fin, turras de abuela que a Carlota le hacían reír sin parar.

—Tampoco se ven ya niños con parche en el ojo. ¿Qué pasa, que se ha curado mágicamente el ojo vago en cuestión de veinte años? Vamos, hombre.

***

El amanecer pilló a Chloé en el granero, el cual había acondicionado como horno para preparar los dulces diarios de la panadería. La mañana era fresca pero despejada, como preludio de un Jueves Santo de postal. Ni una nube se veía a través de la ventana, por lo que suspiró con las tripas revueltas. Por muchos años que llevara en aquel pueblo, y por muy acostumbrada y preparada que estuviera para todo lo que se le venía encima en aquellos días, siempre la traicionaban los nervios y las dudas. ¿Habría comprado suficiente materia prima para saciar los paladares de tantos forasteros? ¿Se habría quedado corta? ¿Le sobraría demasiado género y tendría que tirarlo a la basura? Tan malo era lo uno como lo otro, pues en este tipo de negocios no hay nada seguro, y un chaparrón a deshoras o un cambio incomprensible en las costumbres de los visitantes podrían hacer que fracasara estrepitosamente.

Sea como fuere, ya estaba hecho. Ningún repartidor pasaría hasta el sábado, por lo que de nada servía preocuparse por lo que no se podía remediar.

A su ansiedad habitual en aquellas fiestas en las que se disparaban las ventas tenía que sumar el hecho de dejar a su pequeño al cuidado de una persona a la que apenas conocía. Había hecho cierta labor de investigación, y aprovechó una visita de su tío Marcos a la panadería para preguntarle abiertamente por su sobrina. El hombre rio campechano, y entendió las dudas que pudiera tener con respecto a Carlota. Él era el primero, le dijo, que tendría sus reservas si no la conociera. Marcos la tranquilizó enseguida, apelando a aspectos de su carácter que Chloé ya sabía o empezaba a saber de ella.

Sin embargo, lo que la animó a aceptar la ayuda de su vecina fue Paco, quien, por alguna razón incomprensible, la tenía en un pedestal. Quizá sería por su manera franca de hablarle, cosa que su hijo valoraba más que nada en el mundo, o por las bromas nada aptas para su edad que la chica le hacía. Al verlo tan ilusionado con la idea, no tuvo más remedio que coger el salvavidas que ella le lanzaba.

Cuando fue a despertar a su hijo, este ya estaba con los ojos abiertos, emocionado ante la perspectiva de las increíbles aventuras que podría vivir junto a su amiga la zanahoria, que era antipática pero muy divertida, y que seguro que le dejaba hacer cosas que a su madre ni se le pasarían por la cabeza. Chloé se mantuvo insegura hasta el último momento, pero ya no tenía forma de dar marcha atrás, por lo que cargó la furgoneta con todo lo que había fabricado en la madrugada y llevó a su hijo frente a la puerta de su vecina, más tensa que un peluche en una cama de velcro.

—Paco, tienes que portarte genial, ¿OK, *mon amour*? Como si yo estuviera mirándote, *s'il vous plaît*.

—Que sí, *maman*, voy a ser el niño más bueno de España y Francia juntos, te lo prometo. Venga, llama —instó a su madre a que tocara el timbre de una vez.

—Cualquier cosa extraña que suceda, me llamas, ¿vale? Le dices a Carlota que me llame.

—*Mon dieu.* —Paco puso los ojos en blanco y pulsó él mismo el timbre de la puerta.

—No pongas esa cara, que no me fio nada de ti… —La puerta se abrió y Carlota sonrió con desgana—, y de ti, menos.

—Buenos días a ti también, panadera. Veo que me devuelves el paquete, ¿no ha sido de tu agrado?

—No estoy para risa, Carlota.

—Para bromas —la corrigió. Vaya, vaya, parecía que los nervios

hacían a su impecable vecina francesa tener resbalones con el idioma.

—Lo que sea. Voy a necesitar tu número de teléfono.

—Qué directa —ronroneó Carlota, intentando un flirteo que hizo entornar de fastidio los ojos de Chloé.

—Por favor, estoy muy nerviosa.

Chloé sacó el teléfono y apuntó los números que Carlota le dictaba. Hizo una llamada para que esta guardara también el suyo y se abrazó a Paco como si fuera la última vez que lo iba a ver. Quién sabe, podría serlo.

—Portaos bien los dos, por favor.

—Un poco de confianza, coño.

—Evita las palabras malsonantes delante de él, Carlota. Es un niño y hay que educarlo.

—A sus órdenes. —Carlota chocó los talones de sus zapatillas e hizo el gesto marcial, que Paco imitó al instante.

—¡A sus órdenes, mi general! —apuntilló el niño.

La francesa se apretó las sienes con los dedos. Aquello no pintaba nada bien. Carlota, al notar su zozobra, dio un paso al frente, la sujetó con delicadeza del brazo y la alejó de Paco, quien ya asomaba la cabeza dentro de la casa.

—Pana, relájate.

—¿Pana?

—Pana, de panadera —le explicó como si fuera lo más obvio del mundo—. Lo voy a cuidar como si fuera mío y no le voy a quitar la vista de encima.

—¿Me lo prometes? —le suplicó con los ojos temblorosos. Carlota se aproximó un poco más y la miró fijamente para transmitirle calma.

—Te lo prometo. Te mandaré un mensaje cada hora para darte el parte, y puedes llamar siempre que quieras.

—No voy a tener tiempo ni de contestar al teléfono —se lamentó la panadera.

—No importa, tú lees lo que yo te ponga y así te quedas tranquila mientras sigues trabajando, ¿vale?

—Vale. —Suspiró con la mirada gacha y la levantó de nuevo hacia su altísima vecina—. Muchas gracias por esto.

—No hay de qué. Las vecinas forasteras se ayudan entre ellas.

Chloé sonrió con inseguridad. No las tenía todas consigo, pero ya nada se podía hacer, pues en apenas diez minutos la panadería abriría al público y todavía tenía que descargar la furgoneta. A pesar de las prisas, la francesa atrapó a Paco al vuelo, que ya se disponía a entrar en la casa a explorar, le dio ciento ochenta y cuatro besos y se le encharcaron los ojos al verlo partir.

—Largo. —Carlota la empujó fuera del techado de la entrada y la obligó a bajar los dos escalones que daban al patio delantero—. Vas a llegar tarde, panadera.

—Adiós. Cuídalo. Y no se te olv…

No tuvo tiempo de terminar la frase, pues Carlota le dio con la puerta en las narices. A Chloé le hubiera molestado menos si hubiese sabido que la morena se quedó al otro lado, observando por la mirilla con el corazón en un puño a la espera de que se fuera. No quería hacérselo más difícil, aunque ella quedara «mal». Cosas de Carlota.

Cuando vio cómo la furgoneta se perdía camino abajo, se giró para encontrarse con Paco, tieso como un palo, con una sonrisa traviesa y las manos en la espalda en mitad del recibidor, haciendo la del niño bueno, pero con cara de haber roto todos los platos en su vida.

—Por fin solos, petardo.

—¡Síííííííí!

—¿Has desayunado?

—Sí, mi capitán. —Paco se cuadró e hizo de nuevo el saludo militar.

—Genial. Pues venga, saca la tarea de la mochila, que vamos a hacerla.

—¿Qué? —El niño no daba crédito. Desde luego, esperaba otra cosa de su alucinante vecina.

—Hacer los deberes a primera hora es de gente chulísima. Te lo quitas de encima y luego todo es jolgorio y diversión. ¿Estás conmigo? —intentó alentarlo, tendiendo su puño para que lo chocara.

—No. —Se enfurruñó Paco, cruzándose de brazos.

—Si haces la tarea en una hora, tengo pensado un juego que vas a flipar. Nunca jamás has jugado a ese juego, estoy segura al mil por mil —lo tentó. Eso sí funcionó, pues los ojos del niño brillaron de entusiasmo.

—Vale, zanahoria, trato hecho.

***

Chloé arrastraba los pies hacia la furgoneta. Había trabajado durante seis horas ininterrumpidas, un sorbito de agua había podido dar en toda la mañana. Llevaba tiempo postergando la idea, pero tenía que reconocer que, para ocasiones como esa, necesitaba la ayuda de otra persona. Demasiado volumen de trabajo y pedidos para dos manos. De todas formas, ya estaba hecho, para el año siguiente buscaría una solución, aunque eso era lo que se decía cada Semana Santa desde hacía cuatro, pero parecía que de un año

al siguiente se le olvidaba.

Eran las dos y media de la tarde cuando atravesó la cancela del patio delantero de la casa de Carlota, devorando un par de rosquilletas que se habían roto. Se moría de hambre y de sed.

—¡Manos arriba! —exigió la voz de Paco desde el otro lado de la puerta. Fue escucharlo y se le pasaron todos los males—. ¡Identifíquese!

—Soy Chloé banana, la mamá enana.

Una risotada estentórea de Carlota rompió ese hermoso momento madre e hijo.

—Está bien, puedes pasar.

La puerta se abrió de par en par, con un golpe seco contra la pared de tan fuerte. Un pequeño rubio le saltó encima y, cuando pudo mirarlo bien, casi se cae de culo contra el pavimento.

—¡¿Qué ha pasado aquí?!

—¡Mami, mami, hemos jugado a un juego increíble!

Chloé miró a Carlota, que iba de la misma guisa que su hijo. La muchacha sonreía de manera despreocupada, como si no fuera consciente de lo que suponía para Chloé verlos así.

—¡Hemos jugado a pintar la valla! ¡Guau!

Paco flipaba en colores, sin ser consciente de que lo habían explotado laboralmente toda la mañana. Tenía mechones de pelo pegados por la pintura blanca, restregones en la cara, en el cuello, en las manos, y la ropa... Para tirar. No sabía si reír o llorar.

—Pero...

—¡Me lo he pasado mejor que en toda mi vida, mami, la zanahoria es una niñera fetén!

—¿Le has pedido que me diga eso? —le preguntó Chloé a la morena con los ojos entornados.

—Solo lo de fetén, el resto es de su propia cosecha. —La chica sacó pecho, orgullosa.

—Pero Carlota, mira esta ropa...

—Ya... —Se avergonzó—. Para mañana me lo traes con un chándal viejo, es que mi ropa le quedaba gigante y la bolsa de basura que le he puesto le ha durado cinco minutos. Este niño no para, ¿eh?

—La madre que te parió —exclamó Chloé con ese acento tan gracioso. *La madge que te paguió*. Acompañó el exabrupto de una risita creciente que desembocó en carcajada. Sería el cansancio, sería la situación surrealista que se había encontrado al llegar, quizá una mezcla de ambos, quién sabe.

—Qué a gusto se quedó. Venga, pasa, que se enfría la comida.

—¿Cómo?

—Mami, hemos preparado... Espera... —Paco se bajó de los brazos de su madre y se dirigió hacia donde se encontraba Carlota, quien

se agachó para que el niño le preguntara algo en el oído, en susurros. Ella le respondió de igual manera y se elevó de nuevo en toda su altura con una sonrisa satisfecha—. *Hemos pguepagado una sena de pigcoteo*. ¿Lo he dicho bien? —le volvió a preguntar a la morena, en voz baja pero audible para Chloé.

—Fetén —Asintió, divertida chocando los cinco con él.

La panadera los miró como se mira a los niños después de una travesura, en medio de la dicotomía de quererlos matar y querértelos comer. Ahora comprendía por qué ambos se entendían tan bien: tenían la misma edad mental.

—¡Vamos, *maman*, que se va a quedar fría! —Paco corrió como alma que lleva el diablo hasta la cocina, dejando a las adultas solas.

—Tú sí que sabes cómo compensar las cagadas, ¿eh? Me devuelves al niño bañado en pintura, pero me preparas la comida.

—Te iba a preparar la comida igual —se defendió con un encogimiento de hombros—. No creerás que iba a permitir que, después de diez horas de trabajo, fueras a casa a hacer la comida. Seré antipática, pero tengo humanidad.

—La única que duda de su humanidad eres tú, yo lo tenía claro. Pero solo he trabajado seis horas.

—¿Y las que has estado preparando cosas en el granero, qué?

—¿Cómo sabes?

—Me despierto a mear y huele que alimenta. Fácil.

—Ya… Bueno, muchas gracias, pero no hacía falta.

—Lo sé, pero ya sabes, las vecinas forasteras…

—Se ayudan entre ellas, ya. Muchas, muchísimas gracias, Carlota.

—No hay de qué, pana. ¿Comemos?

12

Lanita de la Reina

La valla y la fachada de la casa de Carlota habían quedado vistas para sentencia. Paco, en ocasiones, molestaba más de lo que ayudaba, pero en general podía decir que se lo había pasado muy bien con el mozalbete. Tenía unas salidas que la dejaban con el culo torcido, y se encontraba a sí misma a carcajadas más veces de las que hubiera imaginado. Paco era una monada y listo como el hambre, un adulto precoz, un niño resabiado. Se dormía una pequeña siesta a media mañana, destrozado con tanto madrugón y trabajo duro, para despertar con las energías renovadas.

Carlota le daba todos los caprichos. Si el niño pedía zumo, zumo le daba, si quería unas tortitas de segundo desayuno, se las había ganado más que de sobra. Hacía la tarea sin rechistar mientras Carlota preparaba la aventura de esa mañana, que siempre era la misma, pero que ella le disfrazaba de diferente para mantenerlo en la cresta de la ola. Lo manejaba como quería, y él a ella, en una danza de manipulación sibilina y sutil que fluía de manera orgánica en ambas direcciones. Eran incorregibles y disfrutones, y aquel favor que le había hecho a su vecina se parecía cada vez menos a un favor.

El domingo a mediodía terminaron los trabajos de pintura, por lo que recogieron toda la cinta de carrocero, cartones y plásticos que habían utilizado para no manchar, se asearon a conciencia, se cambiaron de ropa y prepararon la comida, que se quedó en el horno justo antes de salir de casa.

—Buenos días —saludó Carlota al entrar en la panadería a las dos en punto, con Paco cogido de la mano.

—Lo siento, vamos a cerrar y no me queda de nada —contestó la francesa con tono agotado. Parecía a punto de llorar.

—Vaya tela, pana, trabajas cuatro días contados y mírate. Si es que estás muy mal acostumbrada a la buena vida, ¿eh?

—¿Qué hacéis aquí? —Se sorprendió la mujer, quien recuperó un poco de entusiasmo vital.

—¡Venimos a ayudarte a limpiar, *maman*! —contestó Paco, que corrió hacia los brazos que su madre le tendía.

—Pues vaya dos ayudantes me he buscado, ¿no?

—Los mejores y más preparados de toda la comarca. —Paco sacó bíceps con chulería.

—¿Eso se lo has enseñado tú? —preguntó Chloé a la segunda adulta de la habitación.

—En absoluto. —Negó Carlota con la cabeza, obnubilada con los recursos lingüísticos de Paco. Es que la dejaba de piedra pómez el jodido crío—. Es un máquina, tu hijo.

—Venga, menos charla, que la panadería no va a limpiarse sola.

El niño dio un par de palmadas, se bajó de los brazos de su madre y se puso a pulular por el lugar, sin saber por dónde empezar, pero presto a que le mandaran lo que fuera necesario.

—Eso sí que se lo he enseñado yo —susurró Carlota, orgullosa, al oído de Chloé.

En media hora, la panadería quedó limpia y ordenada para el día siguiente y los tres subieron a la furgoneta de Chloé con las pocas sobras que habían quedado después de un fin de semana tan largo. El pollo borboteaba en el horno cuando llegaron a casa, pues aún le quedaba media hora de cocción, por lo que se sentaron en la mesa de la cocina a esperar que terminara.

—¿Me puedes ofrecer una copa de vino? Después de esta semana creo que lo necesitaría —pidió Chloé con mucha educación y una conjugación verbal cogida con pinzas.

—Es Domingo de Resurrección, así que creo que te lo mereces. Pero es que… yo no bebo.

—¿No tienes nada para invitados?

—Eh… Sí, creo que mi tío me llenó la despensa de cosas para visitas, como si yo tuviera de eso. —Rio entre dientes, camino a la estancia.

—Bueno, ahora sí.

Carlota se quedó detenida unos segundos con la mirada perdida en los estantes de la alacena y no tuvo más remedio que darle la razón. Sí, ahora era una persona que recibía visitas. Su adaptación al pueblo había ido *in crescendo* durante todos aquellos meses, y ya podría decirse que tenía cierta vida social, aunque esta se limitara a una octogenaria, una madre soltera, su hijo de siete años, una prima cantante de orquesta y su pequeño y destartalado grupo de amigas. Visto así, no estaba mal.

Encontró un par de botellas de vino de la zona y rebuscó por la cocina un abridor. Al fin lo encontró y pudo servir a su invitada un buen vaso reutilizado de Nocilla con dibujos de Bob Esponja desteñidos.

—¿No tienes una copa?

—Bastante que he encontrado vino, no te pongas tiquismiquis.

—Tiquis… ¿cómo?

—Tiquismiquis. Es como decir quejica o escrupulosa. Que está incordiando todo el rato con detalles que no tienen importancia,

¿entiendes?

—Entiendo. —La fulminó con la mirada—. Es muy buen vino.

—Ni idea, estaba aquí cuando me mudé, pero confío en tu criterio.

—¿Quieres probar?

—No bebo alcohol —repitió, cansina, la cantinela de siempre.

—¿Por convicción o porque no te agrada?

—Es el sabor, que no me gusta. Me gustaría que me gustara, sobre todo en ciertas ocasiones como cenas en grupo y cosas así, porque no hay muchas opciones sin alcohol y la Coca-Cola me hincha el estómago, pero bueno, el agua me encanta.

—Mejor así —dijo paladeando el vino. Por la manera casi pecaminosa en que lo disfrutaba, Carlota sintió cierta envidia, cierto pudor.

—He invitado a Jacinta a comer, que con tanto jaleo estos días no la he visto apenas, pero me ha dicho que ella más tarde de la una y media no come, así que las tres era impensable.

—Es una mujer excelente. Se portó de manera muy amable conmigo cuando me mudé aquí.

—¿Se te hizo difícil? Venirte a este pueblo, quiero decir.

—No, al principio no. Fui soberbia con un cambio como ese, me creí por encima de algo tan grande como cambiar de país solo porque estaba enamorada.

Carlota fingió un escalofrío y ambas rieron.

—Es duro antes o después, solo hay que esperar —continuó Chloé, como un aviso hacia Carlota.

—Para mí ha sido duro antes, fíjate. Antes de tomar la decisión, antes de pensar siquiera en mudarme. Ahora todo me resulta más fácil cada vez, como si yo fuera de aquí y me hubiera ido a Madrid y no al revés. Como si al venir aquí hubiera vuelto a casa, es raro.

—¿Añoras gente, cosas? —preguntó, directa. La francesa parecía torpe en ocasiones, pero en otras era letal.

—No —sentenció la morena sin vueltas—. Hay momentos puntuales en los que quiero con todas mis fuerzas tomar un café con mi madre, abrazar a mi padre o fumarme un cigarro con Ana, pero son solo unos minutos, luego se pasa y la vida sigue de una forma que a mí me llena más que antes.

—A mí me pasó lo mismo en un inicio, todo fue natural, como si no costara.

—Entonces, ¿por qué se te hizo duro después?

Chloé la miró con detenimiento, sopesando si era merecedora de semejante información. Escuchó a su hijo reír fuera, donde había pasado los días anteriores, degustó el olor del pollo al horno que estaba a punto de servirse en la mesa y decidió que sí.

—Por la vergüenza.

Carlota no sabía mucho de la vida de Chloé, solo retales que le habían contado unos y otras, pero conocía lo suficiente como para entender lo que quería decir. Ella misma se sentía así con respecto a su mudanza y lo difícil que habría sido para su amor propio, o que sería, no lo sabía aún, el hecho de haberse equivocado, de tener que aceptar el error, masticarlo, digerirlo. Ella, de momento, se había librado, pero Chloé no.

—Ya, el orgullo es a veces terrible.

—*Formidable*.

Ambas mujeres se observaron en silencio, en un acto de comprensión mutuo de pocas palabras. Aquel instante de conexión fue roto por Paco, quien entró en la cocina como un vendaval hambriento. Comieron con la cantinela del pequeño como telón de fondo, a salvo ambas de ahondar en temas demasiado profundos, pues no estaba su amistad todavía en ese punto de confianza. Una vez despacharon el pollo, los tres salieron a la puerta para despedirse.

—Estaba muy rico, no sabía que cocinaras tan bien.

—Aunque te cueste creerlo, me gusta tener invitados solo por eso.

—¿Tú?

—He dicho claramente «aunque te cueste creerlo», no hace falta que metas el dedo en la llaga.

Chloé sonrió con pereza. Se notaba que su cuerpo pedía una siesta de emergencia. Pareció acordarse de algo y pidió a Carlota que esperara un momento mientras se dirigía a la furgoneta. Regresó con varias bolsas llenas, que le tendió a la morena con cierta timidez.

—Toma, en agradecimiento por estos días al cuidado de Paco.

—¿Qué es?

—Pan y dulces, es todo lo que puedo ofrecer.

—Mis cosas favoritas en el mundo, pero no hacía falta. A pesar de lo que esperaba, ha sido un placer tener al petardo este en casa. Me ha pintado media valla, el tío.

—¡Y media casa! —añadió el niño, también somnoliento.

—Y media casa. Me lo va a recordar siempre. —Soltó una risita aireada y se encogió de hombros—. Muchas gracias, voy a comerme la mitad esta misma tarde.

—No lo dudaba. Pues bueno, disfruta de tu tarde. *Adieu*.

—*Adieu*. Oye, petardo, que me ha dado recuerdos para ti Rodrigo.

—¿Qué Rodrigo? —preguntó Paco con la frente arrugada. Picaba siempre, el tontolón.

—Si me das un besito, te lo digo.

Paco corrió patizambo hacia ella, quien ya se agachaba para recibir al niño. Solía poner su manita en la mejilla contraria de la morena, y ese gesto diminuto de su mano minúscula llena de uñas negras de jugar en el patio siempre le parecía lo más entrañable que había tenido la suerte de contemplar.

—¡Adiós, zanahoria!

***

CARLOTA
(Foto)
¿¿¿Y ESTOS INCREÍBLES Y FABULOSOS ROLLITOS DE CANELA???

CHLOÉ
Un detalle de mi parte por cuidar a Paco

CARLOTA
Si me vas a pagar con rollitos de canela, déjamelo cuando quieras

CHLOÉ
Jajaja
Lo tendré en cuenta

Carlota sonrió al teléfono con la boca llena de aquel postre de los dioses que tanto le gustaba. Había visto la bolsa de rollitos poco después de que ambos se fueran de su casa, pero como los imaginaba durmiendo, esperó a la noche para hacerle saber que los había encontrado. La dejó en visto, pues no sabía qué más añadir, y continuó con el capítulo que tenía a medias.

***

Carlota volvió de su paseo de casi todas las tardes y se detuvo en la entrada para hacerle una foto a su renovada morada. Parecerá una tontería, pero el lavado de cara que supuso la pintura la tenía dando volteretas. No sabía aún cuántas fotos les había mandado a sus padres, desde todos los ángulos y con todos los tipos de luz que podía ofrecer un día. Notaba en su organismo la creciente adicción a los retoques inmobiliarios y esa sustancia viscosa del bricolaje que inundaba su torrente sanguíneo no paraba de pedirle más.

Su tío le había dicho que lo que ella creía que era una casa para gatitos era en realidad un gallinero, pero ella no era una mujer que se dejara llevar por convenciones sociales ni imposiciones del léxico. Si para ella aquella estructura de madera y alambre era una casa para gatitos, pues era una casa para gatitos.

Su amigo Alonso o Alfonso le proporcionó todo lo necesario para arreglar los tablones colgantes, los agujeros en la malla metálica y el inestable equilibrio del techo. En un par de semanas lo tenía rematado y, a pesar de que el proyecto aún más ambicioso de unir el gallinero con la ventana de la segunda habitación a través de una pasarela cubierta para que su futuro gato saliera sin pedir permiso

tendría que esperar, se dispuso a conseguir un compañero o compañera bigotudo.

Carlota había leído y se había informado sobre el mundo gatuno, y había encontrado un concepto que le había encantado: el gato elige al humano, no al revés. Por ese motivo, Carlota paseaba por el pueblo y las afueras con la mente y los brazos abiertos, como una joven maga que entra, incólume su alma, por primera vez en Ollivanders a la espera de ser escogida por una varita, como un diente de león que se deja mecer, confiado, por el viento, como el mar abierto de puertas y ventanas, si las tuviera, en busca de cualquier playa que le permitiera quedarse a descansar.

Sin embargo, esto no sucedió tan rápido como hubiera deseado. Sería por su aura antipática y gruñona, por ese anticarisma del que gozaba, por ese aire huraño y áspero que espantaba a viandantes de dos y, también ahora, de cuatro patas. Pensó que su decisión de adoptar un peludo le recompondría el mal karma, como un acto de bondad de su siempre desconfiado corazón, pero el universo se había puesto terco con este asunto.

No fue hasta la siguiente semana, cuando ya tenía la esperanza arrinconada a la espera de novedades, que fue elegida de entre todos y todas las mortales por una bolita despeinada, blanca y escuálida. Llevaba muchas semanas sin coger el coche, pero, a consecuencia de la tormenta primaveral más cliché del mundo, no tuvo otro remedio que ponerlo en marcha. No supo por qué motivo miró por el retrovisor al ponerse el cinturón, pues por allí no pasaban ni las águilas, y terminó por pensar que era ciertamente cosa del destino, que coloca gatos en la vida de las personas cuando menos se lo esperan y, quizá, cuando más lo necesitan.

El caso es que se le escapó un ojo al retrovisor y vio lo que le pareció una rata blanca junto a la rueda trasera. Fue al bajarse cuando la rata despeluchada maulló, y ella no recordaba que las ratas hicieran eso. Se le detuvo el corazón en mitad del pecho, impresionado por aquella imagen tan desastrosa y linda a la vez. De pronto, este reventó en un bombeo nuclear de un solo estallido seguido de otro silencio, una explosión que llevó calor, un calor ardiente y meloso hasta el Finisterre de la punta de sus dedos, del último pelo de su coronilla, de su centro de gravedad. Cayó en la cuenta, abofeteada por aquella sensación desconocida, de que así era como se había imaginado el amor a primera vista cuando lo anheló, sin ninguna otra réplica posterior, en su adolescencia.

Cogió al animal, que temblaba de frío y de miedo, con los ojos pegados de legañas y más hambre que el primero que se comió un alga, y lo arrulló en la que era su sudadera favorita mientras se empapaba bajo el diluvio universal. Se quedó en mitad del patio

delantero con aquel bebé entre las manos que apenas medía un palmo y pesaba, con suerte, medio kilo, sin saber muy bien cuál era el siguiente paso. ¿Debía bañarlo y echarle colonia? ¿Debería calentarlo frente a la lumbre? ¿Debería darle leche con sopas de pan como veía en las películas?

Por suerte, y tal y como hemos dicho, Carlota había leído y se había informado, por lo que, tras el naufragio inicial, hizo lo que cualquier persona en su lugar debería hacer: dirigirse a un veterinario. Entró en el coche con cuidado, dejó a la bola de pelo en el asiento del copiloto, se quitó la sudadera a duras penas y arropó al animal con ella. Se le caló el coche un par de veces, no sabía si por el tiempo de inactividad del automóvil o por los nervios, y salió hacia el camino con un derrape que no la representaba en absoluto.

Canguingos era un pueblo pequeño, por lo que la variedad de establecimientos a veces era bastante escasa. El mundo veterinario, por suerte, no era uno de ellos. Dado que la localidad gozaba de una excelente salud granjera, proliferaban los veterinarios de reses y ganado, pero escaseaban los de animales, digamos, de compañía. Por suerte, conocía a la única en cincuenta kilómetros a la redonda que podía ayudarla.

—Buenas tardes, perdón, lo siento, tenemos una emergencia.

Carlota entró en la clínica con la sudadera apretada contra el pecho y un reguero de agua tras de sí.

—¿Carlota?

—Susana, emergencia, tenemos una emergencia urgente.

—Cálmate —la muchacha se aproximó a ella y la cogió por los brazos para que fijara la mirada en ella— y cuéntame qué pasa.

—Esto.

La morena deshizo el delicado nudo con que había envuelto al gato y se lo mostró a la amiga de su prima, quien sonrió al instante a pesar de lo feo que era el animal.

—Es un bebé. Un gato bebé —le aseguró Carlota.

—¿No me digas? ¿Y es macho o hembra?

—No lo sé, no soy veterinaria. —Carlota empezaba a agobiarse de nuevo.

—Quién lo diría —bromeó entre dientes, cogiendo al gatito para examinarlo.

—Ten mucho cuidado, es superpequeño.

—Carlota, por favor, es mi trabajo —la regañó con una sonrisa tranquilizadora—. ¿Me ayudas?

—Sí, sí, claro, lo que sea. Si tengo que donar sangre, yo dono, ¿eh?

—No hace falta. —Susana detuvo la mano de la chica, quien ya empezaba a subirse la manga del suéter—. Ven, acompáñame, que

parece que te busca.

Ciertamente, el gatito bebé se estiraba en busca del olor y el calor del pecho de la humana que lo había salvado del agua y el frío. Eso enterneció tanto a Carlota que se le nublaron los ojos, y a punto estuvieron de ponerse a llover.

Durante media hora, Susana reconoció al animal, que seco tenía casi peor pinta que mojado. Le comunicó que era hembra y que debería buscarle un nombre, por lo que Carlota permaneció callada el resto de la visita. Había preparado el gallinero, tenía comederos, un arenero enorme y un saco de pienso para gatos a la espera de su nuevo compañero o compañera, pero no había pensado algo tan básico como un nombre.

—Lana.

—¿Qué? —preguntó Susana, quien terminaba de rellenar los papeles que tenía encima de la mesa tras el reconocimiento.

—Lana, de nombre ponle Lana.

—¿Porque es blanca?

—Porque es una reina.

Susana la miró muy seria, sin cambiar un ápice el gesto, con el bolígrafo a tres centímetros del papel, a la espera de que Carlota se explicara mejor. Como esta parecía encantada con aquella idea que se le acababa de ocurrir, tuvo que hacerle un gesto con la mano libre que le quedaba para animarla a continuar.

—Lana del Rey, ya sabes, por eso es una reina —le explicó, un poco ruborizada.

—Qué mona.

—Gracias —contestó sin pensar.

—He dado por hecho que te la vas a quedar, pero podrías querer llevarla a una protectora. Hay una aqu…

—No, no, de eso nada, Lanita se queda a vivir conmigo, yo me encargo. ¿Se va a poner bien?

—Por decimoquinta vez, sí, se va a poner bien. Tienes que aplicarle estas gotas en los ojos dos veces al día para la conjuntivitis y darle comida húmeda y seca. ¿Tienes?

—Sí, sí, tengo un saco de doce kilos de pienso para gatos.

—¿Para gatos adultos?

—El gato de la foto es grandote, sí. —Se acarició la barbilla la morena, meditabunda.

—Entonces por la húmeda ni te pregunto. Ven, anda, que te vas a llevar esto… y esto —cogió un saco de pienso y una caja de latitas de comida— y a ver qué tal.

Susana le explicó durante un buen rato los cuidados básicos de los gatos e incluso le dio su número de teléfono para que le consultara cualquier duda. Carlota lo apuntó y le agradeció el favor,

pues imaginaba que no era muy habitual en el mundo veterinario dar el número personal para dudas de una histérica.

—Pues nada, ya tienes una compañera de vida. Enhorabuena.

—La diosa me ha bendecido con su gracia y me ha concedido una gata hembra. Sabe que lo mío son las mujeres.

—La diosa es sabia. —Le guiñó un ojo la veterinaria.

—Entonces…

—Carlota, por favor. —Susana soltó una risita y le acarició el brazo, empujándola hacia la puerta—. ¡Que sí, que va a ponerse bien, pesada!

—¡Pero bueno! ¿Así tratas a todos tus clientes?

—A todos no. —La muchacha se elevó en las puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Mañana me cuentas qué tal la primera noche. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Si Carlota hubiera sido más espabilada, habría notado la ficha entrando por la ranura de su subconsciente, pero como no lo era se fue hacia el coche haciendo carantoñas a la rubia de su corazón: Lanita de la Reina.

13

Jean-Paul Gaultier

Si Carlota había hecho mil fotos de la valla y la fachada recién pintadas, a Lanita le había hecho, en apenas una semana de vida conjunta, no menos de un millón. La gata era fea como pocas, con los ojos claros, bastante bizca, con más orejas que cabeza y el pelo como si estuviera a punto de caerle un rayo. Se daba un aire a Doc, de *Regreso al futuro*, y se reía internamente de ese chiste privado, pero habría abofeteado sin remordimientos a cualquiera que hubiera tenido la osadía de decir algo malo de ella.

Era por esto que Carlota tenía claro que la belleza de Lanita estaba, de momento, en su interior. Se enroscaba en su regazo cuando se sentaba a ver la tele, como una pescadilla que se muerde la cola, y se ponía la patita en la cara cuando no quería que la molestara. Carlota se derretía con cada una de sus monerías, aunque hubiera puesto a prueba su paciencia cada vez que practicaba la escalada sin cuerda en las cortinas del comedor o decidía que el sofá recién comprado era el mejor lugar para hacerse las uñas.

El repartidor de Amazon tuvo mucho trabajo aquella primera semana entre rascadores de todos los tipos y tamaños, fuentes de agua en movimiento y hamacas para colgar en las ventanas.

El siguiente sábado, cuando recogió a Jacinta para ir a almorzar a la panadería, la esperó en la puerta con el móvil en la mano, al contrario de como llevaba haciendo el último mes.

—Qué poquito te ha durado la desconexión, ¿eh, mona?

—Es que mira, Jacin, mira qué cosita te voy a enseñar.

Carlota había preparado una presentación de diapositivas de la gata de no menos de treinta y cinco minutos, pero a la tercera fotografía la mujer le pidió que continuara en la panadería, que andaba mal de la cadera y no podía estar de pie tanto tiempo. Durante el camino, la morena parloteó sin parar de su pequeña bebé, de cómo la había encontrado y lo traviesa que era.

—Bueno, si tú la vieras por la mañana con esas orejas de soplillo y la cara de recién salida de la secadora que se gasta, maullando en mi oreja para que le dé de comer... El primer y el segundo día casi me da un infarto, pero bueno... No veas lo rico que me está cuando me lame la nariz para que me levante.

—Buenos días, moza —Jacinta saludó a Chloé y Carlota se

reconcilió con el entorno, tan ensimismada estaba en el relato de las aventuras de Lanita de la Reina–. Te informo de que nuestra querida forastera se ha enamorado, dala por perdida.

–No me diga, Jacinta –contestó la panadera, risueña–. Yo pensaba que la zanahoria no era de esas.

–Yo tampoco lo creía, pero es una mamona de cuidado.

–¿Y quién es el afortunado? –continuó Chloé, que ya preparaba los cafés.

–¿Perdona? ¿Me estás llamando hetera? –Se hizo la ofendida Carlota al tiempo que dejaba la chaqueta en el respaldo de la silla que solía utilizar.

–Ya me parecía a mí…

Jacinta miraba a las dos jóvenes sin enterarse de mucho, pero tampoco es que le importara. Solían hacer aquello de tener reductos de conversaciones privadas entre ellas en mitad de las charlas que compartían las tres. En aquellas ocasiones, la mujer las observaba con el interés apaciguado de cuando se ve la Teletienda.

–¿Qué te parecía a ti, si se puede saber?

–Que hetero no eras.

–Anda, qué listilla la pana, Jacinta, la que tiene un hijo en edad de hacer la comunión resulta que también sabe de bisexuales y lesbianas, ¿qué le parece?

–Me parece que es francesa –contestó la mujer con rotundidad.

–¿Y qué?

–Que las francesas siempre han tenido fama de liberales.

Chloé la miró con una sonrisa de Mona Lisa en el rostro, la ceja en alto y un gesto de las manos, con las palmas hacia arriba, que parecía querer decir una cosa que a Carlota no le cuadraba del todo.

–Sí, claro. –Negó la morena con la cabeza, incrédula.

Chloé se encogió de hombros, dejando la incógnita en el aire a espera de que alguien la explotara de un manotazo, y continuó con la preparación de los cafés al ver que nadie hacía nada al respecto.

–Bueno, entonces… ¿Quién es la afortunada? –preguntó la panadera cuando tomó asiento junto a sus amigas.

–Lana del Rey –contestó Carlota con ojos soñadores. Chloé puso los ojos en blanco. Ya estaba la forastera con sus tonterías, como siempre. La morena sacó el teléfono con una sonrisa deshilachada que le caía barbilla abajo y la francesa se acercó a mirar, realmente intrigada–. Mira, el amor de mi vida.

–¡*Mon dieu*! –Chloé se echó hacia atrás en la silla con una mano en el pecho. Carlota le dedicó la peor mirada que le había visto jamás–. Es… es muy hermosa.

–Es fea como un *gremlin*, la jodía, pero es muy rica, mírala –la

consoló Jacinta, que se partía de risa, haciendo subir y bajar su robusto pecho.

—Los gatos mejoran cuando crecen un poco, ¿vale? —salió en su defensa Carlota.

—Es fácil. —Asintió Chloé, aún impactada ante el PowerPoint que desfilaba ante sus ojos.

—¿El qué?

—Que mejore.

A Jacinta se le salió el café por la nariz, por lo que Carlota bloqueó el teléfono y se enfurruñó lo que quedaba de almuerzo. Por más que las dos mujeres intentaron que se le pasara el enfado, Carlota no cedió ni medio milímetro, menos aún cuando tuvo que soportar las mofas nada sutiles de las dos durante la siguiente media hora. Se esforzó en no reír, pues lo cierto es que eran graciosas en su maldad, y se marchó de allí con Jacinta cogida del brazo y una peineta muy española dirigida a la infausta francesa, que con suerte a lo mejor se ahogaba de tanta risita.

—No te enfades, niña, mira el ratito tan bueno que hemos echado.

—A costa de mi hija. ¿Está bonito eso, Jacinta?

—Anda ya, seguro que tú has pensado cosas aún peores del bicho, que te conozco poco, pero te conozco.

—A un hijo lo critica una madre, pero nadie más. Es una ley universal.

—A un hijo lo critica una madre a la cara y el resto a la espalda, ¿qué más da?

—Pues también llevas razón. Bueno, bella mía, vete por la sombra, ¡que los bombones al sol se derriten! —se despidió la morena.

—¡Y las mierdas se secan! —contestó la mujer, como hacía siempre.

Carlota respiró el aire cada vez menos fresco que llegaba de dentro del mar y se dejaba embriagar por la sensación de sentirse completa en todos los aspectos que ella consideraba prioritarios por primera vez en toda su vida. Tenía cuatro amigas que le rebuscaban el humor que solía tener escondido, una casa que le gustaba más cada hora que le dedicaba a su cuidado, a sus mejoras, tenía playa y montaña al alcance de la mano, lo cual resolvía la pregunta tipo de cualquier aplicación para citas sin tener que elegir, tenía familia cerca y ahora una gatita. No se le ocurría nada más que pudiera desear.

***

Carlota, ¿te gustaría venir a cenar a casa esta noche?
Se ha quedado la presentación de diapositivas a la mitad
Me da apuro

CARLOTA
Anda, qué bromista la panadera
¿Has comido payaso hoy?

MI PANA LA PANA
¿Qué?

CARLOTA
Nada, que eres muy graciosa

MI PANA LA PANA
Aaaah jajaja lo he entendido
He estado conversando con Mateo y hemos pensado que quizá podría apetecerte acompañarnos en la cena

CARLOTA
¿Te vas a disculpar por reírte de mi Lanita?

MI PANA LA PANA
No

CARLOTA
Allí estaré

Quizá, para la personalidad de la morena, había accedido demasiado rápido a una invitación de ese calibre, pero tenía que empezar a aceptar la idea de que Chloé ya formaba parte de su rutina semanal, hecha de panes morenos, grandes como el sombrero de un picador, cafés del Imserso y días de niñera. No es que le importara ni que le pareciera mal, era algo que sucedía y basta, y con esa misma naturalidad se lo había tomado.

La presencia de Mateo era el punto caliente de la visita. Para toda persona con dificultades relacionales existe siempre un punto negativo en toda interacción social. Casi nunca es perfecto un evento colectivo, y no faltaba la constante, distinta en cada ocasión, que arruinara en mayor o menor medida cualquier tipo de velada. El primo desconocido de una amiga, una conversación incómoda en la puerta del baño, un juego de mesa que alguien había llevado con ilusión y que nadie se atrevía a decir que era una basura. Un punto negro imposible de limpiar.

Mateo era ese poro infectado, pero Carlota había cambiado, ahora era una chica popular con un par de conversaciones sin leer en WhatsApp (una de Jacinta, que había aprendido a enviar audios, y otra de Susana, que la invitaba a tomar algo con las chicas después de cenar para que le contara qué tal la evolución de Lanita de la Reina), por lo que el miedo ya no era más que un mosquito alejado con la pereza del gesto de una mano. O al menos eso se repetía una y otra vez frente al espejo, con la cama llena del mismo jersey a rayas horizontales que se había comprado en todos los colores a la espera de que seleccionara uno de ellos. No es que le prestara mucha atención a su aspecto, pero se había dado cuenta, bien entrada en la treintena, de que cuanto más segura se sintiera a nivel físico, más ganaba en seguridad emocional. Más vale tarde

que nunca.

Cogió la cazadora vaquera, pues refrescaba que daba gusto en cuanto se escondía el sol, cogió la botella de vino que le quedaba y la metió en una bolsa de tela que utilizaba para hacer la compra. Le dio mil arrumacos a Lanita, que iba a quedarse sola más de una hora por primera vez, para lo cual había colocado una cámara conectada a su móvil que le mostraba una panorámica estupenda del enorme comedor, donde la había encerrado para evitar cualquier susto. Se sentía una madre pésima, pero le apetecía aquella cena, ya que, como buena amante de la cocina, estaba deseando ver con qué desconocidos platos franceses la sorprendía Chloé.

Llamó al timbre y, en medio segundo, Paco abrió la puerta, parecía deseoso de pasar un rato con ella. Carlota cayó en la cuenta de que llevaba dos semanas sin verlo, entre unas cosas y otras. Hicieron su saludo de gente chula, que consistía en chocarse los puños y echar la mano hacia atrás, abierta, como si hubiera explotado con tremenda colisión. Paco se sentía el niño más guay de la comarca y alrededores, y la morena podía imaginarlo, sin esfuerzo, con unas gafas de sol que bajaban lentamente para colocarse sobre sus ojos.

—¡Hola, zanahoria!

—¿Qué pasa, petardo?

—Nada —negó el niño con una sonrisa de oreja a oreja. Carlota soltó una risita: ese niño era cómico sin quererlo.

—¿Me invitas a pasar o me vas a dejar aquí toda la noche?

Paco sopesó sus opciones, pero no tardó en ponerse a un lado para dejarla entrar. Nada más poner un pie en la casa, al fondo, vio el comedor con la mesa preparada, pero ningún adulto a la vista.

—Estás muy guapa, zanahoria.

—Muchas gracias, tu pijama es una pasada.

Paco se miró desde su corta altura hacia abajo y acarició la tela de pelito de su pijama de Yoda, contento de que a su vecina le gustara. La tenía en muy alta estima, por lo que fuera, y su opinión le importaba mucho.

—¿Te gusta *baby* Yoda?

—Yo es que soy más de las películas de antes, ¿sabes? Estas cosas modernas no las he visto, llámame purista.

—Vale, purista.

—¡Paco, Carlota, pasad de una vez!

Chloé los llamó desde un lugar indeterminado de la casa y hacia allí se dirigieron. Tal y como recordaba Carlota, la cocina se encontraba a la derecha del comedor, separados por un arco de madera que casi llegaba al techo y que hacía inexistente la pared.

Allí estaban Chloé y Mateo, con una copa de vino cada uno y una sonrisa de bienvenida pintada en el rostro. Para su desgracia, Paco se sentó con las piernas cruzadas frente a la televisión del comedor, por lo que perdía su mayor apoyo en aquella situación. Nunca hubiera imaginado que se sentiría más cómoda con un niño que con un adulto, detractora de la infancia desde que tenía memoria, pero ahí estaba, deseando sentarse con Paco para ver una de dibujos animados y comer palomitas, golosinas y chocolate. Pero bueno, le tocaba ejercer de adulta funcional frente a un señoro que parecía un armario empotrado de tan grande como era y una francesa en miniatura con muy mala leche.

—Hola, soy Carlota, encantada.

Le tendió la mano a Mateo y este se la estrechó con suavidad.

—Sé que ya nos presentamos hace tiempo, pero estoy un poco nerviosa. —Carlota se limpió el sudor de la mano en el pantalón.

—No te preocupes, yo también.

Carlota le sonrió en señal de comprensión y Chloé puso los ojos en blanco ante aquellos dos inadaptados. Imaginaba que se llevarían bien, pues había algunos rasgos de sus personalidades que compartían, como esa timidez casi patológica de la que hacían gala. Tenía ganas de que se conocieran de manera más profunda que los saludos de rigor y las conversaciones sobre el tiempo, pues veía en ambos una esencia similar.

—He traído vino —recordó Carlota, y dejó la botella sobre la encimera.

—Qué detalle. ¿Tú qué vas a beber?

—Depende de lo que nos hayas hecho para cenar. Ni he merendado pensando en la cocina francesa con que nos vas a deleitar esta noche. —La morena se pasó la mano por la tripa y se relamió los labios, a lo que Mateo contestó con una carcajada.

—Pues esta noche vas a probar la increíble *Pizzé de Casé Tarradellé* —se mofó el muchacho, impostando un acento francés bastante logrado.

—¿Eh?

—Pizzas de supermercado al horno. Al menos es un buen horno.

—¿En serio? ¿Ni siquiera unas *baguettes*? ¿Unas pizzas de pizzería al menos?

—En Canguingos no hay pizzería, solo comida autóctona. Ya sabes, el público objetivo son los turistas.

—Creo que en el restaurante de Alba venden pizzas —comentó Chloé, quien cogió un poco de queso de un plato y un pico de pan tostado.

—Ya, pero no las ponen para llevar.

Carlota los escuchaba y decidió imitar a la panadera. Esperaba

que, al menos, el queso fuera interesante. *Toda la tarde sin comer nada para esto…* renegó la muchacha.

—O sea, para que yo me entere —interrumpió Carlota, que seguía sin dar crédito—, dos adultos cuarentones quedan todos los sábados para cenar *pizza* congelada del supermercado. ¿Es así?

—Perdona, ¿cuarentones? —Mateo la miró con una ceja en alto, mucho más relajado.

—Es una forma de hablar, me refiero a que no somos precisamente universitarios.

—Yo no tengo cuarenta, pero casi —comentó Chloé, agachada, mirando el horno.

—¿De verdad?

—¿Te parecen muchos o pocos?

—Me parece una edad estupenda —esquivó la trampa Carlota—. Yo acabo de cumplir treinta y cuatro.

—Yo treinta y dos. ¡Já! Panda de abuelas… —masculló Mateo en voz bien audible.

—Al menos podrás aprender algo de nuestra madurez —comentó Chloé de pasada. A Carlota le hizo gracia la manera en que se relacionaban esos dos, y pensó que nunca había visto a la panadera tan cómoda como en esa ocasión.

—Yo pensaba que esta iba a ser una cena con clase, joder, qué palo me acabo de llevar —seguía Carlota, erre que erre.

—Ya está, Mateo, decidido —le dijo Chloé—, la próxima cena será en su casa.

—Pues mira, mejor, que me he dejado a la bebé solita y me siento fatal.

—¿Qué bebé? —preguntó Mateo.

Chloé intentó evitarlo, pero el daño ya estaba hecho. La morena sacó el teléfono, en cuya pantalla desplegó la miniatura de una cámara que emitía a tiempo real el comedor de su casa, donde una bolita diminuta descansaba sobre el sofá. Tras comprobar que todo seguía en orden en casa, se dispuso a mostrarle a Mateo la presentación de diapositivas de Lanita de la Reina. El chico, en su deseo de agradar, alabó hasta el extremo a aquel engendro del mal del que Carlota hablaba con tanta ternura. La francesa observaba la interacción, contenta por su ojo para las personas. Solo dos raritos como ellos podrían haber coincidido en Canguingos en espacio y en tiempo, y únicamente Chloé habría tenido la habilidad y los medios para juntarlos.

Hacía mucho que se daba cuenta de que Mateo necesitaba nuevos estímulos, pues aunque era solitario e independiente, tenía una edad y unas circunstancias muy diferentes a las suyas. Llevaba años esperando que el chico se aburriera de ella y de su hijo, pero

aquello nunca sucedía, y no sabía si era por virtud propia o por tardanza de él. Quizá, lo único que pasaba era que la mente de Chloé estaba acostumbrada a creerse insuficiente para cualquiera, que daba por hechas cosas que nada tenían que ver con la realidad y que todo era fruto de su miserable imaginación.

Sea como fuere, ante aquella sintonía que ambos parecían compartir, Chloé se sintió por fin en paz, capaz de dejarlo ir, de darle la carta de emancipación, el calcetín usado para el elfo doméstico que añoraba, sin saberlo, la libertad.

Lo que Chloé no entendía, y tampoco Mateo se lo iba a explicar, ignorante de las tribulaciones de su amiga, era que para él madre e hijo eran un sucedáneo de familia, una suerte que no se elige, sea buena o mala, sino que te cae por puro azar desde lo alto del universo, atravesando galaxias y nebulosas, hasta dejarte al lado de personas a las que te unen cosas que nada tienen que ver con la sangre, sino con el amor sin condiciones, un amor irreflexivo e impulsivo de quien siente que se conoce desde antes de nacer. Eso eran ellos para Mateo y solo el paso del tiempo sería explicación suficiente para Chloé.

—Y eso sería todo —terminó Carlota, satisfecha. Bloqueó el teléfono y sonrió de oreja a oreja, mirando a los presentes. Hasta Paco se había unido al grupo para conocer a Lanita de la Reina.

—¿Qué te ha parecido la gatita de Carlota, *mon petit*? —Carlota fulminó a la panadera con la mirada, pues sabía perfectamente lo que pasaba por su cabeza en ese preciso momento y era consciente de que utilizaba al niño como escudo protector.

—Zanahoria, Lanita es un poco fea, pero es muy mona cuando duerme.

—¡Anda, como tú! —respondió, cortante.

—¿La puedo conocer y acariciar? —le preguntó el niño a su madre.

—La semana que viene cenamos en casa de Carlota, entonces podrás acariciarla si ella te deja.

—¿Carlota o la gata? —volvió a preguntar Paco.

—Ambas —contestó la aludida—. Y como sigas diciendo que mi Lanita es fea, no la vas a tocar ni por wifi, niño.

—Vale, entonces no lo diré más. Parece tan suave…

—¿Veis? No es tan difícil alegrar a una madre orgullosa que conoce los defectos de su bebé. —Carlota señaló a Paco poniéndolo como ejemplo.

—Es muy gentil —reconoció Chloé, ensimismada con las bondades de su pequeño.

—Me derrito cuando dices esas palabras. ¿No te pasa? —le preguntó Carlota a Mateo.

—Me pasa. La que más me gusta es cuando te pide algo y dice «por cortesía, ¿podrías ofrecerme un vaso de agua?». Por cortesía. ¿Quién dice «por cortesía» en el siglo veintiuno? Me siento muy decimonónico.

—¡Total!

Los incipientes amigos continuaron su charla de camino a la mesa, momento que aprovecharon madre e hijo para mirarse cómplices. Sí, lo cierto era que parecían tal para cual. Al tratarse de un lugar de encuentro común y cómodo para todos los presentes, el tema de la belleza de Lanita de la Reina fue recurrente durante toda la cena y la sobremesa posterior, con Paco ya dormido en su cama y las tazas de infusiones frías y abandonadas sobre la mesa. Acudían a él como quien regresa al hogar tras un largo viaje cuando no tenían nada que decir. Carlota permitió aquel uso de la imagen de su pequeña por supervivencia de los tímidos, aunque buscó venganza en cuanto pudo.

—Me hace gracia que te rías tanto de mi Lanita cuando tú le has puesto a tu hijo Paco. Tía, que eres francesa, ponle un nombre chulo al crío. Un Pierre, un Jean-Paul Gaultier... Yo qué sé, un nombre con estilo, con rollo, con potencia... Pues no, Paco, le pone Paco al niño, con dos ovarios.

Mateo soltó una carcajada sideral que intentó ocultar con la copa de vino. Chloé, que en cualquier otro contexto se habría violentado ante la mención al padre del niño, del cual había heredado, tristemente, el nombre, no tuvo más remedio que replicar la risotada de su amigo.

14

Filmar a piel

SUSI VET
Buenas tardes, Carlota
¿Qué tal está la princesita?

CARLOTA
Pues estoy muy bien, gracias :)

SUSI VET
JAJAJAJAJAJAJA
Vale, ¿y la otra princesita?

CARLOTA
La otra princesita está roncando encima del teclado del ordenador
¿Cómo hago para quitarla de ahí sin despertarla?
Tengo que mandar un mail antes de fichar en el trabajo, pero no la quiero molestar

SUSI VET
Lo siento, no hay manera humana de hacerlo
Despertarla o nada

CARLOTA
Pues que me despidan

SUSI VET
JAJAJAJAJA
Ya eres oficialmente una madre de gatitos
¡Enhorabuena!

CARLOTA
¿Se me va a hacer entrega de un diploma o algo?

SUSI VET
Y una calle con tu nombre

CARLOTA
Jajajajajajaja
¿Te imaginas?

SUSI VET
Sin dificultad, además
Bueno, pues a ver si os pasáis a saludarme, que vea cómo va la nena

CARLOTA
Un día de estos pasamos por ahí, que quiero que me recomiendes chuches
He notado que le gusta mucho el yogur, pero no creo que sea bueno para mi gordita

SUSI VET
Pues ya sabes dónde encontrarme ;)
Un besito, Carlota

CARLOTA
¡Chao, pescao!

Carlota, tal como había anunciado, dejó a Lanita dormir sobre el teclado y envió el correo laboral desde el móvil. Tardó mucho más, pero no le importaba renunciar a ciertos aspectos de su vida como el tiempo libre por ese felino despeluchado y medio bizco. Además, tenía que abandonarla sin remedio, pues no podía volver a aplazar la compra.

Canguingos era un pueblo muy completo, podría decirse que

tenía de todo, aunque no todo lo que una chica puntillosa y petulante como Carlota podía necesitar para una cena de esas en las que se busca impresionar. Y no es que quisiera dejar a sus invitados con la boca abierta por nada en particular, pero se había burlado tanto de la francesa y sus inexistentes habilidades culinarias que se había metido ella solita en un enorme jardín. Le tocaba apretar el culo e irse a la ciudad más cercana a hacer la compra, pues cargas de aire comprimido para el sifón no las vendía Braulio en la tienda de ultramarinos.

Cerró la puerta del altillo, donde dormía Lanita de la Reina, colocó allí la cámara para tenerla vigilada, dejó un cuenco de agua, otro de comida y salió de puntillas de su propia casa para no perturbar el sueño de su chica. Si se parara a pensarlo, Carlota reconocería la ironía de haberse mudado a quinientos kilómetros de su ciudad por lo insoportable de compartir piso para ahora vivir por voluntad propia con una exigente rubia de cuatrocientos gramos que gruñía ante cualquier molestia. Lo reconocería si lo pensara, pero Carlota no pensaba, había dejado ese mal hábito y se dejaba llevar, a lo loco, sin meditar durante seis o siete meses sobre las evidentes consecuencias de adoptar un animalito.

***

—*Así que estás preparando la cena para una madre soltera, su hijo de siete años y un bibliotecario sin bigote, ¿no?*

—¿Por qué es importante que Mateo no tenga bigote? —preguntó Carlota, la cual estaba enfrascada en la elaboración de la cena.

—*No sé, me dices «bibliotecario» y yo pienso en un señor con bigote y ciertos rasgos psicopáticos* —contestó Ana al otro lado del teléfono.

—Ahora que lo dices... Solo le falta el bigote.

—*Un hombre que es amigo de una mujer de cuarenta años que tiene un hijo pequeño, encima francesa, y una lesbiana borde... muy bien de lo suyo no puede estar.*

Carlota soltó la carcajada de rigor. Con Ana no podía ser de otra manera. A veces creía que la llamaba solo para escucharla despotricar de cualquier cosa. Si algo echaba de menos de Madrid, era ese carácter sarcástico y ácido de sus gentes, pues en Canguingos pecaban de amables para su gusto. De vez en cuando tenía que hablar con Ana para restablecer la maldad en el universo y que no se le pegara demasiado la benevolencia del pueblo.

—Es un tío muy interesante, sabe un poco de todo y se puede hablar con él de cualquier cosa. No sé qué coño pinta un tipo como él en un pueblo como este, la verdad —reflexionó Carlota en voz alta.

—*Por cómo hablas de él, me pega más siendo une aliade con*

barbita de Malasaña, y no un señor sin vello facial que vive en un pueblo en el que la mitad de los habitantes son vacas. —Ana detuvo su discurso, pensando en sus cosas. Entre ellas no existían los silencios incómodos—. *Oye, que siempre lo pienso y al final se me olvida preguntártelo, ¿tú crees que entre él y la francesa... hay tema?*

—Al principio lo di por hecho, sobre todo por lo que se comentaba en el pueblo, pero después de verlos juntos varias veces tengo que decirte que no, absolutamente no. Entre ellos no hay ni física ni química ni matemática.

—*Normal, seguro que la francesa tiene más bigote que él.*

Lanita de la Reina hizo acto de presencia en la cocina y Carlota dejó lo que estaba haciendo para cogerla en brazos.

—Dile hola a la tita Ana, *baby*.

—Miau.

—*Joder, qué bien enseñada la tienes* —exclamó Ana, sorprendida por el saludo de Lanita—. *¿Ha mejorado su belleza exterior?*

—No mucho, joder —se lamentó Carlota mientras acariciaba a su pequeña—. Según me ha dicho Susi, hasta que no tenga un año o por ahí no dejará de parecer un alien.

—*Ay, la Susi* —dijo Ana con voz cantarina—, *no te tiene ganas ni na, la Susi.*

—Anda, no digas tonterías.

—*Déjate de hacer cenas temáticas para niños repelentes, francesas bigotudas y bibliotecarios barbilampiños, y date un festín de veterinaria norteña, que al final se le van a ir las vitaminas.*

—Que no, que no. No me gusta nada de nada en ese aspecto.

—*Pero si me dijiste que era muy guapa.*

—Y lo es, pero también es amiga de mi prima y no tengo ganas de líos.

—*Vamos, que un favor sí le harías, pero no quieres romper su animalista corazón, ¿no? Menuda* fuck girl *es mi chavala* —dijo Ana, orgullosa.

—No es eso, pero Canguingos no es Madrid y hay que tener cuidado con esas cosas, que aquí nos conocemos todos.

—*Te has vuelto una aburrida. No me das ningún tipo de contenido, tía, solo me hablas de una vieja con la que tomas café los sábados, la panadera francesa y el niño de la flauta. Bueno, y ahora de Lanita de la Reina, claro.*

—Y el bibliotecario sin bigote —le recordó, divertida.

—*Claro, para completar el cuadro. Madre mía, Carlota, te falta ir a echar la partida al hogar del jubilado y te doy por perdida para siempre.*

—¿Te quedarías más tranquila si me liara con la veterinaria?

—*Hombre, tú me dirás, eso lo cambiaría todo.*

—Entonces me lo pensaré.

Una vez tuvo la cena lista, se despidió de su amiga y se dispuso a encender unas cuantas velas aromáticas y darse una ducha. Había sudado de lo lindo en la preparación del ragú, y más le valía darse prisa para que sus invitados no la pillaran literalmente en bragas. Cuando estos llegaron, ya tenía todo a punto: unos platos con quesos, un par de botellas de vino y fiambres típicos del país vecino para abrir boca mientras el plato principal continuaba haciendo chup chup en la olla. Olía que alimentaba.

Cuando el timbre anunció a sus invitados, cogió a Lanita de la Reina, la cual había resultado ser una fugitiva en ciernes, y fue a abrir la puerta. Allí se encontró a la comunidad de vecinos disfuncional de la que empezaba a formar parte. Mateo se había colocado una pajarita, Chloé llevaba liso el pelo, quizá por primera vez desde su propia comunión, y el niño vestía con un chándal cómodo para cuando se le terminaran las pilas.

—*Bienvenue* —saludó Carlota con una estudiada reverencia.

—¡Mami, la zanahoria sabe francés! —Alucinó Paco.

—Es una caja de sorpresas —asintió la panadera, impresionada.

—Acompáñenme dentro, *s'il vous plaît*.

—Te esfuerzas demasiado. —Mateo le dio una palmada en el hombro y entró sin más preámbulos.

Les enseñó la casa, aunque Paco la conocía como la palma de su mano y Chloé estaba más o menos familiarizada con ella, y disfrutó lo indecible al ver al bibliotecario muerto de envidia por su humilde morada.

Lanita de la Reina y Paco hicieron migas al instante, y detestó tener que ejercer de anfitriona y dejarlos hacer sus monerías en el sofá mientras ella iba a reunirse con los adultos en la cocina. Lo que más le gustaba de ellos es que no tenían ningún tipo de reparo, pues no habían esperado a que Carlota descorchara el vino ni presentara los aperitivos: ya se habían servido ellos.

—Vosotros como en vuestra casa, ¿eh? De esta sinvergüenza me lo esperaba, al fin y al cabo es francesa, ¿pero de ti?

—Perdón —dijo Mateo como pudo, con los carrillos llenos.

—Nada, hombre, que aproveche.

Chloé, con la tapa de la olla que cocía a fuego lento en la mano, se asomó a su contenido y aspiró con los ojos cerrados. Nadie de allí podía saberlo, ni siquiera imaginarlo, pero aquel fabuloso olor la transportó sin escalas a Francia, a las comidas de domingo de su niñez en casa de su difunta abuela, donde se reunía una vez al mes con todos sus primos. En las volutas danzarinas del vaho ascendente se le dibujaron, perfectas a la vista que mira desde el prisma de lo que se añora, vestidos floreados, risas infantiles, sabor

a limonada, aroma a hogar. Frente a sus ojos cerrados desfiló un carrusel de las cosas que se echan de menos sin saber que se echan de menos, de eso que no se puede concretar con las palabras porque no es una cosa sola, sino que es una guirnalda de sucesos simultáneos que adornan un momento tonto, podría ser, cotidiano, intrascendente incluso, que no queda en la memoria con una forma determinada porque no es un acontecimiento, sino una sensación que se tiene varias veces a lo largo de la vida.

La francesa no era sentimental, pero aprovechó la humedad neblinosa que manaba de la olla abierta para dejar que se le empañara la mirada de vapor y de recuerdos.

—¿Qué tal? ¿Pasa el examen? ¿Es lo suficientemente francés ese *ragoût*?

Chloé la observó de una forma que la morena no supo determinar. Se quedó allí en medio, atravesada por una mirada dura que podría parecerse a la gratitud molesta de quien no quiere ser ayudado, pero igualmente lo aprecia. Carlota taladró el suelo que pisaba, hundida bajo el peso de esos ojos que parecían conocer todos y cada uno de los sentimientos del mundo, pero que no se decantaban por ninguno en concreto para vestir ese instante.

—No está mal —decidió Chloé, con un encogimiento de hombros y una sonrisa ligera.

—Viniendo de ti… *Wao*, gracias.

Carlota parpadeó de seguido, como si saliera de un plano de la realidad diferente al que habitaba el resto de la humanidad, incluido Mateo, quien observaba el agujero de gusano en que se había convertido la zona de la cocina donde las dos mujeres se encontraban como si, en efecto, estas hubieran desaparecido de su vista durante dos segundos enteros y hubieran vuelto a caer en el lugar que ocupaban, pero convertidas en personas totalmente distintas, como si esos dos segundos hubieran sido dos años en el planeta del que hubiesen regresado.

—¡Tengo un hambre que da calambre! —vociferó Paco desde el comedor, como recordatorio de lo que habían ido a hacer allí. Aquello sacó a los tres adultos del trance en el que se encontraban sumergidos.

—Ehm… sí, venga, vamos a cenar.

Carlota sacudió la cabeza y pasó junto a Chloé, que seguía estática en el mismo lugar junto a la olla, como si esperara que el mundo comenzara de nuevo a girar para volver a incorporarse a él. Sin embargo, este parecía detenido, y detenido se mantendría el resto de la velada.

—Espabila, panadera, que parece que has visto un fantasma —bromeó Carlota, dando un golpe cadera con cadera a la francesa

para moverla del sitio y empezar a servir los platos.

—*Pardon*, es que he visto muchos.

Carlota sonrió sin entender y Chloé agradeció a la diosa que fuera tan poco intensa, tan ligera. No le hubiera gustado explicar cuán hondamente había llegado el olor del ragú que con tanto mimo y precisión había preparado. No hubiera habido quien aguantara semejante vanidad después.

—Oye, Mateo, ¿tú has pensado en dejarte bigote? —preguntó Carlota al finalizar los postres, recostándose contra el respaldo de su silla. Iba a reventar.

—¡Se lo he pedido mil veces! Creo que le sentaría muy bien, ¿verdad? —Asintió Chloé con vehemencia.

—Además, seguro que tiene un buen mostacho el tío, ¿eh?

—*Moustache* —pronunció la francesa en su idioma materno, muy despacio, masticando las sílabas con un movimiento de labios que ninguno de los allí presentes le conocía. Carlota dio un sorbo a su mosto.

—Gracias, Duolingo —carraspeó Carlota. Tuvo que dar otro traguito—. A ver, Mateo, échate hacia delante, que te vea mejor, no vaya a ser que tengas bigotillo de mariachi y no nos sirva.

El muchacho accedió a su petición, divertido.

—Buen bigote, sí señor —sentenció la morena, dando el caso por cerrado—. Te lo tienes que dejar.

—¿Crees que me quedará bien?

—Vas a ser un dandi, ya verás.

—Estoy muy disgustada. —Chloé se cruzó de brazos, molesta—. Se lo he pedido un millón de veces y nunca me ha hecho caso, pero como se lo has dicho tú…

—Pana, yo es que soy muy persuasiva.

—Y que lo digas…

—En realidad solo quiero afianzar esta amistad naciente. Tú, no te vengas arriba —señaló a Carlota— y tú, no te ofendas tanto —señaló a Chloé.

—Pero te lo vas a dejar, ¿no? Eso es lo importante. Tengo una amiga que me ha repetido cuarenta veces que un bibliotecario debe tener bigote por lo civil o por lo criminal.

—¿Le hablas de nosotros a tus amigas? —preguntó Mateo, el cual había apurado su copa de vino un poco apresuradamente y tenía, ahora que se fijaba, la frente perlada de sudor.

—Por supuesto —contestó Carlota con la boca pequeña. Se levantó y comenzó a recoger la mesa, empantanada de los restos de la cena.

—¡Mírala, Chloé, se ha puesto roja!

—Qué pasa, soy tímida —refunfuñó la aludida. Al pasar por su

lado, le dio un golpe en la frente a la francesa, que se reía como una ratilla. El vino había hecho su efecto.

—Tú no eres tímida, eres... ¿cómo se dice? —Chloé chasqueó los dedos en busca de las palabras adecuadas.

—¿Terriblemente atractiva?

—*Formidablement fragile*.

—Lo siento, no entiendo *la* idioma. —Carlota les dio la espalda y proyectó toda su atención en el lavavajillas, picada por la vergüenza ante semejante atrevimiento de la panadera.

—Bueno, chicas, yo os voy a dejar, que el vino me ha dado un sueño mortal y todavía no tengo la suficiente confianza contigo como para dormir en tu sofá. En el tuyo sí, *mon chérie*.

Mateo dio un beso en la frente a Chloé que incomodó a Carlota, de tan íntimo. Nunca había vivido una relación, del tipo que fuera, en la que ese tipo de gestos tuvieran cabida. Ni siquiera con Ana, a quien quedaba pequeña la palabra hermana. No, había mucho que ofrecer, mucho que dejar sobre la mesa a la vista del otro en un vínculo de ese tipo, y eso era algo que Carlota no valoraba ni como opción. No es que considerara que su interior fuera más feo que el de cualquier mortal medio al uso, no sufría de esa falta de seguridad, sino que tenía más que ver con el pudor al nudismo emocional.

—Muchas gracias por la cena, Carlota, estaba todo buenísimo. Nena —se dirigió a Chloé—, creo que se han acabado las pizzas congeladas de los sábados.

—Gracias a la diosa. —Sonrió Carlota, quien aceptó con gusto la responsabilidad culinaria.

Chloé se levantó con prisa por ayudar a Carlota a recoger y así marcharse con Mateo, pero este la cogió por los hombros y la hizo detener su frenético ir y venir.

—No te puedo esperar, Chloé. Me cago.

—El baño es la segunda puerta de la izquierda. —Señaló Carlota hacia el pasillo, de manera distraída.

—¡Que no, que me voy! Y me voy corriendo, además, siento no echar una mano. Muy rica la cena, pero mi estómago no está preparado aún para tanta sofisticación.

Apenas tuvieron tiempo de despedirse, pues Mateo, como bien había anunciado, salió andando a buen paso camino abajo, y cuando quisieron darse cuenta la oscuridad cerrada de la noche ya se lo había tragado.

Ambas mujeres se miraron con los ojos abiertos de impresión y una carcajada en la punta de los labios, que silenciaron al pasar, de vuelta a la cocina, frente al comedor, donde Paco y Lanita dormían. Una vez allí, retomaron la limpieza de la mesa y llenaron el

lavavajillas.

—¿Este hombre es siempre así?

—¿Así cómo?

—Pues no sé, por un lado parece un sibarita refinado y por otro es un borrico.

—Sí, es un chico muy… natural. —Chloé le dedicó una mirada valorativa—. Como tú.

—¿Como yo?

—Sí, ninguno de los dos sois muy estrictos con las convenciones sociales.

—Ya…

Carlota se quedó un poco cortada, sin saber qué añadir. No le gustaba hablar de sí misma, por lo que se salió por la tangente.

—Por cierto, tú no tienes mucho bigote para ser francesa.

—Y tú no eres tan guapa para ser tan tonta.

Carlota casi se ahoga con su propia saliva. De verdad que Chloé tenía a veces unas salidas que la hacían mearse de la risa.

—¡Olé! Esa referencia es tan castiza que equivale al C2 de castellano, ¡enhorabuena!

Guardaron silencio durante un minuto en el que la morena intentó desechar un pensamiento que la había acosado durante toda la noche. Sin embargo, no era Carlota una de esas mujeres que se quedaran con la duda.

—¿Cómo que soy formidablemente frágil? —Se escandalizó, sin poder dejar pasar aquello por más que lo había intentado.

—Tranquila, no se nota. He necesitado tratar contigo durante meses para darme cuenta.

—Yo no soy frágil, pana, siento darte este disgusto. No soy el tipo de villana que obtiene su redención al explicar los motivos por los que es como es. No tengo traumas, ni una infancia difícil, ni una adorable inseguridad sobre mi persona… No, yo solo soy así.

—No te des tanta importancia, ni siquiera llegas a ser una villana, solo eres honesta, aunque resulte incómodo. *Pardon*, sobre todo si resulta incómodo. Tu arco de personaje no es tan novedoso.

—Joder con la gabacha.

Carlota se quedó con un palmo de narices. Siempre se había considerado una persona original por diferente, pero ni ese beneficio iba a darle la infausta panadera. Es lo que tiene tratar con señoras hechas y derechas, que no se dejan deslumbrar por bordes de tres al cuarto.

—No te lo tomes a mal, a veces no me explico muy bien por el idioma. Sigues resultando la persona más interesante que ha pasado por Canguingos.

—Después de ti.

—Después de mí.

Carlota la observó de reojo. Era bajita, olía fenomenal y tenía la fea costumbre de saltar siempre a la comba con la línea que la separaba de ser un perfume fascinante o un veneno mortal.

Quizá tenía un poco de ambas y su efecto solo dependía de la dosis.

—Por si te interesa, que sé que no, contigo sucede justo lo contrario. Primero pareces una floja, quizá por eso de ser francesa, no sé. —Chloé le echó tal mirada que Carlota levantó las manos como disculpa—. Pero con dos conversaciones se ve que tienes mucho más carácter que yo, aunque parezca al revés.

—No creo tener más carácter que tú.

—A mí me intimidas bastante —admitió la morena con un encogimiento de hombros.

—¿A ti?

—Sí. Yo voy de sincera porque me gusta incomodar, como bien has dicho. Tú lo eres de manera genuina. Cada vez que abres la boca me da un poco de miedo por el zasca que me pueda llevar.

—Te los buscas tú sola.

—La verdad es que sí... Pero bueno, mola, ¿no?

Carlota hizo aquella pregunta de una forma que no hacía más que confirmar la fragilidad de la que habían estado hablando hacía un momento.

—Mola. Mola mazo.

—El C2 es tuyo, pana.

Carlota dejó la mano y Chloé se la chocó con entusiasmo. A la francesa no le habría importado quedarse un rato más para terminar el vino abierto y la conversación infinita, pero entendió que tenía que ofrecer su marcha para no molestar.

—¿Qué haces? —le preguntó a la anfitriona justo antes de iniciar la despedida, espantada al verla envolver la fuente donde había hecho la *crème brûlée* que había sobrado.

—Pues tapar esto para que no se reseque.

—*Sacrebleu*, trae. Yo pensaba que sabías de cocina —farfulló entre dientes y le quitó el rollo de film transparente de las manos.

—¡Pero bueno!

Chloé estiró una buena tira de plástico y lo colocó en contacto directo sobre la crema del postre, sin dejar espacio entre esta y el borde de la fuente.

—Esto se llama «filmar a piel». Se hace con las cremas, las masas y cosas así para que no se *secan*.

La rubia instruía a la morena mientras, con el dorso de la mano, eliminaba las burbujas de aire que quedaban atrapadas entre la crema y el film. Chloé deslizaba los dedos sobre la película

transparente con la suavidad con la que se curan las heridas de los niños. Carlota tragó saliva. *Filmar a piel*. Aquellas palabras erizaron los pelitos escondidos de su nuca y marcaron en braille cada poro de sus brazos.

—Filmar a piel —repitió, fascinada por la expresión, por las manos delicadas de Chloé.

—*Oui*. Deberías conocer ese concepto culinario, me decepcionas.

—Filmar a piel... Qué bonito...

La panadera la dejó por imposible y terminó el trabajo. Su vecina tenía esas cosas: lo mismo todo le daba igual que se quedaba colgada de una estupidez inconmensurable como si esta le hubiera cambiado la vida.

—Gracias por la cena, desconocía cuánto añoraba la comida francesa hasta hoy.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó Carlota, no muy segura de haberle dado el toque al plato.

—Mejor. Mi abuela hacía un *ragoût* muy similar al tuyo.

Carlota comprendió con dos horas de retraso aquel silencio, aquella mirada tapa en mano que Chloé le había dedicado. Fue una comprensión momentánea que llegó y se marchó sin dejar peso ni poso.

—Debe de ser difícil estar lejos de quienes quieres.

—Podría decirte lo mismo. —Sonrió Chloé con esa pena compartida de los exiliados.

—Lo elegí yo. —Se encogió de hombros Carlota.

—Yo también.

—Bueno, vale —concedió la morena—, pero en mi caso fue una buena elección.

—Dudo en ocasiones, pero creo que la mía también lo fue.

Chapotearon en un silencio que se les hizo denso, espeso como arenas movedizas que ralentizaron sus pasos hacia el comedor, donde Paco dormía ajeno al lodazal en que se había convertido el suelo de la casa de su vecina. Ambas mujeres se ayudaron para levantar al niño, que dormía de pie y caminaba sonámbulo por donde su madre le ordenaba.

—*Bonne nuit*, Charlotte.

—Buenas noches, Chloé.

Observó cómo su escueta figura se alejaba con una mano sobre el hombro del pequeño Paco, para guiarlo, y el móvil en la otra, para alumbrar el camino oscuro que separaba sus moradas. Carlota pensó en la diferencia idiomática, apoyada contra el umbral de la puerta de entrada con los brazos cruzados sobre el pecho y la silueta de sus dos invitados apenas recortada ya en la lejanía. «Buenas noches» le había dicho a Chloé mientras se marchaba, en

plural, como si hubiera más de una noche en cada noche.

Pensó que quizá sí, porque en aquella noche que acababa de suceder había habido un montón de noches más.

15

Una francesa, un bibliotecario y una forastera entran en un bar…

—¿Dónde vas a ir de vacaciones, niña?

—¿Yo? Pero si ya vivo en el paraíso, Jacinta, en el jodido Marina d'Or, rural de vacaciones.

—Mira que tienes tonterías, ¿eh? —La mujer reía y mostraba su dentadura postiza al son de las gracietas de Carlota.

La muchacha se apresuró a terminar de preparar el café y transportarlo a la mesa camilla donde Jacinta la esperaba, la cual llevaba pachucha unas semanas con los vértigos y otras miserias de la vejez. No tenía el cuerpo para andar bajando al pueblo a tomar su almuerzo de todos los sábados, por lo que la joven había propuesto volver a las viejas tradiciones de verse en la cajita de cerillas en la que vivía la mujer. Carlota se hacía ligera a base de empeño, pero la verdad era que estaba intranquila.

Al ser ella una persona arisca y solitaria, solía rondar su cabeza la idea de que, cuando la muerte la hallara con su afilada guadaña, la encontraría en la más absoluta soledad y su cuerpo sería descubierto inánime semanas más tarde, quizá meses, momificado o devorado por sus más que probables tres o cuatro gatos. Lo de morir sola le daba igual, pero el abandono latente de que nadie la echara en falta cuando esto pasara… Eso sí que se le hacía difícil de aceptar, por lo que cada día pasaba por casa de Jacinta para comprobar que todo estuviera en orden y, si le daba pereza salir, la llamaba con cualquier excusa. Incluso le había solicitado a la Junta un dispositivo con un botón de llamada de emergencia que llevaría colgado al cuello por si tenía cualquier traspié, y aprovechaba que bajaba al pueblo a hacer compra para hacérsela a ella también.

—¿Está bien así, Jacinta? ¿Le caliento más la leche?

—Ay, niña, deja de tratarme entre algodones, que no me voy a morir todavía.

Carlota sirvió los cafés, miró de reojo y con insistencia a su amiga y dio el primer bocado a los deliciosos dulces que la panadera le había vendido un rato antes.

—Oiga, Jacinta, a usted la muerte… ¿le preocupa?

—A mí no es morir lo que me preocupa, rica, lo que me preocupa es dejar de vivir. —Carlota sintió aquella sentencia como un

puñetazo en el esternón—. La gente recién nacida, como tú, le tenéis un pavor tontísimo a la muerte, que es normal, como cosa natural de la juventud, pero yo te voy a contar el secreto para envejecer bien y sin miedo.

—Ay, qué seria se ha puesto, coño. —Carlota se enderezó en la silla y la miró con ojos de niña que se dispone a aprender una valiosa lección.

—Verás, a medida que envejeces, que pierdes a tu gente, que empieza a dolerte el cuerpo, el alma y el corazón, se ve la muerte con otros ojos. Es algo que tú, a tu edad, no puedes entender ni aunque te esfuerces, porque aún te queda mucho por vivir, pero cuando ya lo has vivido todo... La muerte se convierte en la única gran cosa que te queda por experimentar.

—Anda, Jacinta, no diga tonterías, usted no ha vivido todo aún. Mire, se ha hecho amiga de una forastera negra y lesbiana, por el amor de Dios, eso tiene que ser novedoso para usted, no me joda.

—Eso es muy específico. —Se carcajeó la mujer—. Pero conozco la amistad, que es donde metería nuestra relación. Esto que compartimos no es nuevo para mí.

—Entiendo...

Carlota degustó, pensativa, los rollitos de canela que había ido a recoger a primera hora de la mañana. Su colega la panadera le había levantado el castigo de los rollitos desde la noche del ragú, y cada sábado le tenía apartados cinco o seis que intentaba distribuir a lo largo de la semana, pero que se terminaba antes del lunes. No había podido volver a cocinar para ellos los dos sábados anteriores, pues su prima Celia le preparó otra noche de chicas y el siguiente tuvo el cumpleaños de su tío Marcos, pero esa velada volvería a mostrar sus habilidades culinarias.

—Usted se casó, ¿verdad, Jacinta?

—Sí, pero murió joven mi José, con cuarenta y siete años, el pobre.

—Jovencísimo. Lo siento mucho.

—No te preocupes, llevo más tiempo sin él que el que pasamos juntos, hasta ese dolor he tenido que vivir. —Le sonrió, haciendo referencia a lo que acababan de hablar—. Fíjate qué curioso: era joven para morirse, pero ya no era joven, y eso es algo en lo que todos estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Verdadera.

—Pero no sabría decir cuál es el momento exacto en el que dejas de ser joven respecto al nacimiento y lo eres respecto a la muerte. ¿Cuándo está permitido morirse? ¿Cuándo se considera una edad adecuada?

Carlota no supo qué responder, por lo que permaneció callada.

Jacinta estaba muy reflexiva últimamente, y eso era lo que de verdad le inquietaba, esa especie de sabiduría, de clarividencia cadavérica. Pero la morena era pragmática y, cuando algo le asustaba, bromeaba sobre ello. Así se convencía a sí misma y a quien tuviera delante de que no era para tanto.

—Usted ya está en una edad en la que se puede morir sin escandalizar a nadie.

—Eso me quita un enorme peso de encima, rica.

Carlota sonrió con honestidad. Le picó el fondo de los ojos, como le solía suceder cuando compartía ratitos como ese con su abuela, consciente de que eran valiosos por ser perecederos. Le conmovían mucho ese tipo de situaciones donde coqueteaba con la muerte a través de los ojos de quien, probablemente, estaría a punto de mirarla a la cara, en los que curioseaba «el otro lado» a través de una ventana que estaba lejos de poder abrir. Se ponía a sí misma al borde del precipicio para sentir el vértigo, descafeinado por la red de seguridad, que para lo único que servía era para ratificar lo bien que se estaba en tierra firme.

***

Aquella tarde, Mateo apareció con un bigotazo de dos dedos de ancho, al más puro estilo de Mario Bros o Tom Selleck en sus años mozos. Carlota había llegado apenas diez minutos antes, y su reacción no fue otra que llevarse una mano a la boca y darle un codazo a escondidas a Chloé, quien no había tenido el detalle de avisar a la morena de que debía estar preparada para lo que estaba a punto de contemplar. No le quedaba mal, siendo sincera, pero lo hacía parecer… muy varonil, lo cual era algo que no le pegaba en absoluto al bibliotecario.

—¡Testosteroneitor! —aulló Carlota como saludo, sacando bíceps con los dos brazos.

Chloé intentó esconder la risita, pero solo consiguió ponerse roja como un tomate y hacer un gruñido de cerdo cuando ya no pudo aguantar la respiración.

—Ten cuidado, pana, que este te preña con la mirada.

La francesa metió una mano entre sus piernas y se sujetó en la encimera con la otra, doblada por la mitad. Literalmente, se iba a mear viva, y Carlota buscó su gracia perdida para alargar en el tiempo aquella imagen inédita de Chloé, tan alejada de su saber estar de siempre. Se le habían soltado algunos mechones de la coleta y le brillaban los ojos de las lágrimas de la risa. Estaba espléndida. Sin embargo, tan embobada quedó con la representación de la panadera disfrutona que perdió el tren cuando Mateo se adelantó y tomó la palabra.

—Me da igual lo que digas, a todo el mundo le encanta.

—Si el caso es que te queda bien, un poco años ochenta, pero bien. —Carlota lo miraba con insistencia, apoyada en su hombro para no caer de la impresión—. Ven, vamos a hacernos una foto, que mi amiga Ana querrá ver que sus súplicas han sido escuchadas.

Carlota sacó el teléfono y abrió la cámara para hacer un selfi. Cuando miró la estampa de los tres encuadrados en la pantalla del móvil, el bigote de su amigo acaparó toda su atención.

—Mati, macho, sonríe un poco, que así de serio parece que tienes un gato *acostao* en la boca.

Chloé dejó escapar la carcajada que llevaba un rato intentando aplacar justo cuando Carlota hizo la segunda foto, la cual giró la cara para mirarla sin dejar de apretar el botón, asustada ante aquel ruido de cerdo que la rubia no dejaba de hacer. Ahora entendía que no quisiera reír en voz alta.

—Joder, nunca había escuchado a nadie reírse en francés.

Chloé se tuvo que ir de la habitación ante el ataque de risa que no la dejaba respirar y Carlota quedó satisfecha mientras miraba las fotos junto a su amigo el bibliotecario.

—Joder, son chulísimas, pásamelas.

—Voy. —E hizo lo pedido—. Por cierto, Mati, hoy cenamos comida mexicana, espero que te hayas traído el Fortasec.

—¡Carlota, cállate ya, *s'il vous plaît*! —se escuchó a Chloé en la lejanía del cuarto de baño, donde se lavaba la cara para serenarse, aún entre carcajadas.

—Estás tú muy graciosita, ¿no? —le reprochó Mateo mientras revisaba las fotos.

—No lo he podido evitar, ¿has visto cómo se ríe? —Carlota hablaba en voz baja para que Chloé no se enterara—. Yo es que escucho eso y me vengo arriba.

—Normal, es entre desagradable y adorable, una mezcla rara.

—¡Tal cual! —le dio la razón en un susurro, pues la francesa regresaba.

—Ay, qué risa me ha hecho. ¿Cenamos? —dijo nada más entrar por la puerta, secando el resto de agua de sus manos en el pantalón.

Ambos amigos se miraron y asintieron a la vez, guardando el secreto de que la risa de Chloé a uno le parecía desagradable y, a la otra, lo contrario.

***

Mayo marceaba al amparo de un cielo encapotado que no se decidía a llover. El domingo más domingo de la historia, el domingo del fin del mundo, transcurría lento y perezoso. La noche anterior

se había alargado más de la cuenta con juegos de mesa y bromas sobre ausencia o exceso de vello facial. Si Carlota hubiera bebido, tendría resaca, como estaba segura de que la tenían las dos patas del banco que sostenían en un robusto equilibrio su vida social. Chloé había tenido la velada risueña, Mateo, permisiva ante las burlas y Carlota, juguetona. Un trimonio que funcionaba en perfecta sintonía.

La morena, sentada en un taburete de tres patas en el patio trasero, dejaba pasar los minutos pesados mientras observaba cómo Lanita de la Reina jugaba y saltaba por todo el gatódromo, que era como había bautizado el reformado gallinero. Le hacía fotos y vídeos que compartía con sus padres y con Ana, la cual había dejado de contestar los mensajes hacía rato para ver si su querida amiga pillaba la indirecta de que ya no quería más instantáneas de Lanita. De pronto, recordó la foto que había hecho la noche anterior y se la envió. No tardó ni un minuto en responder, la muy asquerosa.

ANA
¿¿¿QUIÉNES SON ESTAS PERSONAS???

CARLOTA
La francesa, el bibliotecario y la forastera

ANA
Parece el principio de un chiste
Una francesa, un bibliotecario y una forastera entran en un bar…

CARLOTA
JAJAJAJAJAJAJAJA
He aquí la prueba del bibliotecario con bigote, para que dejes de darme la brasa

ANA
Parece que tiene las cejas de Milhouse encima del labio
Las dos juntas
Pero le queda bien, ¿no?

CARLOTA
Parece un fucker, sin ser él nada de eso

ANA
Hombretón de pelo en pecho que huele fuerte, exacto
¿LA RUBIA ES LA FRANCESA?

CARLOTA
Sí

ANA
Pero bueno, cabrona, ¡no me habías dicho que la madre soltera era en realidad una MILF!

CARLOTA
¿En serio?

ANA
¿EN SERIO, CARLOTA?
¿Y TÚ TE HACES LLAMAR LESBIANA?

CARLOTA
A ver, que es una mujer guapa, eso está claro

ANA
Se parece a la de la peli esa que me obligaste a ver
¿Carol se llamaba?

CARLOTA
Lávate la boca antes de hablar de Cate Blanchett

ANA
No digo que sean gotas de agua, coño, pero un aire sí se dan

Carlota se quedó observando la fotografía unos segundos, valorando la apreciación de su amiga.

CARLOTA
Un aire, una ligera brisa, un remoto golpe de viento
Y eso que no la has visto en movimiento
Es muy señoritinga, ¿sabes?

ANA
«Para elegancia la de Francia» se ha dicho de toda la vida
Los refranes existen por algo, Carlota
Pero a partir de ahora quiero fotos de todo el mundo
Porque yo me había hecho una imagen mental de esa gente de la que me hablas y me doy cuenta de que o tú describes mal, o yo imagino peor
Al bibliotecario lo tenía en mi mente con chaleco de traje, bigotillo fino y pajarita
Y resulta que es un armario empotrado de cuatro puertas con jersey de rombos y pantalón de pana
A la madre soltera la veía con rulos, mandil y caderas anchas
Y resulta que es una sofisticada pastelera reputada, una madurita interesante homologada
No sé qué será lo próximo, la verdad
¿El niño de la flauta toca en realidad el oboe, acaso?

CARLOTA
JAJAJAJAJAJAJAJA
Mira que eres gilipollas
¿Qué culpa tengo yo de las películas que te montas?

ANA
Esperaba de ti, al menos, que supieras distinguir a una mujer atractiva

CARLOTA
LO HAGO

ANA
Ya, ya lo veo…
Lo mismo la veterinaria es un cuadro mañanero

CARLOTA
Es una tía buena oficial, con respecto a eso no hay dudas

ANA
¿Me estás queriendo decir que el aspecto de la francesa admite dudas?
En fin, qué nos queda al resto de las mortales sino llorar
ADIÓS

CARLOTA
QUE TE DEN

Su amiga dejó de estar en línea, pero ella se quedó un rato más con los ojos posados sobre la fotografía que había provocado la discusión. Fue a la galería y repasó todas las que no le había enviado porque estaban movidas, eran repetidas o salían desenfocadas. En ellas se veía a Chloé reír a mandíbula batiente, y tan vívidas eran las imágenes que podía escuchar el desagradable sonido de su risa como si estuviera allí mismo.

Era muy guapa, eso estaba claro. No sabía muy bien por qué no le había dedicado la atención que merecía tan evidente belleza, por qué la había pasado por alto. La respuesta a esas preguntas llegó campo a través, portando un palo que presumiblemente utilizaba

como arma de fuego.

Porque es madre.

—¡Hola, zanahoria! —saludó Paco nada más plantarse junto a su terreno.

—¿Qué pasa, petardo?

—Nada —contestó risueño—. ¿Puedo entrar?

—Venga, salta.

Carlota se levantó y ayudó al niño a sortear la valla por encima. Lo cogió en brazos y lo elevó por los aires como si fuera un avión.

—Le he pedido permiso a mi madre para venir a ver a Lanita la Reina, si no te importa.

—Lanita DE la Reina, Paco.

—De la Reina, de la Reina —repitió, diligente—. ¡Anda, si la has metido en la casita para gatos!

—«Gatódromo». ¿Qué te parece el nombre tan chulo que le he puesto?

—Fetén —contestó el niño, tal y como Carlota le había enseñado.

—¿Quieres que entremos?

—¡Sí!

Pasaron la mañana juntos, entre juegos con Lanita e ideas para mejorar el gatódromo. Para la hora de comer, Chloé hizo el grito de la selva para llamar a Paco, al más puro estilo de Tarzán, pero con voz chillona y acento francés.

—Bueno, zanahoria, me voy, que me llaman Pacomer —bromeó el crío.

—Eres más mono que todas las cosas. Por cierto, que se me olvidaba... ¿Sabes quién me ha dado recuerdos para ti?

—¿Quién?

—Rodrigo, tío.

—¿Qué Rodrigo? —preguntó el niño con voz cansina, como si le aburriese ese juego, pero se acercó a Carlota con los morros preparados.

—Si me das un besito, te lo digo. —Paco dejó un beso en su mejilla y Carlota, de un salto, lo colocó al otro lado de la valla de nuevo—. ¡Hasta luego, petardo!

Durante toda la tarde, el cerebro de Carlota no halló un minuto de descanso. El descubrimiento de que su vecina era, en efecto, una mujer atractiva, le había dejado la cabeza como un bombo. No era problemático el hecho de no haberse fijado en su belleza, pero sí lo era el motivo por el que no se había dado cuenta. Nunca hubiera pensado que algo tan baladí como la maternidad podría afectar a su manera de percibir a las mujeres. Siempre se había quejado de la invisibilidad de las madres, del borrado que sufrían, por vergüenza propia o por costumbre, de las fotos, del ostracismo al que se veían

relegadas al tener una carga mental y doméstica mayor que cualquier integrante de una familia.

No es que hubiera obviado su presencia, sino que Chloé, en un primer momento, se le presentó como parte del ente colectivo que enmarcaba su nueva vida en Canguingos, un árbol invisible dentro de un bosque que no deja ver. Quizá por eso nunca había reparado en su presencia particular y, cuando había llegado el momento de hacerlo, había sido a través de la maternidad anunciada del niño Paco, solapando de esa manera las dos ideas que englobaban su concepto mental de «Chloé» sin dar lugar a que existiese por sí misma.

El caso es que sentía que nunca le había dado su hueco, su espacio como individuo independiente, una entidad propia como ser humano y, más allá de todo eso, como mujer. Había pasado de ser la panadera del pueblo a ser la madre de Paco sin pasar en ningún momento por ser Chloé, simplemente Chloé. Y eso le mataba la cabeza.

Por ese motivo, el lunes salió de casa en dirección a la panadería sin mayor preámbulo. Necesitaba disculparse con ella. Una parte de su mente le decía que era ridículo, que Chloé era completamente ajena a la congoja de Carlota, que no se sentía ofendida ni ultrajada porque no la hubiera encontrado guapa antes, y nuestra protagonista podría tener más fallos que una escopeta de feria, pero asumir y solucionar sus errores, aunque no le importaran a nadie, no era uno de ellos.

La campanilla de la panadería anunció su llegada, y sintió que no merecía la preciosa sonrisa, ahora sí podía verlo, con la que Chloé la obsequiaba. Al menos el establecimiento estaba vacío.

—*Bonjour, mademoiselle* —la saludó con placer y cierta teatralidad.

—Buenos días, Chloé, vengo a disculparme contigo.

—¿*Pardon*? —Como era evidente, aquello pilló a la panadera a contrapié.

—Chloé, tú... Tú estás muy buena.

—Ehm...

Por suerte o por desgracia, un señor entró en la panadería y cortó la peor disculpa del universo. Durante el tiempo que el hombre permaneció allí plantado como interruptor de situaciones incómodas, Carlota buscó una mejor manera de abordar el motivo que la había llevado hasta allí.

Cuando el cliente se marchó, retomó la disculpa.

—Chloé, siento de corazón no haber reparado en tu innegable belleza por el hecho de ser madre. Sé que tu valor como mujer no tiene nada que ver con el hecho de haber expulsado a un ser

humano por la vagina. He sido injusta contigo al no darte tu lugar y lo siento en el alma, Chloé. Eres guapísima.

—¿*Merci*? —La pobre aludida estaba roja como un tomate y a punto de esconderse bajo el mostrador.

—*De rien*. De nada. O sea —tartamudeó un poco, insegura, corrigiéndose al instante—, no tienes que agradecerme nada, solo es una apreciación objetiva sobre tu persona. Eres muy atractiva y eso no se puede negar. Siento no haberme dado cuenta hasta ahora y no haberte dado tu reconocimiento individual como mujer.

—Está bien, está bien. *Mon dieu* —La francesa respiraba con cierta dificultad, tímida como nunca la había visto—. Las madres estamos acostumbradas a ser «la madre de». No te atormentes, Carlota.

—Ya, pero no imaginaba que yo fuera así. Primero eres Chloé y después ya eres madre. Primero va el uno y luego va el dos. Pero el uno va primero, y el uno es que eres guapísima.

—Gracias, pero por favor, para ya.

—O sea, no quiere decir que solo te definas como mujer por tu belleza, no, también eres inteligente, interesante, seca como un demonio, pero divertida, y muy buena persona, no me malinterpretes…

—¡Ya! —la cortó Chloé, que no podía soportar más aquella diarrea verbal—. Soy guapa y una mujer estupenda. Lo entiendo y acepto tus disculpas, pero no puedes seguir diciendo esas cosas.

—¿Por qué?

Chloé se quedó con la boca abierta, detenida tras el mostrador con los brazos a medio levantar. Los bajó de nuevo y puso cara de digna con un alzamiento de barbilla.

—Porque hace mucho tiempo que nadie me dice algo así y no sé muy bien cómo tengo que reaccionar.

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—¿Nadie te mete ficha?

—¿Cómo?

—Que si nadie intenta ligar contigo.

—¡Claro que no! —Se tapó el pecho con las manos, con el pudor de quien está desnuda, pero sin estarlo—. En cuanto digo que tengo un hijo, desaparezco.

—Hombres… —se quejó Carlota con un gesto de decepción.

—Y también mujeres —señaló Chloé, refiriéndose a la propia Carlota, lo cual hizo que volviera a avergonzarse por su comportamiento.

—Lo siento…

—Está bien, no pasa nada.

—Bueno… —Carlota se balanceó en sus talones, consciente de todo lo que acababa de soltar por la boca. Le invadió la vergüenza, aunque no se arrepentía de nada—. Me voy a ir yendo, ¿no?

—Sí, yo creo que será lo mejor.

—¿Me estás echando?

—Ahora mismo te agradecería que me dejaras sola, la verdad. Tengo el corazón acelerado y mucho calor. No estoy acostumbrada a *tantas* piropos.

—Bueno, son piropos míos, tampoco cuentan.

—Sí, claro que cuentan.

Carlota la observó con los ojos entornados. A veces no sabía si Chloé patinaba con el idioma o es que le gustaba el jueguito.

—Oye, cuando has dicho que también te pasa con tías, ¿te referías solo a mí, o es que ligas con otras mujeres?

—¡Largo!

Carlota se fue entre risas. Menos mal que aún le quedaban reservas en el congelador, pues con tanta disculpa se había marchado de la tienda sin comprar el pan.

16

La hora dorada

Chloé no era una mujer particularmente coqueta. No sabía si era por el hecho de que ser madre a tiempo completo, como bien había dicho Carlota, afectaba a la manera en que la apreciaba el resto y, si era sincera, a cómo se apreciaba a sí misma, o porque se había acostumbrado a pasar inadvertida en un pueblo en el que tenía colgado el sambenito de «la francesa abandonada con un crío de un año». En Canguingos no se conocía a mucha gente nueva, sin contar a los turistas y domingueros de fin de semana que pasaban por su negocio, por lo que en el aspecto romántico-sexual, Chloé era un cero a la izquierda a pesar de su notable apariencia.

Sea por lo que fuere, había dejado de prestarse atención, de gustarse y de disfrutar del hecho de gustar a los demás. Como bien había dicho su vecina, era una mujer atractiva, y lo sabía. Durante toda su vida había cautivado a hombres y mujeres allá por donde iba, pero desde que se mudó a Canguingos había desarrollado un perfil más bien bajo respecto a ese tema. En un primer momento, hubiera matado a Carlota por sacarle los colores de aquella manera tan torpe y vergonzosa en la panadería, con unas disculpas atolondradas que nadie le había pedido ni había echado en falta, pero pasados unos días, terminó por revisar y poner en valor sus palabras.

Empezó con gestos pequeños, diminutos, como echarse perfume cada mañana antes de ir al trabajo. No tardaron los clientes en referirse a su buen olor, e incluso Paco arrugó la nariz con aprobación al notarlo. Continuó con una manicura sencilla, una crema hidratante después de la ducha y una pinza nueva para el pelo. Minucias que hacía única y exclusivamente por sí misma como acto revolucionario de atención exclusiva a su bienestar.

Suele suceder que una madre se convierta, de un día para otro, en una máquina de cuidados, pero de cuidados ajenos, y se olvide, por sistema, de los propios. Gracias a Carlota, había roto esa dinámica, esa rueda imparable en la que una va dejándose atrás, haciéndose de menos, abandonándose. Si ella hubiera tenido el carácter de su vecina, habría corrido hasta su casa para agradecerle las disculpas no pedidas, pero como ella tenía algo que Carlota desconocía, que era la vergüenza, esperó a que esta volviera a la panadería a por el pan que se le había olvidado el lunes.

Ni siquiera cuando la morena apareció por su tienda arañó el valor para referirse a la escenita de días atrás, por lo que agradeció a su manera: callada y a través de los dulces que le regalaba a escondidas.

Cada vez que Carlota visitaba su establecimiento, que era dos o tres veces por semana, le regalaba un cumplido inocente que ella recibía con alegría, vergüenza y, finalmente, con avidez. Unas veces se fijaba en que se había dejado el pelo suelto, otras en que se había puesto carmín en los labios. Nunca decía mucho, pero sí lo suficiente para reforzar el discurso de que ahora sí que se fijaba en ella. Las diminutas atenciones de Carlota se convirtieron en su droga, una droga blanda e inocua que entretenía sus días de forma inofensiva e ingenua. Cumplían su objetivo: la hacían sentirse mejor consigo misma y aumentaban de manera exponencial su autoestima.

—Jacinta, ¿nota usted a Chloé con un brillo diferente últimamente o es cosa mía?

—Sí que está más resplandeciente, sí. ¿Te has echado mechas?

—No, Jacinta, este es mi color natural, pero se me aclara con el sol. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Mejor? —Cambió de tema la francesa, que seguía recibiendo los piropos con el mismo apuro de siempre, vinieran de quien vinieran. A Carlota le parecía adorable.

—Sí, hija mía, la pesada esta que no me deja en paz, todo el día de visita o venga a llamar, qué pesadilla de criatura, de verdad, sus padres tienen el cielo ganado con ella.

—Anda, deje de quejarse, que bien rico que le está tenerme ahí como un perrito faldero.

—Pesada como pocas, pero bueno... Yo me voy a sentar, ¿vale? Que estoy mejor, pero tampoco tanto.

Jacinta, acompañada de Carlota, se sentó en la silla y devolvió el saludo a través de la cristalera a todo el que pasaba frente a la panadería, quienes se interesaban por su salud después de tantos días sin verla.

Carlota la dejó ahí, entretenida, y se acercó al mostrador a ayudar a Chloé con el segundo desayuno.

—Ahora dime tú la verdad, ¿cómo está? —preguntó Chloé en voz baja mientras preparaba los cafés. Carlota observó su perfil, e hizo una mueca cuando la rubia se giró para mirarla.

—Regular. Ella dice que no, pero está chunga.

—¿Qué tiene?

—Más años que la orilla del río y un problemilla en el corazón. Lo tiene más grande de lo que debe, lo cual no deja de ser irónico, porque es verdad que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero sería mejor si no fuera tan literal.

—Pero… ¿Está mal… mal?

—No lo sé, pana, no me lo cuenta, lo poco que sé es porque he buscado en internet el nombre de las pastillas que se le olvida esconder cuando voy a almorzar a su casa.

—Acosadora. —Chloé le dio un golpe de cadera.

—Acusadora. —Se lo devolvió Carlota—. Me gustaría verte a ti en mi situación.

—Yo habría hecho lo mismo.

Ambas mujeres se miraron con intranquilidad y se dirigieron a la mesa que ocupaba Jacinta, quien las recibió con su enorme sonrisa de dentadura postiza.

***

Paco llevaba unas cuantas tardes tirado sobre el suelo del comedor, con todas sus pinturas extendidas por la alfombra y un montón cada vez más grande de bocetos descartados. Era evidente que estaba enfrascado en un proyecto secreto, pues solía pedirle opinión y consejo para cualquier idea que llevara a cabo, excepto con esa. Lo dejó, sin embargo, a su aire para otorgarle espacio e independencia, pero apenas tardó tres días su pequeño refunfuñón, frustrado, en buscar su ayuda.

—*Maman*, ¿puedes venir?

—Claro, dime, *mon petit*.

—Quiero hacer un cartel para el gatódromo de la zanahoria, porque le ha puesto un nombre muy chulo y no quiero que se le olvide, pero no me cabe.

Chloé cogió el folio que su hijo le tendía, donde se apretujaban las palabras «El GATÓDROMO de Lanita de la Reina». El enunciado empezaba bien grande, pero, ante la falta de espacio, comenzaba a disminuir su tamaño hasta que era prácticamente ilegible. La francesa miró con ternura a su hijo. Era tan amoroso que se emocionaba cuando tenía aquel tipo de detalles.

—Es precioso, cariño.

—Lo sé, mami, pero no cabe. ¿Pongo solo «El Gatódromo»?

La mujer pensó en Carlota, en lo que creía que le gustaría más, y lo tuvo claro al instante.

—No, tiene que poner la frase entera, se va a morir cuando lo vea.

—La zanahoria quiere mucho a Lanita, ¿a que sí, mami?

—Muchísimo.

—Pues ya verás cuando Lanita sea mayor y se haga más guapa, ahí sí que se va a enamorar de ella.

Chloé asintió con una estúpida sonrisa en la cara. Podía imaginársela sin ningún esfuerzo completamente derretida con su gatita cuando esta dejara de parecer una rata despeluchada,

aunque a quién pretendía engañar: ya lo estaba.

—¿Y si colocamos dos papeles, uno encima del otro, para que quepa?

Madre e hijo se pusieron manos a la obra hasta la hora de la cena. Paco dibujaba y Chloé supervisaba. Como el cartel iba a estar a la intemperie, al día siguiente colgó un «vuelvo enseguida» en la puerta de la panadería y se acercó al Ayuntamiento, donde imprimían y plastificaban documentos. Aprovechó la ausencia de su negocio para comprar un par de anillas que unieran ambos folios y quedara como un cartel del viejo oeste. Paco alucinó cuando le enseñó el resultado final y quiso llevárselo a su vecina esa misma tarde, por lo que Chloé decidió acompañarlo.

Una vez frente a la puerta de Carlota, la francesa permaneció medio minuto entero sin decidirse a llamar, dudosa. ¿Se estaría pasando de pesada últimamente con ella? Era cierto que le gustaba su compañía, y estaba casi segura de que era recíproco, pues ambas se buscaban más a menudo de lo necesario. Conectaban sin esfuerzo y eso, a cierta edad, era algo de agradecer, pero quizá estaba imponiendo su presencia más de lo que Carlota desearía. Al fin y al cabo, ella estaba mucho más sola que la morena, quien salía de vez en cuando con su prima y sus amigas, además de tener parte de su familia cerca. Le sobrevino toda esa inseguridad que no había dado señales de vida hasta ese instante, y Paco tuvo que tocar el timbre para sacarla de un tirón de ese lugar.

—Pero bueno, ¿dos franceses frente a mi puerta sin haber sido invitados? No me pongáis la excusa de que vais para Portugal, que esa ya me la sé.

Madre e hijo se miraron sin entender, pero Carlota no se lo tomó a mal: la mayor parte de las bromas las hacía solo para su propio divertimento.

—¿No os suena la invasión francesa de España por parte de Napoleón Bonaparte?

Paco negó con la cabeza y, ahora sí, Chloé esbozó una sonrisa de comprensión. La morena no tenía lo que se dice gracia como tal, pero tenía el humor fino. A veces tan fino que no se veía, pero bueno.

—Te hemos traído una cosa, zanahoria —anunció Paco, cansado de las cosas de mayores que no entendía.

—¿Quieres un zumo? —le ofreció al tiempo que abría más la puerta para invitarles a pasar.

—¡Sí!

Los tres desembocaron en la cocina, donde Paco se sentó a esperar su bebida, Carlota preparó café y Chloé se quedó en medio como un pasmarote sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿qué me habéis traído?

—¡Mami, mami, déjame que se lo dé yo! —Paco, con el bigote lleno de zumo, se levantó de un salto y corrió hasta donde se encontraba su madre. Esta sacó algo de una bolsa de tela que Carlota no se había dado cuenta de que llevaba y Paco lo escondió tras su espalda para que la morena no lo viera.

—Pero bueno, qué secretismo, ¿no?

—Lo he hecho yo solito. Bueno, mamá me ha ayudado un poco.

—Vaya, Chloé, qué detalle.

—Todavía no lo has visto —le recordó con media sonrisa misteriosa.

—No importa, el detalle ya es increíble.

Paco las miró, primero a una y luego a la otra. No era el centro de atención y eso no entraba en su cabeza cuando tenía un cartel en la mano de su puño y letra, por lo que saltó en el sitio con el regalo en ristre y se lo entregó a Carlota. Esta, cuando lo vio, abrió los ojos a todo lo que daban y se quedó boquiabierta un buen rato. Después empezó a temblarle el labio y terminó por arrugar el rostro de una forma que aterrorizó a Chloé y a Paco, que se miraron sin saber qué hacer.

—Qué bonito... —murmuró la morena con la voz estrangulada.

—Pero zanahoria, no llores, que solo es un cartel para el gatódromo.

—Cállate, Paco. —Si el niño seguía hablando y diciendo monerías, Carlota iba a llorar de verdad.

—Para que no se te olvide el nombre tan chulo que le has puesto.

—Paco, que te calles.

—Perdón.

Carlota miró el cartel, miró al niño y finalmente miró a Chloé con los ojos llenitos de mar. Cogió al jodido niño de la flauta en volandas y le dio un abrazo y diecisiete besos que él agradeció con vergüenza, para luego dirigirse a Chloé con un puchero delicioso y los brazos abiertos.

—Qué cabrona... —le dijo Carlota a la piel de su cuello.

—¿Te ha gustado? —devolvió la francesa en un murmullo ronco.

—Muchísimo.

—Ha sido idea de Paco. Yo solo lo he plastificado y le he puesto las anillas —explicó mientras intentaba separarse del abrazo. Al fin y al cabo, no lo merecía.

—Shh, cállate tú también un poquito.

Carlota volvió a estrecharla y aprovechó la coyuntura para aspirar el aroma al perfume que últimamente se ponía la panadera. Directamente de su cuello olía todavía mejor.

Carlota cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, ya era noche

cerrada y las tripas le rugían, exigiendo la cena. Miró a su alrededor y vio que estaba sola. Llevaba toda la tarde colgada de un momento que había pasado hacía horas, de un temblor sísmico que había ocurrido solo bajo la planta de sus pies, de un impulso animal y salvaje que duró menos que un parpadeo, de un grito ahogado de la boca del estómago que ya había pasado antes de darse cuenta.

Se levantó del sofá donde se encontraba, asustada, húmeda, agitada. Se pasó un dedo por los labios, agitó la cabeza y se metió en la cocina durante un buen rato para ver si dejaba de darle más vueltas a lo que no había sucedido que a lo que sí.

***

—¿Así que ya terminas el cole, petardo?

—Sí, zanahoria, es hora de descansar después del trabajo duro —le dijo, extendiendo su vaso vacío para que la morena lo rellenara.

Carlota lo había invitado para colgar el cartel que le había regalado. Al niño le encantaba el bricolaje y a ella no le molestaba su presencia, por lo que había enviado un mensaje a Chloé después de comer para que Paco pasara por su casa a consumar el regalo que él mismo le había hecho.

La forastera había comprado una lámina de contrachapado y unas tablillas para enmarcar los dos carteles y que la brisa a veces furiosa que venía del océano no terminara por partir las anillas. Una vez terminaron, Carlota sirvió sendas limonadas para refrescar el gaznate y celebrar el exquisito resultado. Ambos miraban el cartel forrado de madera bambolear mecido por el viento, satisfechos.

—¿Y qué vas a hacer todo el verano?

—Ludoteca por las mañanas y playa por las tardes cuando le apetezca a mi mami.

—Oye, pues un verano increíble, ¿no?

—Un verano fetén —asintió Paco con una sonrisa de postal.

—¿No os vais de vacaciones?

—En agosto me voy a Bordeaux.

—¿Dónde? —Se hizo la despistada Carlota para darle el placer de hacerse el francés listillo.

—Burdeos, el sitio de donde es mi mami. ¿Quieres venir?

—¡No! Yo no puedo ir allí, Paco, tío, con tus abuelos y todo eso…

—Mi abuela está muerta, solo están mi abuelo y su novia.

—Joder, macho, qué poco tacto tienes para decir esas cosas.

—¡Pero si no es tu abuela! ¡Y no se dicen palabrotas!

—Perdón. —Dio otro trago de limonada y estiró las piernas para ponerlas sobre una silla que tenían delante. Paco la imitó al instante, aunque quedó medio tumbado por el corto tamaño de sus piernas—. ¿Tu madre no tiene hermanos?

—Sí, una hermana, y es guapísima.

—¿Más que tu madre? —Se extrañó Carlota.

Paco la miró como si sopesara ambas bellezas y finalmente sentenció.

—No, mi mami es la más guapa del mundo.

—Exacto —concedió Carlota, y chocó su vaso con el de Paco—. Mi mami también es muy guapa. ¿Quieres que te la enseñe?

—A ver.

Carlota sacó el teléfono, donde tenía un mensaje no leído de Chloé, el cual ignoró y buscó en la galería una foto de su progenitora. Cuando la encontró, se la mostró a Paco, quien la observó con cautela y suspicacia.

—¿Por qué no es negra como tú?

—Porque soy adoptada.

Paco apenas se inmutó, solo estiró la mano y la pasó por su hombro con un gesto de consuelo.

—Seguro que tus papis también te quieren.

—¡Que es broma, petardo! Mi padre sí que es negro, pero supernegro.

—¿Me lo enseñas? —Carlota accedió al momento—. ¡Es igualito que Baltasar!

La morena soltó una risotada y aprovechó que Paco entraba a hacer pis para contestar a la cansina de su madre.

MI PANA LA PANA
¿Sigue todo bien por allí?

CARLOTA
Más pesada que un kilo de mierda eres, panadera
¿Por qué no te vienes y lo compruebas?

MI PANA LA PANA
Connard

CARLOTA
Que sepas que lo he buscado en Google y sé que significa gilipollas
Gilipollas

La francesa le clavó un visto como una casa, para no variar en su conducta habitual. Paco regresó con esos aires adultos que le gustaba aparentar cuando charlaba con Carlota, como si fuera más una amiga que una persona mayor y responsable. La admiraba por osmosis, pues percibía la admiración que su madre, quien era su mayor referente, sentía por la forastera, la manera en que la apreciaba y en que solía reírse con ella. Paco no estaba acostumbrado a las estruendosas carcajadas de Chloé, quien solía tener un aire más bien melancólico y taciturno, pero Carlota tenía una facilidad asombrosa para sacarles brillo, y eso era suficiente para que él la tuviera en muy alta, altísima estima.

—Así que a Burdeos, ¿eh? ¿Me vas a traer algo?

—Si mi mami me da permiso, te traeré alguna cosa, sí. ¿Y tú a mí?

—Yo este año no voy de vacaciones —se lamentó la muchacha.

—¿Por qué? ¿Eres pobre?

—Pobre como una rata. Esta casa me ha costado mucho dinero, ¿sabes?

—¿Antes eras rica y ahora eres pobre?

—Antes no era rica, pero tenía dinero para irme de vacaciones. Este año tengo que poner calefacción para el invierno, pero el que viene voy a irme a un sitio bien bien chulo.

—¿El año que viene serás rica otra vez?

—¿Sin dejarme más de medio sueldo en alquiler? Una millonetis, chaval.

Los dos petardos volvieron a chocar sus vasos. Chloé llegó justo a tiempo para verlo, y permaneció un rato más en silencio para observar cómo interactuaban cuando no sabían que ella miraba. Aquella relación le sorprendía, pues Carlota se había pasado meses quejándose de su hijo. Además, con una personalidad como la suya, austera y solitaria, nunca hubiera dicho que entablaría «amistad» con un crío tan pequeño, aunque ahora que veía cómo se relacionaban, no lo trataba en absoluto como a un niño. Estaba segura de que ese detalle era el que hacía que a su hijo le gustara la compañía de la vecina, pero el porqué del gusto que parecía tener Carlota por pasar tiempo con él todavía se le escapaba.

—Paco, no hagas ningún movimiento extraño, ¿vale? Pero que sepas que tu madre está allí detrás de esos arbustos.

—¿¡Dónde!? —gritó y saltó de la silla.

—¡Ya lo has estropeado! —se quejó la forastera ante semejante disimulo—. Anda, francesa *ninja*, sal de tu escondite.

—¡No estaba escondida!

—¡Mami, pero qué haces aquí! —Paco se meaba de la risa. Aquella situación le parecía de lo más cómica, por lo que fuera.

Chloé saltó la valla como pudo y se sentó en la silla en la que los dos habían tenido puestos los pies. Carlota aprovechó que el sol cegaba a la francesa y le iluminaba la cara con la luz mágica y cálida de la hora áurea del atardecer para observarla a ojos llenos. Percibió, ahora sí, el olor del mar, como si pudiera imaginarla con un sombrero de ala ancha al borde de la playa, con su sonrisa llena de dientes blancos e impolutos y las incipientes patas de gallo que adornaban sus ojos achinados de felicidad.

Desde que había empezado a verla como una mujer y no como parte del decorado, se había esforzado en decirle lo guapa que le parecía cada vez que lo pensaba, ligera como era, sin filtros y como mera notificación de un suceso objetivo. No era algo propio de ella, pero de ese modo sentía que reparaba su error. Además, Chloé se

ponía roja como un tomate, así que mataba dos pájaros de un tiro, porque no había cosa que le divirtiera más que ver a la francesa apurada.

Sin embargo, en aquel instante, lamida su cara por los rayos dorados del sol que está a punto de irse a dormir, le avergonzó la idea de poner en palabras lo que se deslizaba en su mente, como si hubiera pasado de imparcial a apreciativo, de algo insípido y certificado como un sello homologado a algo íntimo y personal.

Por primera vez en semanas se calló un cumplido que no iba a diferir mucho de los que ya le había dicho, pero quizá nunca con el ímpetu con que lo hubiera hecho esa tarde. Se guardó su opinión, que era una certeza innegable y que caía pesada sobre su cabeza como un piano, pues no hablaba tanto de su belleza como de la forma en que esta le hacía sentir.

17

Interior. Noche.

—De pequeña me gustaba *Oliver y Benji*, lo que más.

—Supongo que a tus padres les sorprendió mucho tu lesbianismo.

—No se lo podían creer.

Las dos mujeres rieron sonoramente y Chloé las observó con una sonrisa. Carlota y Susana eran un acontecimiento que el pueblo entero esperaba que sucediera. Canguingos era un municipio pequeño, y como tal no tenía mucha representación *queer*. Bueno, rectifico. Como población pequeña tenía tantos habitantes *queer* por metro cuadrado como cualquier otra, solo que la gente, por eso de ser conocida por todos y cada uno de sus habitantes, solía tener dificultades para salir del armario. La cosa había cambiado en los últimos años, y los jóvenes habían resultado ser dignos hijos de su tiempo, con mucha diversidad en cuanto a sexualidades e identidades de género. Pero ya se sabe, eso son cosas de la edad, estos críos no saben lo que quieren, etcétera.

Pueblos.

Pero Carlota y Susana eran ya adultas, habían pasado los treinta con holgura y eran las lesbianas oficiales de Canguingos, por lo que sus paisanos y paisanas esperaban que aquel romance se diera, pues ya se sabe que los y las homosexuales, si habitan en el mismo espacio, se tienen que gustar por decreto, no como los heterosexuales, que pueden sentirse atraídos entre sí, o no. La comunidad LGTBI no tenía alternativa debido al gusto casi vicioso por los placeres de la carne que sentían los unos por los otros, como de todos es sabido, por lo que esperaban que aquel desenlace se diera más pronto que tarde.

Sin embargo, ellas se hacían las difíciles y fomentaban habladurías de las que eran desconocedoras con aquello de retrasar lo inevitable. La gente las observaba cuando estaban juntas en el mismo lugar, al acecho, en espera de que ocurriera de una vez para tener la pareja de lesbianas que todo pueblo o pedanía necesitaba, con su huerta y sus camisas de cuadros. Pero para tristeza de la población, ansiaban lo que no podían tener, pues si bien es cierto que Susana hubiera yacido en el lecho de Carlota con mucho gusto ni una ni dos veces, aquella tensión sexual, que ella misma notaba unidireccional, había desembocado en una amistad tirante que se

desarrollaba a base de coqueteo inocente por ambas partes. Así se relacionaban y así empezaban a estimarse: sin líos de faldas, o dicho de una manera más actual, sin líos de Vans.

Chloé percibía lo mismo que todo el mundo, el flirteo descarado y la excelente pareja que hacían. Ella conocía mejor a Carlota que el resto, por lo que apostaba a que, de formalizarse el romance, tardaría en darse más de lo que pensaba el grueso social de Canguingos, pues sabía que, aunque fuera en apariencia atrevida, la morena era más bien tímida en los asuntos personales. Apenas le había hablado de su familia a ella, con quien tenía una relación más estrecha, menos iba a abrirle el corazón a la veterinaria en tan corto periodo de tiempo.

—Pana, ¿me pones otra caracola de chocolate, porfa?

—Claro.

—Susi, ¿tú quieres algo más?

—Tía, estoy a punto de reventar. ¿Nunca se cansa de comer esta persona? —le preguntó a Chloé, quien sonreía y negaba con la cabeza.

—Ella sola va a pagar la reforma de la panadería.

—¿Vas a reformarla? —se interesó Carlota sin quitarle el ojo al pastel que la francesa le preparaba.

—Sí, después del verano, cuando termine la temporada alta.

Carlota recogió el platito que la rubia le tendía, en un silencio reflexivo. De pronto cayó en la cuenta de algo.

—¿Pero tú no te vas en agosto a Francia con Paco?

—Carlota, *mon dieu*, ¿cómo voy a cerrar en agosto, que es cuando más clientes hay? No, lo envío a él solo con mi familia para poder abrir también por la tarde.

—¿Tanta gente viene a Canguingos? —preguntó a las dos mujeres, alternando la mirada entre ambas.

—Claro, es verdad, que tú no llevas aquí ni un año... Pues vas a flipar, morena.

—Además, en agosto también son las fiestas —apuntilló Chloé.

—No me jodas... Y yo sin poder irme de vacaciones para huir de este pueblo en su punto alto de gentrificación...

—¿Por qué?

—Pues porque no me apetece pasarme otro invierno cagada de frío. Yo también voy de reforma este otoño, pana.

—Ah, la calefacción. —Acababa de recordar Susana, quien se golpeó la sien con un dedo. Chloé frunció el ceño. ¿Por qué ella no conocía ese dato?

—Bien de euros me voy a gastar, y porque el muchacho que me la va a poner es amigo de mi tío y puedo pagarle a plazos, si no me tocaría esperarme otro año.

Carlota regresó a su mesa y Chloé dejó de escuchar. La verdad era que no decían cosas muy interesantes aquellas dos, aunque solía hacerle gracia cómo se trataban. Sobre todo hablaban de Lanita de la Reina, lo cual tenía todo el sentido del mundo, y disfrutaba de las burlas soterradas de Susana hacia Carlota por la sobreprotección hacia la gata. Se reía para dentro cuando la morena dramaba en exceso y la veterinaria le ponía un correctivo. Desde luego que Carlota era, como decían en España, un cuadro.

***

CHLOÉ
No me habías dicho que ibas a hacer reforma en casa

ZANAHORIA (CARLOTA)
Tú tampoco me habías dicho que ibas a hacer reforma en la panadería

Auch.

Chloé acusó el golpe. Nada que objetar, nada que rebatir, nada que reprochar. Salió de la conversación con el rabo entre las piernas. ¿Qué podía decir? *Rien de rien*.

Arregló a Paco, quien estaba emocionado al máximo para su último día de cole. A partir de ese viernes, le esperaban dos meses y medio de vacaciones pagadas. Chloé entendía a Peter Pan, aunque para ella empezaran los dolores de cabeza. La ludoteca empezaba en julio, para lo cual quedaban todavía dos semanas, y dejarlo solo en casa mientras ella se marchaba a trabajar a la panadería aún no era una opción. En un par de años, quizá, pero de momento le tocaba llevárselo a la trastienda y ponerlo a hacer deberes hasta la hora del cierre. Había instalado un sofá, una mesa camilla y una televisión para tenerlo entretenido y vigilado, y parecía que a él no le importaba demasiado: aún estaba en esa edad en la que idolatraba a su madre y le encantaba poder estar con ella. Además, le había prometido ayudarla con el negocio, lo que le hacía sentirse adulto, algo que a él le encantaba.

En circunstancias normales, lo habría cuidado Andrea, su niñera, pero se encontraba ante su último verano en Canguingos antes de convertirse en una flamante universitaria y había avisado a Chloé de que pretendía pasarlo disfrutando de sus amigas y su familia. Como si fuera a ser el último de su vida, pero ya se sabe cómo es la juventud: dramadictos.

ZANAHORIA (CARLOTA)
No te tenía yo por una mujer celosa, panadera

CHLOÉ
¿Yo, celosa?
¿Por qué debería estarlo?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Porque no te he contado lo de mi calefacción

CHLOÉ
Podría decir lo mismo, entonces, con respecto a tus celos

ZANAHORIA (CARLOTA)
Yo solo he contestado a tu reproche, guapa
A mí me da igual que no me informes sobre tus reformas

CHLOÉ
Ah, bueno, si es así…

ZANAHORIA (CARLOTA)
A ver, no me da igual
Me gusta que me cuentes tus cosas

CHLOÉ
Ya

ZANAHORIA (CARLOTA)
¿Estás tonta?

CHLOÉ
Tengo que dejarte
Es el último día de colegio de Paco y está insoportable
Un saludo

ZANAHORIA (CARLOTA)
Así es como termino yo los mails de mi trabajo
Un salido
Joder, siempre igual
JAJAJAJAJAJAJA
Un saludo*

La francesa no le encontró la gracia a aquel fallo ortográfico, pues quizá tenía el C2 de castellano, pero había cositas que se le escapaban. Carlota, por su lado, se pasó meada de la risa la media taza de café que le quedaba, rememorando la de veces que, por las prisas, había mandado un salido en lugar de un saludo a cualquiera de sus jefes, jefas y compañeros de trabajo.

Sin embargo, no se quedó satisfecha con la antipatía de Chloé y se decidió a pasarse por el colegio a la hora en que Paco salía para calibrar el humor que se gastaba la rubia con ella y, si era posible, picarla un poco más. Cualquier excusa era buena con tal de no reconocer que le inquietaba el hecho de que la francesa se hubiera molestado de verdad, ya que últimamente no sabía si es que estaba susceptible por algo en particular o por un estado anímico general. Ella misma tenía que admitir que de un tiempo a esta parte sus reacciones también eran algo más exageradas que de costumbre, sus emociones más vívidas, su sensibilidad más a flor de piel. La astenia primaveral era la respuesta que le daba a cualquier evento imprevisto que le sucediera desde febrero hasta julio, así que dio por hecho que sería eso.

Se presentó en la puerta del colegio con un detallito para Paco por sus más que probables buenas notas. Al fin y al cabo, él le había hecho un regalo alucinante y ella tenía que corresponder como debía. Cuando Chloé llegó, apurada de tiempo, como siempre, se aproximó a ella y le dio un golpe de cadera cuando estuvo a su lado, como gesto habitual entre ellas.

—Hola, enfadadita.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, un poco altiva. Qué francesa era a veces.

—¿Y tus refinados modales victorianos? Decepcionada me hallo.

—Buenas tardes, Carlota —le concedió con voz cansina—. ¿Puedo preguntar ahora qué haces aquí?

—Como me has dicho que era el último día de cole de Paco, no sé ni por qué, porque como no me informas de las cosas relevantes de tu vida, habrá sido un milagr…

—¿Pero no dices que te da igual y me acusas a mí de *celosía*?

Carlota se mordió los labios para no reírse de semejante fallo léxico. Estaba muy concentrada en aquel pleito insignificante con Chloé.

—Como decía, al enterarme por obra y gracia del niño Jesús de que era el último día de cole de Paco…

—Obra y gracia no, te lo he dicho yo —interrumpió Chloé, pero Carlota hizo caso omiso y continuó como si no hubiera dicho nada.

—… he decidido traerle un regalo por sus buenas notas.

—¿Cómo es posible que sepas cómo han ido sus notas, Carlota?

—Porque me lo hayas contado tú no ha sido, eso desde luego.

—Bah. —La rubia la dio por imposible—. ¿Qué le has comprado? Te recuerdo que solo tiene siete años.

—Le he comprado una pipa para que fume *crack*, no te jode.

—¡Charlotte! —Se escandalizó la francesa y la morena sonrió. Le encantaba lo estirada y repipi que era, por lo que pensaba provocarla todo lo que pudiera.

No dio tiempo a que Carlota sacara de su error a Chloé, pues Paco llegó como un obús que se estrelló contra las piernas de su madre en un abrazo emocionado y un poco histérico. Sostenía el papel con las notas, que le tendió a la rubia para que las valorara.

—¡MIRA, MAMI, TODO SOBRESALIENTE! ¡Zanahoria, notas fetén!

—Ese es mi chaval. —Estiró el puño y Paco se lo chocó con el saludo que solían hacerse.

—Estas notas son extraordinarias, *mon petit*. Enhorabuena.

—Extraordinarias, tío, ese piropo es de los buenos.

—De los fetén.

—Exacto.

Los dos asintieron como besugos, con un movimiento de cabeza lento y muy similar al de los perros que se ponían en el salpicadero de los coches en los años ochenta. Carlota pensó que tenía que enseñarle a Paco otra palabra que no fuera «fetén» porque se empezaba a repetir, y Chloé los miró con cariño, hastío y un pellizco en el corazón. Vaya par de idiotas.

—Toma, petardo, te he traído un regalo de graduación porque me ha dicho un pajarito que tus notas iban a ser… sensacionales.

Paco abrió el regalo que Carlota había comprado apenas hacía media hora en la tienda de los veinte duros del pueblo, lo que sería una especie de bazar en cualquier ciudad, pero más pequeño. La morena se había debatido durante diez largos minutos sobre si comprarle una escopeta de juguete, ya que tanto le gustaba jugar a la guerra, pero ella no estaba a favor del uso de armas, por lo que se encontró frente a un dilema en el que se enfrentaban las ganas de hacer feliz al niño y el deseo más puro de educarlo como una persona buena. Ganó el sentido común, así que se decidió por un catalejo de pirata para que hiciera su espionaje campestre entre arbustos mejor equipado que antes.

—¡Es increíble, zanahoria! ¡Muchas gracias, es sensacional!

Así de fácil era implantar una nueva palabra en el cerebro del niño. Era una esponja, el jodido, y Carlota estaba genuinamente orgullosa de él.

—*Merci* —le susurró la francesa al oído, ablandada por la manera entrañablemente negligente en que su vecina trataba a su pequeño. Parecía que no, pero sí, no sabía muy bien cómo explicarlo.

—No es nada, celosilla.

—Dijo la puta de tacones.

—Casi, panadera.

Carlota estalló en carcajadas y Chloé… Chloé estalló de ternura.

***

El domingo amaneció frío, norteño, a pesar de estar junio a punto de terminar. Salió al patio trasero con Lanita de la Reina y la puso a jugar en el gatódromo mientras ella la observaba con los pensamientos gaseosos, volátiles, sin una forma determinada y sin ningún fin al que llegar. Lo más vacío que se pudiera tener un cerebro, una nada llena de niebla que no deja de hacer ruido, un ruido blanco repleto de giros y espuma de mar. Sonaba igual que las copas de champán que sirvieron en casa de Chloé la noche anterior, que ella probó por cortesía y que dejó disiparse sobre la mesa en la que charlaban las tres Marías que Mateo, con toda su sabiduría de bibliotecario y un bigote que sentaba cátedra, un día pronosticó.

El ruido blanco que sonaba como burbujas de champán comenzó a recibir interferencias, pues es de dominio público que, cuando una se esfuerza en no pensar, los tercos pensamientos se abren paso a codazos hasta la primera fila de la consciencia. Hay que pensar en hacer el esfuerzo de no pensar, por lo que aquella empresa era de las que fracasaban antes de empezar.

Puso música en un altavoz portátil que le regalaron la Navidad anterior. Funcionó durante un rato, pero a media mañana tuvo que

subir el volumen al máximo. Sacó del granero los muebles olvidados a espera de una capa de pintura y aprovechó para darles una primera mano y, después de comer, la segunda.

Miraba al horizonte, tumbada en una hamaca de espaldas a la playa escondida, por donde el sol se ruborizaba entre las copas de los árboles que se alzaban altaneros más allá del patio trasero. La noche estaba a punto de tropezar y caer, por lo que apagó la música que vociferaba a través del altavoz, desconectó el ruido blanco que, ya sabemos, sonaba como burbujas de champán y permitió que el bochorno y el desconcierto compartieran el crepúsculo con ella.

Repasó, tras un día entero de disociación, la jornada que estaba por terminar, con el puñetazo en el pecho que golpea cuando una siente vergüenza de sí misma. Se descubrió infantil en su afán por salir desde por la mañana al patio de atrás esperando una visita que dio por hecha pero que no llegó, por poner la música para llamar una atención que no le fue concedida.

Se le agarrotó la garganta al tener que admitir que había rechazado la siesta religiosa del domingo por si Paco decidía pasar por allí con su catalejo de pirata como un regalo, como un presente que no era otro que el de darle una excusa para acompañarlo a casa.

Se le arrebolaron las mejillas de pura vergüenza al admitir, en un examen íntimo y particular, que había abierto el chat de cierta conversación y había pasado el día viendo cómo se conectaba y desconectaba, sorprendida ante la capacidad de acelerar latidos que tenía un absurdo «en línea» y el descanso que le daba el espacio vacío bajo su nombre cuando esta salía de la aplicación.

No se le ocurrió otra cosa que hacer la adolescente durante doce horas seguidas y tener la cara dura de fingir que no lo hacía para evitar tener que hacerse la pregunta incómoda, la comparación odiosa de qué habría hecho si en lugar de Chloé se hubiera tratado de Ana. En teoría no había diferencia, pero en la práctica se había pasado un día entero haciendo el más espantoso de los ridículos.

Carlota tuvo que sentarse frente al espejo imaginario de la autocrítica cuando el ruido blanco, que sonaba como burbujas de champán, se apagó, mirarse a los ojos y decirse: «¿Por qué eres así?».

Se levantó de su hamaca y dio la espalda a una tarde engañabobos en la que la única boba había sido ella, entró en la cocina y cerró con llave hasta el día siguiente.

Cincuenta metros más allá, sesenta en algunas partes del terreno, otra mujer suspiró con potencia desde el porche donde llevaba sentada dos horas cuando vio cerrarse la puerta de la

cocina. Por fin se había terminado la grotesca representación, la absurda obrilla de teatro que había protagonizado, una lucha interna por no hacer lo que una quiere para no desear lo que no debe.

Ignoró la excusa fácil de la música a todo volumen para no interrumpir.

Dejó pasar un «escribiendo» que apareció bajo su nombre a media tarde para no descubrirse ansiosa.

Quitó importancia al aire triste y abandonado que podía ver desde donde estaba sentada para que tuviera su tiempo y, sobre todo, su espacio.

Se quitó de en medio cuando pensó que estorbaba, sin saber que al otro lado de aquella conversación sorda la querían en medio, de frente y de costado.

Y todo aquel tira y afloja que ocurría solo en su cabeza había empezado por una tontería, la tontería más disparatada del mundo.

Interior. Noche. Tres adultos y un niño se despiden frente a la puerta de la casa de una rubia elegante. Una mujer, la que se va, le dice, como cada ocasión en la que se ven, al niño:

—Me ha dado recuerdos para ti Rodrigo.

Y ella, ridícula y penosa cuarentona, había estado a punto de responder, de quitarle el turno a su hijo somnoliento, de preguntar que qué Rodrigo por un triste beso en la mejilla que cerciorara lo que intuía: que se sentían sus labios tan cálidos en su piel como últimamente lo imaginaba.

18

Los niños chulísimos

Las tribulaciones del día anterior fueron barridas por la luz del amanecer, quedaron las sombras adheridas a la negrura de la noche y con ella se esfumaron al salir el sol. Todo perdía su peso de importancia con la perspectiva adecuada y, con el alba, se concedió Carlota el beneficio de la duda, se achacó la astenia primaveral, el síndrome premenstrual y un mercurio retrógrado que le había hecho confundir molinos con gigantes. Se apresuró a aquello tan fácil del encogerse una de hombros y murmurarse «deja de pensar en tonterías», y a otra cosa.

Por su parte, Chloé, ya fuera por madurez o por experiencia vital, no tuvo tan fácil lo de hacer como si nada. No era una mujer ligera, al contrario que Carlota, y aún no se deshacía del regusto amargo de lo autoimpuesto, según el cual ahora le pesaba más lo no hecho que un posible arrepentimiento posterior por lo llevado a cabo. Para ella, tan mecánicamente ordenada, era necesario poner nombre a las cosas para poder colocarlas en su lugar, y aquel placer, o gusto, que se le confundía a veces con la necesidad, era algo que no podía quedarse sin resolver.

Era obstinada, la francesa, y a pesar de su determinación para llevar a cabo las averiguaciones que estaba decidida a hacer con respecto a su relación con Carlota, se le diluyó la valentía cuando la morena pasó por la panadería dos días después del domingo de autos.

—Buenos días, Chloé.

No sabía si era por suspicacia o por deseo, pero sintió una timidez inusual en ella. Además, había omitido el «pana» cotidiano, por lo que entendió ahí mismo que el momento extraño entre ellas no era una impresión solo suya.

—Buenos días, Carlota.

La morena también echó en falta el «zanahoria» de siempre, y se le arrugó la nariz ante la solemnidad de aquel saludo. Se marchó con su pedido y una duda que le carcomía las entrañas, por lo que regresó antes de que la puerta del establecimiento terminara de cerrarse tras ella.

—¿Está todo bien? —le preguntó con aplomo, con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera de la tienda.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —contestó Chloé,

impresionada de que fuera Carlota quien cogiera el toro por los cuernos. Le pegaba más dejar que pasara el tiempo hasta que las cosas se colocaran en su lugar por pura inercia.

—No sé, estamos un poco… raras, ¿no? ¿Sigues enfadada? —Entró del todo por fin.

—No estoy enfadada. Nunca he estado enfadada. Se supone que así es como nos relacionamos, ¿no?

—Sí, eso pienso yo. —Chloé percibió con claridad su suspiro de alivio. Ella, sin saberlo, lo imitó.

—¿Qué hiciste el domingo? —le preguntó la rubia a bocajarro, con el cuchillo entre los dientes, dispuesta a aclarar sus dudas.

—Pues si te soy sincera, hubo un rato en el que me tuve que esforzar para no presentarme en tu casa sin ser invitada para que me soltaras alguna que otra fresca de las tuyas —reconoció con levedad, pero con un temblor extraño en las pupilas.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Esforzarte en no venir.

—Porque tengo la sensación de que te estoy acaparando mucho últimamente. —Chloé la miró con cara de no enterarse de nada, por lo que intentó explicarse de la mejor manera posible sin traicionar su carácter—. Acabo de llegar al pueblo, como quien dice, así que estoy un poco sola y sin mucho que hacer, pero eso no es excusa para ser una pesada. Tú tienes al petardo, tu vida, tus rutinas y no puedo estar todo el día ahí encima como un tití solo porque me aburra y me caigas bien. —Las últimas palabras las dijo con la boca tan pequeña que apenas resultaron un murmullo. Un peso que Chloé no sabía que tenía, desapareció.

—¿Te caigo bien? —preguntó con una sonrisa pretenciosa.

—Venga, panadera, no empieces.

—¿Entonces? —Parpadeó exageradamente y sacó la risa del estómago de Carlota.

—Mira la francesita, qué tontorrona se pone.

—Ya es hora de que me vendas los oídos.

—Regales. Que me regales los oídos.

—Lo que sea. A mí tampoco me hubiera importado verte el domingo.

Se produjo un silencio pesado de miradas habladoras. Carlota abrió la boca para decir algo, mostrando las dos filas de sus dientes, pero la volvió a cerrar. Por una vez no quería decir algo indebido. Chloé carraspeó y cogió aire.

—Si quieres, podemos llegar a un acuerdo.

—Te escucho. —Carlota se aproximó un paso hacia el mostrador, anticipando el sí que iba a darle propusiera lo que propusiera.

—Tú eres sincera, y yo también, así que cuando tengamos ganas de saludarnos o de hacer alguna cosa, simplemente lo diremos, y no podemos molestarnos si a la otra no le apetece.

—Me parece un buen acuerdo. —Dio otro paso hacia el mostrador, con cierto aire fanfarrón. Chloé la fulminó con la mirada.

—*Formidable*.

—Me gusta mucho cuando dices esa palabra. —Ladeó la cabeza y se humedeció los labios, los cuales llamaron la atención, por primera vez, de la francesa.

Chloé no dijo nada porque no sabía qué contestar a aquella sentencia, por lo que se limitó a observarla hasta que Carlota inclinó la cabeza a modo de despedida decimonónica y se marchó. En cuanto oyó la puerta cerrarse tras su espalda, Carlota frunció el rostro en un gesto de incredulidad y susurró:

—Supongo que esto es lo que pasa cuando te relacionas con adultos.

Con unos andares danzarines, subió la cuesta que salía del pueblo de camino a casa de Jacinta, donde le dejó el pan y continuó hasta su propia morada. Programó durante toda la mañana, y no fue hasta que se puso a preparar la comida que se acordó de Paco, quien debería estar en la trastienda de la panadería y que había tenido la poca vegüenza de no saludarla esa mañana.

***

En el preciso instante en el que la hoja de junio cayó del calendario, ni un día antes ni uno después, Canguingos, siempre tranquilo y perezoso, se convirtió en un hervidero de gente. Carlota bajó a la tienda de Braulio a por un par de cosas que le faltaban para la cena de esa noche y por poco tiene que hacer cola en la acera. Permaneció cuarenta minutos ojiplática hasta que fue su turno, compartiendo miradas con los vecinos autóctonos, los cuales se sonreían y negaban con la cabeza, disfrutando de la sorpresa que aquello suponía para Carlota, la madrileña que más rápidamente se había adaptado a un pueblo de cuatro mil habitantes.

CARLOTA
Ehhhhhhhhmmmmm
¿HOLA?
¿UNA HORA DE RELOJ DONDE BRAULIO?

MAZIULI CULKIN
El primer verano en Canguingos siempre supone un choque
Bienvenida
MI PANA LA PANA
Mateo, no te burles de ella
Debe de estar pensando seriamente en regresar a Madrid

CARLOTA

Carlota colocó el contenido de las bolsas y se dispuso a continuar con los preparativos para la cena de esa noche, en la cual iba a cumplir un sueño que albergaba desde niña: tener un proyector en el patio donde ver películas. Su querido, y por qué no decirlo, casi amigo repartidor de Amazon, llegó a principios de semana con el capricho que solía darse cuando cobraba la paga extra. Por mucho que tuviera que ahorrar para la instalación de la calefacción, aquello era algo a lo que no pensaba renunciar, por lo que gastó lo que fue necesario para comprar su ansiado proyector.

Durante la semana había preparado un armario pequeño donde colocarlo frente a la pared de atrás, había buscado una sábana blanca e impoluta y había ideado unos pesos que colocar en la parte inferior de la misma para que no se volara con el viento.

Colocó fuera una enorme mesa de madera, rescatada del granero, lijada y barnizada con gusto, y por fin abandonó la cutrez de las mesas de bar desteñidas que no la representaban en absoluto. Las sillas, desparejadas, colocadas todas en el mismo lado de la mesa para quedar frente a la sábana que iba a hacer de pantalla, estaban un poco apretadas para la ocasión, pero era tan grande que cuatro personas podían comer sin grandes dificultades. Colgó unas lucecitas en la pared del gatódromo para que diera un poco de ambiente y cubrió la mesa con un mantel estampado de flores.

A pesar de ser un arreglo algo improvisado, le gustó el resultado, y se propuso pasar el verano mejorando aquel rincón que, si se lo montaba bien, iba a disfrutar muchísimo.

—Un sofá *chill out* aquí quedaría genial, ¿eh? —aportó Mateo, impresionado—. Menudo veranito te pegarías ahí tirada, a la fresca, viendo pelis a tamaño natural.

—Me va a tocar poner una tela buena, joder, esto es una mierda.

Carlota se peleaba con la sábana, la cual se movía endemoniada por el maldito viento. No había forma de que permaneciera quieta por más de dos segundos. Desde luego, para encontrarse en una vivienda que estaba casi en frente del mar, aquello parecía una provocación hacia los elementos. Chloé le sirvió un vaso de refresco y se lo acercó para que dejara aquello de una vez y se reuniera con ellos.

—¿Por qué no quitas la sábana? —le preguntó, parada a su lado.

—¿Qué?

—La sábana, que por qué no la quitas. La pared es blanca.

Carlota miró hacia el lugar donde se proyectaba una serie de

videoclips. Devolvió la mirada hacia la francesa, bufó, le entregó el vaso que acababa de recibir, se volteó y tiró de la puta sábana sin miramientos. En efecto, la imagen quedó nítida en la impoluta pared.

—Menos mal que pintamos la casa sensacional, ¿eh, zanahoria? —Se enorgulleció Paco, quien dejó la mano para que chocara los cinco.

—Si es que eres un artista, petardo, y tu madre más lista que el hambre.

—Es que ella ha estudiado —le recordó el niño.

—¿Ah, sí? —Carlota se giró hacia Chloé, quien asentía—. ¿Qué estudiaste?

—¿*Avocate*? ¿Cómo se dice?

—¿Aguacate? —Se extrañó la morena.

—Carlota, tú cuando dices esas cosas, ¿bromeas o realmente te crees las tonterías que dices?

—Nunca lo sabrás, Mati.

—Abogada —resolvió Chloé, quien había consultado la duda en internet y miraba el móvil.

—La que tengo aquí col…

Mateo anduvo rápido para tapar la boca de la anfitriona antes de que terminara la frase, quien, como ya sabemos, era la referencia principal de Paco después de su madre. La forastera era una buena muchacha, particular, sí, pero buena. Sin embargo, no era lo que se dice una excelente influencia para un niño pequeño. Por eso él la idolatraba, por gamberra, y por eso el resto de adultos tenía que mediar de vez en cuando, por el mismo motivo.

Por suerte, la barrera idiomática impidió que Chloé se percatara de lo que había estado a punto de suceder, lo cual fue un alivio para la morena, pues se libraba de tener que aguantar sus miradas fulminantes. Mateo soltó su agarre cuando sintió desactivada la bomba Carlota, quien se recompuso y continuó como si nada.

—¿Así que estudiaste Derecho? Joder, quién lo diría.

—No terminé mis estudios en abogacía, así que hice idiomas.

—Eso ya me cuadra más. ¿Ejerciste?

Chloé miró a Mateo para que le tradujera.

—Que si trabajaste de lo que estudiaste.

—Sí, estuve unos años en París trabajando como traductora en conferencias, congresos…

—¡Qué me dices!

—Carlota, no siempre he sido una madre extranjera en un pueblito de España. Soy una mujer madura, mi vida no comenzó ayer.

—No, no, eso desde luego. A veces se me olvida la cantidad de

vidas que hay en una vida, disculpa. ¿Y qué tal en París? ¿Muchos parisinos y parisinas?

—Muchísimos. —Esbozó esa sonrisa de esconder más de lo que decía que a Carlota volvía loca de curiosidad.

—Joder, qué chula París. La ciudad del amor, ¿eh? —Metió baza Mateo, que disfrutaba como un gorrino en una charca con aquellas insinuaciones que dejaban a Carlota con la boca abierta de estupefacción.

—Y que lo digas. —Chloé le guiñó un ojo que hizo que Carlota tragara saliva.

—Es que me meo con las caras que pones cuando la francesa dice esas cosas. —Mateo se carcajeó señalando su expresión—. Mírala.

—Parece que le cuesta verme como una mujer. —Rio la rubia. Aquel tono de burla no gustó un pelo a Carlota, por lo que decidió que ya estaba bien de ser intimidada por una panadera de metro y medio y su amigo el bigotito.

—No te creas, no me cuesta tanto. —Zanjó el asunto la morena con una mirada electrizante.

—Buenooo, parece que nos vamos a la prórroga —confirmó Mateo, admirador acérrimo de Carlota—. Bien jugado, chicas. ¿Cenamos?

La película retuvo la atención de los comensales hasta la medianoche. Se decidieron por una que no dejara a Paco fuera de la ecuación, decisión por lo general estúpida, ya que en cuanto el estómago del niño comenzó a hacer la digestión se quedó dormido en la silla. La cabeza del pequeño caía sobre el hombro de su madre, por lo que esta lo rodeó con un brazo para acercarlo a su regazo. Carlota, al otro lado de Paco, no percibió el cambio de postura hasta que sintió el calor de la carne de Chloé tan cerca que parecía que estuviera junto a un horno abierto. Una vez que lo notó, ya no pudo dejar de hacerlo en toda la velada. Sus pieles casi se tocaban, pero no llegaron nunca a estar en contacto, lo que resultaba de alguna forma insoportable, como un si que se sostenía en el tiempo sin desembocar nunca en el do, como una música de tensión que no terminaba en susto, sino que se prolongaba hasta dejarte exhausta.

Cuando la película terminó, se echó hacia delante para tomar un trago de agua y escapar de ese campo magnético. Tenía los músculos agarrotados de hacer fuerza y la garganta seca de haber contenido el aliento durante casi una hora. Carraspeó y se pasó la mano por la piel de los brazos para deshacerse de la electricidad estática que le mantenía la piel de gallina.

—¿Tienes frío? —preguntó Chloé en un susurro mientras apretaba el abrazo a su hijo.

—No —contestó Carlota casi sin voz, detenido su movimiento.

—Ya.

Mateo las miró alternativamente y permaneció callado, con el deseo imposible de hacerse pequeño, diminuto hasta desaparecer y dejar de compartir aquel espacio donde el aire era tan denso que parecía que estuviera respirando fango. Sentía que allí estaba sucediendo algo que menospreciaba su presencia y su comprensión, que era un lugar en el que no estaba de más porque ni siquiera importaba lo suficiente, por lo que se encogió en su asiento hasta que las leyes de la naturaleza volvieron a funcionar con normalidad.

—¿Queréis una copa? —ofreció Carlota, con la sonrisa trémula y la piel erizada.

***

Carlota era, por lo general, friolera. Ella lo había achacado siempre a sus orígenes africanos. Según su teoría, en absoluto comprobada y probablemente inferida por un concepto racista de su persona debido a los comentarios que había escuchado toda su vida, su organismo estaba preparado para las altas temperaturas y el exceso de humedad, de ahí su nariz ancha y el color de su piel, por lo que para bañarse en el mar necesitaba no menos de treinta grados de temperatura en el agua. Teniendo en cuenta que se encontraba en el Cantábrico, daba por hecho que mojarse los tobillos era todo a lo que podía aspirar.

Con lo que no contaba nuestra protagonista era con tener de vecino a un niño dulcísimo que sentía por ella una devoción difícil de pasar por alto. Hasta un carácter despegado como el suyo sentía la vanidad recorrer sus venas cuando percibía la necesidad de agradar que ese niño profesaba hacia ella, más aún alguien como Carlota, que por su forma de ser no había despertado ni amores ni pasiones que resaltar a lo largo de su vida.

Por ese motivo no pudo sustraerse al encanto de aquellos ojazos verdes de Paco, agrandados por arte de birlibirloque y que apelaban a la bondad, escasa o abundante, que albergara en su corazón, utilizando la vieja triquiñuela del hijo de madre soltera trabajadora que se aburría todas las mañanas de los sábados en la trastienda. De ese modo se encontró Carlota cogida de la mano de un crío embadurnado de crema de pies a cabeza como si, cual Ícaro, se dirigiera sin demora hacia el sol. Desde luego, si el personaje mitológico hubiera llevado la cantidad de crema factor mil que Chloé había puesto en la piel de su hijo sobre sus alas, lo mismo hubiera dado que fueran de cera que de adamantium, pues no habría habido fuerza divina ni humana que hiciera penetrar sus

rayos solares a través de ella.

Así se vio Carlota, quien conoció la vergüenza aquella mañana de julio, cogida la mano del niño de yeso, con una silla bajo el brazo, una sombrilla y una nevera con agua y fruta que Chloé había tenido a bien proporcionarle. Tuvo la audacia de llevarse un libro, la tía, como si el niño de la flauta fuera a permitirle el lujo de relajarse. Al fin y al cabo, solo era un mocoso de siete años.

—Hace un día sensacional, ¿a que sí, zanahoria? —dijo con una sonrisa que eclipsó al astro rey.

—Hace un día dabuti —introdujo una nueva palabra para ampliar el repertorio de Paco, que cogía la linde y él seguía y seguía aunque esta se terminara.

—Un día fetén.

Asintieron ambos con la cabeza, tal y como hacían siempre, y se encaminaron hacia el borde del mar. Había bastante gente, y Carlota echó de menos los paseos de invierno. Estaba segura de que ese año, gracias al contraste con el verano, lo valoraría más.

MI PANA LA PANA
Pon crema a Paco, por favor

CARLOTA
El niño lleva kilo y medio de crema encima, Chloé
Como le eche más, se hunde en el mar

MI PANA LA PANA
Espero que no estés en la arena con el móvil y él en el agua solo

CARLOTA
¿Encima de que te quito al niño de la tienda me vas a tratar como a una criminal?
Adiós muy buenas

Carlota bloqueó el teléfono y se acercó a la orilla a trote cochinero, donde, en efecto, Paco jugaba solo con un cubo y una pala. Quizá no había considerado lo suficiente los peligros de la mar océana.

Estuvieron un buen rato remojados en la orilla, hecho que la morena intentó alargar todo lo posible, pues no había caído en la cuenta de que, con Paco, no tenía elección y le tocaría meterse en el agua más pronto que tarde.

—¿Nos vamos a nadar? —le suplicó con esos ojos que no le conocía de antes y que se habían convertido en su criptonita.

—¿Seguro? Los niños chulísimos juegan en la orilla, pero como tú prefieras. —Levantó las manos, dejando tremenda decisión en sus manos.

—Yo es que tampoco soy un niño tan chulo, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—No sé, hay otros niños en el cole más chulísimos que yo.

—Eso es imposible. Los conozco a todos y tú eres el mejor con diferencia.

—No creo… —Se miró las manos con timidez. Algo asomó a sus ojos que no gustó a Carlota.

—¿Qué pasa?

—Los papis de los niños chulísimos… —Se quedó callado unos segundos y terminó su mirada, que vagaba sobre las olas de mar, sobre la suya—. ¿Nos bañamos, porfa?

Carlota creyó ver lágrimas en el fondo de sus pupilas y eso hizo que sintiera una bola de plomo arder en el centro justo de su pecho. No estaba segura de qué pasaba ni a qué venía aquella tristeza tan evidente, pero le temblaron las manos de impotencia. Quiso saber, pero le asustó el daño que a ella misma pudiera hacerle aquella información. Tuvo ganas de llorar, por lo que cargó a aquel niño sobre el hombro como si fuera un saco de patatas, corrió con él lo que el mar le permitió y terminaron por caer sobre el agua helada del mar Cantábrico.

—¡Qué frío! —vociferó Paco en cuanto sacó la cabeza del agua.

—Ven, que aquí hace menos.

Carlota lo abrazó como si quisiera volver a cerrar el mecanismo protector de su pecho diminuto. Un corazón tan pequeño no debería saber de dolores, no debería estar roto un corazón recién estrenado como el suyo.

—¿Notas el calor? —le preguntó, tierna como nunca.

—Sí. —La miró con esos ojos gigantes que acababa de incorporar a su repertorio, a través de sus pestañas, llenas de gotas de agua, como si sintiera que aquella zanahoria gigante pudiera protegerlo.

—Eso es porque me he meado —le susurró al oído.

—¡Qué asco!

Paco se zafó de su abrazo y escapó de ella entre risas y tragos de mar. No volvió a ensombrecerse su mirada en toda la mañana, lo cual fue suficiente para que Carlota diera por bueno aquel chapuzón.

19

La metralleta

La silla ergonómica de importación le hacía correr el sudor espalda abajo. Pensó que, al vivir en el norte, dejaría de pegarse como un velcro al recubrimiento de escay, pero el verano es verano aquí y en la Conchinchina. A pesar de sus pesares, le quedaba el consuelo de que en la meseta estaban peor.

—¿Hace calor también allí? —le preguntó a Ana con esperanza.

—*Más que follando debajo de una uralita en agosto, tía.*

Elegante, sutil, coqueta, Ana nunca defraudaba. Por suerte, su empresa hacía jornada intensiva durante la época estival, por lo que, aunque madrugaba algo más, a la hora de comer apagaba el ordenador hasta el día siguiente. Eso despejaba sus tardes para poder hacer lo que más le gustaba: nada. Con semejante temperatura, salir del hogar era impensable, por lo que no tenía sentimiento de culpa por alargar la siesta y estirar el descanso vespertino. A eso de las siete, cuando casi no quedaba nadie, bajaba a la playa, que le quedaba a poco más de cinco minutos de paseo, se daba un remojón rápido, pues no había quien permaneciera mucho tiempo dentro de esa agua glacial, se ponía la ropa, que se empapaba al instante, y volvía tan fresquita a su casa, donde hacía sus chapuzas en el patio trasero hasta la hora de cenar.

Chloé se había aficionado a salir al porche a tomar un té helado a esa hora. Se sentaba sobre el balancín de madera, con las piernas cruzadas, y sorbía a traguitos mientras observaba cómo su vecina, quien chorreaba agua de mar, se secaba al sol mientras llevaba a cabo el proyecto de la zona *chill out*.

En la mesita de tres patas que tenía al lado, de tanto en tanto depositaba el vaso, en el que se condensaban las gotas de tan altas temperaturas en contraste con el hielo de su interior. Ella las deshacía con los dedos al tomarlo, lo que lo volvía agradable al tacto, húmedo y refrescante. Se lo llevaba a los labios sin quitar la vista de la camiseta, por lo general sin mangas, que se pegaba al cuerpo de su vecina como una segunda piel mientras la observaba trabajar. Y bebía, desbarataba el calor a sorbitos, un calor que brotaba de su anatomía como si fuera radiación electromagnética mientras algunas de esas gotas, suicidas, caían de la base del vidrio hasta su pecho perlado de sudor, donde dibujaban un camino que se perdía bajo la camiseta y terminaban evaporadas por el sofoco

antes de llegar a la ropa.

Cambiaba a medio vaso el cruce de sus piernas, a lo *Instinto básico*, y apretaba el nudo del lugar en que estas se juntaban, donde había descubierto que estaba el núcleo incandescente del que manaba el calor del verano, de aquel verano. Terminaba el té con un subir y bajar del pecho que le atribuía a la humedad del ambiente, lo cual no era del todo incierto, y dejaba mojada su silueta en el balancín para regresar al frescor del interior de su hogar, donde la inocencia se podía palpar y las vistas eran, aunque menos estimulantes, sí mucho más virtuosas.

Luego la veía engullir pasteles como si no hubiera un mañana y no entendía cómo podía tener ese físico, y de ese modo convertía su mirada indiscreta en una observación empírica, en un estudio de ciencias, en una investigación de campo.

El verano más caluroso desde que se mudó a España, sin lugar a dudas. Maldito cambio climático.

Durante la última semana de julio se dedicó a preparar la maleta de Paco, quien estaba loco de contento por irse con sus primos a la vieja casita de los abuelos. Paco era un crío siempre rodeado de adultos, por lo que aquel mes al año en el que solo tenía que ser un niño con preocupaciones de niño y conversaciones de niño se sentía para él como una suerte de liberación. A pesar de ser un muchacho mentalmente sano y estable, su vida tenía una particularidad que, para su corta edad, era difícil de gestionar. La soledad, el abandono que su madre había sufrido y el suyo propio lo hacían sentirse, de alguna manera, responsable de ella, cuidador además de cuidado. Estaban el uno para el otro, fuertes, invencibles, siempre en pie de guerra, por lo que esos treinta días eran únicamente para descansar de la batalla, del sentirse poco, del sentirse solos. Todo se reducía a helados, juegos y luciérnagas en tarros de mermelada.

Chloé adoraba a su hijo, pero aquel mes le salvaba la vida los once restantes. Podía agobiarse, llorar, lamentarse de su mala fortuna, dormir hasta tarde, alimentarse de comida basura y andar en bragas. Se quitaba el traje de madre de Paco y volvía a ser Chloé, una inmadura de treinta y nueve años a quien le encantaba trasnochar viendo películas de acción.

La fecha se acercaba, y Paco comenzó a echar de menos lo que no iba a tener en Francia antes de irse para que luego no se le acumulara el trabajo.

—Zanahoria, cuando vuelva ya no será verano. —Chasqueó la lengua como si ese imprevisto fuera insalvable.

—Eso espero, tío, porque estoy harta de ver a tanta gente en el pueblo, ¿tú no?

Tomaban el sol en la playa el sábado antes de que su madre se lo llevara a Burdeos. Estaba feliz y triste a la vez.

—Sí, estoy harto, pero ya no será verano nunca más y empezaré el cole y ya no habrá playa.

—¿Se llevan el mar en septiembre o qué?

—No, tonta, el mar se queda, lo que se llevan es la playa.

—Paco, según tú, ¿qué es la playa? —Carlota se incorporó sobre sus codos para mirarlo con atención.

—La playa es esto. —Los señaló a ambos, la enorme toalla que compartían, la sombrilla que tenían al lado, la nevera llena de zumos y picoteo.

—No, la playa es eso. —La morena hizo un gesto con el brazo que abarcó toda la orilla del mar, la arena, el principio del agua.

El niño se quedó pensativo un minuto largo.

—Yo creía que ir a la playa era como hacer una barbacoa.

—¿Cómo? —Carlota sacudió la cabeza, sin entender nada.

—Que cuando haces una barbacoa, no es que «construyas» una barbacoa, sino que vas con tus amigos a comer chicha y beber Fanta y jugar, y claro, yo pensaba que «ir a la playa» era ir con tus amigos al mar a comer patatitas, hacer castillos de arena y bañarse. —Se encogió de hombros y volvió a tumbarse.

—Joder con el filósofo.

Carlota lo imitó, pero le dedicó una mirada de reojo. Iba a echar de menos a ese petardo, la verdad es que sí. Cogió aire y estiró la mano para acariciar la del niño, el cual la agarró con fuerza en cuanto la sintió cerca. Carlota no era una mujer cariñosa, por eso Paco aprovechaba cada ocasión en la que la morena bajaba los puentes para asaltar su atalaya.

***

El domingo amaneció nublado. Canguingos estaba triste por la ausencia temporal del hijo de la panadera, y Carlota lo entendía a la perfección. Le había comprado unas gafas de sol para que fardara de estilo cuando estuviera allí, solo entre gabachos. Se acercó arrastrando las chanclas hasta la casa de al lado muy temprano, poco antes de la hora a la que le había dicho Chloé que se marchaban.

Le entregó su regalo, chocaron los puños, le revolvió el pelo y fingió pesadez cuando Paco se abrazó a ella de un salto y le dio un besito de despedida, sin Rodrigo ni nada. Se largó de allí antes de que la traicionaran las tontas emociones, tenía una reputación que mantener. Sin embargo, Chloé no era tan fuerte, a pesar de llevar todo julio entusiasmada con la idea de tener tiempo para sí misma.

Carlota la vio llegar a última hora de la tarde. Ella se encontraba

en el patio trasero, enfrascada en la fabricación de la estructura para hacer unos sofás con palés. Escuchó su coche camino arriba, y se levantó para ver cómo su vecina salía de él abatida por la pesadumbre. La morena abrió los brazos desde allí, a modo de abrazo de larga distancia, o de ofrecimiento, por si lo necesitaba, a lo que la francesa agachó la cara y Carlota vio, sin ningún género de dudas, cómo le subían y bajaban los hombros del llanto. La morena se quedó estupefacta, no se le daba muy bien eso del consuelo, pero por suerte Chloé era una mujer curtida por los palos que le había dado la vida y se recompuso enseguida. No obstante, aceptó el abrazo ofrecido por su vecina y encaminó sus pasos hacia donde la forastera la esperaba.

—Ven aquí, anda.

Chloé no dijo palabra, sino que se incrustó bajo su mentón durante un tiempo indeterminado, permitiéndole que aligerara con el paso de las manos por su espalda la desazón de la añoranza.

—Tanto te quejas de tu hijo y mira, eres más blanda que la mierda de pavo.

—Habló.

—¿Perdona?

—Esta mañana has estado a punto de llorar. No he dicho nada para no *hacerte vergüenza*.

—¡*Sacrebleu*, esto es un ultraje! ¡Merezco una satisfacción!

—Muy bien pronunciado —ronroneó, pegada a su cuello. Se dejaba cuidar, la francesa.

—He aprendido de la mejor.

Carlota se encontró oliendo su pelo, por lo que se apartó lo más rápidamente que pudo, para lo cual se tomó el tiempo que consideró prudencial para no resultar desagradable o maleducada en un momento de tanto bagaje emocional. Se permitió disfrutar en última instancia, y la sostuvo por los hombros cuando al fin se alejaron.

—Te invito a cenar, a ver si se te pasa el disgusto.

—¿Dónde?

—Donde encontremos mesa un domingo por la noche en temporada alta. —Le sonrió con la resolución en la mirada y caminaron hacia el pueblo sin darle más vueltas.

***

A Carlota le costó sudor y lágrimas despertarse el lunes para trabajar. Nunca hubiera pensado la que podía liarse en un pueblo un domingo por la noche, pero había sucedido. Todo fue el resultado de una serie de coincidencias, de sucesos concatenados sin ninguna relación aparente entre sí que colisionaron sin remedio

en la plaza del pueblo. Por un lado, su prima Celia acababa de llegar de un bolo en un pueblo de Navarra, sus amigas habían estado de café, y se les había alargado a los *gin-tonics*; Alonso o Alfonso entrenaba a un equipo de chavalas que habían ganado un triangular de balonmano en el pueblo de al lado, con el que había una rivalidad insana desde hacía generaciones; el Pintorillo había regresado a puerto después de dos meses de pesca allende los mares; y Chloé y ella, que echaban de menos a Paco.

No supo Carlota en qué momento se unió Mateo, el cual se encontraría, con toda probabilidad, leyendo en calzoncillos, saldría a ver qué pasaba al escuchar el jaleo, allí lo engancharon y ahí se quedó hasta que la Guardia Civil, llamada por los vecinos, acudió a desalojar la plaza bajo la amenaza de denuncias por desorden público a las cinco de la mañana. Carlota no bebía, como ya saben, pero sintió algo parecido a la resaca cuando despertó. Le dolía la tripa y la mandíbula de tanto reír, y tenía un raspón en el codo de una caída fortuita al cargar con su prima para llevarla de vuelta a casa.

MI PANA LA PANA
Me quiero morir

CARLOTA
Normal
Eres una borrachángana
Muy sofisticada con tu copita de vino
Pero si te bebes una bodega, pues vuelcas como cualquier españolita de pro

MI PANA LA PANA
¿Te das cuenta de que cada vez hablas más como la gente de pueblo?
Te entendía mejor cuando no te conocía

CARLOTA
Hostia, pana, qué bonito y qué profundo
Pero creo que es erróneo

MI PANA LA PANA
Lo que tú digas
No me compliques, Carlota, que creo que sigo ebria

CARLOTA
¿Ebria?
Hostia, ¿cómo es decir «ebria» con acento francés?

MI PANA LA PANA
(Nota de voz)

CARLOTA
Wao…
He sentido cosas
Otra vez

MI PANA LA PANA
(Nota de voz)

CARLOTA
Mmmmmm
Otra vez

MI PANA LA PANA
(Nota de voz)

***

—Pero bueno, Jacinta, ¿qué coño has preparado para comer? ¿Cocido?

—Ya te gustaría a ti comerte un buen cocido madrileño, niña, que eso seguro que sí lo echas de menos —contestó la mujer, apoyada en una muleta para bajar los escalones de su casita.

—Pues sí que lo echo de menos, pero no cuando estamos a cuarenta grados a la sombra, la verdad.

Carlota metió en el maletero las doce bolsas que la mujer había preparado con la comida, y tuvo que aguantar como si no oyera los pitidos de claxon del coche donde esperaban Chloé y Mateo para ir a la playa. Habían organizado un día completo de sol y moscas para ver si aquellos blanquitos cogían algo de color. Chloé estaba algo morena por los ratos que pasaba en la huerta, pero tanto Jacinta como Mateo parecía que fueran a brillar en la oscuridad. Ayudó a la mujer a entrar en el asiento del copiloto, esperó a que se remangara la falda y recogiera la muleta, cerró la puerta, les hizo una peineta a los risitas del coche que tenía detrás y salió rumbo al mar.

—La perra que has cogido con llevarme a la playa, hay que joderse, hija.

—Jacinta, que hay que coger un poquito de vitamina D para el cuerpo, que con eso de que con el calor ya no vamos a tomar café, al final no sale de casa.

—Si yo te lo agradezco, niña, ¿pero la playa? Que yo tengo la rodilla fatal y os voy a retrasar un montón, que sois jóvenes.

—No diga tonterías, que es usted una moza en edad de merecer. ¿Qué ha preparado de comida?

—Pues carne con tomate, unas tortillas, salmorejo… Yo qué sé, lo normal para la playa.

—Pero bueno, Jacinta, ¿todo eso? Si nosotras con unos bocadillos de chóped vamos que chutamos.

—Sí, hombre, encima que hacéis el esfuerzo de llevarme os voy a hacer unos bocadillos, será posible…

Carlota sonrió y le dio un apretón en el muslo. La mujer la miró con afecto. Desde luego que esa muchacha era incorregible. Se esforzaba en evitarlo, pero lo cierto es que era difícil no cogerle cariño. Se había empeñado en llevarla a la playa desde el día ya lejano en que le dijo que llevaba años sin ir, pues con sus problemas de rodilla le costaba mucho caminar sobre la arena sin ayuda. Suficiente información para Carlota, que enseguida organizó una excursión con sus amigos para que volviera a ver el mar de cerca y, quién sabe, quizá mojarse los pies.

—Está el agua que pela de fría, Jacinta, se lo aviso —le dijo Carlota, quien sostenía su brazo con paciencia mientras la mujer se

peleaba con las pequeñas dunas de la playa, unos minutos después.

—¿Tú te crees que con el paso que llevo voy a poder acercarme a la orilla?

—Y darse un baño que se va a quedar usted nueva.

—¡De verdad, tienes unas cosas de bombero torero!

La mujer se partía de risa, y sus carcajadas llegaron a donde Chloé y Mateo montaban el campamento base.

—Mírala, qué contenta. —Sonreía la francesa bajo su sombrero de paja.

—A saber qué tontería le estará diciendo Carlota para que se ría así.

—A saber...

Chloé la miró con la sonrisa boba de quien empieza a apreciar de verdad, con los pasos todavía tímidos del querer no definido, del querer que se piensa, pero no se dice porque aún no se sabe con qué tipo de letra va a ir escrito. El cariño se confunde a veces, se magnifica por las circunstancias, por el contexto, por el roce, y no cae en un lugar preciso hasta que el peso del paso del tiempo, que parece ser el único que puede dictar sentencia en estos asuntos, lo deposita con contundencia a los pies de quien lo siente. Chloé la miró como si este acabara de aterrizar frente a ella envuelto en papel dorado y con un sello homologado y brillante encima, aunque todavía sin abrir. La miró por primera vez como si ya fuera su amiga y no un proyecto de ella, aunque con un matiz que aún tendría que descubrir cuando abriera la cajita en la que venía envuelto el amor.

—Tú, la baba —le recriminó Mateo, divertido, lo cual la sacó de un tirón del embudo de sus pensamientos.

—Es que son muy monas —se defendió la rubia con un encogimiento de hombros, indiferente.

—Ya, ya.

Acomodaron a Jacinta en la que Carlota bautizó como la reina de las sillas de playa. Tenía un acolchado de tela transpirable perfecto para las largas horas que la mujer iba a permanecer ahí, con una opción de reclinado para la siesta y un apoyo para los pies que la mujer rechazó: quería sentir la arena. Se tomaron unos refrigerios y echaron una partida a las cartas.

La hora de comer se acercaba, y con ella las horas de más calor, por lo que Mateo se despidió de las chicas y se largó al agua. Carlota se puso en pie enseguida para seguirlo, disculpándose con Jacinta por abandonarla, la cual las animó a que se fueran también. La morena se metió hasta las rodillas y esperó a Chloé, que aún conversaba con Jacinta.

—¡Panadera, espabila, que si tardaran tanto las liebres en el campo, no quedaría ya ni una!

—¡Oh, *mon dieu*, cállate de una vez!

Chloé se levantó de un pisotón enfurruñado, se quitó el sombrero, las gafas y el pareo en cuestión de un segundo, lo cual sirvió para que, en efecto, Carlota se callara un mes. Bajo la ropa de playa, la francesa llevaba un bañador gris claro con líneas verdosas y un cuerpo que, aunque pequeño, tenía cada cosa en su lugar y estaban todas esas cosas fabulosas colocadas de un modo muy agradable a la vista. Le sorprendieron sus piernas potentes, rotundas, de muslos amplios y rodillas contundentes. Se le ocurrió un juego de palabras con «tren inferior» y «estás como un tren», pero la gracieta se le quedó atascada en la garganta, por lo que tuvo que tragar saliva para ver si bajaba el bolo alimenticio y volvía a respirar.

Se tiró de espaldas al mar como si cada paso que la francesa daba en su dirección fuera un disparo a bocajarro, una ráfaga de tiros indiscriminados hacia su persona que hicieron flaquear sus rodillas y caer. El agua seguía helada, pero parecía que no lo suficiente como para borrar de su cabeza el ra-ta-ta de sus talones clavados en la arena, que hacían temblar la carne de la francesa tobillo arriba y el vientre de la forastera ombligo abajo.

En el momento en el que imaginó el cuerpo de Chloé dentro de esa agua gélida, con el bañador elástico y el frío marcándose en toda su piel, Carlota se incorporó en el agua, empapada, y se fue por donde había venido, de vuelta junto a Jacinta sin mirar atrás.

—Qué feo dejarla sola, qué feo —iba rumiando al pasar junto a Chloé.

—¡Pero quédate dentro, que ya me salgo yo! —le sugirió Mateo, unos metros más allá.

Carlota se giró, miró a uno, miró a la otra, se dio la vuelta de nuevo y continuó sin añadir ni media palabra hasta su lugar bajo la sombrilla.

20

APS: Amigas Para Siempre

La primera semana de agosto, Canguingos se llenó de guirnaldas y banderitas que iban de un lado al otro de las calles, se instalaron los veladores de las verbenas y se encendieron luces en las avenidas principales y un «Felices Fiestas» en la entrada del pueblo que anunciaba a cualquier visitante de que estaban, en efecto, en plena celebración de las fiestas patronales.

Carlota se había comprado algo de ropa para aquellos días, pues ya se sabe que en los pueblos se sale de punta en blanco y, aunque a ella eso le importara más bien poco, lo cierto era que aquel año le apetecía estrenar un par de hatos, como decían las viejas.

Acompañó a Jacinta a ver la procesión inaugural y quedó a cenar con toda su familia en el puesto de los pollos asados. Era el día grande en Canguingos y Chloé fue con ella, pues entre la ausencia de Paco y la de Mateo, de vacaciones en Islandia, la panadera se había quedado sin opciones.

—Anda que no es lista ni na la francesa, ¿eh? —bromeó con ella su tío Marcos, sentado al lado—. Manda al niño a Francia para no tener que gastarse un dineral en los caballitos.

—Para que luego digan que las rubias somos tontas.

Aquel chascarrillo provocó las risas de toda la mesa y Carlota se sintió orgullosa de ella. La miró con los ojos luminosos de bombillas de feria, y Chloé apreció el brillo de sus labios bajo aquella luz.

—¿Te has puesto *gloss*? —preguntó la mujer, con la vista fija en su boca.

—Es la grasilla del pollo —musitó Carlota, embelesada. Tuvo que parpadear fuerte y darle un golpe hombro con hombro para que dejara de mirarla así.

—Qué asco, Carlota —le recriminó con solvencia, ya dejada atrás la abstracción que acababan de sufrir.

—Es la verdad. ¿Lo quieres probar?

La morena sacó morritos y Chloé le hizo una mueca que venía a decir «qué graciosa», pero que en su interior sonó como un «no des ideas». Se había dado cuenta de que Carlota solía hacer eso: entraba en pánico cuando Chloé le soltaba alguna insinuación inocente, pero contraatacaba en cuanto se reponía del susto. Era como si rechazara la idea de primeras, pero tras un segundo de reflexión no le pareciera tan mal. La francesa disfrutaba de esa

dualidad, y a veces se preguntaba si era correcto hacerlo hasta el punto de buscarlo cada vez con mayor asiduidad.

Una vez la cena se dio por concluida, ambas mujeres se despidieron y se encaminaron hacia la plaza Mayor, donde sonaba la fabulosa orquesta Esmeralda. Pasaron por los puestos de bolsos y pulseras, donde compraron varias, porque ya se sabe lo que pasa en las ferias. Compitieron en las escopetillas, donde ninguna consiguió premios, y no fue hasta que jugaron a lo de pescar patos con un imán que Chloé ganó el peluche de un gato y se lo regaló a Carlota para que Lanita de la Reina tuviera compañía.

Se compraron un helado y completaron la vuelta entera mientras lo degustaban antes de reunirse con las amigas de su prima Celia, quienes se encontraban en el centro de la plaza bebiendo cubalibres como si no costaran.

—¿Vamos ya? —preguntó Chloé, con muy poco entusiasmo.

—Si quieres damos otra vuelta, que no le hemos comprado nada a Paco, mala madre.

—Venga. —Sonrió en grande, recuperada la ilusión.

Llevaba unos pendientes largos, un vestido de lino blanco hasta el suelo y el pelo rubio safari. Carlota pensó que nunca había estado tan guapa la francesa como en las fiestas patronales de Canguingos.

Media hora después, no pudieron alargar más lo inevitable y se zambulleron en la marabunta de la plaza Mayor, donde Celia mostraba sus increíbles dotes esofágicas y laríngeas sobre el escenario. No tardaron en encontrar a Susi, la veterinaria, quien las llevó con el resto del grupo, el cual ocupaba una esquina entera de la barra.

—¿Qué te pongo? —preguntó la camarera.

—¡Bastante! —contestó la veterinaria.

Carlota y Chloé se miraron con los ojos como platos, soltaron una carcajada y esperaron a que aquellas dos terminaran de tontear para pedir sus bebidas. A la morena ese tipo de eventos la aburrían sobremanera, pues la música sonaba tan alta que apenas podía hablar y, con el pasar de las horas, la embriaguez de sus acompañantes hacía que se sintiera fuera de lugar, pues las cosas no son nunca tan graciosas como un borracho se cree. Sin embargo, tenía de salvavidas a Chloé, que bebía, pero con moderación, no como las amigas de Celia, autóctonas de Canguingos y con el mismo aguante etílico que un estibador ruso.

—Vaya con la veterinaria, no veas cómo las tira la tía. —Carlota estaba impactada.

—Tú es que no la conoces mucho, pero su cama nunca se enfría.

—¡Qué me dices! Con lo modosita que parece.

—Las apariencias engañan. —Se hizo la interesante con un

movimiento sutil de cejas, la francesita.

—Y que lo digas. —Carlota la miró de arriba a abajo con suspicacia y dio un trago a su refresco.

Estuvieron un rato en silencio, disfrutaron de la música y del buen ambiente en general, pero parecía que a Chloé le había quedado algo por decir.

—Conmigo también lo intentó.

—¿El qué?

—Ligar.

—¿La veterinaria? —Chloé asintió con el vaso en los labios—. ¿Y funcionó?

—No es mi tipo —sentenció Chloé con una mirada que Carlota no le había visto hasta entonces.

—¡Pero qué me estás contando! Hostia puta, de lo que se entera una.

No era aquella la reacción que Chloé hubiera esperado, o deseado, aún no lo tenía claro, por lo que dejó aquel tema enfriar en la nevera, que era donde debería estar desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, como bien acababa de decir, las apariencias engañan, por lo que no supo hasta un par de horas después el efecto real que aquel descubrimiento había provocado en Carlota.

Se les unieron las amigas de Celia cuando la juventud hizo su aparición tras el botellón, pues el ambiente en ese momento se encontraba en la pista, que era donde ellas llevaban toda la noche. El repertorio, como llamado por una fuerza superior, cambió de las canciones propias de la gente mayor, con sus pasodobles, su fado y su ventanita del amor, a algo más moderno como el reguetón, antiguo y nuevo, y el pop actual. Celia no le tenía miedo a nada, por lo que chapurreó durante un buen rato con música en inglés.

Chloé y Carlota bailaban apretadas por la ingente masa de personas que acababa de llegar. Cantaban a voz en grito y hacían corrillo con Susi, Jessica y Amelia, las amigas de Celia, que vociferaban «temazo» a cada canción que su amiga interpretaba. Se lo estaban pasando en grande, a pesar del calor sofocante y la falta de espacio.

La francesa sorprendió a todas las allí presentes, pues, tanto por edad, como por maternidad, como por francesidad, nadie hubiera dicho que se moviera tan bien y que se supiera la letra de todas y cada una de las canciones. Carlota estaba impresionada y no dejaba de decírselo al oído cada vez que se acercaba a ella a bailar.

—Pero bueno, panadera, me tienes flipando esta noche, ¿eh?

—¿Por el vestido?

Carlota se separó un metro de ella y la observó con descaro.

—También. No me había dado cuenta de que la falda tenía raja.

¿Tú conoces a Estopa?

—No.

—Así no vas a conseguir la ciudadanía —se lamentó y se alejó de ella de camino al escenario.

Regresó a los dos minutos con una nueva bebida para cada una y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿¡Cómo está mi gente guapa de Canguingooooossss!? —Celia se lo gozaba a niveles extremos y extendió el micrófono para escuchar el grito que pegaron sus conciudadanos—. Ay, ay, ay, qué noche, qué modelitos me traéis, yo es que ¡OS COMO LAS CARAS! —Una nueva ovación y un golpe estudiadísimo de pelo de Celia—. Ahora vamos a cambiar un poco de registro, que me han pedido una canción que es un temón y a la familia no se le puede decir que no. ¡Vámonos… CON… ES… TOPA!

Un nuevo aplauso sideral y los primeros acordes sonando por los altavoces. Carlota cogió la mano de Chloé y bailó con esa gracia que la caracterizaba, es decir, ninguna. La pobre tenía un arte con las rumbas que mejor se hubiera quedado quietecita, pero tan alta como era, tan morena, con ese pelo afro y la sonrisa deslumbrante bajo la luz de los focos, dando pasos sin ton ni son como un *ent* de *El Señor de los Anillos* y con la misma soltura, que a Chloé no le quedó más remedio que mearse de la risa ante semejante espectáculo audiovisual.

—¡Por la raja de tu falda yo tuve un piñazo con un Seat Paaandaaa!

Carlota cantó en su oído, y tan cerca quedaron los labios de su oreja que aquel detalle impactó con brutalidad en ellas, tanto que, al separarse, el clima había cambiado por completo. No había risitas disfrutonas ni ojos achinados, sino miradas oscuras, respiración farragosa y un pellizco en las zonas blandas de cada una. Se miraron como si no se conocieran o como si acabaran de hacerlo, se midieron las distancias, los rumores de sus respiraciones aún palpables en sus pieles de gallina, e hicieron cuentas mentales sobre los pros y los contras de todo lo que estaba sucediendo en el terreno pantanoso de su imaginación.

La muchedumbre no permitió durante mucho más tiempo aquella separación necesaria, por lo que volvieron a colisionar en medio de la pista, donde el tiempo se había detenido y nadie les prestaba la más mínima atención. Pasaban muchas cosas en ese metro cuadrado, cosas que necesitaban un periodo de asimilación prudencial con el que no contaban, pues la realidad se impuso con cruel puntualidad al pasar a la siguiente canción. Fue Chloé quien retomó el baile otrora inocente e ingenuo, ahora transformado en un cortejo oscuro de movimientos mínimos y sudados, de

desplazamientos de milímetros que hacían tambalear el suelo que se pisaba y el aire, pesado aire, que se respiraba.

—¡Conmigo, Canguingos! —La música se detuvo en un *rubato* arrebatado y Celia cantó a capela y alargando las sílabas—. ¡DES... PA... CITO!

La francesa incrustó una pierna entre las de Carlota para comenzar el vaivén cadencioso de sus caderas al ritmo de la música. De lado a lado y tiro porque me toca. La rubia la miraba desde abajo a través de sus pestañas, y aquella visión hizo que las manos de Carlota pidieran la independencia del resto de su cuerpo y, sobre todo, de su cerebro. Se colocaron en su cintura para moldear el movimiento sinuoso de la francesa, aunque en realidad lo único que hacía era acompañarlo y sujetarse.

—¡Déjame sobrepasar tus zonas de peligro hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido! —Celia cantaba motivada y Carlota estaba a punto de caer desplomada contra el pavimento.

—¿Cuál es tu apellido? —Chloé, de puntillas, lo preguntó al lóbulo de su oreja.

—Panadera... —Había advertencia en su voz, y urgencia de no sabía qué. Bueno, a esas alturas sí que lo sabía.

—¿Qué?

—Que no calientes lo que no te vas a comer.

—¿Y...? —Carlota escuchó a la perfección cómo tragaba saliva, un ASMR inesperado que anticipó lo que estaba a punto de decir. Un aviso, una luz de emergencia—. ¿Y si resulta que me muero de hambre?

Las aletas de la nariz de Carlota se inflamaron para soltar todo el aire que quedaba en sus pulmones. Miró a Chloé como si estuviera a punto de echarle la bronca, de darle un bofetón, de comérsela allí mismo.

—Me voy.

Y se largó, se escabulló entre la masa húmeda y alcoholizada y dejó a Chloé con cara de estar a punto de descubrir dónde estaba la cámara oculta. Pero no se lo iba a permitir, Carlota le había buscado las cosquillas tanto o más que ella, por lo que tenía que hacer frente a sus actos del mismo modo que acababa de hacerlo Chloé. Salieron una tras otra de la plaza a paso ligero y sin dirigirse la palabra, atravesaron los puestos y subieron la cuesta que salía del pueblo hacia donde vivían. Por el camino se cruzaron a gente que bajaba y las saludaba, a lo que ellas respondían con toda la amabilidad que podían.

—¿Vas a seguir corriendo hasta tu casa?

—Chloé, por favor.

—¿Qué?

—Que no podemos... no podemos...

—¿No podemos qué?

Carlota se detuvo en la primera calle en que se quedaron solas y susurró a los gritos.

—No podemos guarrear de esta forma, por el amor de Dios, tienes un hijo, eres mi vecina, ¡somos amigas!

—Entonces, ¿esta atracción es solo cosa mía? —le preguntó a quemarropa. La brecha idiomática hacía que la francesa no supiera utilizar la sutileza, por lo que Carlota casi se desmaya.

—No, pero es algo que se puede ignorar. Joder, panadera, que llevamos meses haciéndolo.

—¿Meses? —Sonreía Chloé, presumida, con la autoestima súbitamente alta. Ella se había dado cuenta más tarde, al parecer.

—Sí. A ver, no hasta el punto al que hemos llegado hoy, pero sí. —Detuvo su ir y venir y la miró—. Claro que sí, pero flojito.

—¿Y hoy?

—Hoy flojito no, hoy fuerte, hoy fuerte como el vinagre.

Chloé rio por lo bajo y Carlota sintió ese impulso, flojito como acababa de admitir, que había tenido siempre de besarla cuando reía de esa manera, entre tímida y satisfecha. Se esforzó en calmar la respiración y el repiqueteo del corazón.

—Vale, pues perdona por haber sido tan directa.

—Tú es que te has visto sin el niño en unas fiestas de pueblo con dos *gin-tonics* encima y te has vuelto adolescente de repente —le reprochó Carlota.

—Puede que tengas razón. —La francesa lo aceptó con un suspiro —. No volverá a ocurrir.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó la morena en tono lastimero. Se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza, desesperada.

—¿El qué?

—Desvelar el pastel.

—¿Cómo?

—Joder con el idioma. Que por qué has puesto en palabras esto. —Las señaló a ambas.

Chloé se detuvo un segundo a pensarlo. Hasta el momento lo había llevado bien, era algo platónico, un juego de niñas, una tontería que le subía el ego. ¿Por qué fastidiarlo al decirlo en voz alta?

—Porque ya no se mantiene estable. Últimamente crece.

—Pero si no se dice no existe, Chloé, joder, que pareces nueva —le explicó al tiempo que entrelazaba los dedos de sus manos y las ponía tras el cuello para mirar el cielo, el cual se le acababa de caer encima, mientras daba vueltas sobre sí misma cada dos pasos,

como un león en una jaula.

—Vale. Lo siento, hagamos como que no ha pasado nada y ya está. Somos adultas.

Pero Carlota siempre hacía lo mismo, solo la diosa sabía por qué. Primero rechazaba y luego buscaba, como si le diera menos miedo si salía de ella, si tomaba la iniciativa, como si pudiera controlarlo si la propuesta era suya. Cogió aire y lo soltó con potencia varias veces, igual que los toros bravos. Se sonrojaron los labios de Chloé al sentirse tan observados y pudo percibir el impacto que tuvo en la morena el preciso instante en el que Chloé sacó la lengua y los humedeció. Aquello no había quien lo parara.

La forastera caminó hacia ella con decisión y se estrelló contra su boca como si esta fuera un manantial y ella una pobre vagabunda en el desierto. Se produjo un lío de manos y de pelo rubio, de falda blanca y pendientes largos. Se respiraron en la boca cuando no pudieron más y continuaron sus labios descubriendo el terreno que tanto tiempo habían esperado recorrer.

—¿Pero no decías que no? —le susurró la rubia, aliento con aliento.

—Cállate, Chloé.

La rubia disfrutó de aquello un poco más, pero en cuanto encontró una grieta por donde escapar se apartó de ella y la miró a los ojos.

—Carlota, te lo pregunto en serio. ¿Por qué ahora sí?

—Porque... —Carraspeó, dio un paso atrás y se limpió las boceras de saliva que tenía por los alrededores de la boca con el dorso de la mano—. Porque he pensado en la idea de encontrarnos mañana en los juegos populares de la plaza y no veo viable que pueda seguir como si nada después de oírte decir, con ese jodido acento francés del demonio, que te mueres de hambre mientras me miras de esa forma —le espetó con dureza.

—*D'accord.*

—Si es que lo haces aposta.

Negó la morena y volvió a su encuentro en busca de más. Chloé la recibió con la misma ansia y permanecieron envueltas en el sonido de sus besos durante un tiempo imposible de medir.

—Entonces... —la rubia volvió a separarse—, piensas que lo que pasa es que hay que resolver la tensión.

—Exacto, porque es insoportable, Chloé.

—¿Y crees que así podremos retomar después la amistad?

—Eso no lo sé, pero de lo que estoy segura es de que la amistad no podría continuar de la misma manera si las dos tenemos esos pensamientos intrusivos cada vez que nos vemos. Y menos ahora que has tenido la feliz idea de decirlo en voz alta, porque yo sabré

lo que tú estás pensando y tú sabrás lo que yo estoy pensando, que es exactamente lo mismo, entonc…

—Claro, tiene sentido.

En esta ocasión, fue Chloé la que saltó sobre la forastera para que se callara de una vez, la cual la cogió al vuelo mientras esta enroscaba las piernas en torno a sus caderas. No pidió perdón ni pidió permiso, pues el hecho de sostenerla por el culo no era más que una cuestión de logística. O al menos lo era hasta el momento en el que la francesa le gimió en la boca, que entonces ya se convirtió en otra cosa.

A trompicones y tras una docena de paradas técnicas, llegaron a casa de Chloé, que estaba unos diez o doce segundos antes que la de Carlota, tiempo imprescindible y valioso dadas las circunstancias.

Mientras la francesa intentaba poner toda su atención en abrir la puerta de entrada, la morena la distraía pegándose a su espalda, apartándole el pelo hacia un lado y dibujando un caminito de besos mojados por la curva cerrada que hacía el hombro al subir por el cuello y de vuelta hasta la tira de ese vestido rajado que había actuado como gasolina en el incendio que estaba a punto de arrasar con la poca cordura que les quedaba.

—Carlota, *s'il vous plaît* —suplicó Chloé al tercer intento de introducir la llave en la cerradura.

—Mira, sin manos.

Deslizó entonces la nariz por la parte de atrás de la oreja descubierta de su vecina y panadera local, absorbió su aroma y lo soltó despacio para que cada vello rubio que tenía a la vista se erizara como un libro escrito en braille. Le dieron unas ganas terribles de ponerse a leer en esa piel que ardía cuando la puerta cedió al fin y Chloé se apresuró a entrar, temerosa de deshacerse de anticipación. Carlota se quedó en la entrada y el clic de la puerta al cerrarse tras ella la sobresaltó. Le dio un arrebato de timidez que la rubia se encargó de disipar con esa manera voraz de mirarla que había desarrollado.

Cogió la francesa su mano y degustó el contraste de sus pieles a la luz de la poca luna que entraba por la ventana en lo que tardaron en emprender el camino hasta el dormitorio principal, santuario oculto y privado, escondido a la vista de visitantes y extraños, reconvertido por obra y gracia del deseo volcánico en escenario compartido. Se supo intrusa la morena en aquella estancia íntima y se esforzó en creerse a esa mujer en el acto de invitarla y depositarla a los pies de la cama.

Un tirante se le escurrió brazo abajo y Chloé se apresuró a llevarlo de nuevo a su sitio. Estaba sin aliento, sobrepasada, muerta

de miedo, de vergüenza, de ganas. Hacía tanto que no se sentía así que le pareció incompatible con su edad aquella ansiedad por tocarla —como si tuviera algo que ver la velocidad con el tocino— e insalvable la distancia que la separaba de una belleza como la de Carlota. Un quiero y no puedo que debió de reflejarse en ese gesto pudoroso de recolocar el tirante, alumbrada a duras penas por la escasa luz que llegaba del alumbrado municipal, porque la morena deshizo el medio metro que las separaba y devolvió el tirante al lugar donde debía estar: caído. Llevó su atrevimiento más allá e hizo lo mismo con el otro para que quedaran en igualdad de condiciones, y fue tan veneradora la manera en la que Carlota deslizó los dedos por los hombros y las clavículas desnudas de Chloé que a la rubia se le desbarataron las vergüenzas y las inseguridades. Con un premeditado movimiento de caderas, como un truco del abracadabra, el vestido cayó a sus pies.

—Chloé…

—¿Qué?

Se paró Carlota a descansar en un silencio y un tragar saliva para recuperar la concepción espacio temporal del momento en que estaba involucrada.

—Iba a decir que estás como el pan, panadera, pero no tengo ningunas ganas de bromear ahora mismo.

—¿Y de qué tienes ganas?

—De ti.

Carlota se quitó de un tirón adolescente la camiseta apretada que llevaba para empatar la contienda. Dejó el torso a la vista, cuyo mapa físico de valles y cordilleras Chloé conocía al dedillo de tanto anhelarlo desde el balancín del porche, el escaso tiempo que permanecieron alejadas para terminar en una colisión piel con piel y un fundido a negro que las llevó a chapotear en las tinieblas incandescentes del tocarse a tientas. Se produjo una pelea de manos codiciosas que luchaban por desanudar el cordón del pantalón de Carlota, batalla que ganó la francesa, pues más sabe el diablo por viejo que por diablo, la cual dedicó menos tiempo del que hubiera deseado en deleitarse en la tersa piel de los muslos de su vecina, que recorría a manos llenas camino abajo acompañando la tela. No pudo evitar el impulso tantas veces ignorado de pasar los labios húmedos, la mejilla sobre ellos. Le parecieron neumáticos y elásticos al tacto, y no supo que la estaba mordiendo hasta que Carlota le apartó la boca de la carne con un tirón de pelo que las dejó sin aliento.

Se intuyeron en aquella diferencia de altura más amplia en aquella ocasión, una de pie y otra arrodillada en el suelo, y no brillaron sus ojos en la oscuridad, sino que se convirtieron en

agujeros negros en los que ambas cayeron como Alicia en la madriguera.

Se enredaron sobre las sábanas y se acariciaron con verdadera devoción, como si no terminaran de creerse, como si acabaran de descubrir que surtía efecto eso de manifestar para conseguir lo que una ansía, porque ahí estaban, encima, debajo de la otra, besándose con una necesidad primitiva y animal. No supo Carlota en qué momento perdió la ropa interior, ni tenía claro el instante en el que se deshizo de la de Chloé, solo fue consciente cuando la francesa le llenó la cadera de la humedad viscosa que inundaba el centro de su cuerpo. Se le precipitaron las ganas y no tardó mucho en averiguar lo que era la embriaguez de emborracharse de ella.

—Carlota…

—En francés, por favor.

—¿Qué? —Respiraba por costumbre la rubia, pues tenía la atención y la sangre a un palmo por debajo del ombligo.

—Que digas mi nombre en francés.

Chloé quiso negarle lo pedido, como era habitual entre ellas, pero perdió la ocasión cuando Carlota le asestó el golpe definitivo con los dedos en su centro de gravedad.

—¡Charlotte!

Se le deshizo la francesa entre los labios y acompañó sus sacudidas con verdadero talento. Trepó por su cuerpo tembloroso hasta el hueco del cuello y pensó que podría quedarse dormida allí. No quedó un hueco entre ellas, pues procuró la morena cubrir toda la superficie de la anatomía de Chloé, y recuperó entonces un recuerdo de tiempos pasados, tiempos adivinos y premonitorios.

—Mira, Chloé, estamos filmadas a piel.

—A piel…

La francesa le acarició la espalda mientras recuperaba el aliento y la consciencia de su cuerpo, que recobraba su forma sólida después de haber pasado de gaseosa a líquida.

—Oye, Charlotte, entonces… después de resolver la tensión, ¿amigas otra vez?

—APS, panadera, Amigas Para Siempre.

—*D'accord.*

Chloé se dio por recuperada y, con un movimiento estratégico y preciso de yudoca profesional, se colocó sobre la morena y se elevó, sentada sobre las caderas de Carlota, divina y humana, poderosa y vulnerable en la oscuridad de su antaño solitario dormitorio, para llevar a su invitada al séptimo cielo del que venía ella.

21

Qué buena está la madre de mi amigo José

CARLOTA
Tía

Ana, a quinientos kilómetros de distancia, sintió el seísmo que esa palabra había provocado en la península ibérica. Percibió sin dificultad cómo la onda expansiva atravesaba Castilla la Vieja hasta golpear contra su ventana de Climalit.

—Se viene.

Golpeó el hombro de Fran, que jugaba al Fifa en la otra punta del sofá, se levantó, sacó el paquete de tabaco que fumaba solo cuando se tomaba unas cervezas o cuando chinchorreaba con su amiga y salió al balcón. Regresó en busca del móvil, que se había quedado sobre el asiento del susto, y volvió a golpear repetidamente el hombro de Fran, quien se tuvo que quitar un auricular para ver qué narices quería.

—¡Fran, que se viene!

—¿Carlota, por fin?

—Sí. ¿Dónde está el mechero?

—En esa cajita del mueble hay dos o tres. —Ana se puso a rebuscar—. ¿Con la veterinaria o con la francesa? —le preguntó, curioso y con la partida detenida. Era un cotilla de cuidado.

—No lo sé todavía. ¿Apuestas?

—La francesa, de calle. —Extendió la mano el muchacho.

—Siempre has estado en su equipo, tío, y ni siquiera sabemos si le gustan las chicas. La veterinaria es la apuesta más segura.

—Pues échate la mano, valiente —la retó.

—Hecho.

Los dos cerraron el pacto con un fuerte apretón de manos y un pico rápido, tras el cual Ana salió al balcón y se puso los auriculares para la más que probable llamada de su amiga.

ANA
Dime

CARLOTA
¿Te puedo llamar?

Ana sonrió con suficiencia, lástima que nadie hubiera escuchado sus pensamientos, tan acertados. Llamó directamente y encendió el cigarro en el momento en el que Carlota descolgó al otro lado.

—Buenos días, qué madrugadora estás tú para ser domingo de

fiestas patronales, ¿no?

—*Calla, calla.* —Carlota respiraba fuerte, señal de que iba caminando.

—¿Dónde vas? Que te escucho con fatiga.

—*De dónde vengo, querrás decir.*

—¿De dónde vienes?

—*Ay, Ana, ay… Que la he liado.*

Ana asintió en dirección a Fran, que había ido a echarle un ojo a la comida y, de paso, a por un refresco para él y una cerveza para ella, que agradeció con un «te quiero» en *playback*. El chico hizo un gesto con la cabeza para preguntar que qué pasaba, a lo cual Ana respondió agitando la mano que tenía libre de arriba a abajo para expresar que, en efecto, se venía fuerte.

—Va, pues cálmate y cuéntame, que seguro que no vienes de enterrar ningún cadáver. —El silencio al otro lado no le resultó nada halagüeño—. ¿Verdad, Carlota?

—*Que no, tía, que no. Espera que entre en casa, necesito un cigarro.*

Ana se desesperaba en su silla, retorcida como una culebra, pero mentalizada de que tenía que ser paciente y comprensiva con su amiga. Escuchó ruido al otro lado y unas cuantas maldiciones, y cuando menos lo esperaba, Carlota soltó la bomba.

—*Me he acostado con la francesa.*

—Ya era hora, hija.

—*¿Qué?*

—Que ya era hora de que le dieras a tu cuerpo alegría, Macarena.

—*Tía, ¿me has oído? Con Chloé, la panadera del pueblo, la madre de Paco, la…*

—La MILF, efectivamente, Carlota, una madurita interesante que está como un quesito francés. Yo pensaba que sería con la veterinaria, pero bueno…

Fran, desde dentro, preguntó con un encogimiento de hombros quién había ganado. Ana lo señaló con fastidio y él apretó el puño como si acabara de meter un gol.

—*¿Susi? ¡Qué va! Ya te dije que no me gustaba en ese sentido. Es un poco básica.*

—Me la suda la Susi, Carlota —la cortó sin miramientos—. Quiero la salsa.

—*¿Por dónde quieres que empiece?*

—Pues por el principio. ¿Folla bien?

—*Eso no es el principio, Ana.* —Carlota sonrió por primera vez en toda la mañana. Nada era tan importante ni tan terrible cuando hablaba con su amiga.

—Contesta o te cuelgo, y ahora mismo me necesitas más tú a mí

que yo tu salsa.

—*¿Estás segura?*

Un silencio pesado y largo como un día sin pan al otro lado del aparato.

—No.

Carlota se dispuso entonces a contarle cómo había ido la noche y la madrugada. A medida que hablaba, pensó en detalles del pasado que había obviado, pero que en ese momento regresaban a su mente con fuerza y con una clarividencia sobrenatural.

—*Filmar a piel.*

—¿Qué? —Ana masticaba unas patatas fritas sabor jamón a carrillo lleno, sorprendida de tener que intervenir en el soliloquio de su amiga.

—*Nada, que yo creo que le tenía ganas desde hacía mucho tiempo. Y lo sabía, ¿eh? Que tonta no soy, pero me lo hacía. Tampoco es que estuviera desesperada por ella, se podía controlar…*

—Entonces, ¿por qué ayer por la mañana se podía controlar y hoy vienes de casa de la panadera con las bragas en un bolsillo?

—*Pues porque tú puedes ir llenando un vaso gota a gota sin que pase nada, pero después de un tiempo llega un punto en el que el vaso se desborda.*

—Y chorrea.

—Y *chorrea* —asintió Carlota, ensimismada con tremenda metáfora.

—Como tú, guarra. *La madre de Paco me está volviendo loco…* Vaya tela —canturreó Ana entre risas ante la situación que a su amiga le había tocado vivir.

—*¿Eh?*

—Tía, la canción de El canto del loco.

—*Ah.* —Tardó aún unos segundos en procesar lo que su amiga le decía—. *No jodas, nada que ver.*

—Paco es tu amigo.

—*Paco tiene siete años, Ana María.*

Continuaron un rato con el debate sobre las similitudes entre la canción y la vida de Carlota, disputa que consiguió lo que tanto necesitaba la morena: poner las cosas en su lugar y darle la importancia que tenían.

—¿Así que ahora estás de rollo con la francesa?

—¡No! *Lo de anoche fue para hacer borrón y cuenta nueva.*

—¿Cómo es eso?

—*A ver, la tensión sexual se ha ido acumulando durante todos estos meses, ¿no? Así que, al resolverla, se vacían las ganas y se queda la libido a cero, limpia como un solar.*

—Ah, claro, que ahora resulta que cuando tienes muchas ganas

de algo, lo pruebas y resulta que te gusta, dejas de querer volver a comerlo, ¿es eso lo que me estás queriendo decir, cariño mío?

—*Eh… sí.*

—Dale una vuelta, a ver si de tanto hacerte la tonta estos meses al final se te ha pegado algo.

—*En serio, Chloé… o sea, Ana…*

—¿Me acabas de llamar como a tu amante bandida? Madre mía, Carlota, estás perdida.

—*A lo que iba* —la ignoró—, *que te lo digo en serio, esto no va a volver a pasar.*

—Lo que tú digas, calienta-*baguettes*. Te tengo que dejar que está Fran con la comida ya encima de la mesa y me está mirando un poco mal. Quedo a la espera de nuevas noticias. Te quiero, amiga.

—*Te quiero, pesada.*

Colgaron y Ana tomó el asiento frente a su novio. Sonreía como una tonta y negaba con la cabeza con un gesto de incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran antes de atacar su plato.

—Carlota, que después de acostarse con la francesa dice que una y no más, santo Tomás.

—Oye, igual…

—Fran, esto es más grande que lo de Fátima, hazme caso. Anoche cenaron juntas con la familia de Carlota, luego se fueron a los puestos de la feria, se compraron pulseras a juego, se regalaron peluches, comieron helado y le compraron un regalo al hijo de la francesa.

—No sabía que eran novias —comentó Fran con sorpresa.

—Tranquilo, amor, que ellas tampoco lo saben. De Carlota me cuadra, porque sabe de relaciones lo mismo que de física nuclear, pero la francesa tiene calle, ¿sabes?

—A ver, gordi, si lleva siete años sin tener ninguna relación… A lo mejor a ella también se le ha olvidado.

—Esto es mayor que lo de Lourdes, Fran.

***

Chloé escuchó a la perfección cómo Carlota se marchó de su casa a hurtadillas. No desveló su desvelo porque sintió, al igual que parecía haberlo sentido su vecina, la incomodidad de encontrarse despojadas ya del calor y el desenfreno del deseo más arrollador. Cambian las apariencias y los colores bajo el influjo del sexo y no estaba preparada para ser vista a la limpia y casta luz de la mañana, con las estrías blandengues que le habían quedado en la tripa tras el embarazo, las patas de gallo y la flacidez de una carne que ya nada tenía de nueva. Agradeció que la joven huyera con su tersa piel de vuelta a casa para comenzar a prepararse para hacer como

si nada hubiera sucedido. ¿Serían capaces? Solo la práctica podía darle la respuesta a esa pregunta.

Se dirigió a la ducha para deshacerse de los restos de saliva que habían discurrido como meandros por todo su cuerpo, del rastro de los besos infinitos que no habían escatimado en recorridos ni en idas y venidas, del itinerario de una lengua áspera que había estimulado cada terminación nerviosa de su organismo sin ninguna prisa y con mucha pausa. Había descartado de manera definitiva la concepción aniñada de Carlota, que parecía tan torpe en las relaciones interpersonales de cualquier índole que había trasladado dicha torpeza al ámbito sexual sin ningún reparo ni objeción, dándola por hecha.

Bajo la alcachofa de la ducha, que la empapaba lento desde la cabeza hasta los pies, aceptó lo equivocada que estaba, evocó momentos que no dejaban lugar a dudas de lo mayúsculo que había sido su error y fue entonces que el agua templada comenzó a hervir al entrar en contacto con su magmática piel.

Mientras pasaba las manos llenas de jabón por su anatomía en un esfuerzo por olvidar una noche única y sin réplica, esta no hizo nada más que repetirse una y otra vez, proyectada sobre la parte cóncava de su cráneo, en bucle. Sus dedos se empeñaron en rememorar los eventos clandestinos que habían sucedido dentro de las paredes de su casa, y se tapó la boca para guardar ese secreto cuando todo lo vivido estalló de nuevo.

Salió de la bañera más impregnada de sexo de lo que había entrado, pues había menos dificultad en resistir los impulsos de la carne ante lo que una imagina que ante lo que se recuerda.

CARLOTA
Qué pasa, panadera

Chloé miró la notificación del móvil sin abrirla. Se le aceleraron las pulsaciones y tuvo que abrir la boca para poder respirar. Terminó de secarse el pelo antes de contestar para calmar sus instintos primarios y también los secundarios. Cuando lo hizo, recogió el aparato del lavabo y se sentó en una silla del comedor como si desde allí pudiera tomar mejores decisiones que desde el baño.

CHLOÉ
Buenos días, zanahoria

CARLOTA
¿El plan sigue en pie?

CHLOÉ
Claro, estaba terminando de arreglarme, ¿te recojo con la moto?

CARLOTA
Venga
¿Quince minutos?

La francesa soltó un suspiro sideral y notó el temblor de sus manos. Cerró los ojos y respiró con consciencia de cómo el aire entraba y salía de sus pulmones, cómo se inflamaba su pecho y volvía a caer sobre las costillas cuando se vaciaba. Lo repitió hasta que sintió sus pulsaciones volver a la normalidad y se puso de pie para echarse un último vistazo en el espejo. Estaba insegura como nunca, pues aunque fuera decidida a mantener la noche anterior en un cajón cerrado y remoto de la memoria, no podía esconder cuánto le gustaría sentir los ojos de Carlota de nuevo sobre ella mirándola de esa forma agónica, como si fuera la única mujer sobre la tierra, como si fuera, en efecto, deseable y apetitosa. Aunque sucediera solo una vez más. Se desabrochó un botón del suéter que llevaba puesto y, tras saberse ridícula en sus estúpidas aspiraciones, lo volvió a abrochar y salió sin darle más vueltas.

Carlota escuchó el ruido de la Derbi Variant, inconfundible en el silencio campestre, y tuvo que golpearse el pecho con el puño cerrado para que el corazón le volviera a latir. No es que estuviera nerviosa, es que estaba histérica. ¿Por qué tanto? Solo era Chloé, la panadera, la madre de Paco… Y la de José, la sensual francesa que le recitaba palabras en su idioma al oído a las puertas del orgasmo, palabras que ella no comprendía, pero qué más daba, porque sonaban a la música celestial con la que te reciben al llegar al paraíso. Tuvo que detener sus pensamientos justo ahí, pues no hacía falta sumarle grados al calor que hacía un mediodía de agosto por muy al norte que estuviera.

Abrió la puerta y tuvo que sujetarse al marco cuando la vio aparecer con aquella moto del pleistoceno y un mono suelto color crema que resaltaba el moreno conseguido en los domingos de playa. Estuvo tentada de regresar al interior de su hogar, pues no estaba segura de poder soportar la tensión de un encuentro como ese, por lo que dio un par de saltos en el sitio, hizo crujir el cuello al moverlo de lado a lado, estiró los brazos y bajó los dos escalones que la separaban de la hormiga atómica rubia que le tendía un casco de bicicleta.

—Buenos días, panadera —la saludó con el tono de siempre, pero con expresión de loca en la cara. Nunca había tenido que pasar por una situación como esa.

—Buenos días, forastera. Lo siento, no tengo otro —se disculpó por el casco que la morena intentaba ponerse sin mucho éxito—. ¿Te ayudo?

—¡No! —Carlota se alejó un metro de ella con el espanto reflejado en el rostro. De pensar en volver a tocarla se le desalineaban los chakras. Chloé pudo haber reaccionado de muchas maneras, pero le dio por reír.

—¿Así es como tú haces como si nada?

La morena se quedó con los ojos como platos y la boca abierta ante la mención del acto innombrable que había tenido lugar la noche de anoche. ¿Cómo se atrevía?

—Eh…

—Pensaba que sabías lo que hacías —continuó con una sonrisa de prepotencia.

Los nervios evidentes de Carlota habían calmado los suyos. La muchacha, ante aquella sinvergonzonería de la francesa, se repuso.

—¿Y no es así?

El tono no dejaba lugar a dudas sobre a qué se refería, por lo que le tocó a Chloé tragar en seco, más aún cuando esta se acercó para que la ayudara con el casco, levantando el mentón y dejando el cuello, ese cuello que se había aburrido de morder hacía apenas unas horas, a la vista y a su alcance. Carlota, como siempre, se asustaba de primeras y contraatacaba de segundas.

—Sí, tengo que reconocer que sí. Listo. —Bajó las manos del broche del casco cuando este hizo clic y arrastró el culo sobre el asiento para hacer hueco a la morena—. ¿Subes o quieres que nos pasemos aquí toda la mañana debatiendo sobre quién lo lleva con más indiferencia de las dos?

Carlota se sentó sin hacer ningún comentario, molesta ante aquella última frase de Chloé. Quizá, si hubiera visto cómo esta cerraba los ojos y temblaba en el sitio al sentir el contacto de su cuerpo tras el suyo, no le hubiera enfadado tanto, pero como no tenía una cámara tres sesenta no le quedaba más remedio que comerse aquel comentario mordaz que le había hecho sentir tan insignificante.

Los juegos populares de Canguingos se trataban en una serie de ejercicios a modo de yincana, que incluían desde carreras de sacos hasta lanzamiento de huevo, en los que podía participar cualquier persona que se inscribiera. La competición era una excusa tan buena como otra cualquiera para reunir a la ciudadanía en la plaza Mayor para beber limonada y comer. Carlota y Chloé fueron solo a mirar cómo jugaban los demás, y permanecieron inmersas ambas más en sus propios pensamientos y luchas internas que en el desarrollo de la mañana. El ambiente se masticaba espeso y tenso entre ellas, pero ninguna se decidía a aligerar aquel malestar que ni sabían a qué venía. O sí.

—¿Por qué has dicho que tenemos que debatir sobre quién lo

lleva con más indiferencia de las dos? —Carlota ya no pudo más con esa duda que iba royéndola de dentro hacia afuera.

—¿Cómo?

—Antes has dicho que si quería que siguiéramos debatiendo sobre quién de las dos lleva esto con más indiferencia. ¿Te resulta indiferente?

—¿El qué?

—Yo. Lo de anoche.

Chloé la miró perpleja, sin poderse creer lo que escuchaban sus oídos. Le cogió una mano y la puso en la base de su cuello, donde se podía sentir, bajo la palma, el frenético ritmo de su corazón.

—¿Te parece que me resultas indiferente, Carlota?

La morena sonrió, más tranquila, y aprovechó que el Pisuerga pasaba por Valladolid para dejar una caricia con los dedos a la altura del esternón de Chloé.

—Eso es por la Coca-Cola, panadera, que tiene mucha cafeína. —Le quitó el vaso y se lo bebió de un trago—. Además, tú eres más de vino.

—¿No será que me quieres embriagar? —preguntó con dificultad. «Embriagar» no era una palabra fácil para una francesa.

—Puede.

Carlota agitó las cejas y tiró de la comisura del labio para dibujar media sonrisa encantadora de serpientes. Chloé se mordió el labio, negó con la cabeza y se fue a buscar otra bebida, sin cafeína esta vez.

El alivio de las dudas resueltas, de la inseguridad puesta a la luz para que fuera arropada y protegida, duró lo que tardó Chloé en regresar, pues a partir de ese instante no volvieron a alejarse más de medio centímetro la una de la otra. La fricción, brazo con brazo, provocó una electricidad estática creciente que derivó en aproximaciones innecesarias e involuntarias de pura e inconsciente ansiedad. Se ahogaban en la necesidad de contacto y se hacían las que no se daban cuenta al dejar una mano sobre la cintura de la otra o al rozarse las manos al andar.

Después de picotear lo que el Ayuntamiento y las peñas del pueblo habían ofrecido a los vecinos, entre concursos de tortilla y de sangría, el sol apretaba tanto a mediodía que la masa se diluyó un poco: algunos fueron a casa a reposar para la última noche de fiestas y otros se metieron en los distintos bares de Canguingos para continuar con el tardeo al resguardo del aire acondicionado hasta que el cuerpo aguantara. En principio, iban a entrar en el bar de la plaza, animadas por el tío Marcos y sus primos, pero se quedaron rezagadas ambas mientras esperaban que Celia terminara de fumar. La cantante de orquesta llevaba toda la jornada

recibiendo felicitaciones por su *performance* de la noche anterior, por lo que nuestras dos se quedaron a un lado sin querer interrumpir, pero sin decidirse aún a entrar.

—Felicidades a ti también por tu increíble actuación de anoche, por cierto —bromeó Carlota, que imitaba al concejal de Festejos en sus alabanzas hacia su prima, unos metros más allá.

—Carlota...

—¿Qué?

—Me desesperas. —La francesa bufó.

—¿Por qué?

—Porque eres radical. —Carlota abrió mucho los ojos. La diferencia de idioma volvía a dejarla a cuadros—. No existen los grises para ti. O te alejas de un salto si voy a tocarte o me haces este tipo de comentarios.

—Joder, perdona, ¿eh? Solo era una broma —se ofendió.

—No, no era una broma, pero no puedes pasarte la noche diciendo que después haríamos como si no hubiera pasado nada y luego tentarme todo el rato. No es justo.

Carlota la miró con los dientes apretados y el ceño fruncido. Le estaba dando bastante vergüenza aquel señalamiento público de sus pecados.

—Es que no me esperaba que fuera a ser tan difícil hacer como si nada, ¿vale? —susurró para no ser oída por nadie más—. Son muchas cosas que no me vi venir y estoy improvisando.

—¿Qué cosas no te viste venir?

—La electricidad —musitó sin pensar. Chloé se aproximó a ella medio centímetro que se sintió como un mundo.

—Ya estaba, la electricidad.

—¿Así? —Rozó el antebrazo de la francesa con el dorso de sus dedos y su piel se erizó al instante.

—No, así no —respondió sin aire—. ¿Qué más no viste venir?

—El gusto de gustarte.

—Te encanta gustarme.

—Más que comer con los dedos.

Se les habían agrandado los ojos a ambas como por magia oscura. Trémulas las pupilas, acuosas. El aire arrebatado, el ansia de los pulmones vacíos, el ardor del pecho quebrado, el esternón hundido a punto de acariciar la columna vertebral en busca del oxígeno negado.

—Chicas, ¿entramos? —preguntó Celia, pero ninguna se giró para mirarla y ella se quedó con una ceja en alto, ignorada por completo.

—Pues yo una siesta sí que me echaba —dijo Carlota con la mirada clavada en la de Chloé.

—O dos.

Sin mediar palabra, sin despedirse, sin dejarse de mirar se dirigieron hacia la moto. No les quedó más remedio que cortar el contacto visual para no chocarse con las esquinas que se interponían entre ellas y la soledad del dormitorio. Chloé casi tiró la moto contra el granero al llegar y subió los escalones que daban al interior de su hogar flotando sobre las manos de Carlota, que la elevaba del nivel del suelo y del mar con las puras ganas que se veían estampadas como una marca de agua en su manera de mirarla.

En aquella ocasión no quedaron guarecidos sus cuerpos en la negrura de la noche, no jugaron al ratón y al gato con las sombras, no se amaron a tientas sino a sabiendas, con la luz del mediodía, que bramaba entre las cortinas movidas por el viento, lamiendo su carne igual que sus lenguas, que las recorría igual que sus manos, que abarcaba todo el perímetro que forma el cuerpo de una mujer. Se le quitó la vergüenza a la francesa de verse descubierta en sus imperfecciones de señora madura al comprobar el deseo criminal de Carlota, que adoraba cada palmo de su anatomía como si fuera un ídolo mitológico, un ser sobrenatural, metafísico y metamórfico.

—Deja de mirarme como si fuera comestible —le espetó Chloé, con una ceja en alto y más peligro que advertencia.

—Anoche me lo pareciste. —Carlota se relamió los labios—. No eres tan mayor como para tener esas pérdidas de memoria, Chloé.

La francesa soltó esa risita satisfecha tan suya que volvía loca a la morena, la cual buceó por entre los brazos que la tenían abrazada para iniciar el descenso de la fosa de las Marianas. Rasguñó con los dientes la piel cuarteada del vientre de Chloé, mordió los molletes apetitosos de sus caderas, besó el monte y se deslizó en caída libre por el desfiladero para recrearse en los gritos que la panadera ahogaba en el puño unas veces, en la almohada otras, en su propia boca mojada las menos, cuando tiraba de ella para que la mirara a los ojos mientras se le deshacía en las manos.

Salió la morena del cuarto a por agua sin el pudor de la desnudez tras un par de *rounds* y, al regresar, se encontró con una francesa que la miraba muy seria y despeinada sobre la almohada en la que la había dejado.

—*Tu es une déesse.*

—Rebota rebota que en tu culo explota.

Carlota había dejado la botella en el suelo, juntado las manos y hecho el gesto que acompañaba la frase como la niña que en ocasiones era. Chloé soltó una carcajada que espantó a los pájaros del huerto y la morena se sintió, de una manera que nunca pudo explicar, vulnerable.

Se adoraron durante toda la tarde, se merendaron, se cenaron y

durmieron enredadas una con la otra, con la esperanza ingenua de haberse dejado el contador a cero, de haberse borrado el número de serie, de haberse quitado la exclusiva de la novedad de una vez por todas.

22

La semana perfecta

El lunes, las fiestas patronales de Canguingos habían terminado, por lo que todo trabajador y trabajadora de la localidad acudió a su puesto con el cansancio implícito de un fin de semana de mucho comer, mucho beber y poco dormir. Como muestra máxima de este suceso, tenemos el botón de nuestras protagonistas, las cuales, además de lo mencionado anteriormente, tenían sobre sus espaldas el agotamiento del sexo endiablado e insaciable. Ninguna era usuaria habitual de cuerpos ajenos para aquello tan necesario del placer y disfrute íntimo, por lo que despertaron con unas agujetas horrorosas y un dolor terrible en músculos que ni sabían que existían.

—Mira, pana, camino igual que Chiquito de la Calzada.

Como era obvio, Chloé no entendió la referencia y le dedicó la sonrisa apretada que le dedicaba siempre que la morena hacía bromas para hacerse gracia a sí misma y a nadie más. No necesitaba ni público, la tía.

—*Mon dieu*, me duele todo el cuerpo.

Carlota observó cómo Chloé salió de la cama y se tapó lo más rápidamente que pudo con una camiseta ancha que había por ahí y que, probablemente, utilizaba para estar por casa. Aun así, le dio tiempo a observar su cuerpo desnudo, de espaldas a ella, a deleitarse en las curvas, en las rectas y en los callejones sin salida de su anatomía. Sintió de nuevo el incendio que la francesa le provocaba y se maldijo a sí misma y a su perra suerte, pues parecía que no había maratón de orgasmos que apaciguara las ganas que tenía de ella. Correteó a vestirse ella también y escuchó, mientras estiraba las sábanas revueltas, cómo Chloé meaba. Se quedó impactada con aquel sonido, pues era la primera vez que compartía la cotidianidad de despertarse con una mujer y acompañarla en los primeros pasos del día. Le chocó aquella naturalidad por novedosa, y no supo que había atravesado una pantalla desconocida para ella hasta que sucedió.

No dio lugar a la incomodidad de un desayuno compartido que no sabía si quizá significaba más de lo que estaba dispuesta a aceptar, por lo que se encaminó con paso ligero a la puerta de entrada en cuanto Chloé terminó con su aseo matinal.

—¿Te vas?

—Sí, tengo un aliento de mil demonios y un trabajo en el que fichar.

Chloé aceptó que aquella separación era necesaria para enfriar la mente y los instintos, por lo que asintió con su gentileza habitual, depositó un beso en esa mejilla mil veces mordida en las últimas horas, como si aquel gesto, el más inocente del mundo, borrara la saliva y el sucio deseo en el que habían estado chapoteando todo el fin de semana, y la vio salir con el paso lento de siempre.

Se dio una ducha de cien horas y abrió la panadería con la misma cara de siempre, con el aspecto de cada día, pero con un brillo distinto en la piel que solo podrían apreciar aquellos que miran de verdad. Se sentía una persona nueva, como las casas que reforman por dentro, pero mantienen la fachada para no tener que regalarle metros a la acera. Cada persona que entraba, ojerosa, aquella mañana, no podía sospechar a qué se debía el dolor en el muslo donde Carlota había dejado marcados los dientes, ni el motivo por el cual llevaba anudado un pañuelo carré al cuello en pleno agosto, que no era otro que esconder las huellas de una tarde de merienda cena para el recuerdo.

ZANAHORIA (CARLOTA)
¿Cómo estás, pana?

CHLOÉ
Con ajujetas

ZANAHORIA (CARLOTA)
Agujetas
Creo que esta increíble sesión de sexo desenfrenado ha dejado a la vista el poco fondo físico que tenemos, panadera

CHLOÉ
¿Qué propones?
¿Apuntarnos al gimnasio?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Hay un dicho en España que me encanta
Anótalo en el workbook
«Una mancha de mora con otra verde se quita»

CHLOÉ
¿Qué significa?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Que las agujetas se quitan con otras agujetas

CHLOÉ
No entiendo…

ZANAHORIA (CARLOTA)
Vente a casa después del trabajo y te lo explico

Chloé pasaba los días en un estado perpetuo de delirio, pues Carlota no permitía que se le olvidara lo profundamente que la deseaba, aunque tuvo razón con el asunto de las agujetas, y después de tres días de estiramientos y entrenamiento compartido pudo comprobar cómo su cuerpo se habituaba a movimientos que hacía años que no practicaba.

Carlota, por su lado, se desesperaba en casa durante las horas en

las que ella había terminado su jornada laboral y Chloé, que abría por las tardes, trabajaba. Se le hacían largas e infructuosas, por lo que hacía escapadas con la excusa de comprar dulces y que aprovechaba para robar besos y llevar a cabo obscenos magreos en la trastienda de la panadería.

—¡Voy!

La campanilla de la entrada sonó en mitad de un gemido inesperado de Carlota, que era ruidosa y escandalosa, como en todo, también en el ámbito de la alcoba. No suponía un problema para Chloé, precisamente, pero en aquel momento hubiera deseado que no fuera tan intensa. Se deslizó tras el mostrador con las mejillas arreboladas y cara de culpabilidad mientras se recolocaba el mandil.

—Buenas tardes, Josefina. ¿Qué desea?

Solo ella pudo escuchar cómo Carlota se tragaba el comentario que le hubiera encantado decir en voz alta, y casi se le escapa la sonrisa al imaginarla en la pequeña habitación contigua mordiéndose el puño para controlar su lengua viperina.

—Ponme una chapata, anda, que han venido los chicos a pasar unos días en el pueblo y nada, que no acierto con la cantidad de pan. Menos mal que abres, hija.

—Para eso estamos. ¿Alguna cosa más?

—Pues ya que estás, dame también una docena de magdalenas para los niños, que no veas cómo comen. Están los muchachos de hoy en día tontos *perdíos*. *Mafin* que llaman ahora a las magdalenas, ¿te lo puedes creer?

—Una pena, Josefina.

—Pues ya estaría. Cóbrame, que me voy.

Regresó a la trastienda unos instantes después y allí se encontró a Carlota, repantingada en el sofá con una sonrisa de oreja a oreja por la *performance* de mujer no excitada que acababa de hacer su vecina la panadera.

—No tiene gracia, Carlota.

—Tiene muchísima gracia, Chloé. Te has ido roja como un tomatito cherri y has vuelto blanca como la cal. ¿Tienes miedo a que nos pillen?

—Sí.

—¿Te avergüenzas de mí?

—Casi todo el tiempo.

—Así me gusta. —Se levantó y le besó los labios con una ternura insólita en ella—. Me voy antes de que te dé un infarto. Nos vemos luego, ¿no?

—Ya veremos.

En cuanto Carlota puso un pie en la tienda, la puerta se volvió a

abrir, por lo que no hubo tiempo de esconderse ni de disimular. Había sido cazada con todas las de la ley, pero la morena era resolutiva e imaginativa, como ya sabemos, por lo que salió por la tangente sin mucha dificultad. Pasó las manos por la jamba de la puerta que separaba las dos estancias y negó con la cabeza.

—Pues Chloé, yo creo que para la reforma es mejor quitar esta puerta y hacer un arco, al final tienes que dejar aquí un espacio para que la puerta se abra que puedes aprovechar para poner otro horno ahí detrás.

—Ya... Bueno, pero tampoco quiero hacer tanta obra.

—Pues sacas la puerta de los goznes y la tiras al punto limpio, que te hace el apaño. Buenas tardes, Aurora, perdone, que he venido a echarle una mano a la francesa con la reforma.

—Nada, nada, jóvenes, si yo no tengo prisa ninguna.

—Ni quien se la meta, ¿verdad? —Aurora abrió los ojos imperceptiblemente, abrumada por semejante desfachatez de la forastera—. La prisa, digo.

—Ah, sí. Claro, claro, ya con las niñas criadas no me mete prisa nadie, por supuesto.

—Lo que yo decía. Bueno, me voy a ir yendo, que me he dejado a mi Lanita de la Reina sola. Hasta luego, chicas.

Le guiñó un ojo a la francesa en cuanto se quitó del campo de visión de Aurora y se marchó con una sonrisa dulcísima. Chloé negó con la cabeza y dejó los ojos en su espalda más tiempo del que lo hubiera hecho con cualquier otra amiga.

—Es un personaje esta niña, ¿eh? —le confesó la mujer.

—De película. Es un personaje de película.

***

El día transcurría perezoso y pegajoso. El calor y la humedad eran insoportables y la perspectiva no parecía muy halagüeña a corto plazo. Habían decidido de tácito acuerdo no verse para detener la rueda imparable en la que se habían metido, cual hámsteres, desde hacía días. Carlota dormitaba en la mecedora del patio trasero esperando el sonido de la moto de Chloé, que regresaba de vender pan a toda la demarcación de Canguingos. Las jornadas anteriores, el petardeo que subía camino arriba desde el carreterín marcaba el inicio de Los Juegos del Hambre, o de la Sed, mejor dicho. Aquel jueves infausto solo significaba que Chloé volvía a casa. Nada más.

La francesa aparcó en el jardín apenas media hora después y la miró desde la distancia con insistencia para ver si Carlota hacía lo que llevaba haciendo los últimos días: plantársele delante para tomar de ella todo lo que se le antojaba. Pero era respetuosa la descarada de la forastera, por lo que mantuvo su palabra y se

esforzó en aplastar las costillas contra la tela de la hamaca, que se balanceaba incandescente bajo su piel. Se resistió a la llamada lejana de Chloé, que clavaba los ojos con tanta potencia en su alargado cuerpo que los sentía arder en la coronilla. Cuando la imaginó, porque la había visto hacerlo todos los días de esa semana, arropada con el batín que se ponía tras la ducha, con el pelo anudado en una toalla a juego y las clavículas afiladas al aire para sentir el frescor de las gotas de agua evaporándose de su piel, se levantó de un salto y entró en la casa para huir de la tentación.

Se dio una ducha fría para contrarrestar el impulso enfermizo de ir a soplarle aquellas gotas salpicadas por sus hombros y así ayudarla en la tarea piadosa de mitigar el calor que precede al calor, de soltarle el pelo pesado de agua y observar cómo este le barría la espalda de lado a lado al caminar, de cogerle las manos para bajarlas y que aquel batín que parecía hecho de aire se deslizara hasta sus pies dejando crudo y a la vista el milagro de su desnudez.

Meneó la cabeza para salir de aquel brote filosófico-sensual en el que se había visto envuelta, se secó sin recrearse en los recuerdos y se dispuso a preparar una cena frugal de esas que se toman cuando no hay nada que celebrar. Sonó el timbre al tiempo que abría la bolsa de la ensalada y el corazón la avisó de que se preparara para vivir un momento que, por muy tonto que le fuera a parecer de primeras, no iba a olvidar en todos los días de su vida.

Una francesa esperaba estrujándose los dedos al otro lado de la preciosa puerta labrada de la entrada, y Carlota tuvo ganas de ponerse a silbar al verla a través de la mirilla. Abrió con unos nervios adolescentes que no la representaban en absoluto y se quedó clavada al pavimento cuando los ojos inseguros de Chloé la miraron como si Carlota fuera la gran cosa.

—Hola.

—Hola.

—Me he caído en la ducha y creo que…

—¡¿Qué?!

Carlota la agarró por los hombros y comenzó a revisarle el cráneo, la cara, centímetro a centímetro, buscando una brecha, unos puntos, un hematoma subdural de capital importancia. No halló nada de eso y miró con el ceño fruncido a Chloé.

—Carlota, que no tengo nada. Por favor, solo intentaba… ya sabes…

—¿Qué, qué intentabas, que me diera un infarto? —le preguntó, algo más tranquila, pero aún un poco fuera de sus casillas.

—No, intentaba hacer eso que tú haces. Inventarme una tontería para… para… Ya sabes, Carlota.

Chloé bajó la mirada muerta de vergüenza. Carlota no sabía a

qué se refería, por lo que intentó echarle una mano a la rubia y, de paso, a sí misma.

—Vale, pues entonces sigue con lo que has empezado a decir, porque estoy un poco perdida.

La francesa llenó de aire los pulmones y lo soltó en un suspiro apresurado.

—Decía que me he caído en la ducha y del golpe en la cabeza creo que se me ha olvidado algo que habíamos hablado hoy…

—¿Algo que habíamos hablado hoy? —Carlota se acarició la barbilla, intentando recordar.

—Sí, algo que no íbamos a hacer hoy, pero es que no me acuerdo, el impacto ha sido *formidable* y me ha arrebatado la memoria.

—¿Algo de que hoy no íbamos a vernos, puede ser? —Cayó de repente en la cuenta la morena.

A Carlota le habría gustado continuar un poco más con aquella pantomima deliciosa de Chloé haciendo de ella, pero estaba a punto de comerse a aquella cuarentona adorable, por lo que aligeró el asunto del tonteo para terminar cuanto antes.

—No lo sé, Carlota, el golpe… —Se encogió de hombros y se señaló la sien. Tenía los labios apretados, pero la sonrisa era traicionera y Carlota la conocía como la palma de su mano.

—Bueno, yo tampoco me acuerdo muy bien, creo que me ha dado una insolación mientras tomaba el sol.

—La memoria es tan *fragile*.

—Tú sí que eres *fragile*, sinvergüenza. Ven aquí.

Carlota tiró de su cuerpo, la introdujo en la casa, cerró de un portazo y la besó como si hiciera mucho tiempo que deseara hacerlo. La besó como se besa las primeras veces, como si la última estuviera tan lejos en el tiempo que resultara invisible a la vista. Pasó las manos por su espalda baja por el simple placer de sentir su calor único en el mundo, el tacto del sudor en la piel que solo ella tenía. Dejó que la francesa le mordisqueara los labios como hacía siempre, como si fuera un roedor comiendo una mazorca, por raro que sonara así lo sentía su cuerpo.

—¿Qué tal me ha salido? —le preguntó con su voz diminuta y la boca roja de la fricción.

—A ver, le veo ciertas lagunas a que hayas pensado que era buena idea hacerme creer que tenías un traumatismo craneoencefálico, pero por lo demás ha sido muy original y muy fiel a algo que hubiera hecho yo. Te doy un notable.

—¡Sí, hombre! —Se quejó, dando un golpe con los puños en los hombros de Carlota.

—Vale, sobresaliente.

Carlota la miraba obnubilada, como una idiota de película,

como... Como una tonta enamorada.

—Ven, que te voy a preparar una cena que te vas a caer de culo. Después de un hostiazo como el que te has dado hay que alimentarse bien para que cure.

—Claro, claro, es que menudo golpe.

Chloé iba tan contenta pasillo adelante, orgullosa de su atrevimiento, de haberse presentado en casa de Carlota sin invitación, sin permiso, sin deber. Pensó en todas las veces que la morena se había saltado el protocolo por las ganas que tenía de verla, de tocarla, de besarla, y lo especial que la había hecho sentir en cada ocasión, por lo que no dudó en ser ella, por una vez, quien obviara las normas, escritas y no escritas, para que ella también supiera lo que es que haya alguien en el planeta que no soporte la idea de no verte inmediatamente. Quiso regalarle un momento de los suyos y Carlota lo valoró más de lo que lo hubiera valorado nadie.

Cada una tenía un papel más o menos estable en lo que era su relación, fuera del tipo que fuera, pero también era bonito improvisar, salirse del corsé y tomar de vez en cuando el papel de la jovencita inmadura de sangre caliente.

—Ni un día puedes estar sin verme, ¿eh, pana?

—Ni un día, tienes razón.

Lo dijo con la ligereza de lo que se dice sin pensar y Carlota sintió aquella sentencia como un alunizaje. Se quedó mirándola con el alma fuera del cuerpo mientras Chloé acariciaba a Lanita de la Reina y sintió cómo su corazón cambiaba de piel como las serpientes.

***

—¿Por qué no cierras hoy?

Carlota, en la cama, mientras acariciaba a sus dos rubias, a una con cada mano, luchaba con todas sus fuerzas para no ver roto ese momento idílico y nunca antes imaginado que estaba viviendo. Lanita ronroneaba sobre su tripa y Chloé ronroneaba contra su hombro. Cómo le gustaba a la francesa que le tocara el pelito...

—No puedo, Carlota. Es viernes.

—¿Y qué pasa los viernes?

—Hay mercadillo. Es el día que más se vende de la semana.

—Mira, panadera, una cosa te voy a decir: estás obsesionada con el dinero. Abres las tardes del mes de agosto para doblar billetes, no puedes cerrar ni un día porque tienes que doblar más billetes... Hay que priorizar en la vida un poquito también, ¿eh?

—Si quieres te paso la factura de los libros, el material escolar y toda la ropa que tengo que comprarle a Paco para empezar las

clases en septiembre y la pagamos a medias.

—Tampoco creo yo que sea tanto.

—Los libros son trescientos euros. Solo los libros.

—¡¿Qué?!

Carlota pegó tal encogida que Lanita salió bufando y Chloé se pegó un buen susto. La morena se levantó de un brinco y apremió a Chloé para que saliera ella también de la cama.

—Venga, panadera, que ese pan no va a venderse solo.

Chloé soltó una carcajada sideral y Carlota detuvo su teatrillo para mirarla. Se le achinaban los ojos y las patas de gallo los hacían parecer un amanecer. Nunca estaba tan hermosa la francesa como cuando reía así.

—Al menos la flauta la tiene.

Una nueva risotada y una bandada de pájaros alzando el vuelo en el estómago de la morena. Le encantaba disfrazarse de payasa para ella. Nunca se había considerado graciosa, pero con parecérselo a Chloé le era más que suficiente. Cuando la rubia se calmó, se levantó, se puso de puntillas para dejar un beso sobre su hombro y se marchó a mear. Como todas las mañanas, Carlota se volvió a sorprender con aquel sonido que no venía de ella, más aún en su propia casa. Empezaba a acostumbrarse a él y ese pensamiento le dio un arrebato repentino de pavor. ¿Acostumbrarse a algo iba a significar echarlo de menos cuando no lo tuviera?

—Si necesitas dinero, no cuentes conmigo porque acabo de comprarme una casa y lo poco que he ahorrado este año es para la puta calefacción, lo siento, pana.

—Tranquila, viviendo aquí es más importante que tú tengas calefacción a que Paco tenga un compás nuevo. Además, no es solo el hecho de ser madre soltera lo que me obliga a aprovechar los días de mucho trabajo. Tengo una hipoteca.

—Ya, la casa…

—No, la casa donde vivo no, la de la playa.

—No me jodas que esa casa es tuya, Chloé. —Carlota la miró con los ojos como platos y la rubia sonrió. Parecía una niña pequeña—. No te imaginas lo muchísimo que me gusta.

—Te la vendo.

—Pues anda que no pides tú cuartos ni nada, guapa, que me lo estuve pensando.

—¿Tú eres la compradora del verano pasado?

—La misma que viste y calza. Eres una pedigüeña de campeonato, tía, queriendo sacarle los ahorros al primer pringado o pringada que se le ocurra preguntar.

—No quiero venderla, pero si alguien está dispuesto a darme ese dinero…

—¡Especuladora! Ay, qué feo eso, Chloé, de verdad, qué feo.

Carlota se fue a la cocina haciéndose la ofendida. No creía en tonterías sobre el destino o hilos rojos ni nada de eso, pero ya era casualidad que se hubiera enamorado de la casa antes de conocer a la dueña...

—¿Por qué no os vais Paco y tú a vivir a esa pedazo de mansión? —preguntó cuando sintió el cuerpo tibio de Chloé en su espalda, un segundo antes de que deslizara las manos por su tripa en un abrazo por detrás que siempre conseguía encogerle el estómago.

—Porque es una casa llena de espíritus —susurró sobre su hombro con ese encantador acento francés—. Quiero dársela a Paco cuando sea mayor.

—¿Y los fantasmas?

—Solo me acechan a mí, él casi ni los recuerda.

Carlota suspiró, comprensiva. Chloé volvió a hablar para zanjar el asunto y rellenar las pocas dudas que Carlota aún pudiera tener sobre el tema.

—Sé que su padre nunca hubiera creído que salvaría la casa, que era su capricho y su ostentación, de entre todo lo que embargó el banco, y sé también que espera recuperarla algún día. No te imaginas lo que he luchado en esa panadería para poder afrontar la hipoteca y negarle ese placer.

La morena se giró y la miró con orgullo. Conocía la vida de su vecina a cuentagotas, y con cada nueva revelación la admiraba más. Era peleona la francesa, era lista como el hambre, trabajadora como pocas, rencorosa y ahora descubría que también vengativa. Nunca había imaginado a su mujer ideal, pero por narices tenía que parecerse mucho a ella. Un ejemplar de buena persona con unos cuantos asteriscos que no hacían sino acrecentar el atractivo del cuadro completo.

—Te agradezco en el alma que me hayas contado esto, porque ya no la quiero. Has conseguido que se me quite la espinita que tenía clavada con la casa de la playa, muchas gracias.

—Quizá en unos años se me pase el resentimiento y entonces la querrás. —Se encogió de hombros Chloé, quien ya sentía más ligera aquella carga.

—No, no quiero ser la culpable de dejar una venganza a medias. Quiero verle la cara de payaso cuando la pierda para siempre.

—¿Cuando pierda la casa o a mí?

—A ambos —le aseguró como si una fuera la metáfora de la otra—. ¿Es guapo?

Chloé la miró como si la duda ofendiese, como si le molestara que Carlota pensara que un feo cualquiera pudiera hacer que ella, oh diosa gabacha, se mudara a España a engendrar un muchacho y

hacer pan todas las mañanas.

—No me lo digas, no quiero saberlo. Seguro que también está cuadrado.

—¿Celosa? —La francesa agitó las cejas con coquetería.

—Ya te gustaría.

—Pues sí.

Chloé se alejó de ella mirándola con una sonrisa provocadora por encima de su hombro desnudo y Carlota se mordió los mofletes por dentro para mantener el gesto serio. Cuando la presumida abandonó la cocina, la morena corrió tras ella para demostrarle lo mucho que se estaba perdiendo el fantasma de la casa de la playa.

23

Estamos en el descuento, pero yo soy el Madrid

—Madre mía, Jacinta, se ha vuelto usted una perezosa de remate, ¿eh?

—Hay cuarenta grados a la sombra, rica, déjame estar a vuelta y vuelta delante del ventilador, anda, sé buena.

—De eso nada, que la panadera me tiene la cabeza loca de preguntarme por ti.

Carlota esperaba a la mujer en la puerta de su casa. A pesar del calor, el mar traía de sus entrañas un aire refrescante que removía los rizos y la camiseta ancha de tirantes que llevaba. Sonó una notificación en el teléfono y lo sacó del bolsillo de atrás del pantalón corto.

MI PANA LA PANA
Me has provocado un moratón en la cadera

Y una foto. Una foto con el pantalón bajado, lo bastante para insinuar el inicio de la curvatura de su trasero, pero no lo suficiente como para tener que guardarla en una carpeta privada del móvil. Se le hizo la boca agua al instante. La francesa había resultado ser jugadora profesional.

—¿Tanto? —le preguntó Jacinta, que ya salía, contenta de que la echaran en falta.

—Loca de remate me tiene, Jacinta, ¡loca!

Caminaron hasta la panadería y cotillearon sobre los acontecimientos de las fiestas de Canguingos, ya terminadas desde el lunes anterior. Jacinta solo había salido a la procesión del viernes, por lo que Carlota le contó todo lo contable y omitió todo lo omitible. Era duro tener el cotilleo de mayor envergadura de Canguingos y no poder decírselo a nadie. Excepto a Ana, claro, la cual pedía un reporte diario con todo lo acontecido entre ellas.

—¿*Otra vez*, *Carlota*? —la regañó entre risas después de que su amiga le dijera que había vuelto a caer en la tentación francesa por cuarto día consecutivo.

—Tía, esto es insoportable, es que me mira, me dice *bonjour* y yo no me puedo controlar, ¿qué quieres que te diga?

—¿*Y qué vais a hacer*?

—Estrujar la bayeta hasta que ya no quede agua.

—*Pues dejad de meterla debajo del grifo, guarras.*

Carlota vivía en un constante estado efervescente, gaseoso y espumoso, con las rodillas blandas y la sonrisa estúpida, la misma sonrisa con la que se saludaron cuando entró en la panadería acompañada de Jacinta. Había cambiado la forma en que ponían los ojos la una sobre la otra, habían pasado de ser miradas limpias y transparentes de ventanas abiertas a ser veladas, subtituladas. Miradas que tenían entidad casi corpórea, que te golpeaban si te interponías entre ellas, que era necesario esquivar para que no te arrollaran como un río crecido.

—¿Vienes a cenar a casa esta noche? —le preguntó mientras pagaba, en un susurro.

—¿No te cansas de mí? —coqueteó la rubia.

—No es por ti, chula, es que quiero completar lo que yo llamo «la semana perfecta».

—¿Y eso cómo es? —dijo con los ojos entornados de suspicacia.

—Follar los siete días de la semana seguidos.

—Pues siento decirte que «la semana perfecta» la completaste ayer.

Carlota frunció el ceño y se puso a contar con los dedos de las manos. A Chloé aquello le pareció adorable y obsceno al mismo tiempo.

—Entonces quizá sí que es más por ti que por la «semana perfecta».

—Menos mal que lo has arreglado.

—«Aguegladu» —la imitó—. ¿Quieres venir también a comer? Ya que mañana te vas a Burdeos a ver al petardo... Habrá que aprovechar.

—Carlota, por favor, tengo una edad, no puedo estar siempre f...

—No, no, solo comer. Comer comida, de nutrirse, vaya, que luego trabajas.

—Ah. Vale. ¿Qué me vas a preparar?

—¿Qué te apetece?

—¿Nos vamos o qué? —reclamó Jacinta desde la mesa, con el bolso ya sobre el regazo y la muleta en ristre.

—Escríbeme y lo vemos. —Carlota se quedó ahí como un pasmarote, encasquillada entre la acción cotidiana de irse de allí como hacía siempre y la recién estrenada de hacerlo con un beso en los labios, como había hecho durante toda la semana. Tuvo que llegar Chloé a resetearla.

—Hasta luego, Carlota.

—Ha... hasta luego, Chloé.

Se decidió por una tortilla y ensalada para dos y reflexionó mientras freía las patatas sobre ese lapso que había sufrido al

despedirse de Chloé. ¿Qué coño estaban haciendo? *Vacaciones*, eso era lo que se repetía constantemente en su cabeza cuando sentía que se le complicaba la vida, *estoy de vacaciones*. No tenía que agobiarse porque la realidad no tenía cabida ese mes, porque agosto, damas y caballeros, es un mes que no existe. Agosto es el domingo de los meses, un fallo en la Matrix, y más aquel en particular en el que Mateo había cerrado la biblioteca para irse a ver volcanes, y Paco pasaba las vacaciones en Francia. Ese agosto podrían fingir que había sido un sueño, que no había sucedido del todo, pero que no había dejado de suceder, como esos amores de verano que una, después de tanto contarlos, ya no sabe dónde terminan los recuerdos y empieza la imaginación. Un mes difuminado por los bordes y jaspeado de luces de feria; que huele a crema hidratante, a sábanas ardientes, a rollitos de canela; que sabe a limonada, a gazpacho, al amargor del agua de colonia en la lengua; que suena a coches de choque, a bocina de barco; que tiene el tacto propio de una piel erizada, que es ajena y que está mojada.

Agosto, su agosto particular llamó a la puerta y le dedicó la sonrisa pequeña de quien ha llegado sin más intención que pasar tiempo contigo.

—Qué rápida —la recibió con unos nervios infantiles.

—He cerrado un poco antes. —Se estrujó las manos la francesa.

—Pasa.

Se manejaban mejor en los terrenos pantanosos del deseo, quién lo iba a decir. Después de meses de relación sencilla de amistad, ahora les resultaba más violento tratarse como nada que comerse como todo. Qué ironía y qué deprisa se acostumbra una a lo bueno.

Habían estado toda la semana de gira por las camas de sus casas, los sofás, las encimeras y cualquier superficie susceptible de ser utilizada como soporte para el fornicio, calentándose de todas las formas posibles e imaginables, con visitas intempestivas y nada diplomáticas, mensajes descarados y fotos indecentes. Y de repente allí estaban, como si hubieran utilizado una máquina del tiempo que las colocara un mes atrás, pero con todo lo que sabían en el presente. Desubicadas.

Se sentaron una frente a la otra en la mesa de la cocina, donde estaba todo preparado para comer. No sabían dónde depositar la mirada para dejarla descansar, por lo que se limitaron a engullir la comida con la cabeza gacha, como si fueran dos extrañas que solo se reconocían con huella dactilar.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó Carlota. De la tensión le salió un gallo.

—Pues muy bien, tranquila. —Un silencio—. Normal.

—Guay... Ya se va notando que refrescan las noches, ¿no? —

Carlota lo intentaba, pero aquello estaba siendo peor que un parto.

—Sí, por suerte, porque tanto calor…

Chloé comió a toda prisa, cosa rara en ella, que mareaba la comida hasta el aburrimiento, pero con tal de tener la boca ocupada era capaz de lo que fuera. Estaba hablando del tiempo con Carlota, la persona con quien más temas de conversación había tenido en su vida, que era antipática de inicio, pero que si te permitía entrar no había manera de que se callara.

—¿A qué hora abres?

—A las cinco.

Carlota se miró el reloj. Solo eran las dos y media. Como tuvieran que pasar el tiempo que quedaba hasta que tuviera que irse al trabajo en ese plan, a ella le iba a dar una embolia de tanto pensar qué decir y cómo proceder. ¿Es que había olvidado cómo se relacionaba con la francesa antes de acostarse con ella? La promesa que le había hecho hacía un rato de no tocarla la tenía perdida en medio de ninguna parte, como si, al haber quitado el sexo de la ecuación, se hubieran quedado huérfanas de ideas, cuando nunca había sido así.

Sin mediar palabra, se dirigieron al comedor, en el que se sentaron cada una en una punta del sofá, con las rodillas muy juntas y las manos sobre ellas, con los ojos puestos en la televisión, pero sin verla, más pendientes de la respiración y los mínimos movimientos de la otra que de lo que ocurría en la pantalla.

—¿Te vas a sentir más relajada si lo hacemos? —preguntó Chloé de repente.

—¿Si hacemos el qué?

—Sexo.

Carlota se ruborizó hasta las orejas, como si esa palabra no tuviera cabida entre ellas dos por mucho que la hubiera tenido los días anteriores.

—No, no creo que vaya a volver a relajarme nunca más en toda mi vida.

Ese comentario y la seriedad de Carlota hicieron reír a Chloé, lo que provocó un efecto llamada en la risa de la morena. Se miraron entre carcajadas y terminaron con un suspiro de alivio.

—Vaya par de gilipollas, ¿no?

—Siempre he dicho que eras una *connard*.

—Exacto. Ven aquí.

Carlota se recostó contra el respaldo del sofá y abrió los brazos para que la rubia se tumbara sobre ella. Accedió inmediatamente, con el entusiasmo de una niña a la que permiten saltar sobre la cama. Se dejó caer sobre el regazo de Carlota, quien colocó enseguida una mano sobre su pelo para romper de una maldita vez

ese magnetismo antagónico de polos iguales que se habían tenido que repeler durante la comida.

—Es la primera vez en toda la semana que digo una palabra en francés y no saltas sobre mí.

—¿Me lo estás pidiendo?

—No, también echaba esto de menos contigo.

—Antes no era así cuando estabas tan cerca de mí —reflexionó Carlota en voz alta.

—¿Y cómo era?

—Digamos que yo hacía cardio sin moverme del sitio. —La miró desde arriba y apartó un mechón que le caía sobre la mandíbula—. Eso significa que se me ponía el corazón a mil.

—A mí también —reconoció Chloé con una sonrisa, rememorando aquellos tiempos como si no hubieran sucedido hacía menos de una quincena—. Pero ahora estoy tranquila.

—Porque hemos resuelto la tensión —le explicó abriendo las manos para señalar el punto al que se refirió la primera noche que se acostaron.

—Entonces, ¿tenías razón?

—Suelo tenerla. Cuando todo vuelva a la normalidad, habrá sido como si nunca hubiera pasado y podremos seguir con nuestra vida sin problemas.

—¿Y cuándo volveremos a la normalidad?

La pregunta del millón. Chloé la observó desde su posición con el interrogante dibujado en las arrugas de la frente y ella le respondió con una encogida de hombros arrogante.

—Cuando se nos pasen las ganas.

Y listo. Carlota había sentado cátedra, una mujer, ya la conocemos, segura de sí misma, triunfadora, magnate de las relaciones humanas con una experiencia de cero minutos en el sector. Sin embargo, la parte peor no era esa, sino que Chloé, mujer madura, con un hijo y decenas de amores, amantes y parejas a su espalda, le diera el crédito suficiente como para tranquilizarla.

***

Se acostumbraron a los besos sin venir a cuento en lo que dura una siesta. Qué curioso, el tacto, de nuevo, haciendo de las suyas. Unos arrumacos inocentes, unos mimos inofensivos, un par de roces de labios sin mayor intención que la de acercarse lo máximo posible y ya estaría, una nueva normalidad, el tabú del contacto que no es sexual desterrado para siempre.

Se besaban en la playa, de espaldas a la arena para no ser descubiertas, en los viajes al baño cuando salían a cenar en grupo, en la trastienda de la panadería y cuando Chloé se iba y regresaba

de trabajar. Se besaban dentro de la cama y fuera de ella, con y sin ropa, con necesidad y, sobre todo, sin ella. Se habituaron a revolotearse alrededor sin pudor, a orbitarse como satélites, a colisionar una y otra vez como un *big bang* repetitivo e irresponsable hasta crear su propio sistema solar.

El verano llegó a su fin de manera abrupta. El último día del mes caía en martes, pero para ellas agosto terminó el domingo anterior, que fue el día que fueron a recoger a Paco. Apuraron las últimas horas, inesperadas e insoportables, para retener aquel verano, aunque fuera un ratito más. Pero el domingo llegó y Carlota, desesperada, decidió acompañar a Chloé a Burdeos. Dos horas y media de coche más para estirar el chicle ya del todo endurecido hasta que se rompiera. Qué más daba, si ya no iba a haber más.

—Yo pensaba que se nos iban a gastar las ganas antes de que Paco volviera, fíjate —comentó Carlota como de pasada. La miró de reojo y alcanzó a vislumbrar un suspiro resignado de su copiloto.

—Y yo.

—Han sido tres semanas intensas, aunque bueno, esta última no hemos follado tanto.

—Quizá eso significa que ya nos quedan muy poquitas ganas, ¿no? —Intentó agarrarse a ese clavo ardiendo la francesa.

—Nada, los restos, migajas —asentía Carlota, segura—. Además, si hubiéramos tenido más tiempo habríamos terminado empachadas, fijo.

—Fijo. Es el momento mejor.

—Eso es.

Chloé, algo más experimentada en los sinuosos caminos de la vida y sus circunstancias, no las tenía todas consigo, pero veía tan firme a Carlota que decidió creer. Habían sido unas semanas maravillosas que le habían servido para reafirmarse como mujer empoderada y sexual, para salir de la capa de invisibilidad bajo la que llevaba metida desde el día que supo que estaba embarazada, para volver a sentirse como parte activa del mundo y no solo como un complemento de él.

Carlota, por su lado, estaba tranquila de verdad. El hecho de que aquella aventura tuviera, por definición, un principio y un final, una fecha de caducidad en lugar del «consumir preferentemente», le servía como cortafuegos para cualquier preocupación. Era sencilla en sus anhelos y necesidades, y estaba más que satisfecha con una historia que no había esperado y que había sido más que vigorizante. Creía, en su ignorancia, que la atracción podía apagarse con un interruptor.

—En realidad, es bueno que tenga un final tan definido, ¿no crees?

—¿A qué te refieres? —Chloé miraba por la ventana mientras escuchaba teorizar a Carlota.

—A que si no hubiera sido porque Paco tenía que volver, tendríamos que haber decidido nosotras cuándo pararlo, y eso al final puede complicar las cosas. Así es mucho más sencillo, sin malos rollos ni confusiones, ¿verdad?

—Por supuesto.

Carlota necesitaba la validación de Chloé, quien era, como era evidente, la que más sabía de las dos. Si la francesa estaba de acuerdo con las dudas y las soluciones que ella misma aportaba, ya estaba, no tenía de qué preocuparse. Se iban convenciendo la una a la otra desde que salieron de Canguingos a media mañana, y de momento funcionaba.

—Pues nada, pana, hoy dejamos de ser amantes. —Apretó su rodilla con la mano y le sonrió en grande.

—¿Estás preparada?

—Nací preparada, rubia. —Le guiñó un ojo con suficiencia.

—*D'accord, mon chérie* —la puso a prueba.

—Qué cabrona... Sabes que no puedo con el francés, Chloé.

—Soy francesa, lo siento, tendrás que ignorarlo.

Carlota apretó los labios, feliz, no sabía por qué.

—¿Sabes? La verdad es que creo que sí que voy a echar de menos... ya sabes... —La vergüenza impidió que terminara la frase.

—¿Qué? —Levantó una ceja, segura de lo que iba a decir la salida de su vecina.

—Los besos. Besas... besas muy bien.

—Y tú, Carlota.

Se miraron y suspiraron a la vez, y en ese segundo que compartieron se reconocieron que estaba bien dejarlo en ese momento, pero que tampoco habría pasado nada si se hubiese alargado un poquito más.

—Aún no hemos recogido a Paco.

Carlota no esperó respuesta, porque tampoco la necesitaba. Se salió de la autovía en la primera gasolinera que apareció a su derecha y se detuvo en el aparcamiento de camiones. Miró a Chloé con intensidad y una sonrisa traviesa.

—¿Qué haces? ¡Estamos a punto de llegar! —Chloé se giró hacia ella con esa risa profunda y satisfecha que siempre le daba ganas de besarla.

—Ya sé que estamos en el descuento, pero yo soy el Madrid.

—¿*Pardon*?

Sin más preámbulos ni anuncios, acunó con la mano su cara y miró, quizá por última vez, cómo quedaba. Le gustaba el contraste entre sus pieles, la suavidad de su mejilla, lo afilada de su

mandíbula cuando estiraba el cuello en espera de un beso. Hacía la del galápago y a Carlota le parecía el ser más adorable que había sobre la Tierra. Chloé le daba siempre una de cal y una de arena y ella corría el peligro de volverse loca por ella. Tenía, al menos, la suerte de no conocer esa sensación, ese sentimiento poderoso que se acercaba con sigilo por su espalda, que le respiraba en la nuca, por lo que aún tuvo la desfachatez de sentirse a salvo en el ojo del huracán.

La besó con delicadeza, de la manera en la que una imagina un primer beso que, en su caso, fue atropellado y torpe. Nadie imagina jamás cómo será el último, no es algo que se apunta en la agenda, no avisa, un último beso sucede y basta, por lo que le tocó improvisar dentro del coche de Chloé, con una sillita en el asiento de atrás y Burdeos a quince minutos de donde se encontraban.

A Chloé le brillaba la mirada cuando se separó de ella y sintió quejumbroso el corazón. Le costó devolver la mano al volante después de haber estado enterrada en su pelo, pero no podía convertir un instante en infinito, por lo que cerró los ojos para hacerle una captura de pantalla a la cara ruborizada, al cabello despeinado, a los labios húmedos por su saliva, de Chloé.

Suspiraron a la vez y retomaron el viaje sin decir nada más hasta que llegaron al destino, porque, ¿qué se podía decir en un momento que no debía ser importante y que, sin embargo, lo era? No, lo mejor era hacer como si nada, tal y como habían acordado.

Carlota, durante los últimos días de idilio con la francesa, había recuperado la visión de Paco como el insoportable niño de la flauta. Volvía a ser una molestia que interrumpía una aventura veraniega que estaba disfrutando como una quinceañera, pero esa percepción del crío, que no le hacía sentirse una excelente persona, precisamente, duró hasta que lo tuvo delante de nuevo.

—¡Pero bueno, petardo, si estás morenísimo!

—Y tú estás igual de negra que la última vez que te vi, zanahoria.

Carlota se partió de la risa e hicieron su saludo especial de colegas troncos. Chloé los miraba con la ternura y la nostalgia de lo que nunca se ha tenido, si es que eso puede existir. Aquel pensamiento intruso hizo que apartara los ojos de dicha escena y que ocupara su mente con otro tipo de estímulos, porque ya se sabe que la mente ociosa es el patio donde se divierte el diablo, y ella no estaba para juegos.

24
Los análisis

El final de aquel verano sonó a cristales rotos, a fichas de dominó en caída libre, a accidente de tráfico. En cuestión de dos días llegó Paco, luego lo hizo Mateo y Chloé se marchó de vacaciones con su pequeño para aprovechar que había terminado la temporada alta y descansar. Carlota se quedó con cara de divorciada y mucho tiempo libre, que aprovechó para hacer limpieza general, rescatar algunos muebles del granero y retomar su pasatiempo de bricomaníaca. No le vino mal a nuestra protagonista tomar distancia y recolocarse en el mundo sin distracciones externas, la verdad.

Hizo balance del año casi entero que llevaba allí y fue entonces consciente de lo mucho que habían cambiado ella misma y sus circunstancias. Se marchó a Canguingos en busca de la independencia negada en la gran ciudad para poder desarrollarse por completo como persona individual, y no solo había conseguido obtener un sitio hecho a su medida al que llamar hogar, sino que había encontrado ni más ni menos que su lugar en el mundo. Durante la limpieza, valoró lo importante que aquello había sido para su autoestima, lo orgullosa que le hacía sentir lo mucho que se había esforzado y el margen de mejora que aún tenía por delante.

Aquel subidón en su amor propio había impactado de lleno en su percepción de sí misma y del contexto que la rodeaba. No había cambiado su carácter, pero había endulzado su amargura y le había dado objetivos a corto, medio y largo plazo que le hacían sentir ilusión, una sensación que apenas había tenido la oportunidad de disfrutar a lo largo de su vida. La desaparición de ese peso que suponía para ella la insatisfacción vital consiguió alentar su gusto por relacionarse, pues había dejado de molestarle ver alegría en los demás al tener ella la suya propia, como si sentirse realizada mejorara su predisposición para con el resto del mundo. ¿Eso la convertía en mejor persona? En absoluto, pero había dejado de molestarle que el resto del planeta fuera feliz, lo cual ya era un avance bastante positivo.

Se recordó en sus primeros días en Canguingos y notó la distancia entre una Carlota y la otra. La primera llegó con el sueño de ser una ermitaña del bosque y disfrutar de la soledad más absoluta, mientras que la segunda contaba los días que faltaban

para poder volver a ver a sus vecinos y retomar las costumbres del invierno anterior de quedar los sábados con el bibliotecario, la madre soltera, el niño prepúber y cocinar para ellos. Impresionante lo que consiguen unas simples escrituras a nombre de una, ver para creer.

Como ya les he comentado, Chloé y Paco se marcharon de vacaciones al día siguiente del regreso de Burdeos. Carlota se tomó aquellos días como una desintoxicación necesaria de la droga, que había resultado ser de las duras, de haber compartido lecho, fluidos y complicidad con la francesa. Se propuso no escribirle, hacer un reseteo perfecto de todo lo que había supuesto agosto para ella, y lo consiguió. Los dos primeros días se despertó con el sonido de los pájaros, abrió la ventana del cuarto de par en par con una sonrisa radiante y dejó que las aves pasaran a su domicilio y la ayudaran a vestirse y preparar el desayuno como retrato bucólico de lo que ella consideraba la imagen misma de la libertad, ya no solo financiera y de emancipación, sino también emocional. Sí, ella era libre cual dientecillo de león bamboleado al viento.

Fue al tercer día que los pájaros comenzaron a cagarle en los cojines y a agujerearle la ropa. El sol brillaba un poco menos y el aire que la mecía con suavidad el día anterior ahora levantaba arena del suelo que se le metía en los ojos y le rechinaba en los dientes. El jueves ya amaneció en canoa por el diluvio universal que caía dentro de casa y dio por imposible desayunar las tostadas empapadas que se deshacían de tanta agua como habían absorbido. Cogió el móvil, ahogado por la lluvia de su abandono, y abrió la conversación que había archivado para no caer en la tentación.

CARLOTA
¿Qué pasa, pana, cómo van esas vacaciones?

Lo dejó de nuevo al lado, segura de que Chloé tardaría un buen rato en contestar, *boomer* como ella sola. Suspiró, y el agua que le recorría la cara salió disparada hacia delante con la fuerza de su respiración. Sin embargo, no tuvo que esperar demasiado.

MI PANA LA PANA
¡Hola, zanahoria!
Pues por aquí muy bien, descansando
¿Y tú?
Pensé que habías muerto

Carlota apretó el puño a lo Rafa Nadal y recogió el teléfono de donde lo había dejado. Todavía chorreaba, pero parecía que había escampado.

CARLOTA
Pues para pensar que había muerto, no te he notado muy preocupada

MI PANA LA PANA
Confío plenamente en tu supervivencia

CARLOTA
Será eso

Carlota se mordió la uña del pulgar para soltarse el labio de una vez. Un rayo de sol la cegó momentáneamente y tuvo que hacer pantalla con la otra mano.

CARLOTA
No quería molestar
Prefería dejarte a tu aire con el petardo

MI PANA LA PANA
¿Y ya no lo prefieres?

CARLOTA
No

MI PANA LA PANA
Me alegro de que hayas llegado tú solita a esa conclusión
Porque yo tampoco

Sí, era definitivo: el sol volvía con toda su fuerza a calentar sus pobres huesos, a barrer las nubes cargadas de tristeza y a evaporar los charcos de la melancolía.

CARLOTA
No te pongas chula, que tú tampoco me has escrito a mí

MI PANA LA PANA
Nunca te lo he dicho, pero me gusta mucho cuando me dices chula

CARLOTA
¿Por eso te haces la chula, para que te lo llame?

MI PANA LA PANA
Si

CARLOTA
¿¿Y me lo dices ahora??

MI PANA LA PANA
En la cara me da vergüenza

CARLOTA
Ay, panadera…

MI PANA LA PANA
Ay, zanahoria…

Chloé terminaba de desayunar en el *buffet* libre mientras Paco acababa de marcharse a hacer alguna actividad con los animadores del hotel. Se le hizo largo el café que tenía delante, pues no era fácil despegarse del móvil los diez minutos que necesitaba para moverse a una hamaca de la piscina. También se le hicieron largos los hielos del mojito de la tarde, que apuró hasta que desaparecieron por pura evaporación, porque era una labor titánica dejar el teléfono lo que tardaba en acercarse a la barra y pedir otro. Y, por supuesto, se le hizo larga la madrugada, pues resultaba impensable dejar a un lado WhatsApp para hacer algo tan manido como dormir.

Estuvieron tres días sin hablar para recuperar el tiempo perdido los tres siguientes y, si me apuras, añadirle un poco más.

ZANAHORIA (CARLOTA)
¿Quieres que os haga la cena mañana?
Así puedes deshacer maletas y organizar la casa sin tener que preocuparte por la cocina

CHLOÉ
No te preocupes, Carlota

ZANAHORIA (CARLOTA)
No me preocupo
Pero ya sabes, las vecinas forasteras se ayudan entre ellas

CHLOÉ
De verdad que no hace falta que te tomes la molestia

ZANAHORIA (CARLOTA)
¡Que no es ninguna molestia!
¿Quieres cena o no?

CHLOÉ
Vale, pesada

ZANAHORIA (CARLOTA)
¿Para tomar o para llevar?

CHLOÉ
Para tomar, gracias
No quiero fregar después

ZANAHORIA (CARLOTA)
Maaaaaaaaaarchando

Madre e hijo llegaron el domingo por la tarde y Carlota tuvo que encadenarse al cercado cuando escuchó el coche llegar para no ir a echarles una mano y, ya que estaba, ver qué tal les habían sentado las vacaciones. Sostuvo a Lanita de la Reina en su regazo mientras la acariciaba, de pie en mitad del gatódromo, sin quitar los ojos del terreno colindante. Desde allí, con la línea de setos que rodeaba la casa, no se veía absolutamente nada, pero Carlota se mantenía firme en su guardia para cerciorarse de que, en efecto, no había movimientos en el frente. Aquella iba a ser la primera vez que se vieran en su etapa poscoital y estaba bastante nerviosa.

Por fin, a eso de las ocho y media, llamaron a la puerta.

—Joder, tío, cada vez que te veo estás más moreno, ¿cómo puede ser eso?

—Pues porque tomo el sol, zanahoria, que no te enteras.

—¿Sabes quién me ha dado recuerdos para ti?

—¿Rodrigo? —Se hizo el sorprendido el niño.

—Elemental, mi querido Watson.

Sin más, Paco se encaramó al largo cuerpo de Carlota y le dio el besito de rigor en la mejilla. Se bajó de un salto, corrió hacia el interior de la vivienda en busca de Lanita y dejó franco el paso para que Carlota se quedara frente a su madre.

—¿Y para mí no te ha dado recuerdos Rodrigo?

Carlota se quedó boqueando como un pez fuera del agua. Estaba dorada por el sol, estaba radiante, estaba preciosa. Cuando quiso reaccionar, Chloé ya había recorrido el pasillo entero y estaba a punto de traspasar la puerta de metal que daba al patio trasero. A

Carlota se le había hecho de noche.

—¡Si me das un beso, te lo digo! —le gritó a la desesperada.

—¡Tarde, zanahoria! —devolvió al tiempo que se giraba para sonreírle y perderse en la última luz del día.

—Guau…

Se quedó prendada en la visión de su silueta recortada y le vinieron reminiscencias de un mes que no podía nombrar ni rememorar, por lo que tosió, se limpió la ropa de recuerdos y se reunió con sus invitados. Durante la cena le contaron sus vacaciones, conversación monopolizada en su mayoría por Paco para suerte de las chicas, que bastante tenían con fingir que no se habían besado hasta las pestañas. Carlota estaba feliz de volver a verlos, y miraba a una y a otro como si fueran regalos de Navidad. Los había echado realmente de menos.

Como primer contacto no estuvo mal, y salvaron la situación con una naturalidad que dejó a ambas satisfechas, a pesar de que la proximidad de sus asientos hizo tropezar más de una vez la cadencia de sus latidos.

La vida continuó por los derroteros habituales…

—*Buenos días, pana, ¿me pones lo de siempre?* —Las dos mujeres se miraron como si aquella frase fuera mil frases a la vez.

… aunque había detalles que perfilar, como el hecho de leer cada interacción entre líneas, unas veces con más acierto que otras. El tono con el que se hablaban parecía tener una resonancia nueva, o quizá habían desarrollado el sentido arácnido necesario para apreciar los distintos matices, los giros a veces retorcidos entre significado y significante. Sea como fuere, la paz de espíritu que les produjo el reencuentro después de haberse extrañado tanto perdió poco a poco su efecto, y desembocó en una calma tensa que parecía cada vez más cerca de explotar. Ese afán por ignorar el elefante en la habitación, el pasar de puntillas por encima de un hecho tan relevante como haberse acostado, las hacía caminar sobre cáscaras de huevo en un precario equilibrio que estaba a un traspié de hacerlo saltar todo por los aires.

—Bueno, ya vale de hablar de mis vacaciones —sentenció Mateo el primer sábado que pudieron verse de nuevo los tres en casa de la panadera—. ¿Qué tal vosotras en mi ausencia?

Carlota y Chloé se miraron un segundo que duró una eternidad, como cuando estás a punto de morir y ves tu vida entera pasar ante tus ojos, pero sin estar a punto de morir y sin ver tu vida entera, sino solo tres semanas, veintiún días de caricias atolondradas, vergüenzas compartidas y besos a deshoras. Se vieron en todos los encuadres posibles durante ese segundo, con más y menos grano, con alta y baja resolución para terminar en un plano secuencia que

provocó que ambas bebieran a la vez. La directora de la película tenía talento, eso desde luego.

—Pues bien, ya sabes —comentó Carlota con indiferencia—, como siempre, aquí aburridas.

—Sí, sí, muy aburridas —asintió Chloé con la copa de nuevo en los labios y la mirada nerviosa sobre el borde de la misma.

—Bueno, pero en las fiestas habrá habido movimiento, ¿no? —Mateo las observó un poco extrañado. No era normal que fueran tan parcas en palabras.

—Uy, sí, mucho movimiento —Carlota contestó sin pensar, con la mirada algo perdida en las migas que había desperdigadas por el mantel.

—Como todos los años, no te has perdido nada. —Chloé intentó desviar la atención de la morena, que parecía ensimismada en sus pensamientos.

—Vale…

Los tres se miraron sin saber cómo continuar la conversación, por lo que Mateo volvió a hablar sobre Islandia y los increíbles parajes que había visitado.

***

Carlota tenía la tensión baja, no había manera de explicar, si no, los vahídos que había sufrido en las últimas semanas, cuya frecuencia iba, además, en aumento. Por ejemplo, cuando le pasaba las tazas del desayuno con Jacinta a Chloé por encima del mostrador de la panadería, y tocaba sus dedos para realizar el traspaso de manera segura, tenía que sujetarse al cristal cuando la francesa se giraba para controlar el tembleque de las rodillas. Cuando se sentaba junto a ella en el sofá para seguir la charla tras la cena de los sábados y notaba el contacto de la tela del pantalón contra el suyo, escuchaba un pitido en los oídos y apenas podía participar en la conversación debido al ruido atronador. Cada vez que la pillaba mirándola cuando se despedía de Paco con la tontería de Rodrigo, le castañeaban los dientes de pura flojera. Andaba con un azucarillo en el bolsillo e incluso pidió cita para hacerse unos análisis.

—A *ti lo que te pasa es que quieres darle a la francesa como a cajón que no cierra, Carlota. Madura de una vez y deja de gastar el dinero de nuestros impuestos por no asumir las cosas.*

Ana lo tenía cristalino. También era casualidad que le dieran esos bajones energéticos cuando Chloé andaba cerca, pero quién sabía, no era ella precisamente una experta en aquellos menesteres. Bloqueó el teléfono para detener el audio antes de traspasar la puerta de la panadería, pues se le cortaba el cuerpo de imaginar

que la francesa escuchaba las barbaridades que Ana le soltaba con respecto a su relación.

—Buenos días, pana.

—Buenos días, zanahoria.

Chloé se había cortado el pelo. No había ninguna duda. Por lo general lo llevaba por debajo de los hombros, y esa mañana de finales de septiembre lo tenía por encima de ellos. Estaba tan bonita que escocía y ella se apretó el algodón que le habían puesto en el lugar donde le habían sacado sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Chloé, algo preocupada por su aspecto.

—Sí. Y tú. Tú también estás muy bien.

—¿Qué?

—El pelo. Muy bien, muy guapa estás.

—*Merci*, Carlota. ¿*Segura que* estás bien?

—Igual... —tragó, ya que había empezado a salivar en abundancia —, igual no mucho, ¿eh? Me voy a sentar, si eso.

Chloé salió de detrás del mostrador y se agachó delante de ella con la frente arrugada de preocupación.

—Estoy en ayunas y vengo de sacarme sangre, necesito... — Carlota la miró allí, tan cerca, por primera vez desde agosto, que se dejó entretener por la cercanía.

—¿Qué, qué necesitas?

La respuesta obvia les vino a las dos al mismo tiempo. De eso estuvieron seguras, pues se miraron la boca por turnos, primero la una y luego la otra. Se les puso el esternón a bailar y Chloé tuvo que alejarse un paso para declarar un alto el fuego antes de que la sangre llegara al río.

—Algo dulce —terminó la frase por ella.

—Por favor.

Comió lo que Chloé le había entregado con una confianza plena, pues podría haberle ofrecido una manzana envenenada y ella la hubiera mordido sin hacerle siquiera media pregunta. No podía sustraerse al influjo de su mirada y, sin apartar los ojos de los suyos, masticó el dulce que acababa de darle. Recuperó la energía y el empaque poco a poco, y observó el ir y venir de la rubia mientras atendía a los y las clientas que entraban constantemente en la tienda. Cuando se sintió fuerte de nuevo, recuperó la vertical y se aproximó al mostrador, donde esperó su turno.

—¿Por qué te has hecho un análisis?

—Me siento un poco rara últimamente. Nunca me había pasado, así que he ido a hacerme un chequeo, por si acaso.

—Ya, en esta época todas estamos un poco... locas, como el tiempo. —Le dedicó una sonrisa necesitada, aunque no sabía de qué.

Carlota miró por la cristalera que daba a la calle y vio el cielo, despejado. Sin embargo, no hizo ningún comentario y decidió sentirse también ella un poco protagonista de su «locura».

—Bueno, cóbrame el bollito de antes y ponme lo de siempre.

Se marchó de la panadería con un asentimiento agradecido por haberla salvado de un mareo inevitable, cogió el móvil, ya en la calle, y le mandó un audio de respuesta a Ana.

—Si fuera solo eso...

***

Nunca hubiera pensado que era una persona calculadora, y mucho menos que fuera de las buenas, pero lo cierto es que la jugada le había salido a pedir de boca: el casi desmayo de Carlota le había ofrecido una excusa perfecta para escribirle. Chloé, como ya sabemos, era una tía hecha y derecha que había engendrado un ser humano al que después había expulsado nada más y nada menos que por la vagina. La habían abandonado con un bebé de un año en un país extranjero con un montón de deudas, a lo largo de su vida había sufrido engaños, traiciones, infidelidades, amores prohibidos y pasiones temerarias. Chloé sabía perfectamente que no tenía que hacerse unos análisis para descubrir por qué sentía ese sudor frío cuando Carlota la tocaba, pues reconocía que el motivo eran todas las veces que no lo hacía. Esa negación de tacto, ese deseo no consumado de colisionar, aunque fuera de manera delicada, dulce incluso, o brutal, qué más daba, era lo que le hacía aparecer una gota gigante junto a la sien.

Eso Chloé lo sabía de sobra, lo que no tenía tan claro era el alcance de aquella necesidad arrebatadora. La relación entre ellas estaba tirante por encontrarse en un terreno desconocido para ambas, por lo que el hecho de que Carlota estuviera débil de salud le devolvía la posibilidad de conversar con la naturalidad de siempre, de retomar las charlas infinitas de antes, de colocársele enfrente para que volviera a fijarse en ella de una maldita vez y poder ver en el fondo de sus ojos cómo de diferente la miraba ahora.

CHLOÉ
¿Cómo te encuentras?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Ahora que me has escrito, mucho mejor
Nada, ha sido un bajón de azúcar
Mala hierba nunca muere, no te preocupes

CHLOÉ
Me alegro de que te encuentres bien

ZANAHORIA (CARLOTA)
Gracias por preguntar, pana

CHLOÉ

No es nada
¿Cuándo te dan los resultados?

ZANAHORIA (CARLOTA)
En dos semanas, se supone
Pero vamos, que me lo he hecho por rutina

CHLOÉ
Yo te veo muy… saludable

ZANAHORIA (CARLOTA)
Vaya, gracias
Yo te veo estupenda a ti también
Con ese nuevo corte de pelo…
Wao

CHLOÉ
¿Te gusta?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Sabes que sí

CHLOÉ
No, no lo sé
Últimamente no sé nada de ti
¿Te has vuelto tímida de repente?

ZANAHORIA (CARLOTA)
No, tímida no, precavida

CHLOÉ
¿Y eso por qué?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Porque no quiero tomarme confianzas que no me corresponden
Ni decir lo que no debo

CHLOÉ
Siempre te has tomado confianzas que no te correspondían
Y has dicho lo que no debías
Es tu personalidad, Carlota

ZANAHORIA (CARLOTA)
Ya, pero ahora no soy adorablemente impertinente si te digo que estás tan guapa con ese nuevo corte de pelo que te haría un hijo

CHLOÉ
¿Ah, no?
¿Y qué eres?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Sincera

Chloé casi se cae de la cama. Tuvo que tantear con la mano sobre las sábanas en busca del corazón, que se le había perdido. Cuando lo recuperó, regresó a la conversación que le había dibujado una sonrisa de quinceañera que iba a darle agujetas después de tanto como llevaba sin entrenarla.

ZANAHORIA (CARLOTA)
¿Ves?
Hasta te has desconectado

CHLOÉ
No, no, estoy aquí
Se me ha caído el teléfono de las manos de la impresión
Pardon

ZANAHORIA (CARLOTA)
Qué exagerada jajajajajaja

CHLOÉ
No estoy bromeando

ZANAHORIA (CARLOTA)

¿En serio?

En esa ocasión fue Carlota quien notó la ausencia en el pecho. Le asombraba sobremanera causar cualquier tipo de impacto en Chloé. Ella era tan... tan...

CHLOÉ
Claro
¿Tú te crees que esto es fácil para mí?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Sí

CHLOÉ
Pues estás equivocada

ZANAHORIA (CARLOTA)
Ya, pero tú eres más correcta
Yo estoy acostumbrada a cagarla siempre y no quiero incomodarte

CHLOÉ
Correcta...
Qué poco divertido suena eso

ZANAHORIA (CARLOTA)
Pues sí, correcta
Tú no eres de las que dicen ese tipo de cosas ni en serio ni en broma
¡Ni quiero que lo hagas!

CHLOÉ
Jajaja
¿Por qué?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Porque a saber la salvajada que te contesto
Soy fuerte, pero no tanto
Seamos buenas

CHLOÉ
Estamos siendo MUY buenas

ZANAHORIA (CARLOTA)
Demasiado, me parece a mí
Jajajajaja

CHLOÉ
Sí, quizá demasiado...

ZANAHORIA (CARLOTA)
BUENO
Yo me voy a ir ya a la cama porque llegadas a este punto todo me suena sucio

CHLOÉ
Jajaja
Piensa mal...

ZANAHORIA (CARLOTA)
... y acertarás
Buenas noches, Chloé

CHLOÉ
Buenas noches, Carlota

25

Una estrella de mar

—¿Cuánta leña dices que has pedido?

—Una tonelada.

—Te has quedado corta.

—Pero qué dice, Jacinta, una tonelada es... ¡una tonelada! ¡Eso es un montón!

—El invierno es muy largo y puñetero, y cuando empiece llover, la leña ya no valdrá para nada.

—Qué bonito, Jacinta, ¿le enseñan ese vocabulario en misa?

Carlota preparaba el café en casa de la mujer, que volvía a estar con la salud demasiado delicada como para acercarse a la panadería a por su desayuno de los sábados.

—Lo que te decía, que la leña no caduca y si te sobra pues ya la tienes para el año que viene, pero no seas rácana y gástate los euros.

—¿Cuánta me recomienda que compre?

—Hombre, mínimo dos toneladas.

—¡¿Para mí sola?! ¡Está usted loca!

—¿Pero qué te crees que pesan dos toneladas?

—Pues dos mil kilos, señora, ni uno más, ni uno menos.

—Eso es lo que te cabe en el maletero del coche. Que la leña pesa mucho.

—Anda, no diga estupideces que al final la voy a llevar a urgencias por desvariar en vez de por los vértigos.

—Terca como una mula, de verdad... ¿¡Pero tú qué sabes de las cosas del campo!?

Carlota la miró de hito en hito. Ahí tenía razón la mujer, pero le encantaba sacarla de sus casillas. Seguro que era bueno para la circulación acelerarla un poquito de vez en cuando, o lo mismo le provocaba un infarto. Quizá debería parar. Le sonó el teléfono y echó un vistazo rápido antes de sentarse junto a Jacinta en la mesa camilla.

MI PANA LA PANA
¿A qué hora pensáis venir?

CARLOTA
La Jacin está flojita, pana
Vas a tener que estar hasta esta tarde sin verme
¿Podrás soportarlo?

MI PANA LA PANA

No estoy segura

CARLOTA
Si quieres ahora me paso a decirte hola
A ver si así se te hace más llevadera la espera

MI PANA LA PANA
Connard

CARLOTA
Chula

—Vaya tela con el telefonito —se quejó Jacinta, quien la miraba desde su asiento con ojos acusadores.

—Ya voy, ya voy.

—¿Alguna zagala? —insinuó, con bastante tino.

—Yo no tengo de eso, Jacinta.

—Esa sonrisa no se pone con las notificaciones del banco, rica.

Carlota hizo un recorte hacia la banda y esquivó aquella entrada criminal que iba directa a la tibia al llevar los cafés y volver a insistirle para que le aconsejara sobre el asunto nada baladí de la leña. A lo mejor pensaba Carlota que Jacinta era tonta, pero no quiso ser la mujer quien la sacara de su error. La obligó a llamar al muchacho que iba a llevarle la madera para encargarle una tonelada más, y casi era la hora de comer cuando escapó de las garras de la anciana controladora.

Se miró el reloj y se decidió a bajar al pueblo. Aún era pronto. En cuanto Chloé la vio al otro lado de la puerta se cruzó de brazos, negó con la cabeza y retuvo la sonrisa rebelde todo lo que pudo, que no fue mucho.

—Hola. —Se asomó la morena, con medio cuerpo dentro del establecimiento y las piernas fuera.

Chloé se mordió el labio de arriba y apretó los puños. El picor que la presencia de Carlota producía en sus manos era a veces insoportable.

—He venido a ponerte la vacuna y que así no me eches tanto de menos.

—¿Y si no funciona?

—Si no funciona, es que tienes un gran problema, panadera. ¡Adiós!

Y se largó dando saltos calle arriba con los brazos abiertos y el culo respingón.

—*Je l'ai.*

***

Lo bueno de tener una casa de campo era que la leña se la dejaban directamente en el patio. Su tío Marcos, que se había acercado a ayudar, señaló lo rápido que iba a ser el trabajo, y se lamentó de que, al estar su casa en el centro del pueblo, no lo tuviera tan fácil.

—Me sueltan el remolque ahí en mitad de la calle, y me toca cortarla, claro, llamar a tus primos y a todo el que vea por la calle para meter la leña dentro, atravesando la casa entera hasta el patio, que está detrás, ¿tú sabes lo que es eso?

—Un rollazo, tito, tiene que ser un rollazo tremendo —asintió Carlota. Le guiñó un ojo a Paco, que ayudaba como el que más.

—Pues sí, ¿pero tú? No sé ni para qué me has llamado.

—No pensé que fueras a venir. Cuando dije que invitaba a cenar en mi casa se apuntó todo el mundo: tus hijos, la veterinaria, las amigas de Celia... Pero en cuanto dije que era para colocar leña, a todo el mundo le han surgido un montón de planes, ¿qué te parece?

—Son las cosas que uno evita siempre que puede: meter leña y hacer una mudanza. Y tú has hecho las dos cosas en menos de un año, así que no te quejes de que haya venido al menos la francesa, el bibliotecas y tu tío Marcos.

—Bibliotecas. —A Mateo le encantó el apodo.

—¡Y yo! —se quejó Paco.

—Claro, y Paquito, que no veas cómo ayuda el tío, ¿eh?

—Oiga, Marcos...

—Que me tutees, bibliotecas.

—Perdón. ¿Te gusta mi bigote?

—Ya no se ven bigotes como ese, así que lo apruebo totalmente.

—Estaba pensando en quitármelo porque...

Ambos hombres se pusieron a hablar de vello facial, momento que aprovechó Carlota para ir a beber agua fresca y secarse el sudor de la frente. Chloé se le unió al instante y ambas bebieron cada una de su vaso mientras se miraban de reojo.

—Así que te ha dejado plantada todo el mundo.

—Menos la panadera y el bibliotecas, exacto.

—Dos toneladas, Carlota. ¿Para qué le haces caso a Jacinta?

—No hay prisa tampoco por colocarla, con que la dejemos debajo del techado para que no se moje si llueve, me vale.

—No, si quieres también te la pagamos, no te jode —se inmiscuyó Marcos, que se acercó también para tomarse un refrigerio.

—Menuda caradura, ¿eh? —Mateo, en un compadreo impropio de él, le dio un codazo en las costillas a Marcos que este recibió con camaradería.

Una hora después, la leña estaba a cubierto y ellos sudados hasta la ropa interior, por lo que Marcos rechazó la cena y se fue a darse una ducha, que había quedado. En cuanto su tío se marchó, Mateo se dejó caer sobre una butaca exterior con la mirada de las mil yardas.

—Eh... Me quiero morir...

—Eso te pasa por intentar impresionar a mi tío haciéndote el

machote.

—Te acepto la cena porque no estoy como para ponerme a cocinar, pero cuando me mueva es para irme a mi casa. Tengo la espalda como un signo de interrogación. Anda, Paco, tráeme mi vaso.

Aprovecharon para cenar fuera, seguramente como última ocasión en la que poder disfrutar del *chill out* exterior. El tiempo ya refrescaba, el viento resultaba casi molesto y el día menos pensado empezaría a llover hasta el año siguiente. Una cena de despedida del verano, de aquel magnífico verano.

Mateo no esperó ni a que pusieran la película, y cuando se levantó para ayudar a recoger la mesa, continuó en línea recta hasta la puerta de la casa de Carlota y con las mismas se fue a meterse en remojo y ponerse una bolsa de agua caliente para el tirón de espalda.

—¿Nos vamos nosotros también? —preguntó Chloé a Paco una vez entraron dentro. En el patio ya no se podía estar.

—¡No! Vamos a ver *Spiderman*.

—Pero *mon petit*, si te vas a dormir enseguida, con lo cansado que estás después de toda la leña…

—No, mami, te prometo que no me duermo. Además, la zanahoria ha comprado chuches para ella y para mí…

—¿Y para mí no? —le preguntó a la susodicha.

—Para ti he comprado esto. —Sacó una botella del vino favorito de la francesa—. Es más de tu gusto, ¿no?

—Sí que lo es.

Chloé lo dijo sin mirar siquiera el vino, pues se encontraba con los ojos puestos en Carlota. La morena pensó si no había sido una pésima idea animarlos a que se quedaran.

Dios, no soy tu mejor guerrero, y mucho menos el más fuerte.

Se colocaron en el sofá del comedor de la manera más inteligente posible, dadas las circunstancias, con Paco como cortafuegos entre las dos. A los diez minutos de que la película empezara, el niño se quedó dormido con un regaliz en la boca, pero ninguna de las dos mujeres dio señales de haberse dado cuenta, aunque sí lo hicieron. El pequeño, tres cuartos de hora después, se removió para acurrucarse sobre su madre, lo cual hizo que ambas tuvieran que reconocer que estaban solas, espiritualmente, en la habitación.

—¿Te sirvo? —Carlota levantó la botella para que Chloé le acercara la copa, con el niño en el regazo.

—¿No crees que deberíamos irnos? Paco está dormido.

—Exacto. Está dormido. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Carlota pausó la película y comenzó a susurrar para no

despertarlo. Chloé la imitó.

—No tengo prisa, es solo que no quiero molestar.

—Si te ofrezco rellenarte el vino, ¿crees que es porque quiero que os vayáis?

—Ya…

Carlota llenó la copa y Chloé aprovechó para beber de ella y así ganar tiempo para encontrar algo que decir. No hizo falta, pues Carlota volvió a tomar la palabra.

—¿Por qué evitas quedarte a solas conmigo?

—No lo evito.

—Oh, sí lo haces. ¿Tienes miedo de que intente… algo?

—No sé si tengo miedo de que lo intentes o de que no lo hagas.

—¿Cómo?

—Nada, da igual.

—Dime, porfa, porque creo que me voy a volver loca.

Chloé decidió coger al toro por los cuernos y dejar claros un par de asuntos.

—Tú me dijiste que todo volvería a la normalidad si resolvíamos la tensión, y no está siendo así, Carlota. Al menos no lo está siendo para mí.

—Para mí tampoco.

—¿De verdad? —Carlota vio sorpresa en su expresión, y eso era algo con lo que no contaba en absoluto.

—¿Tienes dudas sobre lo que me provocas?

—Carlota, tú estabas tan segura y tan tranquila de que todo se solucionaría con facilidad… Como si lo vieras como un trámite, divertido, emocionante, pero un puro trámite. ¿Cómo no voy a dudar?

—¿Y por qué no me preguntas cómo lo veo ahora en vez de evitarme?

—Porque no estoy segura de querer conocer la respuesta. Hacía tiempo que no me sentía deseada y quiero mantener la sensación todo lo que pueda.

Carlota se quedó hierática como un altorrelieve egipcio, estática, con la mirada fija y los músculos detenidos, en pausa. Si Chloé hubiese afinado el oído, habría escuchado el procesador de Carlota funcionando a toda máquina.

—¿Me estás queriendo decir, Chloé, que me evitas porque no quieres notar mi indiferencia hacia ti?

—Eh… *oui*.

La morena se tapó la boca con una mano y se acarició la barbilla con la misma, reflexiva.

—Estoy buscando la manera de decir lo que voy a decir sin caer en la vulgaridad, dame un segundo —pidió con el dedo índice en

alto.

Chloé sonrió de manera automática. Era, de veras, una chica incorregible, y solo la diosa sabía cuánto había echado de menos que se comportara así con ella.

—Vale, creo que ya lo tengo.

Deshizo el abrazo en el que Chloé había acunado a Paco para cogerle la mano y llevarla a la base de su cuello del mismo modo en que la francesa lo hizo la mañana después de acostarse por primera vez, en los juegos populares. En aquella ocasión, la inseguridad había venido de Carlota, por lo que utilizó la misma frase con la que Chloé la tranquilizó a ella.

—¿Te parece que me resultas indiferente, Chloé?

La rubia sintió la sangre de la morena propulsada a una velocidad delirante bajo la yema de sus dedos, y ese bumbúm acelerado la impresionó tanto que hizo que elevara las cejas y la mirara con compasión, pues sabía lo que significaba.

—Y te juro que, cuando te dije que en cuanto resolviéramos la tensión se nos pasaría la tontería, lo creía de verdad, ¿eh? —continuó Carlota—. Pero claro, lo dije mientras te tenía abrazada y te quitaba el pelito de la cara, con la posibilidad de poder tocarte sin problemas, incluso de besarte cada vez que el cuerpo me lo pidiera, y me lo pedía mucho.

—Es verdad. —Sonrió Chloé, presumida.

—Y me lo pide ahora. —Aquella sentencia borró la sonrisa de la francesa de un plumazo—. Pero, ¿qué pasa? Que ahora no puedo besarte cuando me apetezca. Por eso ha vuelto esta tensión insoportable y el estar atacada cada vez que te tengo cerca.

Chloé cogió la mano con la que Carlota presionaba la suya contra su cuello y la transportó en la dirección contraria para dejarla sobre su propia clavícula. Carlota sintió el mismo desasosiego bajo la piel de la rubia que sentía bajo la suya. Al menos aquello la alivió.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Carlota en un hilo de voz.

—No lo sé —contestó Chloé, triste de repente.

Paco se removió y tuvieron que separarse al instante para no provocar preguntas incómodas del pequeño. Se despidieron poco después con una horrible sensación de desamparo y más preguntas en el aire de las que habían resuelto.

***

Carlota se despertó la mañana siguiente como si le hubiera pasado un camión por encima. Desde que se había mudado, dormía como un bebé, fruto, seguramente, de la desaparición de la ansiedad que su vida anterior le provocaba. Sin embargo, aquella noche había

sido de purgatorio. Hasta que no despuntó el alba no fue capaz de hilvanar un par de horas de sueño seguidas, y antes de que se pasara la hora del desayuno ya estaba en pie, lista para una jornada con poco que hacer y mucho que rumiar.

Llevaba un mes intentando convencerse de que su «situación» con la francesa no era tan profunda, que aquella descompensación que había sufrido su relación tras un mes de retozos se colocaría de nuevo en su lugar sin tener que intervenir, del mismo modo que se regulan los mercados. Ja. Aquella premisa funcionaba igual de bien en el primer caso que en el segundo. Se esforzaba en quitarle importancia a las ganas de volver a tenerla tan próxima como fuera posible y esperaba que se atenuaran por sí solas con el paso del tiempo. Pero no solo no había ocurrido así, sino que su deseo por Chloé era como un miembro fantasma que, tras un tiempo prudencial, volvía a crecer de la nada tras la amputación.

—Soy una estrella de mar.

Se detuvo en mitad del patio, donde llevaba toda la mañana colocando la leña en el porche que cubría la zona de la barbacoa para que ocupara menos espacio y se viera bonito, impactada ante aquella verdad irrefutable.

¿Y qué hacían? Esa era la pregunta que se habían hecho antes de que sonara el silbato que indicaba el descanso, y era la misma que no dejaba de repetirse en su cabeza desde la noche anterior. Solo el sonido del teléfono consiguió que se detuviera un rato el bucle.

MI PANA LA PANA
Me ha preguntado Paco si puede ir a tu casa
Te ha visto con la leña y lleva un rato insistiendo

CARLOTA
Claro, dile que venga

MI PANA LA PANA
Ahora te lo mando
A las dos me lo devuelves, ¿vale?

CARLOTA
Vale

Controló con sabiduría el impulso de ampliar la invitación para incluirla a ella, y prefirió dejar que las aguas se calmaran un poco, porque dado su estado mental actual lo mismo no le dirigía la palabra que le plantaba un morreo. Ante la inestabilidad, frío, y este solo podía darse con la distancia.

—¡Hola, zanahoria! ¿Qué haces?

El rubio se quedaba al otro lado de la valla, tan educado como siempre, hasta que Carlota le daba permiso para cruzar. Le hizo un gesto y el niño saltó rápidamente para unirse a ella.

—Mira, me he puesto el chándal de pintar para que luego mi mami no me riña si lo rompemos.

—Eres un *crack*.

—Elemental, mi querido Watson. —Paco se dio con el índice en la sien y le guiñó un ojo. Carlota se lo iba a comer.

—¿Has venido aquí de charleta o a ayudar, petardo?

—¡A ayudar, zanahoria! —Se cuadró como un militar.

—Pues venga, al lío, que esta leña... —Lo señaló para que terminara la frase que siempre le decía.

—... no se va a colocar sola.

Acoplaron la leña en los huecos de la barbacoa mientras Paco le contaba todos y cada uno de los pormenores de sus vacaciones. No importaba que ya hubiera pasado un mes desde que volvió y que ya hubiese empezado el cole, daba igual, hasta que no sucediera otro acontecimiento en su vida de igual o mayor importancia, aquel coparía todas sus conversaciones. Cuando quedaba media hora para que Paco tuviera que volver a casa, se tomaron un merecido descanso de limonada y patatitas.

—¿Así que te lo has pasado bien en Alicante?

—Chulísimo, zanahoria, había unos toboganes en el hotel que alucinas.

—Joer, qué divertido, ¿no?

—Sensacional. A mi madre es que no le gusta la playa, ¿sabes? Así que siempre busca piscinas chulis para no tener que salir del hotel.

Carlota sonrió como si acabara de echarle un piropo, pues Chloé se había pasado medio verano con ella en el mar. Se lo llevó para lo suyo.

—Siento que tú no hayas podido irte de vacaciones porque eres pobre.

—¿Te cuento un secreto? —Paco asintió—. Creo que este ha sido el mejor verano de mi vida, aunque no haya podido moverme de aquí.

—¿De verdad? ¿Y por qué? Esto es un rollo.

—Lo importante no es dónde, niño, sino con quién —lo regañó.

—Eres una cursi, zanahoria.

—Y se cachondea el crío. —Carlota se levantó y lo cogió en volandas para que cruzara la valla. Paco se meaba de la risa cuando hacía eso—. Tira para tu casa que verás tu madre, al final se enfada conmigo si te descuidas.

—No creo, mi mami nunca se enfadaría contigo.

Eso le interesó y ralentizó el paso hacia el cercado.

—Yo soy un poco desastre, petardo, hago enfadar a la gente con facilidad.

—Ya, y yo también, pero mi mami nunca se enfada de verdad del todo porque me quiere, y cuando quieres a alguien no te enfadas. —Se encogió de hombros como si tuviera todo el sentido del mundo.

—Bueno…

—A ti también te quiere, zanahoria, por eso sé que no se va a enfadar contigo si llego tarde.

Carlota casi se cae de culo. Tuvo que tragar fuerte para que bajara la impresión.

—¿Te… te lo ha dicho ella?

—¡Qué va! Esas cosas no se dicen, zanahoria, se saben.

Carlota lo miró con suspicacia.

—Mucho sabes tú, ¿no?

—Sí. Me voy, adiós, zanahoria, ¡yo también te quiero!

El crío se largó y Carlota se quedó con cara de idiota. Entre la madre y el hijo la iban a matar.

26

Gustable

Chloé escuchaba con atención lo que Marisa le contaba sobre su hija. Acababa de empezar primero de bachillerato, había terminado la ESO con unas notas excelentes y su pasatiempo favorito era la lectura de historias de ciencia ficción. Aquello era música para los oídos de la mujer, que estaba necesitada de una nueva niñera desde hacía meses. La muchacha escuchaba al lado de su madre cómo esta ensalzaba sus muchas virtudes con la cabeza gacha y las orejas rojas. Chloé le sonrió con amabilidad y detuvo la verborrea maternal en cuanto tuvo ocasión.

—Pues lo cierto es que desde que Andrea se fue a la universidad estoy sin niñera, así que…

—Te plancha y te hace la comida si quieres, mi niña vale pa to.

—Perfecto, pues mira, si quieres te vienes esta tarde a casa y te explico dónde están las cosas, conoces a Paco y te cuento lo que necesito y cuándo, ¿te parece bien? Y ya me dices tú si te parece bien.

—Sí, allí estaré.

La chica se llamaba Yolanda y Yolanda tenía ganas de ganarse su dinerillo, por lo que le pareció estupendo todo lo que Chloé le contó. Hizo buenas migas con Paco enseguida y quedaron en comenzar ese mismo sábado por la mañana, que era cuando la necesitaría, aunque ese sábado en particular también la necesitaría por la noche. Carlota llevaba toda la semana detrás de ella para que acudiera a una cena con su prima Celia y sus amigas, tal y como habían hecho durante el mes de agosto, y hasta se le había pasado por la mente que hubiera sido la morena quien le hubiese mandado a la muchacha y a su madre a la panadería para salirse con la suya.

Desde la conversación en casa de Carlota la noche de la leña, habían pasado por diferentes fases, tal y como solía ser habitual en su relación. Primero distancia, por miedo o inseguridad, lo que tocara en cada ocasión. Luego venían las ganas que comenzaban a picar, el echarse en falta. Después, la caída en picado al pozo fanganoso de los mensajes de WhatsApp a todas horas, los audios susurrados cuando se les hacía tarde por la noche y las llamadas breves que servían como parche para las visitas que no se atrevían a hacerse. Y la última era en la que se encontraban en la actualidad: el verse en un contexto que no fuera la panadería. Cuando se

encontraran y sintieran el *Tyrannosaurus rex* en las tripas, comenzaría el ciclo de nuevo, pero bueno, Chloé tenía la esperanza de que, en algún momento, se rompiera la rueda que no paraba nunca de girar.

CHLOÉ
Ya tengo niñera

ZANAHORIA (CARLOTA)
VAMOS HOSTIAAAAAAA
Por fin
Pues aviso a mi prima para que amplíe la reserva para una más

CHLOÉ
Sé sincera
¿Le has dicho a Marisa que necesitaba una niñera?

ZANAHORIA (CARLOTA)
Uf, pana, te tengo que dejar
Estoy con un proyecto de una web que no me deja ni respirar

La francesa sonrió y el corazón le dio un pellizco. Le pasaba con frecuencia en los últimos tiempos, como si ese órgano se hubiera resignado a no tenerla como deseaba y, cada vez que pensaba en cómo le gustaría volver a lo que fue, se encogiera de hombros provocando aquella mordida. No sabía cuánto iba a poder soportar ese ir y venir, ese acercarse hasta que quemaba para luego alejarse para enfriarlo todo otra vez. Pero bueno, no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo aguante.

El sábado se arregló a conciencia. Llevaba más de un mes sin salir, desde que Paco regresó, y le apetecía de veras. Su vida social en los últimos siete años se había limitado a las cenas con Mateo, pero con la llegada de Carlota esta se había visto amplificada, primero con la incorporación de la morena y después la de la gente que, por su lado, ella había conocido, para formar un grupo bastante majo que se reunía, mínimo, una vez al mes. Quién lo iba a decir, que una mujer tan asocial como Carlota había sido quien había nutrido el círculo social de la francesa.

Vestido negro suelto por la rodilla, chaqueta de cuero y unas zapatillas. Iba de estreno, pues el verano se había dado muy bien en lo económico y se había regalado un par de caprichos. Se vistió pensando en Carlota, y solo necesitó ver cómo la miró para saber que había dado en el clavo. Notó cómo el aire se le atascaba en la garganta y se preparó para una noche de distancia de seguridad. Siempre hacía lo mismo, y esa reacción había pasado de hacerle gracia a empezar a sentarle un poco mal, pero también le servía para jugar con ella y hacerle ver que, por mucho espacio que pusiera, no había fuerza humana capaz de evitar lo que sucedía entre ellas, aunque Carlota se esforzara en negarlo.

—Joder con la francesa, ¿no? —exclamó Celia nada más verla, abanicándose con una mano—. De mayor quiero ser como tú, tía.

—Pero qué dices, si solo te lleva siete años —contestó Susi, defendiendo a Chloé. Carlota la miró con el ceño fruncido. La conocía tan bien a esas alturas...

—*Merci*, chicas. Yo voy a querer un *chardonnay*, *s'il vous plaît* —le pidió al camarero que esperaba la comanda.

—Si me lo pides así... —El camarero se marchó, no sin antes guiñarle un ojo.

—Joder, Chloé, vaya éxito esta noche, ¿no? —la felicitó Celia.

—Es por el cuero... —La francesa se ruborizó y Carlota se mordió el puño. Sexi y adorable otra vez, aquella iba a ser una noche dura.

—¿Por qué brindamos esta noche, chochonas? —Celia hizo de maestra de ceremonias en cuanto les sirvieron las bebidas.

—Por Yolanda —sugirió Carlota.

—¿Quién es Yolanda?

—La nueva niñera de la panadera y el motivo de que hoy haya podido venir tan despampanante.

—¡Por Yolanda!

La pobre niñera fue objeto de brindis y felicitaciones durante toda la velada, lo que sacó las mayores carcajadas de Chloé. Necesitaba una noche ligera como esa, aunque Carlota no estuviera lo bastante cerca como para estar satisfecha, pero sí lo suficientemente separadas como para no ahogarse en su propia necesidad. Sus pieles quedaban lejos, pero los ojos no dejaban de encontrarse, de tropezarse, de buscarse como animales al acecho. Chloé estaba arrebatadora y Carlota tenía la mirada hambrienta que tanto gustaba a la francesa. Aquel cóctel molotov solo se mantenía ignífugo debido a las sillas de distancia entre una y la otra, por lo que no cambiaron los asientos a pesar de que se fueron quedando vacíos a medida que la noche se hacía tarde y las chicas se movían por turnos hacia la barra en busca de nuevos estímulos.

Chloé se levantó para pedir y, al regresar, vio que Carlota no estaba, arrastrada por su prima, seguramente, por lo que aprovechó para ir al lavabo a refrescarse un poco. Nada más entrar a los aseos, se encontró allí a la morena, que esperaba su turno. La francesa quiso salir de la estancia para mantenerse en un lugar neutral, pero la vio antes de conseguirlo.

—¿Otra vez huyendo de mí, panadera? Qué novedad.

—No huyo de ti.

—Sí que lo haces, pero no tienes por qué. Ya sabes que no muerdo.

Carlota estaba apoyada en el lavabo con los brazos cruzados y una expresión de soberbia insoportable.

—No, no muerdes. —Sonrió con ironía y pasó junto a ella para entrar al baño que acababa de quedar libre.

—¿Eso es un reproche? —preguntó Carlota a través de la puerta—. Porque ha sonado a reproche.

—Suena a lo que tú quieras que suene, Carlota, así que piensa bien lo que vas a decidir. Y ahora cállate, que si me hablas no puedo mear.

Un silencio del otro lado y una micción que catapultó a Carlota sin escalas al mes de agosto, en el que se acostumbró al sonido matutino más burdo hasta relacionarlo con la cotidianidad perdida y, por qué no decirlo, añorada. Chloé salió y se encontró de frente con Carlota, que la esperaba con una mano apoyada a cada lado de la puerta para impedirle el paso.

—¿Has decidido? —le preguntó la francesa, altanera.

—Sí.

—¿Y qué has decidido? —La respuesta de Carlota, o más bien cómo lo dijo, hizo que se le bajaran los humos.

—Que muerdo.

La morena aproximó la boca a la de Chloé y le rozó los labios con delicadeza. No contó casi ni como beso. Cuando la francesa quiso alargar el contacto, Carlota apoyó la frente en la de Chloé y le suspiró sobre la boca. Sin pensarlo, la rubia colocó las manos en su cintura y la hizo chocar contra ella.

—Me está costando, Chloé.

—Y a mí.

—¿Y qué hacemos? —repitió la pregunta que resonaba desde hacía dos semanas en su cerebro.

—Podemos intentar hablarlo como personas adultas y dejar de comportarnos como niñas.

—Eso sería genial, ¿no?

—Sería estupendo, sí.

—Que corra el aire, venga, que me meo viva.

Celia entró a romper el clima de intimidad que habían creado, lo cual fue una suerte para ambas. Ni era el lugar ni era el momento, por lo que regresaron a la mesa y, en esta ocasión, se sentaron una junto a la otra. Se permitieron sentirse cerca para calmar la desazón de tantos días de distancia obligada pues, aunque tuvieran que tener una conversación madura, ya habían llegado a la conclusión de que estaban de acuerdo en algo: que no podían más.

***

Carlota se dio una ducha y se puso su mejor chándal de domingo mientras terminaba de hornearse el bizcocho que había preparado para la merienda. Había quedado con Chloé para tener «la conversación». Ella jamás había tenido algo ni remotamente parecido a eso, por lo que estaba bastante nerviosa. Había

apuntado en una libreta todo lo que quería decir y puntualizar, e intentó elaborar algunas reglas mnemotécnicas para que no se le olvidara ninguno de los puntos, pues algo le decía que no era muy apropiado llevar el papel en la mano.

No tenía clara la importancia que aquella conversación tendría en el devenir de su relación con Chloé, y casi mejor que no lo imaginara para no ponerse todavía más nerviosa. Solo había una cosa que tenía meridiana tras más de un mes de contención: que así no podían seguir. Ella se estaba consumiendo de ansiedad y al final le iba a costar la salud. Los análisis habían salido normales, por lo que asumió que sus vahídos tenían que ver con Chloé y solo con ella. Más vale tarde que nunca.

Puso un trapo sobre el bizcocho recién hecho para que no lo cagara la moscarda, le dio un beso de despedida a Lanita de la Reina, que estaba más guapa cada día, y salió en dirección a casa de su vecina. Se sintió como una señora de pueblo y tuvo que aceptar que quizá lo era. Paco la esperaba en el porche, sentado en los escalones. Su madre lo había avisado de que Carlota iría a pasar la tarde a casa y eso había sido suficiente para ponerlo feliz.

—¡Hola, zanahoria!

—¡Hola, petardo! ¿Tienes hambre?

—¡Un hambre que da calambre!

—Menos mal que traigo esto, entonces.

Levantó el trapo con una mano y le mostró el enorme bizcocho de nueces y chocolate. Paco abrió los ojos con placer, la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior de la casa, donde Chloé terminaba de preparar los cafés y el batido del pequeño.

—Buenas —saludó la morena, avergonzada. Menudo papelón.

—Hola, Carlota. Vaya, tiene una pinta estupenda, gracias.

—Qué cortés es mi francesa, hay que ver.

Se le escapó ese determinante posesivo y las dos se quedaron de piedra pómez. Empezaba bien la reunión.

—Mami, la puedes contratar para que te ayude en la panadería.

—Lo que me faltaba, petardo, trabajar con tu madre. Ni loca, vamos.

Los tres se sentaron a la mesa y merendaron. Paco las puso al día sobre su nueva niñera, con la que estaba encantado porque le había puesto unas películas de fantasía que le habían gustado mucho, por lo que no hizo falta que Chloé lo mandara al comedor a ver la tele cuando terminó el bizcocho, ya que se fue él solo. Cuando las dos mujeres se quedaron una frente a la otra, separadas por la madera de la mesa y los dos cafés, les entró el tembleque en las piernas.

—Bueno, pues…

—Se nos da mejor tensar la cuerda y explotar, ¿eh? —comentó

Carlota, acartonada.

—Sí, pero al final no llegamos a ninguna conclusión.

—Pero nos damos unos besillos, que oye, algo ayudan a relajar el ambiente, ¿no?

Chloé le echó una mirada de madre, porque no existe otra forma de describirla. Carlota sonrió para que le perdonara aquella bromita sin importancia y Chloé negó con la cabeza.

—Vale, pues sin besillos… —Tosió y pensó durante un buen rato cómo abordar aquella conversación que era inédita para ella—. Mejor empieza tú, que yo soy nueva en esto.

—Tampoco he hecho esto muy a menudo.

—Pues vaya dos… —Carlota se estrujó los dedos y Chloé ordenó sus pensamientos.

—Lo primero es saber qué queremos hacer con esta situación.

—¿Qué opciones tenemos?

—La primera es dejarlo como está hasta que se enfríe.

—Opción descartada. Llevamos un mes y medio así y no se ha enfriado ni un poquito. Yo así ni puedo ni quiero seguir. —Carlota se levantó de la silla y se puso en la que había al lado de Chloé.

—¿Y qué quieres?

—¿Te lo digo así, sin paños calientes?

—Pero sin pasarte, por favor, te recuerdo que hay un niño de siete años en la habitación de al lado.

—Quiero lo de los besillos. Sé que suena tonto e infantil, pero al final se resume en eso, porque no poder hacerlo es lo que me pone loca de la mente, me estresa, me desestabiliza. Quiero besillos cuando yo quiera, con consentimiento, claro —puntualizó.

—Tú lo que quieres es volver a agosto —adivinó Chloé.

—Simple y llanamente, eso es.

—Ya, pero agosto es un mes inventado, porque resulta que yo tengo un hijo.

—¡No me digas! —Fingió que se sorprendía y Chloé le dio un cogotazo.

—Carlota, estoy hablando en serio. Todo lo que has dicho está genial, y es también lo que quiero yo, pero no estamos en agosto y no voy a involucrar a Paco en algo que a lo mejor se termina enseguida.

—¿Y si no pasa?

—¿El qué?

—Que se termine enseguida.

—Pues entonces veremos. Me gustas, Carlota, pero…

—¿Qué? —La morena se quedó lívida.

—¿Qué? —repitió la francesa con el ceño fruncido, sin saber qué parte era la que no había entendido.

—Puedes… ¿puedes repetirlo?

Chloé volvió a mirarla con extrañeza, hasta que cayó en la cuenta.

—Me gustas.

—Hostia… —Se encogió con un escalofrío.

—Deja de tomártelo así porque al final conseguirás que me dé vergüenza, no es para tanto.

—Oye, déjame disfrutar, que para mí sí es para tanto. Nunca me han dicho «me gustas» —le explicó con una sonrisa gigante en la cara.

—¿De verdad?

—De la buena. En el cole y eso sí, ¿pero de adulta? Jamás.

—Pues me sorprende —Carlota le hizo la pregunta implícita de a qué se refería con un movimiento de cabeza—. Eres una chica muy… gustable.

—¿Yo?

—Eres graciosa, interesante y muy atractiva. Creo que son tres cualidades muy gustables.

—Tú sí que eres gustable, panadera.

—¿Puedo continuar con lo que iba a decir o necesitas seguir alimentando tu autoestima?

—No, de momento mi autoestima está saciada. Gracias.

Ese agradecimiento recuperó la seriedad que tenía la conversación antes de aquel paréntesis más ligero que les había servido para soltarse.

—Decía que tengo un hijo, y me gustas, pero no voy a volverlo loco por una aventura que no sé si será pasajera o no, y menos contigo.

—¿Cómo que menos conmigo?

—Venga, Carlota… Paco te idolatra. No quiero crearle ilusiones y luego romperle el corazón.

—Ya. Tienes razón. Yo tampoco quiero que él sufra por una cosa nuestra. Los besillos, mejor a escondidas.

—Y luego veremos.

—Y luego veremos.

Carlota se quedó pensativa. Aún quedaba mucho para aquello, por lo que se centró en disfrutar de lo que tenía en el momento presente.

—¿Entonces te puedo besar cuando Paco no esté delante?

—Sí.

La morena echó un vistazo alrededor y, al descubrirse, efectivamente, a solas, se acercó para saborear aquella boca que tanto había echado de menos. Chloé se separó enseguida, tensa.

—Puede venir en cualquier momento.

—Pues ya me dirás tú cómo lo hacemos.

—Cuando se duerma te aviso y vienes.

—¿Y dejo a Lanita sola toda la noche?

Chloé la miró con una ceja en alto.

—Si quieres dejo yo solo al niño.

—Bueno, Paco será tu hijo, pero Lanita es la mía, no te jode.

—Carlota, ¿de verdad?

—Que estoy bromeando, tonta. Trabajo en remoto, le doy amor a mi *baby* dieciséis horas al día.

Volvió a darle un beso rápido y se levantó de su asiento.

—¿Te vas?

—Sí, pana, porque como me quede aquí comiéndote la boca no me va a detener ni Paco ni Cristo que lo fundó.

—¡Bruta!

—Guapa —le soltó, y aquello impactó con mayor fuerza que todo lo que se habían dicho.

—Eres guapísima, Carlota —le devolvió. Acababa de darse cuenta de que eso tampoco se lo había dicho nunca.

—Hostia puta. Ahora sí que me voy, luego te veo.

—Hasta luego.

—¡Petardo, dame un beso, que me voy!

—¿Ya? ¿No te quedas a cenar?

Chloé escuchaba la conversación desde la cocina y pudo percibir sin dificultad cómo Carlota entró en cortocircuito con aquella pregunta, pues quería decir que sí, pero tenía que decir que no. Hasta que no se deshicieran de la carga estática que habían acumulado en el último mes y medio era impensable compartir espacio sin estallar.

—No, tío, me acaba de llamar Lanita, que me echa de menos. Otro día.

—Dale un abrazo a Lanita de mi parte. ¡Adiós!

Carlota salió del comedor en dirección a la puerta, detuvo sus pasos cuando estaba a punto de salir, se dio una carrera hasta la cocina, donde Chloé estaba plantada en medio esperando a que se marchara, le dio un morreo con todas las letras y volvió correteando hacia la salida sin decir ni una palabra. Chloé se acarició los labios mojados de su saliva y sonrió como si tuviera el corazón por estrenar.

27

La casilla de la declaración de la renta

Carlota nunca había hecho deporte. De niña, el colegio donde estudió insistió mucho en sus posibilidades como atleta de élite, pero como ella achacó aquello al color de su piel, se negó en rotundo a validar ese racismo implícito, por lo que no tardaron en dejarla por imposible y pasó a ser tan invisible como ella quería. Sin embargo, a la vejez, viruela, y a sus treinta y cuatro años se había convertido en campeona regional de los cincuenta metros obstáculos, quién lo iba a decir.

La primera noche que se escabulló por el patio trasero tras arrullar y llenar de besos a Lanita de la Reina, se dio cuenta de que no le hubiera venido mal salir de vez en cuando a correr, aunque fuera a trote cochinero. El salto de valla lo tenía controlado, pero los cincuenta metros campo a través eran harina de otro costal. Canguingos se situaba en una zona en la que llovía un día sí y otro también, por lo que crecían las hierbas, buenas y malas, como si fueran el mismísimo primo de Zumosol. No había linterna del móvil que avisara de las serpientes, de las charcas ni de los cardos borriqueros que le rasguñaban las piernas y el pijama que había pensado, con su mente preclara, que era adecuado para caminar por la maleza.

Llegó al porche de la panadera con el corazón en la garganta, la frente perlada de sudor y los bajos del pantalón llenos de barro, rempujos y espigas que se habían agarrado como la tiña a la tela y que, a golpe de vista, presumía que iba a ser incapaz de arrancar.

—A la mierda el pijama nuevo. Si es que no sé para qué me esfuerzo…

Las blasfemias de Carlota llamaron la atención de Chloé, que la esperaba nerviosa junto a la ventana de su habitación. Habían acordado que sería la elegida para colarse en el interior de la vivienda sin utilizar la puerta principal para que Paco, de sueño a veces ligero, no se alertara con el ruido y las descubriera. Un encuentro *ninja* nocturno que daba a su relación ya clandestina un punto más de diversión. Abrió la ventana, apoyó los codos en el alféizar y la barbilla en los puños mientras observaba a su alta vecina pegar tirones al bajo del pantalón.

—Supongo que para gustarme a mí —contestó a los reniegos de Carlota.

—A ti ya te gusto, panadera.

—Qué chulita —la acusó la rubia, coqueta como nunca.

—Es por este increíble pijama de Snoopy, me daba seguridad antes de arruinarlo.

—Bueno, una excusa excelente para quitártelo.

Carlota le dedicó su sonrisa de orgullo, esa que se le dibujaba cuando Chloé decía algo que hubiera deseado decir ella. Desde luego que aquella mujer iba a volverla tarumba de la cabeza.

—¿Pasas o vas a quedarte ahí toda la noche?

—Voy a pasar porque necesito atención médica urgente. Espero que tengas Betadine.

Carlota se levantó la pernera del pantalón, dejando a la vista la versión edulcorada de la pasión de Jesucristo hecha chorretones de sangre y arañazos inflamados. Chloé se llevó una mano a la boca y le dio por reír, rio tanto que a Carlota le mereció la pena el destrozo por verla tan feliz.

Sus olimpiadas nocturnas sucedían en días alternos y la excusa era tomarse las cosas con calma, hasta que descubrieron las muchas posibilidades que ofrecían las dos horas a la semana en las que Paco iba a aprender inglés y los multijuegos que había organizado el Ayuntamiento la tarde de los viernes durante todo el curso escolar, a los que el niño se había empeñado en apuntarse. Seguramente por pura casualidad, los días de fuga no coincidían con las clases extraescolares de Paco, así que por unas cosas o por otras se veían todos los días de la semana, sin contar las visitas regulares a la panadería, en las que Carlota esperaba que el establecimiento se vaciara con cualquier excusa para entrar a la trastienda a darle un besillo a su… ¿Su qué?

—Oye, pana, y tú y yo… ¿Qué somos? —le preguntó por mera curiosidad, sin imaginar ni por un momento la manera en la que su interlocutora iba a entrar en pánico.

—¿Eh? ¿Eh?

Estaban tiradas en el sofá de Carlota con la alarma puesta, pues la hora de inglés de los martes y los jueves se hacía cada vez más corta. Aprovechaban aquellas pequeñas escapadas para pegarse como lapas y no separarse hasta que el despertador las devolvía a la realidad, inexorable y puñetero.

—Sí, que si tuviéramos que rellenar un formulario para pedir algún tipo de documento de expedición estatal, ¿qué tendríamos que poner en la casilla de estado civil?

—Soltera, vamos…

—Ah.

Carlota asintió en medio del procesamiento de aquella información. Tenía sentido, pues ninguna de las opciones que

ofrecía el apartado de estado civil explicaba la relación que tenían, pero no terminaba de convencerla del todo.

—Soltera y ya está, ¿no? En plan… soltera y entera.

—Bueno, entera… —La francesa se destensó por fin y soltó esa risa ronca y satisfecha que hacía imposible que Carlota no la besara. Lo hizo y se relamió después para continuar con su tema del día.

—Yo no tengo mucha experiencia en esto que tenemos tú y yo, pero a mi amiga Ana le encantan las comedias románticas, así que podría decirse que soy una experta en esa rama cinematográfica porque me las he visto todas, y puedo asegurarte que soltera no es una respuesta que te vaya a gustar como se me acerque una chati a buscarme las cosquillas.

—¿Cuántas chatis se te han acercado desde que vives en Canguingos? —Carlota le dedicó una mueca irónica de labios apretados—. Pues ya está.

—No, Chloé, tienes que ponerte en situación, me he visto esa peli mil veces, hazme caso. —Enmarcó un encuadre con las manos para que la francesa se imaginara la escena que iba a dibujarle—. Tú y yo en una cena con las chicas en el bar de la Remedios, se acerca a nuestra mesa una de las muchas senderistas lesbianas con botas Quechua y braga de colorines y me dice que si yo vengo incluida en el menú.

—Qué peliculera, Carlota, por favor… —La rubia se reía como una ratilla contra su pecho y la morena se supo en el séptimo cielo.

—Yo le digo que no, un poco apurada porque tú estás a mi lado, y claro, nadie en la mesa sabe ni se puede imaginar que tú y yo llevamos semanas comiéndonos. La chica sonríe, coqueta, y pone una mano en el respaldo de mi silla, haciendo que desaparezcas porque te deja a su espalda, te aparta porque me quiere solo para ella y me pregunta si quiero ir a bailar. Le digo que no, claro, menudo panorama, y ella me pregunta si es que estoy saliendo con alguien. Yo te miro, acojonada…

—¿Pero no acabas de decir que esa chica con botas Quechua acaba de hacerme desaparecer?

—Te miro por debajo de su brazo, que pareces nueva —le explicó como si fuera obvio.

—Ah, vale, entonces sí. Me miras…

—Y tú me devuelves la mirada, pero claro, tú me has dicho que en los papeles soy soltera, ¿qué puedo hacer? Pues le digo que no estoy con nadie y no me queda más remedio que ir con ella a un rincón oscuro donde tú no puedes ver lo que está pasando mientras te da un *apechusque* de celos terribles.

—Podrías no irte con ella, decirle que no te interesa y seguir pasando tus dedos por encima de mi muslo por debajo de la mesa

como has hecho durante toda la noche.

—Podría, pero estamos en una comedia romántica y este tipo de enredos es habitual porque tienen un fin.

—¿Y cuál es ese fin?

—Que te des cuenta de que la equis de los papeles no se pone en la casilla de soltera.

—¿Y en cuál se pone?

—En no soltera —concluyó con rotundidad.

—No existe esa casilla.

—¿Entonces en cuál? —insistió Carlota, no porque le importara la respuesta, sino por el placer de ver a la madura Chloé cortocircuitar.

Tuvo suerte la gabacha de que sonara la alarma justo en ese momento, y fue aquella la primera vez que se fue de su casa sin demasiada pena y con mucha facilidad.

***

Se había acostumbrado a correr el pestillo en la habitación, no le quedaba más remedio si quería mantener la ilusión a raya, porque con Carlota se le llenaba de helio el corazón y se empeñaba en irse a volar. Tener a la morena en una habitación estanca y en otra a su hijo era lo único que silenciaba los pajaritos en el aire y acolchaba las mariposas en la tripa. Cuestión de compartimentar para no mezclar las churras con las merinas.

Le costaba cada vez más, a pesar de que el último mes hecho de besos robados, de noches interrumpidas y de salidas apresuradas por la ventana ante un mal sueño de Paco había sido perfecto en todos los niveles. Solo le faltaba un lazo y un besito en la frente para que fuera, para que sucediera en libertad. Quería la cabeza fría para tomarse las cosas con calma, pero aquella necesidad de ella que imaginó que podría apaciguar con la costumbre no hacía sino transformarse en otra cosa, en un millón de cosas diferentes pero similares que conformaban una masa informe de deseos nuevos que se comían los viejos y que crecía, crecía sin parar como un alud en la montaña.

La francesa insistía en la pausa para no precipitar realidades y sentimientos. Venía aprendida, escarmentada, de vuelta de las emociones tsunami, que arrasaban con todo a su paso y que, cuando se retira el mar, no dejaban más que caos y miseria. Desearía ser más impulsiva, contar a los cuatro vientos que había recuperado la ilusión, aunque fuera de forma pasajera, ¿qué más daba? ¿Qué importaba si lo suyo con Carlota no duraba más que un verano y un otoño? Para ella era más que suficiente, pues había dejado de residir en una sensación permanente de abandono, de

rabia seca, de ira mal contenida, para que todo se borrara de un plumazo en cuanto dejó de sentir el síndrome del impostor en su propia vida para volver a vivirla. Había retomado la buena costumbre de situarse en el mapa, de darse una entidad corpórea, de dejar de ser una sombra de lo que un día fue o de lo que pudo haber sido para serlo de una maldita vez.

Qué bonito sonaba todo, qué empoderada, qué fuerte era Chloé, la francesa, la panadera. La madre de Paco.

Ese era el quid de la cuestión, el silencio obligatorio que mantuviera a salvo el ya maltrecho corazón de su hijo, el que nunca lo decía, pero que tenía muy presente la ausencia de su padre. Su pequeño había nacido con la marca del pecado original, que en su caso no era otro que el de haber sido abandonado. Era el pobre niño Paco el Día del Padre, en las actuaciones de fin de curso y en Navidad, una mancha imborrable y molesta que había tenido que acostumbrarse a llevar. Nunca lo decía, pero le pesaba. Y no podía darle algo tan ansiado por él para luego arrebatárselo. ¿Qué clase de madre sería?

El pestillo estaba echado y su pequeño dormía tranquilo, al fin. Dos golpes en la ventana y la sonrisa que se llevó todos esos pensamientos al país de Nunca Jamás.

—Hola, bella —susurró su Peter Pan particular al entrar en la habitación. Se detuvo en mitad de la estancia, se quitó el pantalón y comenzó a rascarse con fruición—. Me voy a arrancar el trozo, cómo pica, joder.

—Sigo sin entender que no vengas por el camino.

—¿Y si me ve alguien? No existe una explicación no lésbica para que tu vecina te visite a las tantas.

—Pero Carlota, ¿quién va a pasar por aquí a las once de la noche? —Le dio la risa floja a la francesa—. La casa más cercana está a dos kilómetros y es la de Jacinta.

—Bueno, yo qué sé, alguien paseando. —Se quitó también la sudadera, bajo la cual estaba la camiseta que utilizaba como pijama, y se metió en la cama—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo sigue el petardo?

—Parece que le ha bajado algo la fiebre, pero nos va a dar la noche.

—Qué bien. —Le dio el beso de bienvenida, que alargó un poco más de lo necesario.

—Te he dicho que no hacía falta que vinieras hoy que Paco está enfermo. No va a ser una noche divertida.

—¿Qué pasa, que solo me quieres para follar? ¿No puedo venir simplemente a dormir contigo? —Mientras decía eso, comenzó a besarle el cuello con parsimonia. No eran besos provocadores, pero eran besos en el cuello, al fin y al cabo.

—No te hagas ahora la digna, Carlota, porque no cuela. Ay…

—Además, a partir de las doce es tu cumpleaños. —Levantó la cabeza de donde buceaba hacía un instante para sonreírle con entusiasmo—. Y son cuarenta palazos, ¿eh, pana? Hay que celebrarlos por todo lo alto.

—*Mon dieu*, cuarenta años. —Chloé se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza.

—Muy bien llevados, si me preguntas. Ojalá estar como tú cuando llegue a tu edad.

—Solo te llevo seis años, no tendrás que esperar mucho para saberlo —comentó, mordaz.

—Qué picada. ¿Estás preparada para mi increíble regalo de cumpleaños? —dijo mientras retomaba el camino de pasitos minúsculos de su boca por el filo de su mandíbula.

—Seguro que me llevo una grandísima sorpresa. —Rio con ironía. Carlota era una básica, pero cómo le gustaba.

—¿Te crees que mi regalo va a ser un orgasmo alucinante?

—Espero que no sea mi único regalo. —Hizo especial hincapié en la palabra «único».

—No lo será. —Volvió a levantar la cabeza, le dio un pico, apagó la luz y se abrazó a ella.

***

Carlota organizó una fiesta de cumpleaños increíble. Estuvo todo el día metida en la cocina para preparar sus platos favoritos, engalanó el comedor con luces y guirnaldas y colocó un cuatro y un cero gigantes sobre la repisa de la chimenea. Invitó solo a la gente que sabía a ciencia cierta que la querían, como Mateo, Jacinta y ella misma, sin prestarle demasiada atención a la manera en que ella la quería en particular. Lo hacía y basta.

Estuvo a punto de cruzar la frontera para conseguir su vino favorito en el mundo, pero lo encontró en una tienda de la ciudad. Le había preguntado a conciencia por la marca una tarde de tantas en que hablaban de tonterías mientras llegaba la hora de ir a recoger a Paco, y apuntó el nombre en la aplicación de notas del móvil con la esperanza de que Chloé no se diera cuenta de que era una pregunta extraña para una mujer abstemia. Sin embargo, quedaba demasiado para su cumpleaños como para que sumara dos más dos y su secreto se mantuvo a salvo.

—Niña, no tendrás un poco de Casera, ¿no? —preguntó Jacinta entre caras de asco al probar el flamante vino de exportación.

—¿Para el vino? ¿Con lo que vale? Y una mierda, Jacinta, con perdón.

—A mí no me gusta. —Se enfurruñó la mujer.

—Pues agüita del grifo, que está muy rica.

—Dale Casera a la mujer, tía mala —le pidió Mateo.

—Solo tengo Coca-Cola, ¿le vale?

—Bueno, si no hay más remedio…

—Tiene narices que se vaya a hacer un calimocho con un Burdeos de cuarenta pavos la puta vieja… —se fue refunfuñando a la alacena en busca del refresco para hacer la mezcla.

En cuanto entró en la estancia, una francesa salvaje apareció para hacerle probar por activa o por pasiva el maravilloso vino de su tierra que le había regalado.

—Mmmmm, marida muy bien con estas pataticas york queso que me acabo de comer. —Saboreó Carlota sus labios de nuevo para separarse definitivamente. No quería ser pillada con la lengua en la garganta de Chloé en un acontecimiento tan importante como lo era el aniversario de su nacimiento, ni más ni menos.

—Eres la mejor.

La rubia lo dijo con la cabeza apoyada en el marco de la puerta de la despensa, y para hacerlo con la flema necesaria primero la apuntaló al suelo con la mirada de las grandes ocasiones, la de las verdades a la cara. Carlota sintió cómo humeaban sus rodillas ante aquella sentencia categórica que decía menos con las palabras que con la intención. Supo que había hecho algo bien y eso le alegró el corazón, por una parte, porque no estaba muy acostumbrada a acertar con la gente, y por otra, porque había ido a acertar justo con ella. Todo le había salido a pedir de Milhouse.

—No estoy mal —se atrevió a autopiropearse, entre tímida y chula.

—Nada mal.

Un silencio y la corriente de sus ojos sin dejar de fluir en un viaje de ida y vuelta constante y pesado.

—Deja de mirarme así, panadera.

—¿Te pone? —preguntó por preguntar, a pesar de conocer la respuesta.

—No.

Chloé asintió, deshizo el espacio que las separaba y le dio un beso tan íntimo que hizo que Carlota se sonrojara hasta las orejas y la Coca-Cola se le cayera al suelo.

—Vas a tener que coger otra. —Acarició la mejilla de la morena con la mano y se marchó de allí de regreso a la fiesta.

Carlota tuvo que sujetarse a la estantería para no caer redonda al suelo. Cuando recuperó el aliento, cogió otra lata de refresco y volvió al comedor.

La cena fue un éxito y hasta a Jacinta le gustaron las quiches de panceta ahumada. La tarta llegó, encendieron las velas y Carlota

recibió una rápida ojeada de la cumpleañera justo antes de que esta las soplara.

—¿Has pedido un deseo, mami? —preguntó Paco mientras Mateo encendía unas cuantas velas para que las soplara él.

—Sí.

Paco se subió al regazo de Chloé para apagarlas de un soplido y entregarle el primer regalo, que consistió en un dibujo alucinante de ellos dos cogidos de la mano con Lanita de la Reina y Carlota en una esquina del folio metidas en el gatódromo, el cual tenía bien a la vista el cartel que el propio Paco había pintado meses atrás. Había querido meter muchos detalles en un espacio muy pequeño, por lo que tuvo que explicar qué era cada manchurrón en el papel.

Jacinta le regaló una planta y un macetero y Mateo un libro, como era habitual en él. El regalo de Carlota, por casualidad o por nerviosismo de la misma, fue el último en abrirse. Ya que el Año Nuevo se celebraría en apenas un mes y la morena se había dado cuenta de lo mucho que la utilizaba en la panadería para apuntar los pedidos y los repartos, se decidió por comprarle una agenda de cuero negra. La cara de Chloé fue de desconcierto. No sabía qué esperar, porque Carlota no es que fuera especialmente detallista, pero de lo que estaba segura era de que una agenda no estaba en su quiniela de posibilidades. A lo mejor era porque estaba acostumbrada a que el que le servía la harina le diera una todos los años, pero esperaba algo más personal de la chica con la que dormía cuatro noches por semana.

—Qué útil, muchas gracias.

—Ábrela —la apremió con su sonrisa deslumbrante en cuanto los invitados dejaron de prestar atención.

En la primera página, con su letra de médico, había escrito una frase. «Me gustas más que los rollitos de canela». Su cara mostraba tal emoción, como si hubiera puesto realmente toda la carne en el asador con aquella dedicatoria, que hizo que se le contagiara. Tomó consciencia, en cuestión de medio segundo, de que seguramente era la primera vez que hacía un regalo como ese, y eso compensó lo cutre que le había parecido en un principio.

—Me encanta —y lo dijo con sinceridad.

Chloé agradeció que el niño estuviera sentado encima, pues tenía la sensación, mirándola de esa manera, de que se le había hecho transparente el pecho y de que quedaba a la vista todo lo que estaba sintiendo, que era mucho, pero que no tenía nombre. Quedó todo cristalino a pesar de no poder traducirse al idioma de las palabras, si eso tenía algún sentido. Cogió aire y lo soltó lentamente, aceptando, con mucha más celeridad y menos reparo que su vecina, lo que sucedía entre ellas, quizá porque lo había

experimentado con anterioridad.

Los invitados se marcharon, pues era un día entre semana, y se quedaron la cumpleañera y la anfitriona a solas con un niño dormido en el sofá. Carlota lo llevó a la cama de la segunda habitación para poder pasar un rato a solas con la francesa. No se dijeron apenas nada, pues parecía que todo lo que había que decir se entendía mejor en el lenguaje de las manos sobre la piel, de los besos con menos necesidad que amor, un amor aún sin forma, pero amor al fin y al cabo. Se miraron la una a la otra como si se consideraran un milagro juntas, pero también por separado.

—Eres preciosa.

Carlota, en ocasiones, no se lo podía creer. No se la podía creer. ¿Cómo una mujer como Chloé...? Había pasado treinta y cuatro años ignorando premeditadamente la idea del amor romántico, un concepto que no le generaba ningún tipo de curiosidad ni interés, pero que había llegado atropellando todo un mundo construido a base de felicidad a corto plazo y una soledad deseada, buscada y disfrutada. Si hubiera estado esperando la llegada del amor, diría que había valido la pena la espera, pero como no era así, simplemente se sentía afortunada de que hubiera decidido interrumpir su apacible existencia para mostrarle una nueva manera de situarse en el mundo; a través de sus ojos, de sus manos harinosas, de su manera de dejarse descansar sobre su hombro después de un día agotador. Era hermoso, era real y sucedía cada día como si no fuera lo más cercano a un milagro que hubiera visto jamás.

Se sentó en la cama con ella encima y acarició sus costados, su espalda sudada, ya memorizada a aquellas alturas. Le besó la barbilla, lamió la línea marcada de su mandíbula, enroscó la lengua en los alrededores de su oreja. Chloé bajó la mirada, oscura como la noche, y retiró uno de los brazos que tenía en torno al cuello de Carlota, donde se sujetaba. Cogió la mano más talentosa de la morena y la coló entre sus cuerpos con autoridad, demandando lo que consideraba, lo que sabía suyo. Chapoteó entre sus piernas y comenzó a llevarla en una escalada en espiral hacia los confines del espacio exterior.

Entró aquella imagen de la francesa, que aullaba hacia el techo extasiada en un vaivén demencial sobre su mano, directa y sin decantar al cajón de los recuerdos que no se borran, y tuvo unas extrañas ganas de llorar.

Se amaron por primera vez, quizá. Puede que ya llevaran tiempo haciéndolo o puede que lo hubieran hecho siempre. Imposible de saber, pues nadie pone el cronómetro a funcionar justo cuando empieza el amor.

—¿Qué tengo que poner en la casilla de la declaración de la renta, entonces? —preguntó Carlota un instante antes de darle su segundo regalo a la chica del cumpleaños.

—Pon viuda, porque creo que me voy a... Aaaaah... a morir —dijo como pudo, justo antes de estallar en millones de pedazos.

28

Tortitas

Durante las últimas semanas no dejaba de pensar en cómo contarle a sus padres que estaba medio saliendo con una madre soltera, pero cada vez que cogía el teléfono para proporcionarles tan alegre información, se le iba la fuerza por la boca. Solo llevaba unos pocos meses viéndose con Chloé, por lo que tampoco se sentía mal del todo no haberlo hecho todavía. Era algo que tenía que salir de manera natural, pues era lo que podría considerarse una buena noticia. No tenía dudas sobre la reacción que pudieran tener al enterarse de que la francesa tenía un hijo, no eran dudosos sus padres con respecto a ese tipo de asuntos, pero lo de que tenía una noviecita… Eso le daba muchísimo más reparo.

Por fortuna, como suele decirse, la ocasión la pintan calva y la Navidad llegó como lubricante familiar para ponerle la excusa en bandeja.

—Pero bueno, niña, ¿un sorbito le has dado al champán? —preguntó su padre, sorprendido.

—Es que es francés. —Paladeó el asqueroso brebaje. Lo había llevado para la cena familiar como recomendación de su panadera de confianza.

—¿Y qué pasa por que sea francés? ¿Es que en Francia están los perros atados con longanizas o qué? —Se burló su madre, que se lo bebía a dos carrillos.

—En Francia está el mejor *champagne*, madre, culturícese un poquito, por favor.

—No le hables con tanto respeto que parece que la estás insultando.

—¿Te lo ha regalado tu amiga la francesa?

Lorena la miró con suspicacia. Llevaba semanas con el radar en marcha, una luz de emergencia, una alarma lejana que no paraba de sonar en su cabeza y la advertencia no hacía más que apuntar en una única dirección.

Es imposible entender cómo sabe ciertas cosas una madre: será por el gesto imperceptible de la boca de una hija cuando intenta ocultar una sonrisa, o por la insistencia al hablar de alguien a quien no mencionamos ni la mitad de veces de las que la pensamos, o por el brillo en la mirada al escuchar cualquier cosa que, remotamente, pudiéramos relacionar con la persona que duerme todas las noches

en nuestra cama. Sea como fuere, Lorena era una tiburona y había olido sangre a seiscientos kilómetros de distancia.

—No me acuerdo. —Tras las palabras de Carlota, un silencio pesado y los ojos de Amari pasando de una mujer a la otra—. Supongo que sí. —Un gesto de indiferencia mal fingido, un carraspeo.

—A mí también me gustan extranjeros, cariño, no te avergüences.

Carlota casi se ahoga con el milímetro cúbico de champán que degustaba en la lengua y su padre tuvo que sacarle medio pulmón por la boca a base de golpes en la espalda para que dejara de toser.

Cuando el ataque terminó, bebió agua, roja como un tomate y sin saber dónde plantar la vista. Le echó valor y miró a su madre a los ojos. Cuando quiso decir algo, sin un aviso previo ni posibilidad de evacuación, se puso a llorar. Su padre, que la tenía cerca, la envolvió en un abrazo descomunal y le fue dando golpecitos de consuelo en la cabeza mientras repetía:

—¿Una francesa, hija, tenía que ser francesa?

—Y con un hijo, papá —gimoteó Carlota.

—Eso da igual, si nos hablas más del niño que de ninguna otra cosa, pero... ¿francesa?

—Elegancia la de Francia, Mari, yo qué sé.

—¿Es una pitiminí? Mira que nosotros somos unos brutos.

Amari miró a su mujer con los ojos chispeantes de emoción y su sonrisa de las grandes ocasiones. Estaba ilusionado, su pequeña había encontrado el amor, por fin, y él mismo miró al suyo para que viera lo contento que estaba mientras su niñita se deshacía en llanto en su regazo. Un hombre completo y una madre orgullosa, pues el amor, ellos lo sabían bien, es para valientes.

—Le gusta que sea una bruta, así que... —Carlota redobló las lágrimas, esta vez por lo difícil que le parecía entender que una mujer como Chloé estuviera loca por una chica como ella.

—Pues claro que le gusta, hombre, si eres encantadora.

Carlota salió del abrazo de su padre y se incorporó para mirar a su madre con mucha seriedad, al igual que Amari, por la patraña que acababa de decir. Lorena levantó las manos para calmarlos a ambos.

—Bueno, encantadora a su manera.

La muchacha rio al amparo de su padre y el momento sensiblero terminó con la misma rapidez con la que había empezado. Carlota se limpió los ojos acuosos, soltó de golpe todo el aire de los pulmones y se encogió de hombros.

—Que me he echado una novia que es madre soltera. ¿Qué os parece?

—¿Me enseñas una foto?

Lorena se levantó de la silla para acercarse al mueble de la entrada y coger las gafas de cerca. Se miró a sí misma en el espejo del recibidor, sonrió con cautela y se dio ánimos: no es nada fácil para una madre dejar en manos de una desconocida el corazón de una hija.

***

—*¿Vas a pedirle salir este año o el que viene*?

—Qué graciosa, no me esperaba ese comentario por nada del mundo.

Carlota tiró de ironía, pues era 31 de diciembre y la broma tenía más años que el hilo negro. Se habían llamado esa misma mañana antes de que Ana se fuera a correr la San Silvestre Vallecana. Participaba los años pares, que eran los que no se iba con la familia de Fran a la nieve, y se emborrachaba después, por lo que hablar con ella era misión imposible hasta bien entrado el día 1.

—*¿Cuánto dices que lleváis de novias no oficiales*?

—Desde octubre. Y no somos novias.

—*Carlota, os veis más de lo que yo veo a Fran.*

—Mentira, vosotros vivís juntos.

—*¿Eso que noto es envidia*?

—Por supuesto que no. O sea, me mudo al quinto pino porque quiero vivir sola, y al año me voy a vivir no con una chica, no, con una chica ¡y su hijo! Vamos, eso sería ya de cachondeo. No, no, cada una en su casa y Dios en la de todos.

—*Cómo cambia la vida, ¿eh?* —Seguía Ana a lo suyo—. *Te fuiste de aquí hace un año siendo una huraña y ahora, ¡bum! Eres madre. Jesús, Carlota, ¿no se te corta el cuerpo de pensarlo*?

—Joder, tía, si me lo pintas así… Pues sí.

No dijeron nada durante unos segundos, asentando realidades que ninguna de las dos había previsto. Cuando procesaron esa nueva información, continuaron.

—*Ya sin coña, ¿tú qué quieres de la francesa*?

—Pues…

Se le disparó la imaginación hacia el futuro, y no sabía qué nombre tenía lo que veía, pero Chloé estaba presente en todas las escenas que pasaron por su cabeza. Le impactó un poco aquella verdad.

—No lo sé, solo quiero que esté, de la manera que ella prefiera, como ella se sienta cómoda. Al fin y al cabo, es Chloé quien tiene un hijo.

Carlota daba por sentada aquella generosidad de su parte porque conocía las circunstancias de la francesa, sabía cómo estaba configurada su familia, cómo era su relación con Paco, su pasado.

Ella practicaba, como si fuera natural, el heroísmo discreto de dejar que fuera ella, quien tenía la mochila más pesada, la que marcara los tiempos. Ana apreció aquel altruismo, pero no lo mencionó para no incomodarla, y solo dejó que aquella idea se implantara en sí misma para conformar el cuadro, que no terminaba nunca de pintarse, todavía más preciso de la personalidad de su amiga.

—*Carlota, sé sincera... ¿Te has enamorado nada más y nada menos que de una gabacha?* —preguntó con inquietud fingida para quitarle hierro al asunto. A fin de cuentas, no sabía con qué talante se movería Carlota por aquellas aguas, pues no las había navegado jamás.

—Te mentiría si te dijera que no me lo he preguntado yo misma.

—*¿Y qué te has respondido?* —Ana estaba con la lágrima ya asomando al precipicio de los ojos. Su primera vez.

—Que yo no sé nada del amor romántico, pero si tuviera que decir cómo creo yo que es por lo que he visto a mi alrededor, yo diría que se le parece bastante.

—*Qué romántica, coño, hija.* —A pesar de la regañina cariñosa, la lágrima se precipitó mejilla abajo. Se la quitó de un manotazo, pero contuvo la emoción de su voz—. *No le digas eso a la francesa, porque te va a mandar a la mierda.*

—No le voy a decir nada, Ana. Ella lo sabe.

—*¿Ella siente lo mismo por ti?*

—Yo creo que sí.

—*¡Pues díselo! ¡Haceos novias, casaos, que yo nunca he ido a una boda de lesbianas!*

—Ana, que soy yo. ¿Me ves casada?

—*Tampoco te veía encoñada como una perra y mírate.*

—Ya, bueno... Pero es que además tiene un hijo, tía. ¿Me ves de madre?

—*Pero, chica, si se te cae la baba con el puto Paco, que no te lo quitas de la boca en todo el día.*

—¡Pero cómo voy a hacerme yo cargo de un crío, Ana!

—*Ya, es una movida, ¿eh? Y encima en cuatro años lo tienes ya adolescente perdido pidiéndote dinero para hacerse la permanente y parecer una alpaca.*

—No me jodas, Ana, que te estoy hablando en serio.

—*Y yo a ti. Pero vamos, que estar con la francesa no te convierte mágicamente en madre, ¿eh? Solo te convierte en la pareja de una mujer con un hijo, y punto.*

—Ay, pareja dice...

—*¿Se te ha puesto la piel de gallina?*

—Sí.

—¡*A mí también! Carlota y pareja en la misma frase es algo que no*

pensé que saldría jamás de mis labios. —Un nuevo silencio a medias para recolocarse en el entorno—. *Bueno, no te agobies con tu maternidad, primero va el uno y después el dos.*

—¿Y cuál es el uno?

—*Hacer oficial la relación para saber si tienes que empezar a pensar en compartir libro de familia con una francesa exiliada y un crío a punto de hacer la comunión o no. Porque igual estamos aquí montándonos una película y resulta que la francesa solo quiere algo informal.*

—¿Tú crees?

Un nuevo miedo apareció en la conversación, por si fueran pocos, y Ana tuvo que dedicar el resto de la llamada a tranquilizar a su amiga. Carlota sabía que tenían mucho más que una relación física y de simple cariño, al fin y al cabo, llevaban casi tres meses de verse todo lo que podían, interviniera el sexo en la ecuación o no. Se tocaban, se miraban, se echaban de menos como si se quisieran, y quizá era tan fácil como que, en efecto, lo hicieran. Pensó en una buena manera de abordar el tema con la implicada, de quitarse esa duda, de abrirse ante una persona de esa manera y por primera vez, y le invadió el pudor de la desnudez que sucede de piel hacia dentro.

Se iban a despedir de un año que había empezado con el descubrimiento de la identidad de la madre del niño de la flauta y que había terminado con una cena de los tres en casa de Jacinta. Tal y como había ido el anterior, cualquier cosa podría pasar en el que recién empezaba, por lo que Carlota le dio la bienvenida con un apretón de sus dedos con los de Chloé por debajo del mantel que prometía muchas cosas y todas espléndidas.

—Me lo llevo a la cocina para que celebréis el Año Nuevo como es debido —les susurró Jacinta, que empujaba a Paco por los hombros en busca de los dulces y turrones tras las uvas.

Las dos se quedaron impactadas y se sintieron ridículas en su pretensión de guardar un secreto que parecía bramar a voces entre sus más íntimos.

—¿Tan evidente es? —preguntó Carlota con una sonrisa nerviosa.

—Tampoco es que hagamos mucho por esconderlo, ¿no?

—No, no nos esforzamos mucho.

—¿Vamos ya o todavía no? —preguntó Jacinta desde la otra habitación.

Las dos mujeres se aproximaron poniendo en ese beso el corazón y en los ojos los brillitos de la puerta del Sol reflejada en sus pupilas, la ilusión que chisporroteaba como una hoguera bien alimentada.

—Sí, ya podéis.

Mateo no desveló que conocía su aventura escondida a simple vista hasta que la francesa se lo preguntó directamente. Chloé cayó en la cuenta del tiempo que llevaba sin dedicarle tiempo a solas al que había sido su mejor amigo desde el día en que se mudó, por lo que organizó una cena a la antigua usanza de vino en el sofá y confesiones a la luz de la hoguera.

—¿En el pueblo se sospecha algo?

—No, en ese sentido puedes estar tranquila, pero porque nadie sabe que eres bisexual, si lo supieran, ya haría meses que os habrían emparejado.

—Ya…

—Para la gente que os conocemos estaba claro que desde el verano vuestra relación había cambiado. No es una cosa que digas «buah, qué evidente», pero hay detalles que se notan.

—¿Como cuáles?

Mateo se quedó pensativo durante unos segundos mientras intentaba darle forma de palabras a esa sensación tan fácil de percibir, pero tan difícil de explicar.

—El contacto. Antes no os tocabais casi nunca y de repente unas confianzas… Yo me quedé loco cuando volví de vacaciones.

—Supongo que una vez derribas ese muro ya no vuelve a levantarse.

—Exacto. Pero bueno, si te sirve de algo la opinión del bibliotecas con bigote, hacéis una pareja preciosa.

—Somos muy diferentes —dijo Chloé con una sonrisa embelesada.

—Por eso.

***

Aquel año no hizo falta que Paco invitara a Carlota a su cumpleaños en la cabalgata de los Reyes Magos ni que esta le regalara una braga para abrigarse el cuello que había encontrado de rebajas en la tienda de su tío, sino que le compró un traje increíble de camuflaje lleno de bolsillos para que hiciera sus misiones campo a través equipado como merecía. A Paco le costó trabajo esperar al fin de semana siguiente para estrenarlo, pero la lluvia dio tregua la mañana del domingo, que era el día en que le gustaba salir de safari.

Mientras desayunaba, emocionado por las aventuras que le esperaban al otro lado del cercado de su casa, parloteó con su madre sobre lo que especulaba que se iba a encontrar e iba a meter en los cientos de bolsillos que tenía su chaleco nuevo. En medio del batiburrillo que amenazaba con poner la cabeza de Chloé como un bombo, sobresalió un comentario hecho sin aparente intención, pero que cayó a plomo sobre la cabeza de la francesa.

—Oye, mami, ¿la zanahoria va a quedarse a dormir esta noche otra vez?

Chloé abrió los ojos y dejó la taza de café con cuidado sobre la mesa de la cocina. Le dio el tic del ojo y empezó a temblarle la mano de los nervios. No quería derramar todo el líquido.

—¿A dormir? —Se hizo la extrañada—. ¿Cuándo se ha quedado Carlota a dormir, cariño?

—No sé, a veces la oigo hablar en tu habitación cuando me hago mucho pis por la noche —Paco lo dijo sin darle importancia, con la boca llena de cereales y la mirada fija en el cuenco de Cola-Cao.

—Y... ¿te parece bien?

—Pues no mucho.

—¿Y eso por qué?

—Porque si por la mañana hiciera tortitas como hacía cuando me quedaba en su casa me parecería mejor, pero nunca está cuando yo me levanto.

—Entonces... —Chloé se rascó la nuca e hizo la siguiente pregunta con dos deditos—, ¿te parece bien que se quede a dormir algunas noches?

—Pues claro, es la zanahoria —dijo como si aquella explicación fuera suficiente—. Pero con tortitas, que le salen muy ricas.

Se colocó su uniforme, cogió una brújula que no funcionaba, un sombrero de paja de Chloé, un silbato por si se veía en apuros, el catalejo de pirata y salió de casa animado por su madre como si se marchara a la guerra. Hasta un beso sentido le dio en la puerta y le prometió con mucha seriedad que volvería para la comida. La mujer lo vio marchar y mandó un mensaje a su chica. Cabalgaba con un pie en el estribo de la histeria y el otro en la calma que le producía la naturalidad con la que su hijo se había tomado saber que otra persona ajena a su pequeña familia dormía de vez en cuando bajo el mismo techo.

Carlota hacía cosas en el patio trasero, como siempre que el tiempo acompañaba, ya fuera para restaurar muebles, mejorar el gatódromo o simplemente podar los frutales que había plantado hacía poco. Aquella mañana tenía el culo un poquito apretado por lo que Chloé le había contado hacía un rato, por lo que se mantuvo en una calma tensa el tiempo que tardó Paco en aparecer por allí. La casa de la zanahoria era su última parada, donde le esperaba siempre una limonada, unos mimos de Lanita de la Reina y unas patatas jamón jamón para matar el hambre del explorador intrépido.

—¿Qué pasa, petardo?

—La bandera por tu casa, zanahoria —repitió lo que ella le había enseñado días atrás.

—Salta la valla, anda, que ya tengo el piscolabis preparado.

El niño obedeció y tomó asiento en la que había bautizado como su hamaca junto a Carlota, que sonreía, contenta de verlo. Paco le contó los descubrimientos increíbles que había hecho en los cincuenta metros que separaban su casa de la de su vecina, echándole más cuento e inventiva que otra cosa. Comieron con ganas y bebieron con sed, cansados ambos de sus pasatiempos de domingo. Carlota, con su sencillez habitual, abordó el tema que tenía a Chloé tan asustada para poder tranquilizarla en la medida de lo posible.

—Oye, me ha dicho tu madre que no quieres que duerma en tu casa.

—¡Eso es mentira! —Se indignó el pequeño.

—Ya, ya lo sé, es broma. Madre mía, cómo te pones.

—A mí me gusta que te quedes, y a mi mami también. ¿A ti te gusta quedarte?

—A mí me encanta quedarme, petardo.

Un nuevo trago a la limonada que compartían, cada uno en su hamaca y la mirada en los árboles del fondo. Carlota tenía un nudo en la garganta, pero Paco parecía tranquilo.

—Solo hay una cosa que no me gusta de que te quedes.

—¿Y qué es? No doy un ruido, tío, si casi no te has dado cuenta de las veces que me he quedado.

—No es eso, es que dejas a Lanita sola toda la noche.

—Ya, eso también me preocupa a mí.

—Puedes traerla y que duerma en mi habitación.

—Lo pensaré.

—Vale.

Otra parada para coger aire. Le estaba resultando más fácil hablar con Paco que con su propia madre para contarle que tenía de ligue a una mujer con un hijo.

—Entonces, ¿me puedo quedar esta noche?

Paco pensó durante unos segundos que a Carlota se le hicieron eternos.

—Sí, pero tienes que hacerme tortitas para desayunar.

—Trato hecho.

Se dieron la mano como los colegas troncos que eran y continuaron disfrutando del sol como los lagartos mientras apuraban sus limonadas.

MI PANA LA PANA
Dice Paco que si quieres venir a cenar

CARLOTA
Hostia, ¿así? ¿A lo loco?

MI PANA LA PANA
Ha insistido en que te escriba

Llevo un rato intentando disuadirle, pero no para

CARLOTA
Disuadir…
¿Quién coño dice disuadir?

MI PANA LA PANA
Deja de desviar la atención del tema principal como haces siempre
No puedes escaquearte

CARLOTA
Vale, vale, voy a cenar
Me cago en la hostia

Carlota tenía una piedra en el zapato que no le gustaba un pelo. Todo estaba yendo demasiado rápido. Ni siquiera habían establecido los términos de su relación y ya habían involucrado al niño, aunque él no tuviera idea todavía de lo que significaba que durmiera con su madre. Sintió falta de aire y tuvo que tomarse una infusión caliente para relajar la garganta.

A las ocho y media se dirigió a casa de sus vecinos con más miedo que vergüenza. ¿Qué tenía que hacer? ¿Iban a empezar a besarse delante de Paco? ¿En la calle, a la vista de todos y de todas? ¿Iban a irse a vivir juntas? ¡¿Se iban a casar, por el amor de Dios?!

—Vaya cara tienes.

No sabía cómo había acabado en la puerta de la francesa. ¿Había llamado ella al timbre? ¿En qué momento había subido los tres escalones hasta el porche? ¿Llevaba mucho rato ahí a la intemperie?

—Pues la mía —contestó con una sonrisa forzada y entró sin más.

Paco la saludó desde el comedor cuando la vio pasar, sin dejar de mirar la tele y haciendo caso omiso a su presencia en la casa. Chloé fue tras ella hasta la cocina, que era el lugar donde siempre iban a refugiarse. Podría haber seguido sus pasos únicamente con el aroma a pavor que Carlota desprendía. Lo cierto era que había tardado en tener aquella reacción, pues por lo que la conocía esperaba aquella espantada mucho antes.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Vino.

—Carlota, tú no bebes.

—Algún día hay que empezar.

Chloé se situó frente a ella y colocó las manos sobre sus hombros para que la mirara de una vez.

—Podemos decirle a Paco que te encuentras mal y que vas a irte a tu casa. No pasa nada.

—Pues a lo mejor, porque yo me vine aquí para disfrutar de mi independencia y de repente tengo medio hijo y una esposa.

Aquella frase golpeó a Chloé como un bofetón de esos que te cruzan la cara.

—No tienes que tomar responsabilidades que no te

corresponden, Carlota. Podemos dejarlo aquí y tan amigas.

Carlota valoró esa opción por primera vez desde que fue consciente del lío hermoso en el que se estaba metiendo y le pareció ridícula, por lo que su agobio se redujo a la mitad.

—No quiero dejarlo, Chloé, no digas tonterías.

—¿Entonces?

—Bueno, déjame que entre en pánico un ratito, ¿no? ¿O es que no tengo derecho a asustarme al ver que mi vida da un giro de trescientos sesenta grados?

—Se dice ciento ochenta grados, Carlota —la corrigió, cortante.

—Me da igual. Dame un poquito de margen para que me haga a la idea, ¿vale?

—Tienes todo el margen que necesites, pero no vuelvas a hablarme así.

Carlota bajó seis puntos su intensidad en cuanto notó el dolor en el tono de voz de Chloé. Ella ya sabía que no era una excelente persona, que pecaba de egoísta y egocéntrica la mayor parte del tiempo, pero tenía que esforzarse un poco más en que eso no actuara como metralla después de una explosión. Había hecho la de la colega de Paco y lo había hecho genial, la de la pareja perfecta que priorizaba a su chica y dejaba en sus manos el devenir de una relación secreta que no suponía demasiadas concesiones por su parte. De repente, aquella aventura clandestina se convertía en realidad, en algo palpable y corpóreo y dejaba de ser la versión almibarada de sí misma que Chloé y Paco habían sacado de ella. Se sintió como una mierda y la francesa pudo verlo sin esfuerzo en su cara: la vergüenza, la consciencia de su propia inmadurez, la culpa, la falta de práctica.

—¿En esto consiste el amor, Chloé?

—¿En qué?

—¿En intentar convencerte de que te merezco?

A Carlota le dieron ganas de llorar, pero aguantó echando la cabeza hacia atrás y mirando el techo. Sintió el cuerpo menudo de Chloé abrazarse a su pecho y darle calor para volver a soldar las líneas quebradas que habían roto la ilusión de haberse creído mejor de lo que era. La francesa decidió vestirse de Carlota y hacer como ella: tirar de humor cuando las cosas se complicaban.

—Hasta ahora te ha salido muy bien lo de ser una novia estupenda.

—No sabía que era tan buena actriz, porque la verdad es que soy un desastre.

—Pues me lo he creído.

—Con la edad que tienes pensaba que serías más espabilada, panadera, aunque no sé de qué chuleo, si a mí me has metido lo de

«novia» y ni me he enterado.

—Nunca subestimes a una francesa. —Le dio un beso en la barbilla, desde abajo.

—Y rubia, además. Tengo el cielo ganado, desde luego.

—¿Ves como sí me mereces? —Chloé aprovechó que había pasado el peligro para devolverle la seriedad a la conversación.

—Ahora estoy dudando de si tú me mereces a mí.

Carlota se separó de ella y la miró desde su altura. Se le marcaba la papada y sonreía como cuando estaba rodeada de feria, como si vivieran siempre en agosto, como si estuvieran enamoradas y eso les diera más tranquilidad que miedo.

—Yo pensaba que esto de enamorarse sería más romántico —dijo Carlota para poner todas las palabras clave sobre la mesa y dejar claros todos los asuntos a tratar.

—¿A qué te refieres?

—No sé, nos estamos declarando aquí medio discutidas, en chándal, en susurros para que Paco no se entere.

—¿Qué esperabas? ¿Fuegos artificiales?

—Hombre, qué menos, aunque por la forma en que te brillan los ojos parece que los estuvieras viendo.

Aquel comentario hizo que Chloé se sonrojara y escondiera la cara de nuevo bajo su barbilla.

—*Connard.*

—Yo también.

Aquel fue el primer «te quiero» de Carlota, aunque no el primero que verbalizó. Aquella fue la primera cena de los tres juntos y solos sin excusas inventadas sobre películas de superhéroes ni sobras del día anterior, una cena y nada más.

Se pasaron la noche entre arrumacos y besos callados. No hablaron, solo se miraron, se mimaron y se dedicaron la madrugada entera a sellar el pacto implícito que acababan de contraer. No hubo toda esa parafernalia que Carlota había visto en las películas que Ana la obligaba a ver, y casi que le gustó más así. No hizo falta música de violines ni demostraciones públicas de afecto, solo un besito rápido de Paco después de lavarse los dientes para irse a dormir.

—Estás en una relación sentimental seria, ¿cómo te sientes?

A Chloé le daba la risa, pero Carlota la miró con los ojos muy abiertos y se estiró el cuello de la sudadera con los dedos para que le entrara el aire.

—Me ahogo.

—Ya se te pasará.

—Me has cogido como a una pobre pipiola adolescente y me has hecho todo el lío.

—Pipiola... Jesucristo a tu edad ya llevaba dos años resucitado, guapa.

—Perdona, uno —la corrigió—. Una inocente colegiala con toda la vida por delante, una *gigoló* en la cresta de la ola... Y aquí estoy, calentando biberones y cambiando pañales. —Carlota negaba con la cabeza y Chloé reía en la voz más baja que podía.

—Como te oiga Paco...

—Sí, que es supermayor, ojo —suspiró—. Ay, fuera del mercado ahora que acababa de entrar en él...

—Carlota, por el amor de Dios, que solo te escriben Jacinta y tu madre.

—Y la madre de Paco —le sonrió, dejando la broma a un lado por unos breves segundos—. Una niña en la flor de la vid...

—*Mon dieu!*

29

Una tarta de zanahoria

El cumpleaños de Carlota coincidía con el inicio de la primavera, por lo que se dispuso a preparar el *chill out* del jardín para tan importante evento. El año anterior le tocó celebrarlo sola, pero este tenía una serie de invitados de excepción, pues no todos los días se cumplen treinta y cinco años. El norte es traicionero en cuanto a la meteorología, y quedó patente cuando el dicho se hizo cierto y en abril, aguas mil. Apenas había sacado del granero el sofá que había fabricado el verano anterior cuando comenzaron a caer gotas como monedas de dos euros. No llevaba mucho tiempo en Canguingos, pero sí el suficiente como para saber que, tras volver a meter el sofá a su guarida, tenía que correr lo más rápidamente que pudiera hasta la casa antes de que comenzara el diluvio universal.

Se quedó mirando cómo el agua limpiaba las ventanas con las manos en las caderas y una sensación brutal de fracaso. Sonó el teléfono.

—*Te dije que iba a llover.*

—Gracias, tito, me encantan tus ánimos.

—*Las cabañuelas no fallan.*

—No sé lo que son las cabañuelas, ¡ni quiero saberlo! —Lo interrumpió antes de que se embarcara en una farragosa explicación, un poco agobiada—. A ver ahora qué coño hago…

—*¿Han llegado ya los madrileños?*

—No, todavía no, pero deben de estar al caer.

—*Bueno, tú no te pongas de los nervios, que hay que ver la poquita tolerancia a la frustración que tienes.*

—Tito, joder, que hoy se van a conocer, ni poca tolerancia a la frustración ni hostias.

—*Tienes un comedor muy hermoso, ahí cabemos todos.*

—¿A que te desinvito?

—*No puedes, yo llevo la piñata.*

Y colgó. A Marcos le había faltado dar saltos de alegría el día que se enteró que ella y Chloé estaban saliendo. Apreciaba a la mujer y al niño Paco, como al parecer hacía todo el pueblo, y tuvo la sensación, cuando el rumor se extendió por Canguingos, de que era ella quien estaba bajo supervisión en favor de la francesa. Aquel detalle puso muy contenta a su chica, que siempre se había sentido forastera en un pueblo que la trató con desprecio cuando fue

abandonada en él. Le encantaba que las mujeres advirtieran a Carlota de que a la panadera había que cuidarla, y nunca se sintió tan aceptada como entonces.

De nuevo el teléfono, solo que en esa ocasión lo cogió con una sonrisa en los labios.

—*¿Es esta una señal divina para que no conozca a tu familia?* —preguntó Chloé nada más descolgar.

—Esta es una señal para que plante las fresas de una santa vez. ¿Nerviosa?

—*Para nada, pero tengo aquí a un enano que se ha cambiado de ropa cuatro veces.*

—¿En serio? Dile que se ponga.

Mientras se pasaban el terminal, Carlota se asomó a la ventana de la cocina para mirar hacia la casa de Chloé, con la esperanza inocente de verlos y la resignación evidente de tener que imaginarlos, pues las paredes no eran como las de los Sims, para su desgracia.

—*¡Hola, zanahoria!*

—¿Qué pasa, petardo? ¿Tienes ganas de cumple o qué?

—*¡Muchisimísimas! ¿Ya han llegado tu mamá y tu papá?*

—Todavía no, ¿quieres venir a ayudarme a meter la fiesta dentro y los esperamos aquí?

—*¡Síííií!*

—Pues en cuanto deje de llover un poco, te vienes.

—*¡Vale, zanahoria, hasta ahora, te quiero!*

—Te quiero, petardo.

Pero no dejó de llover, por lo que Carlota tuvo que coger el coche e ir a por él, que no paraba de mandarle audios desde el móvil de su madre, lamentándose de que la lluvia no diera ni un minuto de tregua. Aparcó en el jardín de la entrada, bajó la ventanilla y tocó el claxon para que salieran. Chloé llevaba el mandil de cocinar y harina en la nariz, por lo que dio por hecho que solo se llevaría al niño.

—¿No vienes? —le preguntó, estirada sobre el asiento del copiloto para hacerse escuchar a través de la tormenta.

—Estoy terminando la tarta. —Chloé se acercó a los escalones, donde la lluvia no la alcanzaba, y la miró con la cabeza ladeada. Le parecía adorable lo nerviosa que estaba su chica y lo mucho que se esforzaba en que no se notara.

—Vaya, al final resulta que es verdad eso de que la novia es la última en aparecer.

—¿Estás bromeando con el matrimonio? Vaya, menudo avance.

—Y sin tartamudear —chuleó la morena. En aquel momento apareció Paco con un pantalón corto, una camisa abotonada hasta

el cuello, una pajarita y el pelo que parecía que se lo había lamido una vaca.

—¡Pero Paco, si pareces un monaguillo de la posguerra!

Carlota se carcajeó, pero su público se mantuvo serio, una por una cuestión idiomático-cultural y el otro porque solo tenía ocho años y no alcanzaba a comprender.

—¡Sube, que te llevo!

El niño no tardó en montar en el coche y Carlota lanzó un beso al aire que la francesa recibió con una sonrisa bastante idiota. La zanahoria y el petardo dedicaron la mañana a acondicionar el comedor, preparar la mesa, elaborar platos de picoteo y mirarse nerviosos el uno al otro.

—Tío, ¿cómo me ves?

La morena salió de la habitación con unos vaqueros como los que llevaba siempre y un suéter de los habituales. Pocos cambios en el atuendo oficial de Carlota.

—Fetén. Estás guapísima.

—¿Y el pelo?

Paco se acercó a ella, le pidió que se agachara y aplastó el cabello afro de Carlota con la mano.

—Mmmm, esponjoso. ¿Y el mío?

—Crujiente. Te has echado un kilo de gomina, pero estás elegante. ¿Dónde está tu chándal de Spiderman?

No dio tiempo a que el niño contestara, pues el timbre retumbó en la enorme casa. La adulta y el pequeño se miraron con los ojos como platos y el corazón en la garganta: empezaba el *show*.

La puerta se abrió y los nervios se marcharon para dejar en su lugar espacio a la timidez, sobre todo de Paco, que se escondió tras las piernas de Carlota al ver a tanta gente desconocida bajo el escueto techo de la entrada. Se formó un lío de abrazos y de besos, de felicidades y de tirones de oreja. Paco no se soltó del muslo de la morena hasta que el aluvión pasó y una mujer de unos cincuenta años se agachó junto a él.

—Hola.

—Hola —contestó el niño, asustado.

—Me llamo Lorena, ¿y tú?

Paco miró a Carlota y esta asintió en su dirección para animarlo a decir lo que habían ensayado.

—Me llamo Paco y me llaman Pacomer.

Amari casi se cae de culo con la gracieta del crío y le tendió la mano entre risas para felicitarlo. Paco, al ver a aquel hombre gigante, de dientes resplandecientes y piel oscura como la noche, solo pudo abrir la boca y decir «uala».

—Yo me llamo Amari.

—Eres el papá de Carlota, ¿a que sí?

—¿Cómo lo has adivinado?

Paco miró a Carlota con la respuesta en los labios, pero no dijo lo que estaba pensando: por nada del mundo quería meter la pata con los padres de su zanahoria.

—Por los dientes tan blancos.

—Bien salvada, tío. —Carlota le tendió el puño y Paco se lo chocó, aliviado.

—Qué niño más mono, Carlo, si es que yo entiendo que te haya aflorado el instinto maternal y que hayas decidido adoptar. Mira qué cosita más linda, Fran, tan repeinado.

—Ya empezamos. ¡Pero si luego no quieres!

Carlota levantó a su amiga por los aires en un abrazo necesitado. Era una mujer dichosa y, sin embargo, los extrañaba tanto... Pero bueno, había aprendido que la felicidad es a veces como una fiesta de cumpleaños: nunca has visto un mantel tan bien estirado, unos cubiertos tan lustrosos ni una vajilla tan elegante..., pero cojea la mesa. Hasta Fran la apretó entre sus robustos brazos como si él también la hubiera echado de menos, o como si echara de menos la versión de Ana que afloraba cuando estaba con Carlota.

Se dejó a su madre para el final, pues andaba sensible y quería quedarse en su regazo el tiempo necesario por si tenía que serenarse después.

—Un rubito engominado y un negrazo de metro noventa, qué familia más extraña, ¿eh? —le dijo su madre al oído, pues, en la espalda de Carlota, Amari y Paco se enseñaban sus respectivos bíceps.

—No te pases, mamá, que nos acabamos de conocer.

—Es mi última oportunidad de tener un nieto, déjame disfrutar.

—¡Ya me estás agobiando!

—Bueno, pero al menos se te ha quitado esa cara de estar a punto de ponerte a llorar.

—Qué listilla eres. Me jode, no te creas.

—Venga, vamos, que tendremos que dejar las bolsas en alguna parte.

—¡Aviso a navegantes! —Carlota llamó la atención de todos los presentes—. En esta casa vive una bolita de pelo blanca y bizca que ahora estará debajo de alguna cama, muerta de miedo, pero es tan propietaria de la casa como yo. Se llama Lanita de la Reina y es una fugitiva, así que, por favor, no se abren las ventanas y se tiene muchísimo cuidado con la puerta de la calle y del patio, ¿estamos?

—Estamos —contestaron todos y todas a coro.

—Así me gusta. Paco, acompaña a tu colega Amari y a mi madre al desván, que ellos duermen allí arriba. Ana, Fran, venid por aquí.

Mientras los madrileños se ponían cómodos en sus aposentos, el timbre volvió a sonar como anuncio de la llegada de los canguingueros, es decir: su tío Marcos, Aitor, su mujer y los niños, Mateo y Jacinta. Celia sentía perderse aquellas presentaciones familiares, pero tenía que amenizar una boda, muy a su pesar.

—Oye, tu primo ese... Aitor...

—Ana, por favor.

—Yo solo digo lo que veo, tía, que desde que estás casada te has vuelto una aburrida.

—No es que sea aburrida, es que no me gustan los hombres y además es mi primo. Se juntan dos conceptos como lo son el lesbianismo y el incesto que no se pueden pasar por alto.

—Ya, tienes razón. Bueno, ¿y la francesa?

Como obra y milagro de la casualidad, el timbre sonó por última vez. La sonrisa de Carlota salió automática y Ana la miró con esa alegría con la que se mira a los amigos cuando son felices. De repente, la vio adulta, diminuta, enorme, vulnerable, irrompible, todo en todas partes y todo a la vez. Vio cómo caminaba hacia la puerta, con unos andares que no le había visto nunca, y se preparó para conocer a su futura confidente, a su peor enemiga, a alguien que nunca sería suficiente para Carlota a sus ojos, pero que ya lo era simplemente por la manera en que su mejor amiga en el mundo se dirigía hacia su encuentro. Suspiró y Fran, que era sensible al estado anímico de su novia, se colocó junto a ella para darle soporte emocional.

Carlota abrió y allí la vio, tras una tarta enorme tapada con un trapo de cocina, seguramente el más limpio que Chloé tenía en casa para dar la mejor impresión posible.

—Buenos días, panadera. No sabía que hacías repartos a domicilio.

—Es un servicio nuevo que estoy probando.

Chloé tenía tensa la sonrisa y el rictus de los mofletes. Se había maquillado, cosa rara en ella, y tenía claro que había dedicado más tiempo del habitual en peinarse. Llevaba un conjunto marrón chocolate y la intención adolescente de gustar a los padres de tu novia.

—Pues vas a triunfar.

—¿En serio? —Hubo miedo en su voz y Carlota creció un palmo.

—¿Quieres que coja la tarta para que saludes con más facilidad o prefieres llevarla como escudo?

Chloé lo pensó unos segundos que Carlota aprovechó para dejar un besito de nada en sus labios.

—Escudo.

—Pues venga, a hacer los diez metros suegros hasta la cocina.

La rubia soltó su risita satisfecha, le devolvió el beso, más por necesidad que por cariño, cuadró los hombros, se echó hacia atrás el pelo con un movimiento de cabeza, suspiró y atravesó la puerta de entrada. Los madrileños quedaron prendados por su presencia majestuosa y tardaron unos segundos en reaccionar y dirigirse hacia ella.

—Por fin conozco a la francesa. —Ana, que estaba al quite, fue la primera en llegar—. Soy Ana, y este es Fran. Encantada.

—Igualmente.

Dos besos y una breve conversación. Al instante apareció Lorena, con su sonrisa más encantadora y la mirada limpia de quien tiene verdaderas ganas de conocer. La tarta empezaba a pesar, pero Chloé aguantó estoicamente hasta que Amari hizo acto de presencia. Carlota, que como Fran estaba pendiente de su mujercita y sus necesidades, apareció como por arte de magia, le cogió la tarta, se la pasó a su tío Marcos, que también andaba al loro de la situación, y se quedó a su lado mientras se llevaban a cabo las presentaciones.

Y puesto que las presentaciones son, como ya saben, un rollo incómodo y tenso, me las voy a saltar.

Tal y como pasa siempre en las familias, la reunión, en lugar de darse en el comedor, engalanado y preparado para la ocasión, se trasladó a la cocina, donde Carlota ultimaba la comida, los invitados picoteaban directamente de los platos que acababan de prepararse y donde la nevera estaba más cerca para que no se secaran los gaznates.

—Paco, macho, que se lo están comiendo todo aquí, con lo bonita que hemos dejado la mesa.

—Vienen de un viaje muuuy largo, zanahoria, están hambrientos, pobrecitos. ¿En Madrid no hay chistorra?

—En Madrid no saben las cosas tan ricas como aquí, petardo, porque aquí la chistorra la hace Antonio, el carnicero, con sus propias manos, y usa la chicha de los cerdos y las vacas que están pastando aquí arriba, pasado el cerrillo de la puebla, ¿sabes dónde te digo?

—¿Donde fuimos el otro día de safari?

—Eso es, entonces aquí las cosas son más naturales, ¿entiendes? Artesanas.

Lorena se acercó, silenciosa, para ser espectadora de aquella conversación. Se moría de curiosidad por ver a su niña relacionarse con el hijo de su novia. No le entraba del todo en la cabeza teniendo en cuenta la personalidad de Carlota. La muchacha se dio cuenta del movimiento de su progenitora y la dejó estar presente, pues sabía que, en cierta manera, le preocupaba.

—Claro, mira, mira el caldito que suelta. —Paco se puso de puntillas para ver cómo la grasa se deshacía al fondo de la sartén—. Los pueblos, tío, que son lo mejor. Un día vamos a ir a Madrid y así notas la diferencia.

—Si quieres, puedes venir a ver mi casa —se introdujo Lorena con el beneplácito de Carlota.

—Vale, si la zanahoria quiere… —aceptó Paco, que miraba constantemente a la morena en busca de su aprobación.

—¿Por qué la llamas zanahoria? —quiso saber Lorena.

—Porque en francés Carlota se dice Charlotte, y resulta que…

Aprovechó la chica para dejarlos a solas y llevar la sartén a la mesa de la cocina, donde no daba tiempo a que se enfriara lo que dejaba allí, pues se lo comían como hienas. Chloé hablaba animadamente con Ana y supo por el lenguaje corporal de su amiga que estaban criticándola en ese preciso momento. Las miradas esporádicas en su dirección no hicieron más que confirmárselo.

Dejó de llover justo cuando los niños terminaron de comer, por lo que salieron al patio a jugar con todo lo que Paco había ido llevando allí y que Carlota le compraba. Los adultos comieron y la anfitriona, que nunca había tenido la casa tan ruidosa y tan llena, sirvió los cafés. Se encontró con Chloé en la cocina, se quedaron una frente a otra y compartieron la mirada de las mil yardas. Estaba siendo un día de muchas emociones y cero minutos a solas para poder recargarse las pilas la una a la otra. Se dieron un abrazo reparador y se quedaron allí el tiempo que consideraron oportuno. Que esperara el azúcar y la leche sin lactosa, ellas necesitaban un instante.

—¿Qué tal, *baby*? ¿Abrumada?

—Tu padre me tiene la cabeza loca, Carlota.

—Me meo, ¿en serio?

—Ese señor no para de hablar ni un solo segundo, lo malo es que encima es gracioso y a Jacinta se le ha salido la dentadura dos veces de tanto reír.

—Es un máquina mi padre, ¿eh?

—Y Paco… Lo idolatra. Es su nuevo superhéroe, normal por otra parte. ¿Cómo puede un padre estar tan fuerte?

—Mi padre está mamadísimo, chavala —dijo con orgullo—. Le puede al tuyo con una mano.

—Hombre, por supuesto, y con dos dedos.

—Al niño hay que enseñarle un poco de mundo, ¿eh, pana? No puede quedarse flipando, media hora con la boca abierta, por ver a un africano de dos metros.

—¡Que no es por eso! —se quejó, risueña.

—Sí es por eso, Chloé, sí es.

La francesa estalló en carcajadas. Carlota llevaba ya un rato hablándole en el cuello y haciéndole cosquillas, por lo que se apartó de ella, le dio el azucarero, la leche y la echó de la cocina. La cumpleañera escuchó cómo llamaba a los niños para que volvieran al comedor, por lo que en cuanto Paco se sentó junto a ella, supo lo que se avecinaba.

—Se viene la tarta, petardo.

—Uhhh, y los regalitos. —Se hizo el misterioso mientras se frotaba las manos.

—¿Es que me has comprado algo?

—Lo he elegido yo y es de mi parte, pero lo ha pagado mi mamá porque yo no tengo dinero, zanahoria.

Carlota miró a su madre, que estaba todo el rato con la oreja pegada en dirección a ellos dos, para saber si había escuchado lo que acababa de decir. Así fue. Lorena asintió para darle la razón: el crío era para comérselo.

Las persianas del comedor se bajaron, las luces se apagaron y apareció Chloé con la tarta casera en la que había estado enfrascada toda la mañana. Era un pastel de zanahoria, como cabría esperar, con forma de zanahoria. La nata era naranja y el dibujo, perfecto. Carlota alucinó con el talento de su chica y notó cómo se le emborronaba la vista cuando asimiló que aquel esfuerzo lo había hecho ella. Después de tantos meses de relación, todavía le sorprendía ser receptora del amor de Chloé.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!

No hay evento más bochornoso en la vida de cualquier persona adulta que cuando te cantan el cumpleaños feliz. Sonríes con la boca apretada, sin saber a quién mirar, dónde poner las manos ni qué cara poner. Simplemente, te quedas ahí esperando a que la gente termine de cantar, de cantarte a ti, durante el tiempo que dura la canción, que resulta más larga que un minuto de microondas. A Carlota, además, no le entusiasmaba la idea de ser el centro de atención, por lo que era de veras un rato desagradable para ella.

—¡Bieeeeeeeeen! —Agradeció la serenata, contenta de que aquella tortura terminara al fin. Sopló las velas sin mayor preámbulo y recibió un aplauso. Un aplauso por apagar las velas, como cuando aterriza un avión, en fin.

—¡Yo también quiero! —pidió el hijo mayor de Aitor.

—¡Y yo, y yo! —Se unió Paco.

Cuando los pequeños soplaron las velas, uno por uno y en orden, la tarta que había hecho la panadera se cortó en porciones y se repartió entre todos los comensales mientras los regalos volaban de mano en mano por encima de la mesa hasta Carlota. Sus padres

le compraron un taladro con el que llevaba semanas obsesionada, Ana y Fran un tocadiscos para los vinilos, Jacinta una planta para su nueva huerta, Mateo un libro, y Marcos y sus primos un cortacésped. Chloé casi logra hacerla llorar con un juego de tazas para el desayuno con fotos de Lanita de la Reina, y Paco lo consiguió al obsequiarla con un pijama de Spiderman igual que el suyo, pero de la talla de la cumpleañera, para que lo utilizara todas las veces que se quedara en su casa a dormir. Moqueó la morena y abrazó al niño como si el regalo de verdad fuera él.

—Maldito sea el crío de la flauta.

Carlota la huraña, la rancia del pelo afro, la programadora antisocial, miró a su alrededor y vio su casa, su propia casa ruidosa y llena de gente, de personas a quienes quería, que la querían, algunas a las que amaba y algunas a las que adoraba. Sintió el calor del corazón pleno y satisfecho, el corazón tranquilo que no busca, que solo vive y *está*. Se descubrió a sí misma como una disfrutona de las pequeñas cosas, de los diminutos placeres diarios, insignificantes, casi invisibles al ojo humano, ya fuera una limonada y unas patatas jamón jamón con el hijo de la panadera, una frase mundana pero demoledora de Jacinta o un beso en el hombro de su francesa, que dormía entre sus sábanas. Ese día sumó la risa escandalosa de su padre con Paco colgado del brazo para comprobar lo fuerte que era y la mordida de labio de su madre, que no se creía estar intentando agradar a una gabacha después de lo mucho que se había reído de ellos de niña cuando veraneaban en el pueblo.

Carlota se disculpó y salió del comedor en busca de Lanita de la Reina. Necesitaba un momento a solas para que descendieran un poco los niveles de glucosa en sangre que manejaba con semejante imagen bucólica: se le atragantaban los finales felices porque nunca se había imaginado protagonizando uno de ellos. Encontró a la pequeña bajo la cama donde dormían, lugar en el que se refugiaba siempre que había extraños en casa.

—Si pudiera, me metería aquí debajo contigo.

Dicho y hecho, se arrastró por el suelo hasta llegar junto a su gatita agazapada y asustada, y sintió en su carne que las dos se sentían del mismo modo. Colocó las manos bajo la barbilla, la apoyó sobre ellas y dejó que transcurriera un minuto largo.

—Menudo panorama, nena.

Estiró una mano para comprobar el talante de Lanita, que se dejó acariciar, pues mayor era la necesidad de sentirse segura que la de huir del contacto físico no solicitado. Eran almas gemelas, de eso hacía tiempo que se había dado cuenta. Ladeó la cabeza para mirarla y Lanita le devolvió la mirada, estrábica y dulce.

—A veces me pregunto cómo hemos llegado a esto, tía. Me acuerdo perfectamente del día en que te encontré en la rueda del coche. Siento si esto te ofende, pero pensé que eras una ratilla. Lo siento.

Sonrió al rememorar la imagen y apretó los labios para retener la emoción del recuerdo del pasado y de la realidad del presente. Uf. Mucho que digerir.

—Hace un año estábamos aquí las dos solitas y míranos ahora, escondidas de la gente debajo de la cama como te escondías tú de la lluvia cuando nos conocimos. Y hoy en día no estamos solas ni queriendo, ¿eh? Ya, ya sé que a ti Paco te encanta, y la francesa también es de tu agrado, y del mío. —Carlota vio unas zapatillas pasar junto a la puerta y enmudeció para no ser descubierta—. Si yo entiendo que no quieras salir, porque serías el centro de atención y eso no te gusta. A mí me lo vas a decir, tronca, que parece que todo el mundo me está observando para calibrar cómo estoy, si soy feliz, cómo demonios me relaciono con Paco. ¿Pero cómo me voy a relacionar con un crío de ocho años? ¡Pues normal! No sé qué le ven de adorable, la verdad, lo estoy pasando fatal con tantos suspiritos extasiados, sobre todo de mi madre... En fin, que yo lo haría, pero no puedo quedarme aquí debajo contigo, convenciones sociales, ya sabes. —Guardó silencio unos segundos—. Pero tampoco me quedaría aquí, porque si lo hago me pierdo lo de allí, y si luego me lo cuentan no me lo voy a creer, así que me voy a tener que ir. ¿Te vienes conmigo, gordita? En serio, no puedo más, necesito tu apoyo moral.

Lanita, como ocurría siempre, parecía comprender el lenguaje humano, y cuando Carlota alargó la mano para pasarla bajo su cuerpo y cogerla, esta ahuecó la panza para que lo hiciera con facilidad. La morena se puso en pie con una sonrisa de oreja a oreja por semejante hazaña, la arrulló contra su pecho y se encaminó sin dilación de vuelta al comedor. Allí Lanita fue agasajada como la reina que era por todos y todas las presentes, que acariciaban su cabecita y hacían comentarios sobre la dirección dispar de su mirada.

—Lo siento, tía, te toca a ti entretenerlos un ratito, luego te doy una lata de las caras, palabra —le susurró al oído ante un nuevo intento de huida de Lanita.

Se habían aglutinado los corrillos de conversaciones de la sobremesa para desembocar en una sola en la que participaba todo el mundo. Lanita había desaparecido hacía rato y los niños jugaban en la cocina. Carlota giró la cara hacia el olor a rollitos de canela que portaba siempre Chloé, y sintió el brazo de la rubia pegado al suyo, relajado, caliente, feliz. Se habían filmado a piel la una a la

otra y no quedaba ni un átomo de aire entre sus carnes, no había podredumbre posible entre dos cuerpos que habían aprendido a amarse sin querer después de intentar evitarlo.

La francesa cogió la mano de su chica por debajo de la mesa, pues secreta había comenzado su relación y discreta se mantenía. Observó su perfil con orgullo, con el convencimiento de que habían tomado la decisión correcta cuando decidieron que agosto era un mes perfecto para colisionar y, después, un mes estupendo al que regresar cada minuto del día en que las circunstancias se lo permitieran. Así lo hacían diariamente, navegando entre un agosto y otro en las aguas de la cotidianidad y el realismo, mágico unas veces, descarnado la mayoría.

—Pues parece que el horno sí está para bollos, panadera —le susurró a su francesa con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó la rubia, que rara vez se enteraba de alguna de las gracietas de su novia.

—Nada, nada.

Carlota se marchó a Canguingos en busca de la felicidad y se chocó con ella en la panadería. No tenía la forma ni el color que ella hubiera imaginado, ni siquiera estaba hecha del material solitario y sólido que ella esperaba encontrar al otro lado de la realización personal, sino que era grumosa y pegajosa como una familia, como el sirope que ponían por encima de las tortitas que Carlota preparaba los fines de semana.

Glosario

- Adieu: adiós, despedida.
- Bienvenue: bienvenido/a.
- Bon appétit: que aproveche.
- Bonjour, mademoiselle: buenos días, señorita.
- Bonne nuit: buenas noches.
- Carotte: zanahoria.
- Chapeau: sombrero, chapó, me quito el sombrero.
- Chardonnay: vino blanco elaborado con esta variedad de uva.
- Connard: estúpido/a.
- crème brûlée: postre francés con la superficie de crema quemada.
- D'accord: de acuerdo.
- De rien: de nada.
- Formidable: enorme.
- Formidablement fragile: extremadamente frágil.
- Je l'ai: lo tengo.
- Je t´emmerde: vete a la mierda.
- Joyeux Noël: feliz Navidad.
- Maman: mamá.
- Merci: gracias.
- Mille-feuille: milhojas.
- Mon amour: mi amor.
- Mon chérie: mi amor.
- Mon dieu: Dios mío.
- Mon petit: mi pequeño.
- Moustache: bigote.
- Oui: sí.
- Pardon: perdón.
- Paris-Brest: tarta originaria de París.
- Ragoût: ragú, guiso.
- Rien de rien: nada de nada.
- S'il vous plaît: por favor.
- Sacrebleu: expresión para manifestar sorpresa.
- Touché: tocado, lance de esgrima.
- Tu es une déesse: eres una diosa.

Nos encantaría saber qué te ha parecido este libro.
¿Nos lo cuentas?

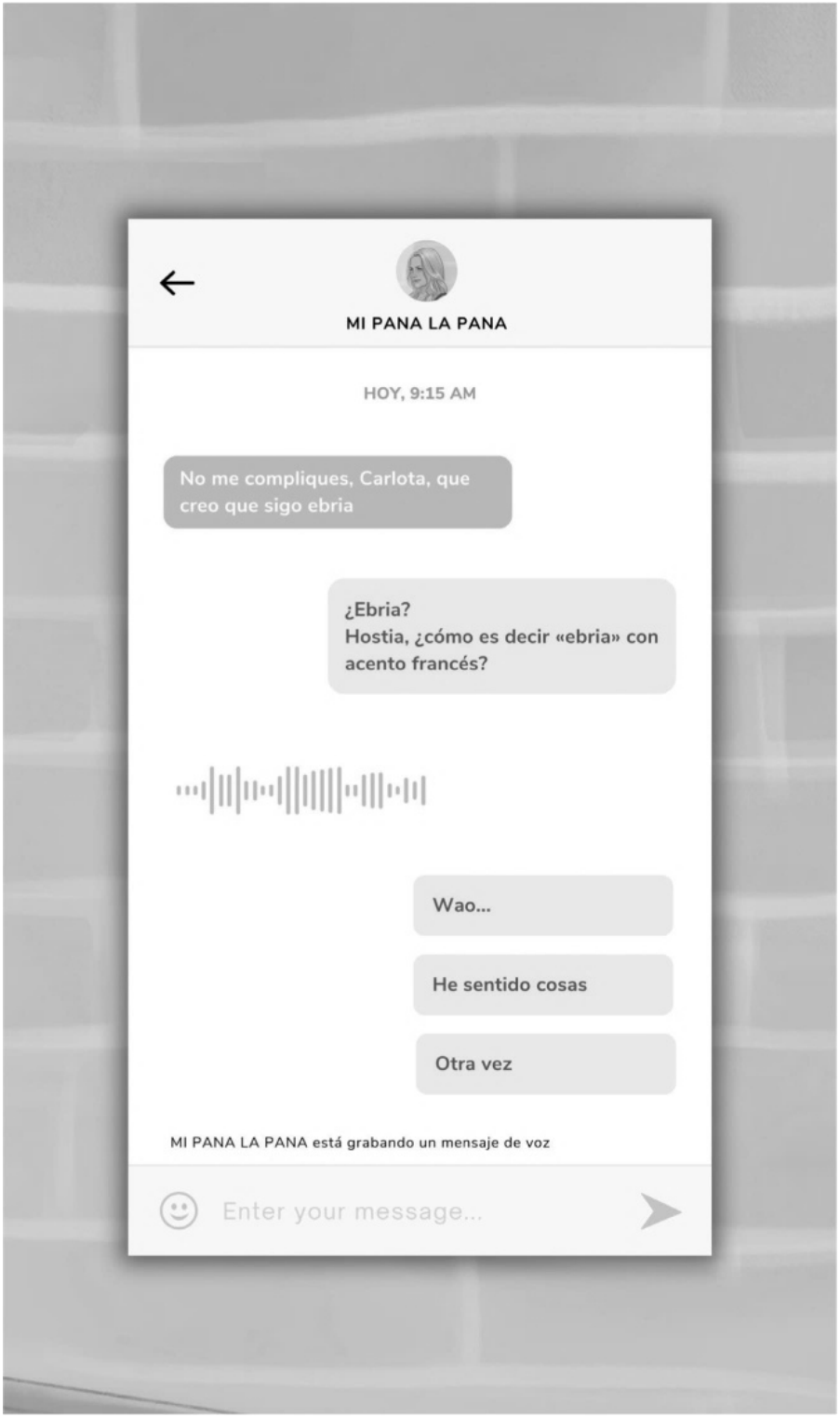
LESeditorial

les_editorial

LESeditorial

www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

Pasa la página >>>


MI PANA LA PANA
HOY, 9:15 AM
No me compliques, Carlota, que creo que sigo ebria
¿Ebria?
Hostia, ¿cómo es decir «ebria» con acento francés?
Wao...
He sentido cosas
Otra vez
MI PANA LA PANA está grabando un mensaje de voz
Enter your message...

Nuestras flores

Saltalamacchia, Luz
9788419879134
404

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Trinidad no cree en la frase «el dinero compra la felicidad», porque a los veintiún años y a pesar de tener una vida acomodada, siente que ha perdido el rumbo. Su familia la desprecia, su novio le es infiel y lleva el peso de la crianza de su hijo. ¿Estudio o trabajo? Ni hablar. Sus días son una pesadilla que se repite, no sabe cómo liberarse de la creciente toxicidad que la envuelve como una soga que aprieta alrededor de su cuello. Sin embargo, durante una madrugada cualquiera mientras busca dónde (y con quién) se encuentra su novio,

Trinidad se cruza con Azul, una mujer que en el pasado fue su mejor amiga y de quien se distanció por misteriosas circunstancias. Azul la ve en un estado tan deplorable que insiste en que se quede a vivir con ella hasta que los problemas de Trinidad se apacigüen. En el monoambiente de Azul se irá entretejiendo una relación a la que todo el mundo querrá ponerle una etiqueta, menos ellas. Nuestras flores es la primera novela de Luz Saltalamacchia. La obra transcurre en una Buenos Aires de contrastes donde dos mujeres luchan contra sus sombras mientras descubren la sororidad, el amor sano y lo que hacemos con lo que hicieron de nosotras. Al despojarnos de lo que nos obligan a ser, ¿qué nos queda?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

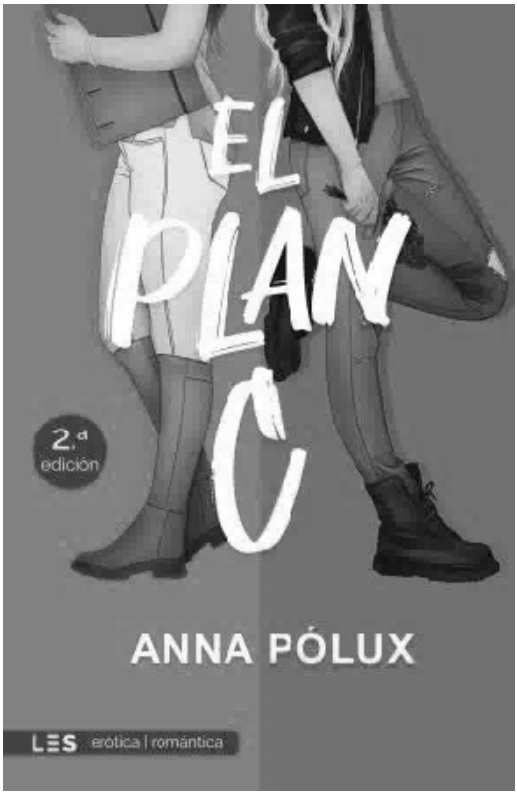
Cantando bajo la nieve

Ginsey, Cris
9788419879103
206

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Alexa es deportista y el icono lésbico de la universidad, pero nadie sabe que tiene un crush inalcanzable con la que le encantaría mantener una relación estable. Visita diariamente la cafetería en la que trabaja solo por verla unos minutos. Raven tiene una relación ideal con un hombre mayor que ella y trabaja a media jornada en la cafetería donde una chica de ojos verdes, con cierta fama de ligona en el campus universitario, acude con frecuencia. Desde que sus padres están separados Raven odia la Navidad y a Alexa solo le gusta porque se reencuentra con su hermana pequeña. Este año, ambas descubrirán que las fiestas pueden ser muy diferentes y encontrarán aspectos de ellas mismas que desconocían. Cris Ginsey, la coautora de Cosas del destino y autora de la bilogía 12 700 km y 7 900 millas vuelve a LES con esta comedia romántica ambientada en Navidad en la que queda patente su sello: humor, sensualidades, pequeñas dosis de drama y personajes con los que es fácil empatizar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Plan C

Pólux, Anna
9788417829681
550

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sandie Davies y Elizabeth Cooper trabajan juntas en una revista para mujeres lesbianas y bisexuales y, a pesar de que Sandie tiene al resto de compañeras de plantilla encandiladas por su encanto natural, Elizabeth parece ser tristemente inmune a sus efectos, podría incluso decirse que la odia un poquito. Su carácter extrovertido y despreocupado la pone de los nervios, y esa fama de sex symbol que arrastra a sus espaldas le da alergia en cantidades industriales. Ella es meticulosa, ordenada y organizada hasta la médula y la colisión de opuestos que le supone compartir un mismo espacio-tiempo con Sandie le sube las catecolaminas a lo bestia. De pronto surge la

historia perfecta para un artículo que las embarca a ambas en un viaje con destino: un pueblo perdido de Kansas. Tendrán una semana para descubrir que, a veces, lo que realmente necesitas es dejar que la vida te sorprenda. Porque hay muchas cosas que no se ven si no te acercas lo suficiente. A pesar de ser una amante del género de suspense y policíaco, uno de los pasatiempos favoritos de Anna Pólux es la creación de historias románticas con toques de humor. Tras la publicación de Cosas del destino: El diario de Claire Lewis y Cosas del Destino: El efecto mariposa, escritas de forma conjunta con Cris Ginsey, El Plan C es la primera obra que Anna Pólux publica en solitario.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Luchando contra el amor

Martín Luna, Noelia
9788419879387
358

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Hasta que el trabajo nos separe? Es una verdad universalmente aceptada en la oficina que Sara y Valèria son rivales. Da igual que Sara prefiera las historias de romance y que Valèria tenga debilidad por las de fantasía. Se odian a muerte. ¿Qué pasa cuando su superior decide que trabajen juntas? Sara lo tiene clarísimo: hará lo que sea para que el proyecto salga adelante, pero primero debe deshacerse de la Editora Borde. Por una vez Valèria está de acuerdo, no quiere trabajar con la Power Of Love. Pero lo que empieza como una travesura termina en una batalla campal. No les queda otra que firmar una tregua si no quieren perder el proyecto. ¿Lo que une el trabajo lo separará el odio/amor?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cazar el caos

León, Stef
9788417829803
636

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Nueve años es una cifra importante, eso piensa Becca Savard, una exitosa basquetbolista que ha ganado las olimpiadas y un par de campeonatos de la WNBA. Nueve años son los que ha compartido con su novia, Isabelle Forti, una periodista que ambiciona llegar muy alto en el salvaje entorno mediático de la Gran Manzana. Ambas parecen el matrimonio perfecto. El problema es que no están casadas. Pero Becca pretende remediarlo y para ello le pide ayuda a Emma Lerroux, la vocalista de su grupo favorito, pues quiere que la proposición sea inolvidable. Por desgracia, desconoce el romance prohibido que Isa y Emma compartieron hace tiempo, el cual terminó de la peor manera, y que Forti ha luchado por olvidar. A partir del reencuentro entre cantante y periodista, la Isabelle que Becca conocía comienza a desdibujarse y es una desconocida quien toma su lugar. Un apasionado huracán de apellido Lerroux amenaza con arrancar nueve años de un tajo y revivir un peligroso pasado al que deberán hacer frente. Un pasado que las obligará a cazar el caos. Cazar el caos es la última entrega de una trilogía absorbente, cuyos misterios han atrapado a miles de lectores alrededor del mundo. Stef León ha logrado una obra caleidoscópica con personajes que pueden ser capaces de jugarse la vida por una causa justa, pero también de cometer las peores atrocidades. La pregunta es: ¿todos son los que creemos? Bajo las sombras y Armonía secreta, primera y la segunda parte, completan la trilogía. -- En este libro se abordan temas sensibles (ver aviso interior).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

CRISTINA GONZÁLEZ
@TomorrowJuana
DE MADRID
AL CIELO
pueblo
0,75€
1,10€
2€/p
0,50€
3€
1,20€
FIESTAS PATRONALES
de
CANGUINGOS
LES romántica